

HISTORIA
DE LA NVEVA
MEXICO, DEL CAPITAN
GASPAR DE VILLAGRA.

DIRIGIDA AL REY D. FELIPE
nuestro señor Tercero deste nombre.

Año



1610.

CON PRIVILEGIO.

En Alcalá, por *Luis Martinez Grande.*

A costa de *Báptista Lopez mercader de libros.*



DE EDAD 59 ANOS. ✠ EL CAPITAN
GASPAR



T A S S A.



O Diego Gonçalez de Villaroel, Escriuano de Camara del Rey nuestro señor, de los que en el su Consejo residen, doy fee, que auendosi visto por los señores del Consejo, vn libro intitulado nueva Mexico, compuesto por el Capitan Gaspar de Villagrà, que con licencia de los dichos señores esta mandado imprimir, tallaron cada pliego del dicho libro, a tres maravedis y medio, el qual tiene treinta y ocho pliegos, que al dicho precio suman y montan, ciento y treinta y tres maravedis: y á este precio y no mas, mandaró se veda el dicho libro, con que al principio de cada vno, se ponga esta fee de tassa, para que se sepa el precio. Y para que dello conste de mandamiento de los dichos señores del Consejo, y de pedimiento de la parte del dicho Capitan Villagrà, di esta fee. En Madrid veynte y siete dias del mes de Abril, de mil y seyscientos y diez años.

Diego Gonçalez de Villaroel.

ERRATA.

Folio. 8. ver. 2. tierra, di tierra; fol. 14. ver. 13.
 fol. no. 50. di furo de, fol. 19. ver. 23. Mendocino,
 no, di Mendocino, fol. 22. ver. 20. vida, di vi-
 da, fol. 29. ver. 12. vanda, di vanda. fol. 42. ver. 24.
 tierra, di tierra; fol. 24. ver. 3. decio, di diez, fo.
 23. ver. 21. estos, di esto, fo. 50. ver. 5. quando, di
 quando luego, fo. 56. mandamiento del Rey, di
 del Virrey, fo. 73. ver. 22. leguas, di yeguas, fo. 80
 ver. 4. leuanto, di leuantados, fo. 87. ver. 1. que, di
 que fue, fol. 90. ver. 7. derramadas, di derrama-
 dos, fol. 96. ver. 14. venimos; di venimos; fo. 110.
 aurora, di aurora, fo. 118. ver. 1. apartase, di apre-
 tase, fo. 138. ver. 17. segundo; di segundo, fo. 139
 ver. 16. eflava, di esta, fo. 139. ver. y con sus, di y
 con supersticiosos.

Yo el Maestro Sebastian de Lirio Cathedrati-
 co de prima de Griego, en la Vniuersidad de Al-
 cala, y Corrector de libros de la y ansir. Como yo
 el Licenciado Francisco de Murcia de la Llana,
 Criado de su Magestad, y su Corrector general
 de libros en sus Reynos, vimos este libro, intitula-
 do historia de la nueva Mexico, del Capitan
 Gaspar de Villagra, el qual con estas erratas cor-
 responde co su original. Dada en la dicha Vniuer-
 sidad de Alcalá, en 10. de Abril, de 1610. años.

El Maestro Sebastian
 de Lirio.

El Licenciado Murcia
 de la Llana.

Censuras del libro.

LA historia de la nueva Mexico, poema heroico del Capitan Gaspar de Villagra, no tiene cosa contra la Fè y buenas costumbres, antes la engrandece y lebanra, vez tanto numero de almas redutzidas a la verdad Catholica, y a la corona de España, con tan inmensos trabajos de nuestra gente Española: el verso es numeroso, y aunque desnudo de inuenciones y flores poeticos, (por ser historia seguida y verdadera) la variedad de tan extraordinarios y nuevos successos, agrada y dara gusto, a todos generos de gente, a unos para imitallos, y a otros para estimallos, y assi es bien que ande en las manos de todos. En Madrid nueve de Diziembre, de. 1609.

El Maestro Espinola.

POR mandado y comission de los señores del Consejo, è hecho ver la historia de la nueva Mexico, del Capitán Gaspar de Villagra, que por ser verdadera, agradable, y que engrandece nuestra nacion Española, y que no contiene cosa contra la Fè, ni buenas costumbres: me parece que es justo se le de licencia para imprimirla. Hecha en Madrid en diez de Diziembre, de. 1609,

El Doctor Cetina.

CENSURA DEL PADRE
Presentado fray Domingo de los Re-
yes, Predicador general de la or-
den del señor santo Do-
mingo.

POR mandado de vuestra Alteza,
è visto la historia de la nueva Mexi-
co, del Capitã Gaspar de Villagra,
y no è hallado en ella cosa contra
la fé ni buenas costumbres, antes vn apazi-
ble estilo en historia lisa y seguida, y que dà
luz le lo que los valerosos Capitanes y sol-
dados de vuestra Alteza hazen, en estas par-
tes tan remotas, y lo bien que sirven, assi à
vuestra Alteza, como à la Yglesia, con que
se animaran otros à hazer lo mismo: esto
me parece. En este Colegio de santo Tho-
mas de Madrid, en veynte de Diziembre,
de mill seyscientos y nueue.

Fray Domingo de los Reyes.

Censuras del libro.

LA historia de la nueva Mexico, poemã herõico del Capitã Gaspar de Villagra, no tiene cosa contra la Fè y buenas costumbres, antes la engrandece y levanta, ver tanto numero de almas reduzidas a la verdad Catholica, y a la corona de España, con tan inmensos trabajos de nuestra gente Española: el verso es numeroso, y aunque de fãudo de invenciones y flores poeticos, (por ser historia seguida y verdadera) la variedad de tan extraordinarios y nuevos successos, alentara y dara gusto, a todos generos de gente, a vnos para imitãrlos, y a otros para estimãllos, y assi es bien que ande en las manos de todos. En Madrid nueue de Diziembre, de. 1609.

El Maestro Espinel.

POR mãdado y comission de los señores del Consejo, è hecho ver la historia de la nueva Mexico, del Capitã Gaspar de Villagra, que por ser verdadera, agradable, y que engrandece nuestra nacion Española, y que no contiene cosa contra la Fè, ni buenas costumbres: me parece que es justo se le de licencia para imprimirla. Fecha en Madrid en diez de Diziembre, de. 1609.

El Doctor Cetina.

CENSURA DEL PADRE
Presentado fray Domingo de los Re-
yes, Predicador general de la or-
den del señor santo Do-
mingo.

POR mandado de vuestra Alteza,
è visto la historia de la nueva Mexi-
co, del Capitã Gaspar de Villagra,
y no è hallado en ella cosa contra
la fe ni buenas costumbres, antes vn apazi-
ble estilo en historialisa y seguida, y que da
luz le lo que los valerosos Capitanes y sol-
dados de vuestra Alteza hazen, en estas par-
tes tan remotas, y lo bien que sirven, assi à
vuestra Alteza, como à la Yglesia, con que
se animaran otros à hazer lo mismo: esto
me parece. En este Colegio de santo Tho-
mas de Madrid, en veynte de Diziembre,
de mil y seyscienos y naue.

Fray Domingo de los Reyes.

EL REY.



RO R quanta por parte de vos el Capitan Gaspar de Villagrà, nos fuese esta relacion, que teniades compuesto vn libro en verso suelto, intitulado nueva Mexico; del Capitan Gaspar de Villagrà, de que haziades presentacion, el qual os auia costado mucho trabajo; y cuidando, assi por auer militado y seraidonos en el descubrimiento, pacificacion, y poblacion, de la dicha nueva Mexico, cuya historia era la que tratauades, como por auerla reducido à verdadera historia, como la teniades reducida, y nos pidiestes y suplicastes, os mandafemos dar licencia; para que por tiempo de doze años, vos y mas otra persona, le podiesdes imprimir, o como en questa merced fuesse. Lo qual visto por los el nuestro Consejo, y como por nuestro mandado se hizieron las diligencias que manda la pragmática por nos últimamente fecha, sobre la impresión de los libros, fue acordado que devianoss mandad dar esta nuestra cedula, para vos, en la dicha razon, y nos tuvimoslo por bien. Por la qual os damos licencia y facultad, para que por tiempo y espacio de diez años cumplidos, primeros siguientes, que corran y se cuenten, desde el día de la fecha desta nuestra cedula, en adelante, vos, o la persona

persona que para ello vuestro poder fuere, y no otra alguna, podays imprimir y vender, el dicho libro, que de suso se haze mencion. Y por la presente damos licencia y facultad, a qualquier impressor de estos nuestros Reynos, que vos nombraredes, para que durante el dicho tiempo, le pueda imprimir, por el original, que en el se vio que va rubricado cada plana, y firmado al fin de Francisco Martinez, nuestro esorivano de Camara, y uno de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes que se venda le traygais ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresion esta conforme a el, y traygais fee en publica forma como por el corrector por nos nombrado, se vio y corrigio, la dicha impresion, por el dicho original. Y mandamos al impressor que anti imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entre guernas de vn solo libro, con el original, al autor, ni persona a cuya costa se imprimiere, para efecto de la dicha correccion y fassa, hasta que antes y primero, el dicho libro este corregido y fassado, por los del nuestro Consejo, y estando fecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el qual inmediatamente se ponga esta nuestra licencia, y privilegio, y la aprobacion, fassa, y erratas, y no lo podays vender, ni vendays, vos ni otra persona alguna.

alguna, hasta que este el dicho libro en la forma su-
fodicha: sopena de caer e incurrir en las penas co-
tenidas en la dicha pregmatica, y leyes destos
Reynos, que sobre ello disponen. Y mandamos que du-
rante el dicho tiempo, persona alguna sin vna licen-
cia, no le pueda imprimir ni vender, sopena que el
que lo imprimiere, aya perdido, y pierda, qualies-
quier libros, moldes, y aparejos, que del tuviere, y
mas incurra en pena de cinquenta mil maravedis
por cada vez que lo contrario hiziere: y de la dicha
pena, sea la tercia parte para la nra Camara, y la
otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y
la otra para el que lo denunciare. Y mandamos a los
del nuestro Consejo, Presidente y Oydores, de
las nuestras Audiencias, Alcaldes, alguaciles de
la nra casa y Corte, y Chancillerias, y a otras qu-
alesquier justicias de todas las ciudades, villas y
lugares de los nros Reynos y señorios, a cada
vno en su jurisdiccion, asi a los que agora son, como
a los que seran de aqui adelante, que os guarden,
cumplan, esta nra cedula y merced, que ansí os ha-
zemos, y contra ella no vos vayan ni passen, ni co-
siera yr ni passar, en manera alguna, sopena de
nra merced, y de diez mil mrs para la nra Cam-
ara. Dada en Valladolid a siete dias del mes de
Março, de mil y seysientos y diez años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor,
Iorge de Touar.

Al Rey nuestro señor.



VIENDO de ha-
zer la direccion de los
muchos trabajos de aque-
llos Españoles, q̄ por solo seruir à
V. M. de si mismos se olvidaron,
fuera muy grande atrevimiento
mio, si para su defensa otro favor
y amparo q̄ el que de V. M. apeteciera,
principalmente sabiendo q̄
auna voz confiesa todo el orbe, q̄
à tan alto Principe ya su amplissi-
ma monarchia compete el titulo
de conseruador defensor, y amplifi-
cador de la Iglesia Romana, y de
todos aquellos que como verdade-
ros hijos suyos, procuran de ensan-
char

char sus sacrosantos limites y terminos, siendo juntamente con esto por muchas, y por muy legitimas causas propietario monarca, y señor del viejo mundo, y del nuevo, por q̄ fuera de ser todo suyo, no sin admirable prouidencia del consistorio diuino, despues de tãta suma de años, de la creaciõ del uniuerso, quiso reseruar la conquista de nuestra nueva Mexico, à solo el poderoso brazo de V. M. aniedo- la escondido à toda la grãdeza, y esfuerço de sus biẽ aneturados progenitores, padres, abuelos, y visabuelos, de recordaciõ loable, cuyas catholicas armas, ajenas de toda tirania, se fueron estendiendo de

mànera à q̄ por los años que ocupa
la vida de un hombre, solo puedo
dezir por ellos, lo q̄ muy doctos va-
rones afirman, diciendo q̄ una de
las mayores cosas, despues de la
creació del universo, encarnació y
muerte de nuestro Redentor Iesus
Christo, á sido el descubrimiento y
cõquista del nuevo Mundo, des-
de cuyos fines, y ultimos terminos,
sin passar de aqui, ni dezir otra co-
sa en favor del blanco que lleva-
mos, que es descubrir otro mundo
mas nuevo, postrados por el suelo,
y puestas las manos suplicando à
D. M. los pocos Espanoles q̄ au-
mos permanecido en esta nueva
tierra, y nuevo descubrimiento, de

la nueva Mexico, por solo euangeli-
zar en nuestra santa Fè catho-
lica a sus barbaras gentes, y diuer-
sidad de naciones idolatras, buel-
ua sus piadosissimos ojos, de suerte
que para siempre, con tal amparo
y fauor, quedẽ auiertas por todas
estas Regiones, las puertas del san-
to baptismo, mediante las quales,
estos pobres barbaros puedan go-
zar, y alcanzar los demas sacra-
mẽtos, que Dios nuestro Señor, no
mas por nosotros que por ellos, qui-
so ordenar y dexar, à cuya Ma-
gestad soberana, con la deuocion y
veras posibles, quedamos rogan-
do, quicra por su infinita clemen-
cia, misericordia y bondad, acrecẽ

tar

tar la muy catholica vida de U.
M. por muchos , y felicissi-
mos años , para ensalzamiento de
nuestra santa Fè catholica, y ex-
tirpacion de los graves errores , y
vil idolatria, que el demonio nues-
tro capital enemigo, siembra y der-
rama, por estas y otras Regiones,
cuyas almas el catholico amparo,
y socorro de U. Magestad, inuo-
can y claman.

Gaspar de Villagra.

Prologo.



VN A de las mayores infelicitades que puede auer en los hechos humanos, es faltarles historiadores, que con sus diligentes y catholicas plumas, den vida, conseruen, y guarden todo quanto la continuacion de los siglos, y flaca memoria de los hombres, consume y deshaze, y assi en fauor de aquesta verdad, muchos notables varones confieren, diziendo: que recibio mayor daño el pueblo Romano. en perder lo mucho que de las historias de Tiroliuio su coronista nos falta, que en la declinacion y ruyna de su Imperio, y monarchia, que fue la mayor del mundo, y con razon, porque la historia no solo haze à los ausentes presentes, mas resucita y haze vivos a los difuntos, y à los mortales, casi inmortales, pues mediante su excelencia, y grandeza, se conseruan sus claros hechos y nombres, y assi solos aquellos varones fueron heroicos, cuyas prohezas mediante la
pluma

pluma gozan del premio devido, por cuya
alta los muy famosos, que muchas hazas
obrarón, podemos dezir, que no hizie-
ron nada, pues dellos nada sabemos: y assi
porque los muchos trabajos, y hechos de
aquellos esforçados, que en la nueva Mexi-
co entraron, a la conuerſion de tantas nacio-
nes, y gentes, no se pierdan, conſuman, y a-
cabe, como se han perdido los muchos que
antes dellos en estas nuevas Regiones en-
traron, teniendo atencion a que no naci pa-
ra mi ſolo, quise tomar aqueſte trabajo, con
entera ſatisfacion, de que por ſer el prime-
ro que en esta cauſa toma la pluma, mas por
obediencia, que por conſiança del peque-
ño y corto caudal, que tuue en ſuerte, han
de ſer mis muchas faltas, del mas discreto,
no ſolo ſufridas, mas tambien perdonadas.

EL LICENCIADO IVAN
de Valdes Cauallero de la orden
de S. Estevan, a don Iuan
de Oñate.

CANCION.



*TV Varon que al hazaño arroçate
Ruido del Español valiente azero,
Truxiste al yago verdadero y santo,
Cuyo temido braço fulminante,
En azento Zenith terrible y fiero,
Obró soberano lo que humilde canto,
Suspende á Marte, en tanto
Que en: reflexas y rojos estandartes,
Testigos de tu intento,
Ocupo el levantado pensamiento,
Y mientras que ruidado el indio en partes
Remotas, cubre ius indóctos marmoles,
De su blasón insignie, estuchá en suma,
Valiente Oñate la cortada pluma,
Del valeroso Achiles,
Trompeta de tus años juveniles,
Que podrás ser Cesar de sus glorias,*

A no ser sugeto tus victorias.

No de Alexandro la famosa espada,
Al joven dueño diera eterna vida,
Si pluma y zual sus hechos no escribiera,
Ni la cuya de baruaros bañada,
Hasta la cruz de su valor ceñida,
En otros siglos sus hazañas viera,
La sangrienta Ribera,
Del caudaloso Norte (cuyas flores,
Miraron las corrientes,
En otros tiempos blancas transparentes,
Ya de la sangre rojas) á mayores
Intentos no aspirara, si en vniones,
Beligeros acintos desta lira,
No viera que á sus aguas las inspira;
Con Religioso hipo,
El ceptro sacro del tercer Philipo,
Cuyos diestros emanates arcabuzes,
Enarbularon de la Fê las cruces.

Quantas vezes el sol insigne Oñate,
Que de ver al Antipoda venia,
En tropa y el con su manada embuelto,

*A sus potros de fuego el azicate,
De Píropo y diamante mas batia,
En dar la buelta à tu esquadron resuelto,
Y mirandole buelto,
Y en noche obscura las floridas faldas,
Del Pirene empinado,
Pensando que otra vez era rogado,
Del Capitan Hebreo, á sus espaldas,
El impensado caso marmurauamos,
Hasta que alegre con la nueva aurora,
Vertiendo perlas y esmeraldas flora,
Quando ardiente asomaua,
De tus sucesos profferos contaua,
El heroico valor que le disculpa,
De su tardança echandote la culpa.*

*Las olas desde entonces arrogantes,
Del rando conchas, cuya blanca arena,
Solo vieron escamas de sus peçes,
En transparentes vrnas de diamantes,
Tu nombre escriuen que su curso enfrena,
De ninguno sulcado pocas vezes,
Y al puente que le ofreces,
Mas ingenioso que el que puso al Reno,*



HISTORIA DE
 LA NUEVA MEXICO,
 del Capitan Gaspar de Vi-
 llagra.

CANTO PRIMERO.

*QUE DECLARA EL ARGUMENTO
 de la historia, y sitio de la nueva Mexico, y no-
 siciã de ella se tuvo, en quanto la antigua
 lla de los Indios, y de la salida y de-
 cendencia de los Verdaderos
 Mexicanos.*



AS armas y el varon heroico
 canto,
 El ser, valor, prudencia, y alto
 esfuerzo,

De aquel cuya paciencia no rendida,

A

Pos

De la nueva Mexico,

Por vn mar de dignitos arrojada,
A pesar de la inuidia ponçosa,
Los hechos y prohezasya encumbrando,
De aquellos Españoles valerosos,
Que en la Occidental India remontados,
Descubriendo del mundo lo que ysconde,
Plus ultra con braçera van diziendo,
A fuerça de valor y braços fuertes,
En armas y quebrantos tan sufridos,
Quanto de tolca pluma celebrados:
Suplicoos Christianissimo Filipo,
Que passè de nueva Mexico soy y fenix,
Nueuamente salido y producido,
De aquellas viuas llamas y cenizas,
De ardentissima fee, en cuyas brasas,
A vuestro sacro Padre y señor nuestro,
Todo deshecho y abrasado vimos,
Suspendais algun tanto de los hombres,
El grande y grave peso que os impide,
De que se entienda gñbo que en justicia,
Por solo vuestro braço se sustentas;
Y ofestando en vn Rey atento oido,
Veréis aqui la fuerça de trabajos,
Calumnias y asieçiones con que planta,

Evangelio santo y Fé de Christo,
 Aquel Christiano Achilles que quisistes,
 Que en obra tan heroica se ocupase,
 Si por qual que buena suerte alcanço,
 A teneros Monarca por oiente,
 Quien duda que con admirable espanto,
 La redondez del mundo todo escuche,
 Lo que a tan alto Rey atento tiene,
 Pues siendo así de vos favorecido,
 No siendo menos escreuir los hechos,
 Dignos de que la pluma los levante,
 Que empreder los q̄ no son menos dignos
 De que la misma pluma los escriua,
 Solo resta que aquellos valerosos,
 Por quien este cuydado yo he tomado,
 Alentem con su gran valor heroico,
 El atreuido buelo de mi pluma,
 Porque desta vez pienso que veremos,
 Y iguales las palabras con las obras,
 Escuchadme gran Rey que soi testigo,
 De todo quanto aqui señor os digo.

Debajo el polo Artico en altura,
 De los treinta y tres grados que a la Santa
 A 2 Jerusa,

De la nueva Mexico,

Ierusalem sabemos que responden,
No sin grande misterio y maravilla,
Se esparcen, tienden, siembran, y derraman
Vnas naciones barbaras remotas,
Del gremio de la Iglesia donde el dia
Mayor de todo el año abraça y tiene,
Catorze oras y media quando llega,
Al principio de Cancro el Sol furioso,
Por cuyo Zenith, passa de ordinario,
De Andromeda la imagen y Perseo,
Cuya constelacion influye siempre,
La calidad de Venus y Mercurio,
Y en longitud nos muestra su distrito,
Segun que nos enseña y nos practica,
El meridiano fixo mas moderno,
Dozientos y setenta grados justos,
En la templada zona, y quarto clima,
Dozientas leguas largas por la parte
Que el mar del Norte, y golfo Mexicano
Acerca y auezina mas la costa,
Por el viento sueste, y por la parte,
Del brauo Californio y mar de perlas,
Casi otro tanto dista por el rumbo,
Que topa el sudueste la marina,

En la Zona elada dista y tiene,
Cinientas leguas largas bien tendidas,
En circulo redondo vemos cine,
Debajo el paralelo si tomamos,
Los treinta y siete grados leuados,
Cinco mil leguas buenas Españolas,
Cuya grandeza es lastima la ocupen,
Tanta suma de gentes ignorantes,
Dada sangre de Christo cuya alteza,
Cuya dolor la ignoren tantas almas:
De las nuevas Regiones es notorio,
Pública voz y fama que decien den,
Abuellos mas antiguos Mexicanos,
Que a la Ciudad de Mexico famosa,
El nombre le pusieron porque fuesse,
Eterna su firmeza perdurable,
Imitando a quel Romano prudente,
Que a los Romanos moros puso tassa,
Cuya verdad le toca y ventura,
Por aquella antiquissima pintura,
Y modo hieroglyphico que tienen,
Por el qual tratan, hablan, y se entienden,
Aunque no con la perfeccion insignie,
Del gracioso coloquio que se ofrece.

De la nueva Mexico,

Quando al amigo ausente conuersamos
Mediante la grandeza y excelencia,
Del esereuir illustre que tenemos,
Y fuerza y corrobora esta antigualla,
Aquel prodigio inmenso que hallamos
Quando el camino incierto no sabido,
De aquella nueva Mexico tomamos,
Y fue que en las posteras poblaciones
De todo lo que llaman nueva España,
Y a los fines del Reyno de Vizcaya,
Estando todo el campo levantado,
Para romper marchando la derrota,
Bronca, alpera, dificil, y encubierta,
Supimos vna cosa por meyciento,
Y de inmortal memoria plantada,
Y que de mano en mano ama venida.
Qual por nosotros la venida a Hispania
De aquellos valerosos que primero,
vinieron a poblarla y conquistarla,
Dixeron pues aquellos naturales,
Vnanimos conformes y de vn voto,
Que de la tierra adentro señalando,
Aquella parte donde el norte escondido
Del presuroso Boreas estorçado,

De conexas cuevas desabridas,
 Saberosos beuifsimos hermanos,
 De otros y nobles Reyes descendientes,
 Hijos de Rey y Rey de suma alteza,
 Quosos de estimarle y leuantarse,
 De subiendo del mundo tres excelencia,
 Y sus illustres Reyes y señores,
 Con triumpho noble, y celebratissimo,
 Por vira fuerza de armas, o sea ellas,
 Quales eorderos simples al aprisco,
 Reduzirlos fogeros y obedientes;
 De cuyo logo de la intento imperio,
 Sobria señorio y brauo estado,
 Y quellanando alli con grande fuerza,
 De mucha soldadela bien armada,
 En dos grandiosos campos divididos,
 De gruesos esquadrones bien formados,
 El maior de los dos venia cebrando,
 Con gran suma de esquadras tá baguardia,
 Y de otras tantas brabas refortauia,
 La retaguarda en orden bien compuesta,
 El menor con grandissima destreza,
 Por el medio cuerpo de batalla,
 Gran suma de bagage y aparato,

De la nueva Mexico,

Tiendas y pannelsones bien luzidos,
Con que sus Reales fuertes asentauan,
Y como fultos tiernos ceruauillos,
Infinidad de niños y muchachos,
Por vna y otra parte retoçando,
Embueltos en juguetes muy donosos,
De simples infanticos inocentos,
Sin genero de traça ni concierto:
Y tambien por aquel soberbio campo,
Entre las fieras armas se mostrauan,
Asi como entre espinas bellas flores,
Vizarras damas, dueñas y donzellas,
Tan compuestas discretas y gallardas,
Quanto nobles hermosas y auisadas:
Y en fresca flor de juventud mancebos,
Gentiles hombres, todos hie compues-
to compitiendo los vnos con los otros,
Tanta fama de galas y libreas,
Quanto en la mas pintada y alta Corte,
En grandes fiestas suelen señalarse,
Los que son mas curiosos cortesanos:
Y asimismo los gruesos esquadrones,
Mostrauan entre tanta vizarría,
Van numero terrible y espantoso,

Canto Primero.

5

De notables transformaciones fieras,
Que en piel de vedegoso Leon cubriada,
Con que el feroz semblante y la figura,
Del soberbio animal representava,
Como la manchada fiera tigre hirbana,
Presta onza, alto gímio, y suelta pardo,
Como al hambriento lobo carnicezo,
Rápido, liebre, y tímido conejo,
Esoy grandes pezes, y aguilas caudales,
Con todo el resto de animales brutos,
Que el ayre, y tierra, y ancho mar ocupan:
Aunque muy naturales parecian,
Inuencion propia antigua, y que es usada,
Entre todas las gentes y naciones,
Que vemos descubiertas de las Indias,
Arma de armas fuertes belicosas,
Una luzida belia y grande cotta,
Torque los arcos, corbos, bien fornidos,
Anchos carcages, gruesos y espaciosos,
De muy huianas flechas aceltados,
Ligeras picas, y pesadas macas,
Fuertes rodelas con sus fuertes petos,
De apretado nudillo bien labrados,
Esoy bonetas hondas, prestas por el ayre,

A

Grues.

De la nueva Mexico,

Gruesos baltones con pesados cantos,
En los fuertes bejucos engastados,
Y sembradas de agudos pedernales,
Fortísimas macanas bien labradas,
Y tendidas al aire tremolauan,
Con vizarro donaire y gallardiz,
Cantidad de vanderas y estandartes,
De colores diversos matizados,
Y las diestras hileras de soldados,
Cada qual empuñando bien sus armas,
Con gran descuydo y con vizarros passo
Por el tendido campo yuan marchando,
Y de las muchas plantas azotado,
El duro suelo en alto leuantauan,
Vna tiniebla densa tan ceutada,
Que resolverse el mundo parecia,
En cegajoso polvo arrebatado,
De vn ligero y presto terremoto,
Que por el ancho concauo del aire,
En altos remolinos va esparciendo,
Pues yendo así marchando con descuydo,
Delante se les puso con cuydado,
En figura de vieja de sembralta,
Vn valiente demonio resabido,

Canto Segundo. 6

Cuyo feroz semblante no me atreuo,
Sin con algun cuydado he de pintarlo,
Sin otro nuevo aliento a retratarlo.

C A N T O
S E G V N D O.

COMO SE APARECIO EL DE-
monio a todo el Campo, en figura de vieja, y de
la traza que tuvo en dividir los dos her-
manas, y del gran mojon de hierro
que assezzo, para y cada qual
conociesse sus estados.



V A N D O la Magestad de
Dios aparta,
Del catholico vando algun re-
baño,

Señal es euidente y nadie ignora,
Que aquello lo permite su justicia,
Por ser aquel camino el menos malo,
Que pudieron llevar las almas tristes,
Y así como a perdidos miserables,

Y de

De la nueva Mexico,

Y de la santa Iglesia divididos,
Marchando así estos pobres reprouados,
Delante se les puso aquel maldito,
En figura de vieja reboçado,
Cuya espantosa y gran desemboltura,
Daua pavor y miedo imaginarla,
Truxo el cabello cano mal compuesto,
Y qual horrenda y fiera notomia,
El rostro descarnado macilento,
De fiera y espantosa catadura,
Dosmezarados pechos, largas tetas,
Hambrientas, flacas, secas, y fruncidas,
Nerbudos pechos, anchos y espaciolos,
Con terribles espaldas bien trabadas,
Sumidos nos de color de fuego,
Distorme boca desde oreja a oreja,
Por cuyos labrios secos desmedidos,
Quatro solos colmillos hacia fuera,
De vn largo palmo curvos se mostrauan,
Los brazos temerarios, pies, y piernas,
Por cuyas espantosas coionturas,
Vna orillamenta gruesa rechinaba,
De no tercofios nerbios bien aizada,
Y así como nos pntan y nos moeltran.

Canto Segundo. 7

El brauo Atlante la feroz persona,
Sobre cuyas robustas y altas fuerças,
El graue incomparable assiento y peso,
De los mas leuantados cielos cargan,
Por lo mucho que dellos alcançaua,
Esta curiosa y docta Astrologia,
Asi esta feroz vieja judiciaria,
Arman por cerrissimo que truxo,
Encima de la fuerte y gran cabeça,
Un graue inorme passo casi en forma,
De concha de tortuga leuantada,
Que ochocientos quintales excedia,
De hierro bien mizizo y amalado,
Y luego que llegó al forastero
Campo, y le tubo arento, y bien suspenso,
Con leuantada voz desenfadada,
Herguida la cerviz assi les dixo:
No me pesa esforçados Mexicanos,
Que como brauo fuego no domado,
Que para su alta combre se leuanta,
No menos sea y movidos y llamados,
De aquella brava alteza y gallardia,
De vuestra insigne illustre y noble sangre,
A cuya heroica Real naturaleza,

De la nueva Mexico,

Le es proprio y natural el gran desseo,
Con que alargando os vais del patrio nido
Para solo buscar remotas tierras,
Nuevos mundos tambien nuevas estrellas,
Donde pueda mostrarse la grandeza,
De vuestros fuertes brazos belicosos,
Enfanchando por vna y otra parte,
Asi como el feberbio mar ensancha,
Las hondas poderosas y las tiende,
Por sus tendidas Platas y Riberas,
Que asi se esparza tienda y se publique,
Por todo lo criado y descubierta,
La justa adoracion que se le deve,
Al principe supremo y poderoso,
Del tenebroso aluerque que buscamos,
Y para que tomeis mejor el punto,
Qual presurosa jara que se arranca,
Para el opuesto blanco que se opone,
Notad la voluntad que es bien se cumple,
De aqueste gran señor que aca me embia,
Ya vais que la molesta edad cansada,
De vuestro noble padre caro amado,
Tiene en su Real persona tan opresa,
Desgraciada, conitada, y atligida,

Que mas no puede ser en este siglo,
 Y que ya su vegez enferma y caua,
 Ala debil decrepita venido,
 Boluendose ala tierea edad primera,
 Y para que los mas de sus estados,
 Quel vn veloz cometa que traspone,
 No queden por su fin y triste muerte,
 Sin natural señor que los ampare,
 Es forzoso que luego el vno vuelua,
 Y el otro siga de su estrella noble,
 Et prospera destino y haga asiento,
 No donde vieron fuera de los hombros,
 Los antiguos Romanos destroncada,
 La cabeza de quel varon difunto,
 Ni donde la gran piel del buei hermoso,
 Tan gran tierra ocupò que fue bastante,
 A encerrar dentro de sus largas tiras,
 Los levantados muros de Cartago,
 Mas donde en duro y folido peñasco,
 De cristalinas aguas bien cercado,
 Veredes vna Tuna estar plantada,
 Sobre cotas gruesas y anchas hojas,
 Ya Aquila caudal bella disforme,
 Con braueça cebando se estuviere,

De la nueva Mexico,

En vna gran culebra que a sus garras,
Vereys que esta rebuelta y bien asida,
Que alli quiere se funde y se levante,
La metropoli alta y generosa,
Del poderolo estado señalado,
Al qual expresamente manda,
Que Mexico Tenuchtitlan se ponga,
Y con aquella insignia memorable,
Leuantareis despues de nuevas armas,
Y de nuevos blasones los escudos,
Y porque la cobdicia torpe vicio,
Del misero adquirir suele ser causa,
De grandes disensiones y renzillas,
Por quitarnos de pleytos y debates,
Serà bien señalaros los linderos,
Terminos y mojones de las tierras,
Que cada qual por solo su gouierno,
A de reconocer sin que pretenda,
Ninguno otro dominio mas ni menos,
De lo que aqui quedare señalado,
Y lebantando en alto los talones,
Sobre las fuertes puntas afirmada,
Alçò los flacos brazos poderosos,
Y dando a la monstruosa carga buelo,

Afisi

Canto Segundo. 9

Asi como si fuera fiero royo,
Que con grande pavor y pasmo affombra,
A muchos, y los dexa sin sentido,
Siendo pocos aquellos que lastima,
Asi con subito rumor y estuendo,
La portentosa carga solto en vago,
Y apenas ocupò la dura tierra,
Quando temblando y toda estremecida,
Quedo por todas partes quebrantada,
Y asi como acabò qual diestra Cirçe,
Alli desvanecio sin que la viesen,
Señalando del vno al otro polo,
Las dos altas coronas levantadas,
Y como aquellos Griegos y Romanos,
Quando el famoso Imperio diuidieron,
Cuyo hecho grandioso y admirable,
El Aguila imperial de dos cabeças,
La diuision inmensa representa,
De aquesta misma suerte traza y modo,
La poderosa tierra diuidieron,
Y asi como pelota que con fuerça,
Del poderoso brazo y ancha pala,
Resurte para atras y en vn instante,
Tan presto como viene vemos buclue,

B Asi

De la nueva Mexico,

Asi con fuerte bote el campo heido,
Con lo que asi la vieja les propuso,
La retaguardia toda dio la buelta,
Para la dulce patria que dexauan,
Por la parte del Norte riguroso,
Y para el Sur fue luego prosiguiendo,
La vanguardia contenta le da vana,
Auiendose los vnos y los otros,
Tiernamente abraçado y despedido,
Y como aquella aguja memorable,
Que por grande grandeza y maravilla,
Oy permanece puesta y asentada,
En la bella Ciudad Santa de Roma,
A la vista de quantos vesla quieren,
No de otra suerte assiste y permanece,
El gran mojón que alli quedó plantado,
En altura de veinte y siete grados,
Con otro medio, y no vbo ningū hombre
De todo vuestro campo que atajado,
Palmado y sin sentido no parase,
Considerando aquesta misma historia,
Y por sus mismos propios ojos viendo
La grandeza del monstruo que alli estauo
Al qual no se acercauan los cauallos,

or mas que los hijares les rompian,
 porque vnos se empinauan y arbolauan,
 con notables bufidos y ronquidos,
 otros mas espantados resurtian,
 por vno y otro lado rezelosos,
 de aquel inorme peso nunca visto,
 hasta que cierto Religioso vn dia,
 celebró el gran misterio sacrosanto,
 de aquella Redencion del vniverso,
 tomando por Altar al mismo hierro,
 desde entonces vemos que se llegan,
 sin ningun pavor, miedo, ni rezelo,
 a su estalage a questos animales,
 como a lugar que libertado ha sido,
 de qual que infernal furia desatada,
 y como quien de vista es buen testigo!
 Digo que es vn metal tan puro y liso,
 y tan limpio de orin como si fuera,
 vna refina plata de Copella:
 y lo que mas admira nuestro caso,
 es que no vemos genero de vera,
 de rrombure, quemazon, o alguna piedra,
 con cuiu fuerza muestre y nos parezca,
 aperse el gran mojon alli criado,

De la nueva Mexico,

Porquẽ no muestra mas señal de aquesto,
Que el rastro que las prestas Aves dejan,
Rompiendo por el aire sus caminos,
O por el ancho mar los fueltos pezes;
Quando las agües claras van cruzando,
Y aquesta misma historia que he conrado,
Sobremos gran señõr que se practica,
En lo que nueva Mexico llamamos,
Donde así mismo fuimos informados;
Se todos forasteros y apuntando;
De aquestos dos hermanos la salida,
Al passar da indicio se quedaron,
Sus padres y mayores y señalan,
Al cheñado nõtte donde dizen,
Y afirman ser de alla su descendencia,
Y dizen que contienen sus injones,
Ora la forma de naciones diferentes,
En lenguas, leyes, ritos, y costumbres;
Los unos muy distintos de los otros,
Entre los quales cuentan Mexicanos,
Y Tarascos con gente de Guina,
Y no parando aout tambien afirman,
Auer como en Castilla gente blanca,
Que todas son grandezas que nos fueren

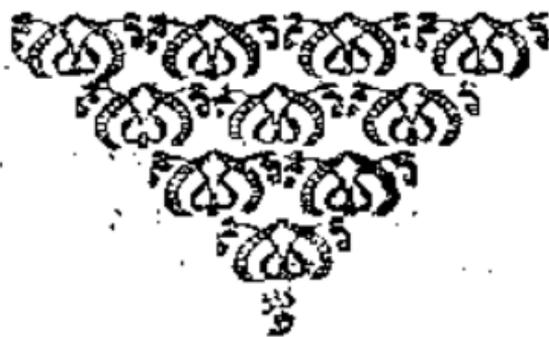
derribar por tierra las columnas,
el non Plus Ultra infame que lebrantany
vientes, mas para rueta y el estrado,
para tocas, vainicas, y labores;
Que para gouernar la grueilla pica,
Generoso baston, y honrada espada,
Yauer salido destas nuevas tierras,
Esos finos Mexicanos nos lo muestra,
Enzella gran Ciudad desbaratada,
Que en la nueva Galicia todos vemos,
En grueillos edificios derribados,
Desde los naturales de la tierra,
Dizen que la plantaron y fundaron,
Iros tiempos Mexicanos que salieron,
En aquella nueva tierra que buscamos,
Desde los altos asientos y altos maros,
Con todo lo que boja nueva España,
Hasta dar en las mamas poblaciones,
De lo que nueva Mexico dezimos,
Que les van los colchicos rastros,
Que por no matique el viento van sacados,
La remontada caça que se esconde;
Asi lo cuidado de la soldadesca,
Para andar sacaba y descubria.

De la nueva Mexico,

Desde los anchos limites que digo,
Parentes rastros, huellas, y señales,
Esta verdad que vamos inquiriendo,
A causa de que en todo el despoblado,
Siempre fuimos hallado sin buscarla,
Mucha suma de loça, mala y buena,
A veces en montones recogida,
Y otras toda esparcida y derramada,
Que esto tuvieron siempre por grandes
Los Reyes Mexicanos que dezimos,
Porque la mas vagilla que tuvieron,
Fue de barro cozido, y luego al punto,
Que del primer servicio se quitava,
To lo lo destrozavan y quebravan,
Y dentro de las mismas poblaciones,
Todos los mas de vuestro campo vimos
Algunos edificios y pinturas,
De antiguos Mexicanos bien sacadas,
Y assi como por brujula descubre,
El buen tahir la carta deseada,
Asegurando el resto que ha metido,
Assi con estas pintas y señales,
Seguros asentamos todo el campo,
En el gustoso aluerque descubierto.

Tomando algún descanso que pudieſſe,
Esforçar y alentar alguna coſa,
Los fatigados cuerpos quebrantados,
Del peſo de ſas armas trabajofas,
Por manera ſeñor que aqui ſacamos,
Que eſta eſta noble tierra que piſaron,
Aquellos brabos viejos que ſalieron,
De la gran nueva Mexico famoſa,
Por quien el peregrino Indiano dize,
Que muy pocos la quieren ver ganada,
Y con mucha razon nos deſengaña,
De verdad tan patente y conocida,
Porque para enſanchar los altos muros,
De nueſtra ſanta Igleſia y levantarlos,
Son muchos los llamados, y muy pocos,
Aquellos a quien vemos eſcogidos,
Para coſa tan alta y levantada,
Mas dexemos aqueſta cauſa en vanda,
Que pide larga hiſtoria lo que encubre,
Cerrando nueſtro canto mal cantado,
Con auer entonado todo aquello,
Que de los mas antiguos naturales,
A podido alcançarſe y deſcubriſe,
Acerca de la antigua decendencia,

De la nueva Mexico,
Venida, y poblacion de Mexicanos,
Que para mí yo tengo que salieron,
De la gran China, todos los que habitan,
Lo que llamamos Indias, mas no importa,
Que aquesto por agora aquí dexemos,
Y porque vuestra gente Castellana,
A quien parece corta la grandeza,
De todo el vniverso que gozamos,
Para oírla toda, y descubrirla,
Por si en fin alcanco vna grande parte.
De aqueste nuevo Mundo que inquirimos,
Adelante diremos quales fueron,
Y quienes pretendieron la jornada,
Sin verla en punto puesta y acabada,



CANTO
TERCERO.

COMO POR SI SOLOS, LOS ESPA-
ñoles tuvieron principio, para descubrir la nue-
va Mexico: y como entraran, y quienes
fueron los que primero pretendie-
ron, y pusieron por obra la
jornada.



LA SON gallardo, y alto, es
el trabajo,
De aquella illustre fama memo-
rable,

Que en la triunfante Corte soberana,
Y militante aluergue que vimos,
Sabemos que se anida, y se atesora,
Mediante aquellos heroes valerosos,
Que su inmortal vandera profesaron,
En la alta zima, y cumbre poderosa,
Puedes notar señor incomparable,
Que por escudo heroico, y sublimado,

De la nueva Mexico,

Quiso aquel poderoso Dios eterno,
Que por alteza grãde y triunfo el hombre
Que en Trinidad y esencia representa,
Subeldad propia y alta semejança,
Sacada de su mismo ser al viuo,
Le guardase, y del mucho se estimase,
Si todas las mas cosas desta vida,
Seguras en buen puerto ver quisiessse,
Y assi no se vera ningun trabajo,
Si con heroico pecho es recebido,
Que en el el mismo Dios no resplandezo
Mostrandonos parente la belleza,
De sus notables hechos y prohezas,
Y esto quales resplandecientes soles,
Alta en el quarto cielo levantados,
Con no pequeño asombro nos mostraro
Despues que en la Florida se perdieron,
Por aquel largo tiempo prolongado,
El grande negro Estenan valeroso,
Y Cabeça de Vaca memorable,
Castillo, Maldonado, sin segundo,
Y Andres Dorantes mas auentajado,
Todos singularissimos varones,
Pues en la tempestad mas fiera y braua,

Por todas sus miserias y trabajos,
 Por ellos quiso obrar la suma alteza,
 Y en suma grandiosa de milagros,
 Y como su Deidad con solo aliento,
 Infundio espíritu de vida al hombre,
 Y porros sano venditos de su mano,
 Así pasando aquellos valerosos,
 Potente a questeas barbaras naciones,
 No solo a sus enfermos los sanauan,
 Lisiados, paralticos, y ciegos,
 Mas dauan tambien vida a sus difuntos,
 Que solo vendicion y aliento santo,
 Que por sus santas bocas respirauan,
 Prima viua, atrisca y medicina,
 Que solo en la botica milagrosa,
 Del poderoso Dios pudo hallarse,
 Por cuya virtud alta y soberana,
 Sorpresos los Alarabes incultos,
 Así como si fueran dioses todos,
 Una vez por tributo y vassallage,
 Les consagraron, dieron, y ofrecieron,
 Millados de seyscientos coraçones,
 De muchos animales que mataron,
 Que no es pequeño pasmo y maravilla.

De la nueva Mexico,
Que gente bruta, barbara, grollera,
De todo punto viesse y alcançase,
Que con razon no más que coraçones,
Deuen sacrificarse y ofrecerse,
A los que semejantes obras hazen,
Porque no obstate que es porción pequeña,
Para satisfacer la debil hambre,
De un milano flaco zcobardado,
Nadie ignora el gran ser de su nobleza,
Pues siendo en si tan corto y encogido,
Sabemos que no cabe en todo el mundo,
Y en el abreviado que es el hombre,
El es la primer vase y fundamento,
Que da calor de vida al artificio,
De todo el edificio milagroso,
Y es en si tan heroica su grandeza,
Que como es fuerza paffe y se registre,
Por una de las salas del juzgado,
En como puesto asisten los sentidos,
Lo que a la suma alteza y excelencia,
Del bello entendimiento se propone,
Asi no puede ser que llegue cosa,
Que le hiera y de muerte le lastime,
Sin que primero acabe y se destruya,

El mundo breve, y toda su grandeza,
Porque es el postrero que fenecce,
Y el que postrero pierde el movimiento,
Y así en él, como en hermoso templo,
La magestad del alma se aposenta,
De donde al poderoso Dios embia,
Sus santas y deuotas oraciones,
Sus obras, pensamientos, y alegría,
Su verdadero amor, y su misteza,
Sus lagrimas, suspiros, y gemidos,
Tales como abundante fuente viua,
De donde manan cosas tan grandiosas,
Que solo Dios el coraçon se deue,
Sacrificar en todas ocasiones,
Y todos los demas varones fuertes,
Que sus vendidos passos van figuiendo,
Notando el sacrificio inestimable,
De estos rústicos harreros salvages,
Que tantas coraçones ofrecieron,
Y estos quatro famosos que en sus tierras,
Por tiempo de nueue años trabajados,
Un millón de miserias padecieron,
Cual de los quales aportaron;
En la Prouincia calida famosa,

De la nueva Mexico,

De Culiacan que en otros tiempos nobles,
Muy nobles cavaleros la poblaron,
En cuyo puesto y siglo de oro illustre,
Aquel humilde Provincial coloso,
De la orden del serafico Francisco,
Que fray Marcos de Niça se llamava,
Auiendose bien dellos informado,
Por auer descubierto cierta parte,
Dostas nuevas Regiones escondidas,
Y como ya alcançava de los Indios,
La razon que atras queda referida,
Que salieron de aqui los Mexicanos,
Qual famoso Colon, que nuevo Mundo,
Dio a vuestra Real corona de Castilla,
Asi determinó luego de entrarle,
Por cosa de dozentas leguas largas,
Con solo vn compañero confiado,
En aquel sumo bien que nos gobierna,
Y por enfermedad que a el compañero
Sobrebino, fue fuerça se quedase,
Y el se entro con diuino y alto esfuerço,
Con cantidad de barbaros amigos,
La tierra adentro, y como aquel que halla,
Vn rico y preciosissimo tesoro,

Cuya

Cuya abundancia fuerza y le combida,
 Que buelua con presteza por socorro,
 Así el gran Capitan de pobre gente,
 Con grande priessa reboluio diziendo,
 Notables excelencias de la tierra,
 Que auia visto, notado, y descubierro,
 Y como no ay en todo el vniuerso,
 Cosa que mas parezca y represente,
 La magestad de Dios, como es el hombre,
 Como si fuera Dios emprende cosas,
 Que a solo Dios parece se reseruan:
 Y así podeis notar Rey poderoso,
 Que teniendo de aquesta nueva tierra,
 Copiosa relacion de aqueste santo,
 Y heroico Religioso de Franciscos,
 Aquel grande Cortes, Marques del Valle,
 Despues de aner sulcado la brabeza,
 Del ancho bravo mar, y echado a fondo,
 Las poderosas naues de su flota,
 Hecho de tanto esfuerço y ossadia,
 Tal qual nunca abraçò varon famoso,
 Llevado del valor illustre y alto,
 De sola su persona no domada,
 Que ya por todo el Orbe no cabia,

De la nueva Mexico,
No porque no estabien desengañado,
Que solo fiere pies de tierra sobran,
Mas descubrir por cada pie pretende,
Un nuevo Mundo, y ciento si pudiesse,
Para mejor subir el edificio,
De nuestra santa Iglesia, y levantarle,
Por estas tierras barbaras perdidas,
Pues poniendo la proa de su intento,
Para largar al viento todo el trapo,
Siguiendo desta impressa la demanda,
Como amar, y Reynar jamas permiten
Ninguna competencia que les hagan,
Sucedió lo que al muy famoso Cesar,
Con el brabo Pompeio, sobre el mando
Que cada qual por fuerza apetecia,
Porque le contradijo don Antonio,
Primero Visorrey de nueva España,
Diziéndole que a el solo la jornada,
Como a tal Visorrey le compete,
Corrando el aptecado y ciego nudo,
Que de amistad antigua y verdadera,
El uno con el otro professauan,
Mas Dios nos libre quando quiebra y rō
Interes, y que puede atrabesarse,

Por

Que al punto que quiere embraucerse;
 Ni ay Rey, razon, ni ley, ni fuerça tanta,
 Que a su furor diabolico resista,
 Y así dize muy bien el Mantuano,
 Ostra hambre, de riquezas vanas,
 Que desventuras ay a que no fuerçes;
 Los tristes coraçones de mortales,
 Y penele este nombre sacrosanto,
 Grandioso, soberano, y levantado,
 Porque ningun mortal jamas se atreua;
 Empeñarla jamas contra justicia,
 Mas como nos adierte la Escritura,
 Nunca será a questo, y alabarle hemos,
 Por aver hecho en vida maravillas,
 Pues porfiando los dos sobre esta causa,
 Como si fueran dioses poderosos,
 Cada qual pretendia y procuraua,
 Rendir a todo el mundo si pudiese,
 Y vista aquesta causa malparada,
 En punto procuro el Marques heroico,
 Por ser del mar del Sur Adelantado,
 Que por este derecho pretendia,
 Alegaua ser suya la jornada,
 Y así por no perderla, ni dexarla,

De la muerte Mexico,

Vino a tomar de España la derrota,
Para tratar con la imperial persona,
De vuestro bien aventurado Abuelo,
Carlos Quinto de toda aquella causa,
Como alto y prudentísimo gouierno,
Tuvo de los imperios mas notables,
Reynos y señorios desta vida,
La suprema y mas alta primacia,
Siendo amado, acatado, y estimado,
De todo lo que ciñe el yniuerso,
Pues luego que dio fin a su carrera,
Y recogio las velas destrozadas,
De aquel largo viage trabajoso,
Qual nave poderosa que da fondo,
Es deffinado puerto, y al instante,
La vemos yr a pique y sin remedio,
Así llegó la cruda y feroz muerte,
Diziendo en altas voces levantadas,
A ninguno perdonò y puso pazes,
O grandole de vista la jornada,
Y con horrible imperio poderoso,
Al punto le mando se derrotase,
Tomando sin escusa, y sin remedio,
Aquel mortal y funebre camino,

Trillado y seguido de los muertos,
 Quanto jamas han dado de los vivos,
 Y mas de aquellos tristes miserables,
 Que vida prolongada se prometen,
 Y como muchas veces acontece,
 Que con descuido suele deslizar se,
 Y regalado vaso de las manos,
 Dexandonos muy tristes y suspensos,
 Y con sin aliento boqui abiertos,
 De verle por el suelo destrozado,
 Asi causó grandissima tristeza,
 Asombro, pavor, miedo, y sobresalto,
 El ver aquel varon tendido en tierra,
 Refuelto todo en polvo y vil ceniza,
 Siendo el que aventajo tanto su espada,
 Que ligero con ella el nuevo mundo,
 Mas quien será señor aquel tan fuerte,
 Que a la furiosa fuerza de la parca,
 Ponga su gran braueza resistirla,
 Los Reyes, Papas, y altos potentados,
 Personeros despojos y trofeos,
 Dejajo de sus pies estan postrados,
 Mas que mucho si al hijo de Dios vivo,
 Saltemos todos le quitó la vida,

De la nueva Mexico,

Por cuya causa cada qual se apreste,
Pues sin remedio es fuerza que se rinda,
Y sin vital espíritu se postre,
Debajo de su pala y fuerte azada,
Con esto don Antonio de Mendoza,
Tomó y quedó por suyo todo el campo,
Qual aquel que a su gran contrario dexa
En el tendido palido y el alma,
Del miserable cuerpo desahida,
Y para descubrir mejor el blanco,
Valiose del tercero don divino,
Que es quité mas biē nos lleva y encami,
Qual rosalgente luz que nos alumbra,
Con cuya claridad tomo consejo,
Con aquel gran varon noble famoso,
Que Christoual de Oñate se dezia,
Persona de buen seso y gran gouerno,
Y vno de los demas valor y prendas,
Que de capa y espada en nueva Españ
Y Reynos del Puro auemos visto,
Al qual pidio su parecer y voto,
Acerca del soldado mas gallardo,
Sufrido, astuto, fuerte, y mas discreto,
Que le fuese posible que escogiese.

Y solo ocuparle y encargarle,
Que por explorador de aquesta entrada,
Con treinta buenos hombres se aprestase,
Antes que todo el campo se partiese,
Y como el buen fin tanto se adelanta,
Quanto el principio es mas bien acertado,
Como vn agudo linco que traciendo,
O Aguila Real que sin empacho,
El mas bravo rigor del Sol penetra,
Asi con gran presteza luego dixo,
Poniendole delante la persona,
De aquel Iuan de Zaldibar su sobrino,
Suñado de verguença, y tan sufrido,
Quanto para vna afrenta bien prouado,
Al qual sin mas acuerdo le encargaron,
Vn gallarda esquadra de Españoles,
Que treinta brabas lanças governauan,
Con estos se metio la tierra adentro,
Por donde les corrio muy gran fortuna,
Y empestad deshecha de trabajos,
Tan esforçados viuos y alentados,
Que solo su valor pudo sufridos,
Sabe el inter el diestro Mendozino,
Quanto como asturo gran socorro,

De la nueva Mexico,

Formando vn grueso campo reforçado
De bella soldadesca tan vizarra,
Quanto mas no pudieron esmerarse,
Aquellos que llegaron y pusieron,
El belico primor en su fineza,
Pues viendo esta belleza levantada,
Con ellos se boluio el santo Niça,
Prouincial de pobrissimos Franciscos,
Por solo que tuuiesse franca entrada,
La voz de la Euangelica doctrina,
Entre estos pobres barbaros perdidos.
Y porque el cuerpo humano destronca
Y puesto sin cabeça es imposible,
Que pueda bien mandarse y gouernarse
Nombraron por gouerno deste campo
A vn grande cavallero que Francisco
Vazquez de Coronado se dezia,
Persona de valor y grande esfuerço,
Para cosas de punto y graue peso,
Y porque reberencia le touiesse,
Con titulo de General illustre,
Quisieron ilustrar á su persona,
Y honrrandole el Virrey en quanto pudo
Para mas alentar aquesta entrada,

Una persona salio haciendo escolta,
Hasta poner el campo en Compostela,
De la Ciudad de Mexico apartada,
Largas doxientas millas bien tendidas,
Donde vino á salirles al encuentro,
El Capitan Zaldibar quebrantado,
De áspero camino trabajoso,
Que vino de explorarle y descubrirle,
A fuerza de armas, hambre, y sed notable,
Y otros muchos trabajos que no cuento,
Que por inornites paramos sufrieron,
Y haciendo al Virrey que aquella tierra,
Que auia visto, norado, y descubierta,
No se parecia nada auentajada,
Respecto de ser pobre y miserable,
Y de rusticos barbaros poblada,
Mas que no fuese parte en doraquesto,
Para que vn solo passo atras boluiesse,
Porque donde se pierde la esperanza,
Alli los mas sollicitos monteros,
Se en con mucho gusto y passatiempo,
Leuantar sin pensar muy grande caza,
Y como para el bien jamas le falta,
Quien lo impugne, resista, y contradiga,

De la nueva Mexico,

No faltò quien dixese y arizase,
Ser pobrissima tierra, y que por serlo,
Era terrible caso que aquel campo,
En cosa tan perdida se ocupase,
Al alma le llegó al Virrey la nueva,
Mas como muy prudente y recatado,
Considerando que de vn grande hierro,
Suele salir vn grande acertamiento,
Desimulose todo lo que pudo,
Y assi como en el subito peligro,
Se deue aconsejar con gran presteza,
Aquel que viue del mas descuidado,
Sin dilacion mandò que se pudiese,
Grandissimo silencio y se callase,
Todo lo referido, sin que cosa,
Quedase para nadie descubierta,
Pues con esto era fuerza que el peligro,
De deshazerse el campo se venciese,
Cuya preuencion hizo, porque el gasto,
Estauz ya perdido y consumido,
Con cincuenta mil pesos de buen oro,
Que Christoual de Oñate quiso darle,
Prestandolos con pecho generoso,
Por solo que esta entrada se hiziesse,

Y que

Y que seria posible si se entrase,
Segunda vez que fuesse de provecho,
Y como siempre suele auentajarse,
Al cansado montero la porfia,
Porfiando mandò que luego al punto,
El nuevo General diesse principio,
A levantar el campo, y que marchase,
Y auiendose de todos despedido,
Tomò el Virrey de Mexico la buelta,
Y el Real fue tomando su derrota,
Con grande furia y fuerça de trabajos,
Los quales los llevaron y sportaron,
A los pueblos de Cibola llegados,
A otros circunuezinios comarcanos,
Donde el gran padre Niça y los Floridos,
Y el capitan Zaldibar con su esquadra,
Llegaron y holuieron con la nueva,
En cuyo puesto el general gustoso,
De ver aquella tierra, mandò luego,
Que grandes fiestas todos ordenasen,
Y haziendose assi, salio en persona,
En vn bravo cavallo poderoso,
Y en vna escaramuça que tuuieron,
Batiendo el duro suelo desembuelto,

De la nueuis Mexico,

Desocupò la silla de manera,
Que del terrible golpe atormentado,
Quedò de todo punto sin juicio,
Y assi como los miembros adolecen,
Luego que en la cabeça sienten falta,
Y cada qual dispara y no gouerna,
Assi la soldadesca viendo estaua,
La fuerça del gouerno zozobrada,
Destroncada y enferma luego quiso,
Teniendo tanta tierra en que estenderse,
Parar con el trabajo y cercenarle,
Y assi juntos a vna, y en vn cuerpo,
Qual aquel que de hecho desespera,
Assi dieron de mano a la esperança,
Verdadero remedio de los males,
Que con grandes cuidados pretendemos,
Y sin ver que mejor le vbiera sido,
A todo aqueſte campo disgustoso,
Noauer dado principio aquella impreſſa,
Que boluer las espaldas vergonçosas,
Auien tose vna vez metido dentro,
De la dñica prueua y estacada,
Con toda aqueſta leſtuna furioso,
Reboluio con grandissima preſteza,

Las presurosas plantas desembueltas,
Y aunque muchos quisieron como buenos
Resistirlos á todos con razones,
Y fuerza de palabras eficaces,
Del santo Prouincial favorecidas,
Y amparadas tambien por don Francisco,
De Peralta grandissimo guerrero,
Y del gallardo pecho del Zaldibar,
Y de aquel cavallero insigne y raro,
Don Pedro de Tobar Padre de aquella,
Ilustre, bella, y generosa dama,
Tan cortes, como grande cortesana,
Doña Ysabel en cuió ser se encierra,
Vna virtud profunda lebanzada,
Al soberano amor en que se enciende,
Valiendose del martir abrasado,
En cuió templo vemos que se abraza,
Y como viua brasa se consume,
En amoroso fuego del esposo,
Que es viua de su vida y alma vella,
Todas illustres prendas heredadas,
De su esforçado padre valeroso,
El qual con otros muchos cavalleros,
Istauan porque el campo no boluiese,

Y co-

De la nueva Mexico,

Y como siempre el bulgo, y chusma torpe,
No admiten lo que es fuera de su gusto,
Sin hazer de ninguno cuenta alguna,
Fue tanta su dureza y pertinacia,
Que con muy grande perdida notable,
Bolvieron las espaldas al trabajo,
Porque como no entraron tropezando,
Con muchas barras de oro, y fina plata,
Y como vieron que las claras fuentes,
Arroyos y lagunas no vertian,
Doradas sopas, tortas, y rellenos,
Dieron todos en maldezir la tierra,
Y a quien en semejantes ocassiones,
Quiso que se metiesen y enredasen,
Y así todos cuitados y llorosos,
Como si fueran hembras se afligian,
Cuya vageza digna de deshonra,
Con que estos sus personas tafamaron,
Levantando las manos del trabajo,
Que es fuerza que en la guerra se padezca,
Será bien se suspenda a nuevo canto,
Si auzemos de escrevir su triste llanto,

CANTO QUARTO.

DE LA INFAMIA Y BAGEZA
que cometen los Generales, oficiales, y soldados
que salen a nuevos descubrimientos, y se
hallan sin perseverar, y ver el
fin de sus empresas.



V I E N muy bastantes prendas
no sintiere,
De los quilates y valor que al-
cança,

Para seguir con valeroso esfuerço,
Del iracundo Marte el duro officio,
Sino quiere vivir vida afrentosa,
Infame, miserable, y abatida,
Huiga de todo punto y no se empache,
En el subido son de sus clarines,
Roncas cajas y pifanos templados,
Que presta que en la quieta paz se arrastré,
Con muy vizarras passos gruellas picas,
Y que

De la nueva Mexico,

Y que con esmeriles y mosquetes,
Arrojen por el aire prestas valas,
De que sirve el benablu mas tendido,
Las plumas levantadas y las galas,
Gineca hontrrosa y gran baston tornido,
Los pompofos entonos y palabras,
Promesas y hrabeza que nos muestran,
Los que al furor indomito se ofrecen,
Si en llegando que llegan a las veras,
Su animo se rinde y acobarda,
Qual aquel que de ver los filos vicinos,
De vna debil lançera desfallece,
No ay visoño soldado que no sepa,
Ni corto cortesano que no alcance,
Que no ay palabras viles mas infames,
Ni execucion de manos mas perdida,
Que pretender por la nobleza de armas,
Honor aquel que no es para alcanzarle;
Y assi no puede ser desemboltura,
Ni soberuia que pueda compararse,
Al que ocupa en el belico exercicio,
Qualquiera de sus plaças levantadas,
No me da mas la que es de pobre infante,
Que la del mismo General famoso,
O qual.

Qualquiera otro bravo guerrero,
Puesto en la ocasion à campo abierto,
Rebuelue las espaldas sin empacho,
De aquellos que de afuera los señalan,
Y por sus mismos nombres los conocen,
Cuyo grave descuido descuidado,
Estuvo mas dañoso y afrentoso,
Que si en publica plaza las bolutes,
Abraço de un verdugo despojadas,
Con voz de pregonero lebandada,
Y publica trompeta conocida:
Quié vio a los q̄ hemos dicho yr marchã.
Labuelta desta impresa señalada, (do,
De la Audiencia y Virrey acompañados,
Con tanto parabien de caualleros,
Y aplauso de las damas mas gallardas,
De todas las que ciñe nueua España,
Y qual otro Nembrot que pretendia,
Subir y conquistar el alto Cielo,
Asi nos dio à entender todo este campo,
Ser poco todo el mundo y su grandeza,
Para solo cebar su fiera diestra,
En cosas de importancia que y gualasen,
Al subido valor de sus personas,

Y quies

De la nueva Mexico,

Y quien los ve boluer á tienda suelta,
Con lenguas tan discordes y diuersas,
Las vnas con las otras encontradas,
Asi como sabemos se encontraron,
Aquellos palabreros que olvidados,
De sus vanos intentos se boluieron,
Confusos del trabajo comenzado,
En la gran Babilonia celebrada,
De las diuinas letras consagradas,
Asi los atigidos coronados,
Viendo a su General de todo punto,
Privado de memoria y de sentido,
Confusos se boluieron de la tierra,
Vnos doliendo se de auer dejado,
Sus fuerzas a la orilla zozobradas,
Otros que sus trabajos fueron vanos,
Pues en vano llegaron y boluieron,
Sin ver de aquel estado la grandeza,
Negando con gran fuerza de razones,
Ser para solo heriizo alli criada,
Pues la diuina mano poderosa,
Siendo en pequeñas cosas admirable,
En las que eran tan grandes y espaciosas,
Era caso forçoso auentajarse;

Quos pbr el contrario se affligian,
Durando hambre, defaudez, cansancio,
Terribles yelos, nieues, y ventiscos,
Pesados soles, aguas, y granizo,
Gran pobreza y trabajos de la tierra;
Miserias del camino trabajoso,
Postas y centinelas peligrosas,
El peso de las armas defabradas,
Inclenencia del Cielo riguroso,
Y riesgos de la vida no pensados,
Enfermedades, y otros disparates,
Como si el duro oficio de la guerra,
Boviendo atras su natural vertiente,
Y el poderoso impetu furioso,
Con que su brabo curso va vertiendo;
Acaso les vbiefe prometido,
No lo que el muy saagriento Marte ofrece:
Sino aquello mas puro y regalado,
Que de fertil raziimo beneficia,
El gran niteo de Cadmo y de Saturno;
O lo que aquel Profeta prodigioso,
Que en la casa de Meca reberencia,
Legente Sarracena por que aguarda,
Gran fuerça y opulencia de manjares.

De la nueva Mexico,

En el futuro siglo que pretende,
Sin advertir los pobres miserables,
Que tocar vn ciarra alto gallardo,
Y roncá caja y pifano templado,
Y arbolár á su tiempo vn estandarte,
Y tremolar en campo vna vandera,
Que no es para gustosos passatiempos,
Contentos ni regalos delicados,
Florellas ni vanquetes muy solenes,
Mas para professar con brabo esfuerço,
Aquel blasón Romano belicoso,
Que dize en altas bozes levantadas,
Nos por vivir en paz queremos guerra,
O miserables tristes abatidos,
Tristes, que sin valor quereis poneros,
Así como Fazeron ponerse quiso,
A gouernar el carro poderoso,
Allá en la quarta Esfera levantado,
Tomando tanta altura, porque fuesse,
Su ambiciosa soberuia mas sabida,
De todos los mortales que notaron,
Su misera desgracia triste infame,
Y para no venir en tanta afrenta,
A guerra aquel que quiere someterse,

Abelico furor y profellarie,
Que como firme harpon, o gallardete,
Que en altissima cumbre está asentado,
De poderolos vientos combatido,
Que mientras mas le asigen y combaten,
Mas firme muestra el rostro a la braveza,
De aquel q más se esfuerça en contrastarle,
Que así firme esforçado y valeroso,
Ade poder el rostro a los trabajos,
Miserias, y fatigas que vinieren,
Y uera de perder el alma entienda,
Que no puede auer cosa que no aguarde,
Y experimentado trance el buen guerrero,
Si ya no es que las leyes militares,
Otra cosa dispensen y permitan,
Porque esto significan los escudos,
Con que muy alto Rey y quereis honrrarlos
De resaca y roja sangre matizados,
Con tantas barras, fuegos, y leones,
Cebillos, lobos, tigres, y serpientes,
Con otros muchos fieros animales,
Insignias y diuisas que nos muestran,
La torpeza de aquellos que pretenden,
Entre tantos disgustos tener gusto,

De la nueva Mexico,

Y a estos tales mejor les estuiera,
Serbir a los que tienen grueñas tiendas,
De aquel licor sabroso que adormece,
O a los que son mas praticos y diestros,
En saber sazonar dulces manjares,
Que no serbir con tanto sobresalto,
Perigo, riesgo, y costa de la vida,
A vuestra Magestad, pues que no puede
Abritar con otra a quien le falta,
Y si por mas valer, y ser pretenden,
Y contra la corriente y agua arriba,
Sigant aquellos hechos bazañosos,
De aquel grande varon alto famoso,
Del Imperio Romano gran monarca,
Y sobre cuyos hombros descargauan,
Negocios de grandissima importancia,
Que por mas levantar su brabo imperio
Todo lo mas del tiempo se ocupaua,
En solo matar moscas sin cuidado,
Del poderoso ceptro que tenia,
Bogea a cierto de varon indigno,
De tal imperio, y digno de soldados,
Tales quales aqui se van mostrando,
Mal professaran estos las vanderas,

De aquel muy esforçado Macedonio,
Pues para no dormirse en la milicia,
Estava de continuo tan alerta,
Qual nos pintan aquella centinela,
En vn pie puesta y toda levantada,
Con cuidado la piedra bien asida,
No de otra suerte siempre le pusieron,
A este varon notable vna gran bola,
De fina plata gruesa bien tornida,
Sobre la diestra mano porque fuese,
Parte para que luego despertase,
Dando sobre otra guaca que tenia,
Debajo de la mano poderosa,
Y si haciendo aquesto es fuerza viertan,
Aquestos pobres lagrimas amargas,
Molidas de tantas desventuras,
Vengan a aquellas lagrimas famosas,
De este mismo varon a quien abraça,
Por vno de los nueve la gran fama,
Cuya grandeza es cierto que llorava,
Porque otros muchos mundos le dixeron,
Tanta la magestad de Dios criados,
Y que era fuerza tiempo le faltas,
Para poder mostrar su bravo esfuerço,

De la nueva Mexico,

En la grande conquista que pensava,
Hazer de todos ellos, si la vida,
Se dilatara tanto, y se alargara,
Quanto su brabo pecho se estendia,
Y si algun gentilombre que me escucha,
Vbiere retirado su persona,
Desamparando el puesto que pudiera,
Ocupar otro mas auentajado,
En propagar la sangre derramada,
Por aquel soberano Dios que quiso,
Que todos los del mundo se saluasen,
Haga muy grande cargo de conciencia,
En ser despreciado el santo riego,
Que pudo derramarse por aquellos,
A quien desamparó sin ver que estauan,
Aunque de perderse y condenarse,
Y para confasion de aquestos tristes,
Quéro traer señor á la memoria,
Un caso digno de que no le cubran,
Las poderosas aguas del olvido,
Y es, que cierto Virrey de nueva España
Escriuió á vuestro grac señor y Padre,
A cerca de las rentas Filipinas,
Diziendo, que por cierta y buena cuenta

Cada con grandissimo cuidado,
 Cuya notado, visto, y descubierto,
 Por muchos mas los gastos q̄ el provecho,
 Que de todas las Islas resultans,
 Por cuya suficiente y justa causa,
 Sea de parecer se despoblaren,
 Igual vemos aq̄el á quien lastiman,
 Con qual que fiera llaga penetrante,
 Así muy mal herido y lastimado,
 Del consejo que sin pensar le vino,
 A punto respondio sin detenerse,
 Santo Rey Catholico diziendo:
 Tanto que me aduertis que con cuidado,
 Mis hechado cuenta de las rentas,
 Que Dios quiso serbirle de encargarnos,
 Dirnos en las Islas del Poniente,
 Q̄ se ois de parecer que se despueblen,
 Por que son mas los gastos q̄ el provecho,
 Digo que si es posible sustentarse,
 Ya muy y pobre hermita le bantada,
 En toda aquella tierra y sus contornos,
 Mediate la qual venga á presumirse,
 Que se puede salvar vn alma sola,
 Que si pra este sin sin otro alguno,

De la nueva Mexico,

Las rentas y tesoros que tenemos,
En todos estos Reynos no bastaren,
Que luego me auiseis, porque con tiempo
Con las que aca alcançamos os socorra,
Que en esto quiere Dios que se consume
Dispenfen, gasten, pierdan, y derramen,
O gentes que tomais tan alto buelo,
Quales ormidas tristes, cuyas alas,
Tan por su mal sabemos que les nacen,
Frenad el passo, y aduertid que os notan
Que de la quieta paz quereis salir os,
Sin suficientes fuerças que os sustenten
Las corras prendas de los liacos braço,
Que sin discrecion vemos que se arrojan,
Tras del sangriento Marte belicoso,
Para solo bolberos con las manos,
En las cabeças tristes y llorosos,
Infames, abatidos, y afrentados,
Llenos de defonor y de verguença.
Dexad, dexad, aquesta noble imprisa,
Para aquellos heroicos que asistiendo,
Enmienden vuestras faltas miserables,
Y con illustre esfuerço las fenezcan,
Y buelua cada qual a sus madejas,

Dentro en su rincón palle su vida,
Notando el gran tesoro que se ofrece.
Por vna alma de aquellas que dexastes,
Pobre, de lamparada, y sin remedio,
Y ponderad con esto que los vienes,
De todo el vniverso que gozamos,
No es precio suficiente ni bastante,
Para rescate de vna sola gota,
De la sangre vertida y derramada,
Por el gran Dios que quiso redimirla,
Y que si toda fuera necessaria,
Para saborearla y rescatarla,
Sin duda que la vieramos vertida,
Qual por todos la vemos derramada,
Con cuyo inmenso precio soberano,
Podéis sacar el gran valor y estima,
De lo que por tal precio se rescata:
Pues siendo esto verdad como dezimos,
Quando no lebanteis en nueuas tierras,
Templo, ni pobre hermita, donde pueda,
La magestad de Dios reberenciarfe,
Y solo consumais vuestros trabajos,
En baptizar limpiando de la culpa,
A vn solo parbulito quando piate,

De la nueva Mexico,

De esta penosa vida donde estubo,
Prisado y condenado para siempre,
A perpetuo destierro desterrado,
De la diuina essencia soberana,
Dezid donde pondremos el esfuerzo,
De vn hecho tan heroico y levantado,
Y es cosa muy donosa Rey sublime,
Que para mas cubrir su gran vageza,
Quieren hazerse grandes mayordomos
De vuestras Reales rentas, por que dicen
Fueron en estas cosas mal gastadas,
Sin mirar que si fueran despenferos,
Y ellos las manijaran y trataran,
Que por menos del numero de treinta,
Porque aquel triste quiso suspenderse,
A ellos tambien los vieramos colgados,
Sabe Dios que he notado muchas vezes
Que no à cō años que el horrible infier-
Tuuo todos los años de tributo,
De mas de cien mil almas para arriba,
Que en solos sacrificios homitaua,
La gran Ciudad de Mexico perdida,
Y qual deteriorado inuerno escapan,
Todas las mieles, arboles, y plantas,

En primavera vemos que se visten,
De infinitad de flores con que oluidan,
El rigoroso tiempo ya pasado,
Asi oluidada tanta desventura,
Tanta efusion de sangre derramada,
Y tanto sacrificio desdichado,
Podemos dezir cierto en nuestros tiempos
Que està todo lo bueno de la Iglesia,
Dentro desta metropoli famosa,
Que fue en tan corto tiempo tan perdida,
Porque no se que tenga parte el mundo,
Donde el culto diuino mas se estime,
Ni mas se reuerencie, ni se acate,
Ni donde sus ministros mas se teman,
No ortren, amen, respeten, y lebanten,
Y asi parecè que permite el Cielo,
En pago de respetos tan gloriosos,
Que pinten y florescan maravillas,
De Martires, y Confessores santos,
Que han sido luz de toda aquesta tierra,
Donde por la bondad de Dios inmenso,
Ay tanta suma de famosos templos,
Hermitas, monasterios, y hospitales,
Colegios y combentos muy poblados,

De la nueva Mexico,

De las grandes primicias que dexaron,
Nuestros primeros Padres que vinieron
A reducir en bien tan tristes males,
Y todos a vna mano de admirables,
Bellos y felicissimos ingenios,
En todas ciencias y artes liberales,
Y lo que mas se muestra y se señala,
Es la caridad santa generosa,
Que como Sol en medio de su curso,
Asi con bello resplandor descubre,
Muchos grandes varones y mugeres,
Que á manos llenas vierten y derraman
Luz y vida tan grandiosas y admirables,
Que solos Reyes pueden competirlas,
Con cuiu alteza vemos levantados,
Con suma de hospirales generosos,
Con nobles templos, de bellos edificios,
Con grandes monasterios sumptuosos,
Con peregrinos conuentos memorables,
Y vna muy gran belleza de donzellas,
Con otro grande numero de polices,
Por las lindosas fajas fabricados,
Y todo aquello por el alto esfuerzo,
De aquel varon famoso que se pulso.

Descubrir a questo nuevo mundo,
Cuyos illustres hechos hazañosos,
Despues de auer pasado algunos años,
No ha de ser menos grandes y admirables,
Que los de aquel gran Cesar y Pompeio,
Aras, y Carlo Magno, y otros brabos,
A quien el tiempo tiene levantador,
Con su larga memoria prolongada,
Cuyas antigualla es cierto que ennoblece,
Los illustres sucesos ya passados,
Y los deste campo no boluieran,
Las espaldas tan presto como vimos,
Porra posible auer se descubierta,
Otro mundo tan grande y poderoso,
Qual este que tenemos y gozamos,
Sola vna terrible falta hallo,
Christianisimo Rey en vuestras Indias,
Yes, que estan muy pobladas, y ocupadas,
De gente vil, manchada, y sospechosa,
Y no siendo en España permitido,
Que passen estos tales a estas partes,
No se que causa pueda auer bastante,
Para que no los hechen de la tierra,
Que les es por justicia prohibida,

Pues

De la nueva Mexico,

Pues la oveja roñosa es cosa llana,
Que suele inficionar todo vn rebaño,
Quanto mas gran señor que no sabemos,
Lo que puede venir por vuestra España,
Y si abreis menester aquestas tierras,
Para laboreceros y ampararos,
De alguna miserable desventura,
De las que Dios permite que sucedan,
Por poderosos Reynos levantados,
Por cuya justa causa es bien se arranque,
Aquesta mala hierua, y se trasponga,
Sin que se dexé cosa que no sea,
De buen sabor, color, olor, y gusto,
Un jardín que es tan nuevo, tierno, y bello,
Principalmente con tan buena ayuda,
Qualia del tribunal santo famoso,
Que gouernan aquellos eminentes,
Intigues, y doctísimos varones,
Don Alonso, gran gloria, lustre y triunfo,
De la muy noble casa de Peralta,
Y Guerre Bernardo que levanta,
La mas antigua de Quiros nombrada,
Y aquel prudente Martos, q̃ a Bohorques,
Con singular valor sabio de punto,

Todos

Los vigilantissimos guerreros,
Contra la peste y cancer contagioso,
Que por algunos miembros de la Iglesia,
Los del vii campo heretico de Raman,
En cuna siembra vemos que descubren,
Pestilenciales nidos y veneros,
De perberfos errores contagiosos,
Como mas largamente lo refiere,
Aquel Ribera ilustre que compuso,
De vuestro santo Padre las obsequias,
En una docta y funeral historia,
Me acuerdo que refiere vn caso extraño,
De vn Josepho lumbroso relaxado,
Que dixo en altas voces que le oyeron,
Que vna no pensada desberguença,
Mata ya el tribunal del santo Oficio,
Que si el no viera estado de por medio,
Por estas solas dedos yo contara,
Los Christianos de toda aquella tierra,
Que a gran desberguença temeraria,
Por solo auer sido dicho en nueva tierra,
Y que es de nuestra fé tan buena planta,
Parece que inuirta farça y os combida,
A que pongais el hombro de manera,

Que

El que en noche importuna,
Repartio con Amielas su fortuna,
De nuevas glorias y esperanças lleno,
Entre cristales puros y diasanos,
Con dulces ecos victorioso canta,
En rapido mormurio y mas se espanta,
Que saerças Españolas,
Apre sulcassen sus valientes olas,
Quando animando al andaluz ligero,
Te vio pisar sus conchas el primero.

Pasmo se en su Region el fiero noro,
De ver sulcar el atreuido pino,
Escendidos retretes de Nereo,
Y gouernar al provido piloto,
Las blancas alas del hinchado lino,
Añadiendo esperanças al desseo,
Y qual si el Giganteo,
Atreuido rumor amenaxard,
Otra vez las esferas,
Viendo en partes remotas tus ligeras
Armadas naues, en su curso pava,
El planeta mayor que del Zodiaco,
Vio espantadas à vn tiempo las estrellas,

Flamigeras brillantes lózes bellas;
Mas viendo los faroles,
De los veloces Vassos Españoles,
Les dixé que en la hexaña que restauras;
Filipo à de ocupar aquellas auras.

Tiembla el manaccho intonso que el costado
Buano al arco pone en la batalla,
Del arte militar ageno y rudo,
Y con animo fiero y levantado,
Apiñando su baruara canalla,
Resiste el tiempo que su fuerça pudo,
Mas cayendo el desnudo,
Robusto cuerpo al filo de su azero,
El rancho desocupa,
Que con pazizas concanas ocupa,
Tomando alegre por feliz aguero,
Ser su rendido, y que en la nueva Mexico,
Los santos Numas Castellanos Reyes,
Triendan el cebro y constituyan leyes,
Y al rubio vellocino,
Sagesandote el Indio peregrino,
Oyle da Villa grã eternas glorias,
Escriniendo su fuerça y sus victorias.

tu cancion humilde que has subido,
A tan heroico y singular sugeto,
Basta no desvanescas el sentido,
Remite tantas glorias y alabangas,
A plectro mas subido y mas perfecto,
Vos Capitan discreto,
Que you lastes la espada con la pluma,
Hareis la copia, y en sucinta suma,
Que lleue al riuo al conquistado ocaso,
Animareys vuestro veloz Pegaso.

*AL ADELANTADO
don Juan de Oñate, y al Capi-
tan Gaspar de Villagrà, el
Maestro Espinela*

SONETO.



B R I R caminos, donde no vu-
fenda,
Nuevos Reynos buscar, nueva
comarca,
Por q̄ el Imperio de tu gran Monarca,
En los estraños limites se estienda:
De Idolatras hazer al Cielo ofrenda,
Sellados ya con la cruzada marca,
Ser quanto el Cielo tiene y mar abasta
A tu pecho y valor humilde prenda:
Efectos son don Juan que al Cielo solo,
Tienen correspondencia, q̄ en el mundo
Cauer no puede lo q̄ al mundo espanta:
Tu prudencia celebre el mismo Apolo,
O Villagrà que siendo á ti segundo,
Las tuyas calla y tus hazañas canta.

EL LICENCIADO SA N-
chez Collegial Trelingue Cathedra-
tico de prima de Hebreo, a don
Iuan de Oñate.

CANCION.



Exad aora del Castallo coro,
La verde selua y cristalina fuente,
Entretenido pensamiento vñano,
Y no os admire ya el sagrado Oriete

Donde el aurora peyna rizos de oro,
Sugero al gran valor del Lusitano,
Pues teneys Castellano,
Que las cien lenguas de la fama ocupe,
En quanto el mar escupe,
Argentadas espumas por el orbe,
Que con furia se sorbe,
En circulos axules de sus hondas,
Mostrando peyes en cauernas hondas.

Compa la fama las estampas de oro,
Que en bronce esculpe y en su libro imprime
De los que celebró en la lid pñada,

Que vence a los que en marmoles oprimo,
De sus frias cenizas el tesoro,
El limpio azero de esta illustre Espada,
Del que a la zona elada,
Rompio con los leones Españoles,
Que qual del mundo soles,
La luz llevaron a la tierra fria,
Que Belcebub tenia,
Con eternas tinieblas ocupada,
Y al pasto de la muerte condenada:

Tu del magno Alexandro no eternizen,
Los desiertos de Libia el brazo fuerte,
Ni los doze trabajos a su Alcides,
Pues a pesar de olvido acerua muerte,
Es justo tus hazañas solemnizen,
Las naciones con quien tu espada mides:
Las machinas y aráidos,
La sed intolerable y hambre acerua,
A quien la verde yerua,
El alma sustentó que se partia,
Do por alzer que cusa,
Quando el Cielo de estruallas mas se vorda,
Las frias piedras en la noche forda.

Trás Aquiles de inmortales obras,
Que en Troyanos mejor manchò su acero,
Y a tu sepulcro embidiaran los naeue,
Pues tus hazañas celebrò vn Homero,
Si eterno nombre por sus versos cobras,
Y al Homero a vn Aquiles se le deuè,
La embidia no se atreue,
A preferir à Homero, pues que viste,
Lo mismo que escreuiste,
Que el viro siendo ciego nunca pudo,
Embraçar el escudo,
Tu Homero con ojos y en la guerra,
Rayo del Cielo, espanto de la tierra.

Deten cancion el buelo,
Si al Antipoda passas presurosa,
Que tan dificultosa
Enpresa, al que la vio y escribe solo,
Concede aliento Apolo,
A ser el Mantuano por la pluma,
Adides en la guerra, en la paz Numas.

LVYS TRIBALDO
de Toledo, al General don Iuã de
Oñate, en el descubrimiento y
conquista de la nueva
Mexico.

SONETO.



YO Villagra tan grande y tan
profundo,
Fundamento en su ingenio y va-
lencia,

Que porque en el antiguo no cabia,
Le buscò en que cupiese nuevo mundo
Siguiendo al Norte otro Cortes segundo
Por dar lumbré mayor al mayor día,
De Boreas conquistò la monarquía,
Que oy celebra en estílo alto y facundo
Lo que merecen obras tan estrañas,
De Oñate y Villagra, no se dezillo,
Mas en su parangò siempre he dudado
Qual por qual acabò tantas hazañas,
Si este porque siguió tan gran caudillo
Si aquel porq̃ escogió tan gran soldado

CAN

ANCION PINDARICA,
lor del Capitan Gaspar de Villa-
grá, y don Iuan de Oñate, descu-
bridor, y cóquistador de la
nueua Mexico.

STROPHA. 1.



*Astilla madre gloriosa,
De gente por belicosa,
Espejo del Sol y Luna,
Recibe esta joya rica,*

*Que Villagrá sacrifica,
Al altar de tu fortuna,
Pues en limpiando la espada,
De la sangre derramada,
De mil Caciques sangrientos,
Sin romper vn punto el hilo,
Celebra tus vencimientos,
Con dulce y copioso estilo.*

ANTISTROPHA.

*Corde y timida lança,
Nunca al riesgo se abalança;*

Que

Que el coraçon con temor,
Por vivir vn tiempo breue,
No se arroja, ni se atreue,
Al peligro, ni al valor,
Triste del pecho y consejo,
Fundado en llegar à viejo,
Venturosos los guerreros,
Que dexan el miedo atras,
Y se arriscan los primeros,
Para eternizarse mas,

E P O D O.

Esto dize, y en batalla,
La victoria se promete,
Cubierto el cuerpo de malla,
Y la cabeza de almete:
Con la espada en vna mano,
Y en otra vn pauis vsano,
Va al combate tan terrible,
Como el rayo cae del Cielo,
Por hazer polvo en el suelo,
De vna Roca inaccessible.

STROPH. A. 24

Lleno

Qua delante por guía,
La flor de la Valentia,
Y un sujeto tan capaz,
Quan noble, don Isan de Oñate,
Marte agrado en el combate,
Y Júpiter en la paz:
Alexandro liberal,
Illustre y gran General,
(Por fuerte y por generoso)
De todo el Septentrion,
Jumbre y Norte milagroso,
De la Española nacion.

ANTISTROPHA

De aquel gran Christoval prenda,
Que en belicosa contienda,
Gano la Galizia nueva,
En el Mexicano imperio,
Luz del Arctico Hemispherio,
Y de sus grandezas prueva:
Arrimá de aquella idea,
De nobleza que hermosa es,
La virtud que mayor es,
Donde no alcanza mi pluma;

Nieta de Fernan Cortes;
Visnieta de Morequma.

E P O D O.

Este primero auerigua,
Por su espada y por su renta,
Do fue la Mexico antigua,
Oy nueva por otra cuenta,
Conquistador celebrado,
De todo el circulo elado,
Nunca en batallas vencido,
Y en peligros animoso,
Como Cortes atrevido,
Como Colon venturoso.

S T R O P H A. 3.

Con la lumbre desta llama,
Descubrio la de su fama,
En Inuierno, y en Estio,
Villagrà ramo de Marte,
Vencedor en qualquier parte,
Del paralelo mas frio:
Pues al ensanchar la tierra,
De Mexico en paz y en guerra,

Excediendo al valor de hombre,
Fue su virtud tal maestra,
Que notaba allá su nombre,
Y se estiende por la nuestra.

ANTISTROPHA.

Nueva la nieve y granizo,
Nuevos brios le eló y desbizo,
Nuevo Mar Vio, y nuevas tierras,
Nuevos templos, nuevos climas,
Hondos Valles, y altas cimas,
Theatros de nuevas guerras:
En ellos quedan orauados,
Como en bronce, y releuados,
De suerte sus grandes hechos,
Que aunque mas muestren su furia,
Jamás los verán deshechos,
Ni los tiempos, ni su injuria.

EPODO.

Tan nuevos merecimientos,
Grave una nueva memoria,
En todos los Elementos,
Que son Templos de su gloria:

Que obras de tal calidad,
Dispuso la Eternidad,
Que su autor las ilustrasse,
Porque nadie jamas visisse,
Ni quien mejor las cantasse,
Ni quien mejor las hiziesse,

STROPH A. 4.

Ennio entre Trompas Romanas,
Canto Rosas Africanas,
Puniendo la pluma tala,
Vos Villagra Castellano,
Con la pluma y con la mano,
Fundais la gloria Española:
En sedos soys peregrino,
De Apolo y Marte continuo,
Nueva Phenix en Yencura,
Que en las entrañas del fuego,
Se labra la sepultura,
Para renouarse luego.

ANTISTROPH A. .

Celebre à vuestra constancia,
Tambien nuestra vigilancia,

*Y no quede vuestra espada,
Por nuestra culpa en olvido;
Ni allase encienda que ha sido,
Mas temida que aqui amada:
Que aunque no pueda y gualar
Sus filos en pelea,
Ni de vuestra pluma el buelo,
En publico y en secreto,
Llega el merito del zelo,
Donde no puede el efecto.*

EPODO.

*Oh jurado de estender,
Contra el rigor de los años,
Vuestro renombre, y hazer,
Que os conozcan los estraños:
Pues os de vos nuevo Exzilla,
Corre esta voz por Castilla,
Que nunca el tiempo consume,
Que en Mexico la moderna,
Será vuestra fama eterna,
Por la lengua, y por la pluma.*

L. Trib. de Toledo.

A L R E Y N V E S T R O
señor, en nombre del General don
Juan de Oñate, y del Capitan
Villagrà: el Licenciado A-
lonso Sanchez, Colle-
gial Trilingue.

SONETO.



Sol de España, que en leos presen-
te,
Distinctos horizontes tu luz di-
ra,

A quien los Reynos de la rosea aurora
Ciñen de perlas la dichosa frente:
Y dando el paradien al occidente,
Que en el naciste, Sol, el alua adora,
Dueño de quãto esmalta y borda Flo-
De primavera dos la zona ardiente:
Oye de Oñate y Villagrà la hazaña,
Espada y pluma con que al Cielo sube
Y á quien la fama labrará Mauséolos:
Que fueron para ti aspectos de España
Por quies deshechas sus obscuras nubes
Resplandeciste en los oppuestos pe-

ON DIEGO ABARCA
al Capitan Gaspar de Vi-
llagrà,



*Vestra musa heroica cã-
ta,*

*Con tan divinos acentos,
Que subiendo por momentos,
Hasta el Cielo se levanta,
A quien Villagrà no espanta,
Que al cisne su voz hurteis,
Y con ella resoneys,
Allà en la antartica parte,
Victorias que al fiero Marte,
De glorias enriqueceys.*

J J 3

HER-

HERNANDO BERNAR-
mudez Carvajal, Gentilom-
bre del Duque de Sesa,
al Capitan Gaspar
de Villagra.



¡tal gloria Villgrã,
Alcançan vuestros ven-
dos,
Inuidiados y temidos,
De todo el mundo serã,
Que mayor gloria les dan,
Vuestros versos numerosos,
Que si con hechos gloriosos,
Victoria huuieran ganado,
Pues no huuieran alcançado,
La gloria de ser famosos,

ON A BERNARDA LI-
ñan, al Capitan Gaspar de
Villagrà.

SONETO.



Grandes empresas, maravillas nue-
vas,
Cantays, y en Horizonte jamas vis-
to,

Del Sol en torno, y su Zenith Calisto,
Publicays, Villagrà, seguras nuevas.
Por valor vuestro en belicosas pruevas,
Conquistador de Bavaros bien quisto,
Van tropas oy del esquadron de Christo,
Hollando de Aquilon lobregas cuevas.
Mas si rompeys, Vlixes peregrino,
Por Orbe extraño, dando en paz y en guerra,
Mayor grandeza al cebro de Castilla,
Ambien a vuestro honor abris camino,
Pues ocupando el Globo de la Tierra,
Tendra sitio conforme tan gran Villa?

TABLA DE TODOS
*los cantos que en esta historia
se contienen.*



CANTO primero, que declara el argumento de la historia y sitio de la nueva Mexico, y noticia que della se tuvo, en quanto la antigualla de los Indios, y de la fama y descendencia de los verdaderos Mexicanos. fol. 1.

Canto. II. como se aparecio el demonio todo el campo, en figura de vieja, y de traza que tuvo en diuidir los dos hermanos, y del gran mojon de hierro q̄ asse- ro, para que cada qual conociese sus campos. fol. 6.

Canto. III. como por si solos los Españoles tuvieron principio para descubrir la nueva Mexico, y como entraron, y quienes fueron los que primero pretendieron y pusieron por obra la jornada. fol. 11.

Canto. IIII. de la infamia y hazeza que

T A B L A.

meten los Generales y soldados, que sa-
len à nuevos descubrimientos, y se buel-
uen sin perseverar, y ver el fin de sus im-
pressas. fol. 23.1

Capitulo V. de otras noticias que huvo de la
nueva Mexico , y de otros q̄ asimismo
pretendieron la jornada. fol. 33.

Capitulo VI. como se eligio para esta jorna-
da, la persona de don Juan de Oñate , y
del favor que para ello dio don Luys de
Velasco , y de los estorbos que despues
huvo, para impedir sus buenos pensamiē-
tos, los quales tuvieron despues consue-
lo por ser favorecidos del Cōde de Mō-
te Rey, Virrey de nueva España. fol. 39.

Capitulo VII. de algunos sucesos buenos, y
malos, de la jornada, y de vna cedula
Real, y mandamiento del Virrey, que se
intima à don Juan, para que hiziesse alto
y no prosiguiesse la jornada. fol. 50.

Capitulo VIII. de la respuesta q̄ dio don Juan
de Oñate, à la notificaciō que se le hizo,
y de la prudencia y discrecion con q̄ ha-
blò à todo el campo, y fiestas q̄ se hizie-

T A B L A.

ron de contento, y del generoso ofrecimiento de Ioan Guerra su teniente, y de otros trabajos que à estas fingidas alegrías sucedieron. fol. 61.

Canto. IX. como se boluio con algunos Religiosos, frai Rodrigo Duran Comissario Apostolico de la jornada, y de otros trabajos q̄ fueron sucediendo, y como el Virrei mãdo a dō Iuan se sugetase a segunda visita, o q̄ mandaria derramar la gente, y venida del Visitador, al despacho de la jornada, y contẽto q̄ con el se tauo, y del ordẽ q̄ tauo en hazer su visita, y cosas q̄ en ella sucedieron. fol. 69.

Canto. X. como salio el campo marchando para el Rio de Cõchas, y modo q̄ tuuierõ en vadearle, y puente q̄ en el se hizo, y de como se despidio el Visitador, dando solo permiso para q̄ el cãpo entrase. f. 77.

Cãto. XI. como escriuio dō Iuã al Virrei, y como hizierõ boluer al Padre Fr. Diego Marq̄z, y como fue marchado el cãpo al Rio de S. Pedro, y escolta q̄ se embio para q̄ los Religiosos le alcãçasen, y salida
que

TABLA.

Quizo el Sargento mayor, á explorar el Rio del Norte, y trabajos que padecio, siguiendo su demanda. fol. 85.

Canto. XII. como salio segunda vez el Sargento á explorar el Rio del Norte, cõ solos ocho cõpañeros, y de los trabajos q̃ sufrieron, hasta dar en vna rãcheria de baruaros, y lo q̃ sucedio con ellos fol. 93.

Canto. XIII. como llegò Pola en busca de Mitco su marido, y dexãdola en prision se fue hoiendo, y de la fuga q̃ hizo Mõpil, y de la liberalidad q̃ el Sargento tuuo con la barbara cautiva. fol. 104.

Canto. XIII. como se descubrio el Rio del Norte, y trabajos q̃ hasta descubrirlo padecieron, y de otras cosas q̃ fueron sucediendo, hasta ponerse en puto de tomar la possession de la tierra. fol. 112.

De como se toma la possession de la tierra: folio. 120.

Canto. XV. como salio el campo para pasar el Rio del Norte, y como se despachò el Capitan Aguilar, a espigar la tierra, y como estubo para degollar-

pos.

TABLA.

por aue quebrado el orden q̄ le dieron
por cuya causa el gouernador se adelan-
to para los pueblos, y de las cosas q̄ fue-
ron sucediēdo, hasta que el gouernador
quise hazer assiento, y poblar la tierra
fol. 133.

Canto. XVI. como hizo assiento el gouer-
nador con todo el campo, en vn pueblo
de baruaros, á quien pusieron por nōbre
san Iuan de los **Caualleros**, y del buē hol-
pedaje de los Indios, y motin de los sol-
dados, y faga que hizierō quatro dellos,
y castigo que en los dōs se hizo, saliendo
el autor hasta tierra de paz tras dellos, y
de la primera Yglesia q̄ se hizo. fol. 141.

Canto. XVII. como salio el sargento cō las
nuevas guias que trujo Marcos Cortes,
y como llegò a los flancos de Zibola, y de
las muchas vacas que hallò en ellos, y de
la obediencia q̄ dieron los Indios al Go-
uernador, y salida que hizo para los pue-
blos, en cuya vista determinò que en lle-
gando el Sargento mayor al Real, que-
dase gouernando, y que saliese el Maest-
ro de campo.

T A B L A

de campo, para yr con ella a la mar del Sur, para lo qual despachò mensajero proprio para que saliese tras del, con treinta hombres. fol. 148.

Canto. XVIII. como fue el gouernador para la fuerza de Acoma, y alboroto que causò Zutacapan, y traycion que tubo fabricada. fol. 156.

Canto. XIX. como boluio el autor del castigo, de aquellos que degollaren, y como los Indios de Acoma le cogieron en vna trampa, y trabajos que padecio por escapar la vida, y socorro que tubo, hasta llegar al Real del gouernador. fol. 166.

Canto. XX. de los excessiuos trabajos que padecen los soldados, de nuevos desembrimientos, y de la mala correspondencia que sus seruicios tienen. fol. 173.

Canto. XXI. como Zutacapan hizo junta de los Indios Acomeses, y discordia que entre ellos huuo, y de la traycion que fabricaron. fol. 182.

Canto. XXII. donde se declara la rota del Maese de campo, y muerte de sus compañeros.

T A B L A.

pañeros, causada por la traycion de los Indios Acomeses. fol. 187.

Canto. XXIII. donde se dize la muerte del Maese de campo, y lo que despues sucedio, hasta llevar la nueva al Governador folio. 196.

Canto. XXIII. como se dio la nueva al Governador, y de lo q̄ fue sucediēdo, hasta llegar á S. Juan de los Caualleros. fo. 201

Canto. XX V. como se hizo cabeza de proceso contra los indios de Acoma, y de los pareceres que dieron los Religiosos, y de la instruccion que se le dio al Sargēto mayor, para que saliesse al castigo de los dichos indios. fol. 208.

Canto. XX V I. como llegò la nueva del Maese de campo, a oydos de Gicombo, vno de los Capitanes Acomeses, que au sēte auia estado, y de las diligēcias que hizo, juntando a los indios a consejo, y discordia que tuvieron. fol. 216.

Canto. XX V II. como salio el exercito para el Peñol de Acoma, y de las cosas q̄ fueron sucediēdo, y rebato que dieron en el

TABLA.

del pueblo de san Juan. fol. 223.

Capitulo. XXVIII. de las cosas que passaron
y sucedieron, antes de subir al Peñol, y
dificultades que pusieron. fol. 230.

Capitulo. XXIX. como los doze compañeros
escalaron el primer Peñol, y batalla que
tuvieron con los indios, y junta que tu-
vieron, para levantar por General à Gi-
côbo, y aceptacion que hizo del car-
go, y condiciones que sacò, para exercer
lo. fol. 238.

Capitulo. XXX. como siendo ordenado el
nuevo General a sus soldados, se fue a
despedir de Luzcoija, y batalla que tuvo
con los Españoles, y cosas que en ella su-
cedieron. fol. 245.

Capitulo. XXXI. como se fue prosiguiendo
la batalla, hasta alcanzar la victoria, y co-
mo se pegò fuego a todo el pueblo, y de
otras cosas que fueron sucediendo. folio
252.

Capitulo. XXXII. como Zutancalpo fue ha-
llado por sus quatro hermanas, y del
fin y muerte de Gicôbo, y de Luzcoija,
fol.

T A B L A.

fol. 260.

Canto. XXXII. del miserable fin que tuvo Bempol, y de otros que con el los dias acabaron, y del sentimiento que hizo el Sargento mayor, buscando los guesos de su hermano. fol. 268.

Canto. XXXIII. como se fue abrasando la fuerza de Acoma, y como se hallò Zuracapan muerto de vna gran herida, y de los demas sucessos que fueron sucediendo, hasta llevar la nueva de la victoria al Governador, y muerte de Tempal, y Cotumbo. fol. 178.

F I N.

De la nueva Mexico,

Que todas vuestras Indias se despojen,
De la bestial canalla, y que se pueblen,
De tolos Hijosdalgo, y Caballeros,
De Christianos Viejos muy ranciosos
Que con estos, y no con otra gente,
Podais bien descubrir el vniverso,
Y conquistarlo todo y reducirlo,
Al fuste jugo de la Iglesia santa,
Y esto sin la tormenta de gemidos,
Ansias, sollozos, y lamentos tristes,
Que aquellos miserables derramaron:
Y porque derrotado del camino,
Eitoy muy largo trecho remontado,
Bolviendo por el rumbo que llebava,
Daudos razon de las demas noticias,
Y de aquellos gallardos pretendores,
Y altos descubridores desta tierra,
Destroçado de gente tan cansada,
Tan desdichada, vil, y poco firme.
Quiero al siguiente canto remitirme;

C A N T O
Q V I N T O.

DE OTRAS NOTICIAS QUE VBO
de la nueva Mexico, y de otros que aspi-
rajimo pretendieron la
jornada.

QUANDO con pertinacia el
hombre sigue,
A solo su appetite, y del se ce-
ua,

Cos dificil es que tal dolencia,
Pueda ser de ninguno socorrida,
Auiendo pues fin los coronados,
Visto en aqueſta tierra que dezimos,
Vos bellos y grandes alcatazes,
Deſina plata y oro levantados,
En las agudas proas, y alas popas,
Dezertay gruesas naues que toparon,
Acabo, y ſin pensar, por la marina,
Sin uocara: ſaber que vatos fueſſen,

De la nueva Mexico,

De donde, y para adonde navegauan,
De su mismo apetito ya vencidos,
Segun que tengo dicho luego al punto,
Bolueron todos juntos sin empacho,
De aquellos canilleros esforçados,
Que vageza tan grande abominaron,
Viendo pues tan gran daño sin remedio,
El santo Provincial de San Francisco,
Qual fueren los que à Dios se sacrifican,
Que todo lo posponen, y lo dexan,
Dexandolos à todos quiso solo,
Quedarse à merecer en aquel puesto,
La palma illustre, y alta, del martirio,
Que alli los brauos baruaros le dieron,
Viendo pues don Francisco de Peralta,
En mudar officio tanta meagua,
Y que vuestro Virrey sintio en el alma,
Con toda nueva España tal vageza,
Ocupado de empacho y corrimiento,
La buelta para Italia tomó luego,
Y siguiendo la corte dentro en Roma,
Vio por vista de ojos que tenta,
El Da me de Saxonia terratada,
A quita nueva tierra en sus tapizes,

Vieron muchos reposteros muy curiosos,
Y estando embeuecido así mirando,
La peregrina tierra tan al viuo,
Ayudado de cierto cauallero,
Por vista de ojos vio también que el Duq,
Tenia vna gran piel bella disforme,
De aquellas vacas sueltas que se crían,
En los llanos de Cibola tendidos,
De donde resultó que supo cierto,
Que no de sola gente Castellana,
Año a questa tierra pretendida,
Mas también de remotos estrangeros,
Demás de todo aquesto es ya notorio,
Que saliendo de Francia vna gran naue,
Fue con tormenta braua derrotada,
A dar en estas tierras peregrinas,
Y andando alguna gente en el esquife,
Por solo ver la tierra y demarcarla,
Vieron vna ensenada de dos puntas,
Y sacada vna dellas leuantada,
Vn grande Ciudad de gruesos muros,
De donde les salieron al encuentro,
Y vn numero grandioso de vezinos,
En prolongados varcos, o canoas,

De la nueva Mexico,

Las popas y las proas aferradas,
Al parecer en planchas de oro bajo,
Y siendo dellos presos los llevaron,
Al palacio de vn Rey de noble estado,
Cuya frente ceñia y rodeaua,
De aquel mismo metal vna corona,
Con singular destreza bien sacada,
Este gran Rey mandò que con cuidado,
A todos los lleuasen y les diesen,
Su casa de aposento y regalasen,
Y cumpliendo el mandaro con presteza,
Fueroñ de frutas, carnes, y pescado,
Con muy grandes caricias bien serbidos:
Estando pues así todos contentos,
Como la carne en todos tiempos muestra,
Su mísera flaqueza y desbentura,
Parece que vno dellos olvidado,
De buen comedimiento que devia,
Al beneficio noble recebido,
Jugose à pellizcar con mal respecto,
A vna hermosa barbara que estaua,
Mirandolos à todos descuidada,
De a questo el Rey tomò tan grãde enfad
Que si la misma barbara ofendida,

Por ellos con gran fuerza no intercede,
Murieran sin remedio por el caso,
Y así mandò que luego los hechasen,
De toda aquella tierra, y que les diesen,
Su mismo esquife bien abastecido,
Y así salieron estos desterrados,
Y cobrando la naue dieron buelta,
A los Reynos de Francia, y desta historia,
Teneis excelso Rey incomparable,
Informacion muy cierta y verdadera,
En vuestro Real Consejo de las Indias:
Con estas relaciones, y otras muchas,
(Que estas son las que suben y leuantan,
Los nobles coraçones de mortales.)
Es cierto que en el año que contamos,
Mil y quinientos sobre ochenta y vno,
Por orden del gran Conde de Cotoña,
Fray Agustín, fray Juan, y fray Francisco,
Vnos devotos Padres Religiosos,
De aquel que representa al mismo Christo,
En vros, o estado, y manos las firmadas,
Con valeroso esfuerço se metieron,
Por todas estas tierras, y con ellos,
Aquel Francisco Sanchez Chamuscado,

De la nueva Mexico,

Con quien entrò Felipe de Escalaute,
Pedro Sanchez de Chaues, y Gallegos,
Herrera, y Fuensalida, con Barrado,
Tambien entrò Iuan Sanchez por ser todo
Valientes, y bonissimos guerreros,
Estos corrieron parte desta tierra,
Y dexandose allà los Religiosos,
Salieron todos juntos y contentos,
De averla andado, visto, y descubierto,
Y assi luego por orden de Ontiveros,
Que vuestra autoridad señor tenia,
Entrò Anton de Espejo por el año,
De los ochenta y dos, dexando en vando,
A los mil y quinientos que contamos,
Y no vho bien llegado quando supo,
Que con vn gran martirio que les dieron
A los venditos Padres que quedaron,
Aquestos mismos baratos perdidos,
Las vidas todos juntos les quitaron.
Y despues de aver visto aquella tierra,
Salio tambien diziendo maravillas,
Loandola de muchas poblaciones,
Y minas caudalosas de metales,
Y gente buena toda, y que tenia,

Rezores, braçaletes, y oregeras,
De aquel rubio metal, dulce goloso,
Tras que todos andamos desbalidos,
De aquesto todo, luego se hizieron,
Grandes informaciones que lleuaron,
A vuestra insigne Corte leuantada,
Por las quales constaua auerle dado,
Casi quarenta mil mantas bien hechas,
A este Capitan noble esforçado,
Los Indios naturales de presente,
De mas de todo aquesto bien sabemos,
De aquel fray Diego Marquez perseguido
De gente loterana en mar y tierra,
Que por la Reyna Inglesa se hizieron,
Sobre esta noua tierra que tratamos,
Muy grandes diligencias y pesquillas,
Por esta causa dentro de su Corte,
Estando este varon alli cautiuo,
Por ser de Iesu Christo gran soldado,
Mandaron que jurase y declarase,
Pues que era natural de nueva España,
Que tierra fuesse aquesta, y que sentia,
De las cosas que alli le preguntaron,
Y luego que vbo en todo repondido,

De la nueva Mexico,

Y fue de cantiberto liberrado,
Acudiendo á el oficio que devia,
Porque de literanos nunca fueſſe,
Aqueſta noble tierra deſcubierta,
Dando larga razon de todo aqueſto,
A vuestro inſigne Padre luego al punto,
Mandò que la jornada ſe aſſeſtaſe,
Eſta ſin detenerſe emprendio luego,
Iuan Bauuſta de Lomas hombre rico,
Antiguo en eſta tierra acreditado,
Eſte aſſentò ſu cauſa y no vho eſeſto,
Por el año de ochenta y nueue al juſto,
Y por el de nouenta entrò Caſtaño,
Por ſer allá temente mas antiguo,
Del Reyno de Leon á quien ſiguieron,
Muchos nobles ſoldados valeroſos,
Cuyo Maefe de campo ſe llamaua,
Chriſtoual de heredia bien prouado,
En coſas de la guerra y de buen tino,
Para correr muy grandes deſpoblados.
A los quales mandò el Virrey prendieſe,
El Capitan Morlete, y ſin tardarſe,
Socorrido de mucha ſoldadeſca,
Braba, diſpueſta, y bien exercitada,

A todos los prendio, y boluio del puesto,
Despues de todo aquesto que he contado,
Siguiendo el Capitan Leiuá Bonilla,
Por orden de don Diego de Velasco,
Gouernador del Reyno de Vizcaya,
Los Indios saltadores rebelados,
Precipitado de soberuia altiuá,
Determinò de entrar se en esta tierra,
Con todos los soldados que tenia,
No obstante que don Pedro de Cazorla,
Vn noble Capitan salio à intimarle,
De parte del don Diego vn mandamiento,
Que pena de traidor no se atrebiese,
A entrar la tierra adentro, y sin embargo,
Perdiendo la verguença y el respeto,
A nuestra Real persona, dio en entrar se,
Y como la traicion tanto es mas graue,
Quanto es la calidad del ofendido,
Como rayos del sol que se diuiden,
De la riuicla triste amodorrida,
Asi se diuidieron y apartaron,
Del Capitan Bonilla, Ioan de Salas,
Juan Perez, y Cabrera, y Simon Paíqua,
Y Diego de Esquivel, y tambien Soto.

De la nueva Mexico,

Diſtendo à voces altas con enojo,
Las lanças empuñando, y las adargas,
Que mas querian morir como leales,
Que cobrar como viles aleboſos,
Aqueſt infame nombre de traidores,
Con que todos entrauan ya manchados,
Y bolviendo las tiendas los dexaron,
Y ellos como milanos que à la parua,
De miferos polluelos ſe abalançan,
Aſi deſatinados y perdidos,
Pensando que los baruaros cubiertos,
Eſtauan de oro fino y perlas grueſſas,
Tomaron ſin reſpecto ni verguença,
Para la nueva Mexico el camino,
Y apenas el Virrey la nueva ſupo,
Quando ſin detenerſe ni tardarſe,
Aqueſta entrada quiſo la hizieſſe,
Aquel gran Capitan noble afamado,
Y que oy gobierna el Reyno de Galicia,
Franciſco de Vrdinola à quien ſe deue,
La paz vniverſal, y gran ſoſiego,
Que aqueſta nueva Eſpaña toda alcança,
De aquellos brazos heruaros y allardos,
Que por tan largos años ſuſtentaron,

Contra vuestro valor y brazo fuerte,
Las poderosas armas no vencidas,
Hasta que ya cansados y afligidos,
Corridos, destrozados, y oprimidos,
Deste varon prudente se rindieron,
Y á su pesar las treguas asentaron,
Pues como muchas gentes entendiesen,
Que á tan brauo soldado se le daua,
A questa grande impresa alborotados,
De gozo y alegria no cabian,
Contentos de que cosa tan illustre,
A sola su persona se encargase,
Y como la inuidia miserable,
Es mortifero cancer que en el alma,
Arraiga su dolencia y la consume,
A questa sola bestia fue bastante,
Para desbaratar, y echar por tierra,
Cosa tan importante y deseada,
De toda nueva España y sus contornos,
O beneao mortal, o inuidia triste,
Gota coral, furioso derramado,
Por lo intimo del alma desdichada,
De aquel que semejote mal padece,
Dios nos libre señor de su veneno,

Y por

De la nueva Mexico,

Y por su passion santa no permita,
Que semejante hidra ponçosa,
A ninguno persiga qual veremos,
Por toda aquesta historia que escreuimos,
Mas es caso imposible que ninguno,
Pueda della euadirse y escaparse,
Que esto tienen los hombres valerosos,
Que es fuerça que los ladre y les persiga,
Muerda, y los lastime con gran rabia,
Aquesta braua petra venenosa,
Bien fuera menester vn gran volumen,
Para dezir las cosas que seffrieron,
Por no mas que serbiros y agradaros,
Todos estos varones que hemos dicho,
Mas porque me es ya fuerça que de salto,
Venga al punto y persona de aqui el brauo
Que sin pensar fue electo y escogido,
Para poner encima de sus hombros,
Cosa de tanto peso y tanta estima,
Con vuestra Reallicencia tomo esfuerço
Para cortar la pluma disgustosa,
Y en cosas de importancia trabajosa.

CANTO SEXTO.

COMO SE ELIGIO PARA ESTA
 jornada la persona de don Iuan de Oñate, y del
 favor que para ello dio don Luys de Velasco y de
 los estorbos que despues tubo, para impedir sus
 buenos pensamientos: los quales tuuieron
 despues cõsuelo, por ser favorecidos
 del Conde de Monte Rey,
 Virrey de nueva
 España.



EGADO auemos gran señor
 al punto,
 Y engolfados en alta mar esta-
 mos,

La tierra se ha perdido, y solo resta,
 El buen gouerno y cuenta de la nave,
 porque nada quede en el viaje,
 Que no se mida bien, ajuste y pese,
 oned en lo mas alto bien tendida,

De la nueva Mexico,

La cuidadosa vista atenta y pare,
En aquella pureza, y gran grandeza,
De la divina esencia soberana,
Y alli echareis de ver patentemente,
Las sendas descubiertas y caminos,
Por donde su deidad alta encumbrada,
Nos haze manifestas y visibles,
Las poderosas obras de sus manos,
Y mas quando su grande alteza quiere,
Que alguna dellas suba y se levante,
Con que facilidad alli notamos,
Que los medios que pone simbolizar,
Con los mismos principios y los fines,
Que quiere que las santas obras tengan,
De aquesto gran señor bien claro exemplo
Tenemos entre manos, porque auiendo,
Su grande Magestad por tantos siglos,
Tenido aquestas tierras tan ocultas,
Que à ninguno à querido permitirle,
Que sus secretos senos le descubra,
Auendose de abrir, notad el como,
Y quienes son aquellos valerosos,
Por cuyos medios viene à desatarse,
A questo nudo ciego que tenemos,

Y estan:

Estando bien atento y con cuidado,
Qui echareis de ver con evidencia,
Que fuerza de los Reyes ya passados,
Y de aquellos varones que hemos dicho,
Que a questeas nuevas tierras descubrieron,
Son los que agora bueluen al trabajo,
Cuya verdad nos muestra su grandez,
Por los antiguos Reyes Mexicanos,
Destos nuevos estados descendientes,
En cuya hija de vnas tres Infantas,
Que el postrero de todos ellos tuuo,
Tuuo otra aquel Marques noble del Valle,
Esta causa primero pretendiente,
Y solo domador del nuevo mundo,
Cuyos beneros ricos poderolos,
De poderosa plata descubiertos,
Fueron por aquel Iuanes de Tolosa,
A quien este Marques quiso por hierno,
Dandole por esposa regalada,
A su querida hija y cara prenda,
Estando en aquel Reyno de Galicia,
Que conquistò con singular esfuerço,
Y gouerno asimismo con prudencia,
Aquel gran General noble famoso,

Que

De la nueva Mexico,

Que Christoual de Oñate anemos dicho
Que fue su claro nombre, y tambien Tio,
De Iuan, y de Vicente de Zaldibar,
El vno General de Chichimecas,
Y el otro Explorador de aquesta entrada,
Y Padre de don Iuan que fue casado,
Con vizniera del Rey, hija que he dicho,
Del buen Marques, de cuyo tronco nace,
Don Christoual de Oñate descendiente,
De todos estos Reyes, y no Reyes,
Cuya persona sin tener cabales,
Diez años bien cumplidos va saliendo,
Asi como Anibal varon heroico,
A serbiros señor en la conquista,
De aq̃stos nuevos Reynos q̃ escriuimos,
En quien vereis al viuo aqui cifrados,
Todos los nobles Reyes que salieron,
Destas nuevas Regiones, y plantaron,
La gran Ciudad de Mexico, y con ellos,
Vereis tambien aquellos valerosos,
Que á fuerça de valor y de trabajos,
Estas remotas tierras pretendieron,
Por cuya justa causa sin tardauça,
Asi como las aguas christalinas;

Y en fin detenerse ni tardarse,
Y de todas vertiendo y derramando,
Llamadas de su curso poderoso,
Al don Juan sin aguardar mas plazo,
Llamado de la fuerza y voz de Marte,
Y de la illustre sangre generosa,
De todos sus maiores y passados,
Y de estos grandes Reyes que dezimos,
Como el prudente Griego que las armas,
Del valeroso Aquiles pretendia,
Por deuda justicia que alegaua,
Al dio en pretender aquesta impresa,
Por el derecho grande que tenia,
A serbiros en ella sin que alguno,
Otro mejor derecho le mostrase,
Y asi escribio el Virrey que se siruiese,
Que pues aquesta impresa no se daua,
Al Capitan Francisco de Verdinola,
Que a sola su persona se fiasse,
Eres que della sabia y conozia,
Tener aquellas prendas que bastauan,
Por cosa tan grave, y tan pesada,
Como alli le pedia y suplicaua,
Y como el buen señor no satisfaze,

De la nueva Mexico,

Al buen comedimiento que le ofrece,
Aquel que à bien servirle se adelanta,
Sino es (à falta de obras) con palabras,
Razones, y caricias, muy corteses,
Asi el Virrey que bien le conocia,
Luego le respondió como quisiera,
Hazer lo que pedia y suplicaua,
Mas que estauan las cosas de manera,
Que no le era posible se entablasen,
De fuerte que pudiesse bien mostrarle,
La fuerza del buen pecho con que estaua,
De darle en todo gusto, y buen despacho,
Mas que el ternia siempre gran memoria,
De aquella que à sus Padres se denia,
Y de la que à sus deudos y persona,
Era tambien razon que se tuuiesse,
Para todo lo qual ayudaria,
El crecido deseo con que estaua,
De mostrar con las obras la limpieza,
Llaneza y voluntad de sus palabras,
Pues auiendo don Juan agradecido,
Tan singular merced por muchas cartas,
Como la gratitud continuo engendra,
Mas voluntad y amor en los illustres.

Y nobles pechos generosos,
En bien largas mercedes esperamos,
En el tiempo, y rebocable discurriendo,
Y con el veloz correo fue llegando,
A cerradas puertas descuydadas,
Y haciendo á gran prisa fue rompiendo,
El sereno silencio y trujo luego,
Oportuna sazón y coyuntura,
En que el Virrey resuelto sin estoruo,
Tanto por bien de darle y encargarle,
Aquesta impressa en veinte y quatro dias,
Del mes de Agosto, y año que contamos,
Mille quinientos y noventa y cinco,
Y porque aquesta entrada se hiziesse,
Con la decencia y orden que pedía,
Cosa tan importante, y tan pesada,
Determinò escriuirle y animarle,
En el intento y causa començada,
Y porque en cosas graues es muy justo,
Si la ocasión lo pide, y lo requiere,
Hazer vuestros Virreyes mas de aquello,
Que vuestra larga mano les permite,
Ansí lo ahsimismo con cuidado,Que aunque era cosa cierta no tenia,

De la nueva Mexico,

Mano para gastar vuestro tesoro,
Ni para dispensar en cosa alguna,
Mas de lo que la cedula dezio,
En razon de aquellos que apetecen,
A descubrir la tierra y conquistarla,
Que estoviese certissimo haria,
En todas las ocasiones tanto efecto,
Por solo darle gusto y agradarle,
Quanto si de su hijo don Francisco,
Todas fuesen y mucho le importasen,
Y esto porque sabia y alcançava,
Lo anian de merecer sus buenas obras,
A las quales tambien aplicaria,
Todas aquellas armas y pertrechos,
De aquellos que se entraron contra vana
Para cuyo socorro le daria,
La pólvora y el plomo necesario,
Y mas quatro mil pesos con que luego,
Pudiese socorrer a los soldados,
Pidiendole con esto diessse cuenta,
De todo lo que asi quiso escrevirle,
A Rodrigo del Rio caballero,
Del ayuntamiento del gran patron de España,
Y que junto con el lo confiriese,

En don Diego Fernandez de Velasco,
 Governador del Reyno de Vizcaya,
 Los quales mandò que diese parte,
 Por las illustres prendas que alcançarian,
 Alas en cosas de paz como de guerra,
 Para que con prudencia le admitiesen,
 Cosas que por ventura no alcançase,
 Y porque tanto pierde y se deslora,
 En que es buena y cortes correspondencia,
 Quanto vemos que tiene de tardança,
 Don Juan sin detenerse ni tardarse,
 Mandecio la carta, y esto hizo,
 Que se eserivano publico rindiendo,
 En vida, su persona, y su hacienda,
 A nuestro Real servicio sin que cosa,
 Quedase reservada que no fuesse,
 En esta aquesta causa dispensada,
 Luego embio poder á don Bernardo,
 A don Christoual, y á Lays Nuñez Perez,
 Tambien á don Alonso sus hermanos,
 Y otros varones ricos, y con estos,
 Gallardos cortesanos, y muy diestros,
 Para estas y otras cosas señaladas,
 Ellos capitularon la jornada,

De la nueva Mexico,

Faborecidos siempre y amparados,
De aquellos dos doctísimos varones,
Santiago del Riego, y Maldonado,
Columnas del Audiencia, y del derecho
Civil, muy grandes y altos obseruantes,
Tambien los fuertes hombres arrimados
Con todas sus haciendas y personas,
Christoual de Zaldibar, y Francisco,
De Zaldibar, Lequerio, y don Antonio,
De Figueroa, à quien tambien siguiéron
Vicente de Zaldibar y Bañuelos,
Roidiaz de Mendoza, y con este,
Don Juan Cortes, del grã Cortes vizcaíno
Y don Juan de Guasara, à quien seguía,
Tambien Juan de Zaldibar hijo illustre,
De aquel varon famoso que primero,
Entro por estas tierras que buscamos,
Al fin por los brazos de aquestos Heros
De Iuanes de Tolosa cujos brazos,
Fundaron con esfuerzo, y levantaron,
La famosa Ciudad de Zacatecas,
Y aquel insigne Salas memorable
Primer Alcalde desta Ciudad rica,
Rica digo señor, pues cien millones,

temos ya por cuenta se han quintado,
dentro de sus goteras no causadas,
abrir sus ricas venas por seruiros,
y qual feroz Leon que la braueza,
rende al que ve rendido sin soberuia,
asi don Iuan pidio que solo vn punto,
diesen de su parte, y no otra cosa,
y que se le diese mano abierta,
para poder hazer castigo entero,
y para perdonar si conuiniese,
de aquellas que se fueron contra vando,
y que seria posible auer tenido,
que noble proceder que fuesse justo,
que á todos con las vidas los dexassen,
y como sus agentes con acuerdo,
diesen esta entrada ya assentado,
y no perder tiempo el General prudente,
con el titulo graue acompañaua,
de Governador, y adelantado,
y de Maese de Campo sin tardança,
don Iuan de Zaldibar, y á Iuan Guerra,
comtro por su teniente, y luego puso,
sobre sus blancos hombros el gran peso,
de gouerno y magestad de todo el campo.

De la nueva Mexico,

Y porque en todo vbielie buen despacho,
Tambien quiso nombrar por su teniente,
A don Christoval para todo aquello,
Que fuesse necesario se hizielie,
En la illustre Corte Mexicana,
Y al Capitan Vicente de Zaldibar,
Por Sargento mayor nombrò, y por cab
Y qual fueren las Aguilas Reales,
Que à los tiernos polluelos de su nido,
Largo trecho los sacan y remontan,
Para que con esfuerço cobren fuerças,
En el libiano buelo, y del se balgan,
En prouechosa y diestra alteneria,
Asi determinò don Iuan saliese,
Su hijo don Christoval, niño tierno,
Para que con el fuesse y se adestrase,
Sirbiendolos gran señor en el oficio,
De la importante guerra trabajosa,
Siendo testigo fiel de sus palabras,
Para que con las obras que allí viesse,
Le tuuiesse despues en bien serbirlos.
Por vnico dechado, y claro exempb,
Imitando en aquesto al diestro Vicos,
Quando del regalado y blando trato,

que tuuo entre las damas y donzellas,
En el Real palacio el brauo Achilles,
Que del quiso sacarle porque supo,
Lo mucho que importaua á toda Grecia,
Asi quiso que del regalo dulce,
De su querida patria, y deudos caros,
Se le para impresa en si tan alta,
Y como en grandes justas y torneos,
Todo se enciende, alegre, y alborota,
Tañunfa, gasta, dercama, y se dispende,
Asi muchos gustosos y contentos,
Con toda priesa juntos se aprestaron,
Yo con mas presteza las auejas,
Ahol en sus labores suelen verse,
En la fazon que sacan sus enjambres,
Por los floridos campos quando empieza,
En ueno Abril su fuerza, o quando hinche,
De aquel licor sabroso y regalado,
Los bié compuestos vassos que ordenados,
Estan para el efecto, y asi juntas,
Las vnas á las otras se locorren,
Qual vimos los soldados locorrerse,
Los vnos á los otros, y aprestarse,
Entraorosos todos y alentados,

De la nueva Mexico,

Gastando sus haciendas se asentaron,
A professar el uso y exercicio,
Del gallardo estandarte que arbolaron,
Echaron luego vandos y contentos,
Por las calles mas publicas y plaças,
Pregonaron aquellas libertades,
Que concedeis señor á los que os sirven,
En el oficio duro de las armas,
Tocaronse clarines levantados,
Los pifanos y cajas con vizarro,
Estrepito y ruido de soldados,
Brauos, dispuestos, nobles, y animosos,
Y en prueuas de la guerra bien cursados,
Poes estando ya todos prevenidos,
Y con maduro acuerdo perrechados,
Rabiando por salir y despacharse,
Como á los gustos siempre se les sigue,
Vn millon de disgustos y tormentos,
Llegó señor la flota, y como en ella,
Mandó vuestro grã Padre y señor nuestro
Que don Luys de Velasco se partiese,
Y que al Pico se fuesse, y que quedasse,
Gouernando el señor de Viloa y Bierni
Conde de Monte Rey á nueva España,

Como la torpe inuidia siempre busca,
 Seredas y ocasiones donde pueda,
 Sembrar su mortifera ponçoña,
 Con sola esta mudança fue rompiendo,
 Del nuevo Visorrey se fue acercando,
 Qual el tentador que con cubierta,
 De grande santidad solo atendia,
 Salir con su causa, y con su hecho,
 Asi se fue llegando a questa bestia,
 Haciendo relacion de nuestra entrada,
 Como toda estaua encomendada,
 Sendo de tanta alteza y excelencia,
 Quien era imposible la hizieste,
 Supole intimar tambien el caso,
 Que le dexò suspenso, y con cuydado,
 Como el pecho noble tanto es facil,
 Quanto es mas reboçado el irato doble,
 Del solo el Virrey de bien seruitos,
 A don Luys de Velasco escriuio luego,
 Vna carta Cortes, sobre este caso,
 Pidiendo que con pies de plomo fuesse,
 Y que esta nueva entrada dilatarase,
 En el inter que á Mexico vinieste,
 Y con esto escriuio tambien á España,

Con

De la nueva Mexico,

Con notable secreto y gran recato,
A vuestro Real Consejo que si fueren,
De parte de don Juan á que aprouasen,
A questo assiento y causa ya tratada,
Se suspendiese todo y dilatase,
Hasta que el de otra cosa diessse auiso,
Porque por no tener tomado el pulso,
Ni tentado los vados desta tierra,
De presente juzgava conuenia,
Que aquello se hiziesse, y no otra cosa,
Y como no nos basta tener limpia,
El alma, y la conciencia, si con esto,
Con toda diligencia no se quitan,
Indicios y sospechas que leuantan,
Escandalos y culpas en aquellos,
Que libres desde afuera nos imputan,
Asi qual Julio Cesar que no quiso,
Sufrir, tuuiesse culpa su conforte,
Mas libre de sospecha quiso fuesse,
Asi el Virrey discreto trascendiendo,
Como prudente, sabio, y recatado,
Alguna gran caluonia por la carta,
Que recibio del Conde, luego hizo,
Qual prauco piloto recatado,

que las tendidas velas asegura,
antes que los assalte gran borrasca,
una fuerte pronança tan bastante,
Acerca de los Padres y los deudos,
Persona, discrecion, prendas, y partes,
Del don Iuan, q̄ a ninguno es nueva España,
Pudo con mas justicia comperirle,
A quella noble impresta que le dieron,
Pues en el inter que los dos Virreyes,
Fudieron ventilar aqueste hecho,
Cual fresca flor que luego se marchita,
Si el deuido riesgo que la enciende,
Alla se fue secando y marchitando,
Todo el luzido campo leuantado,
Cuendo del buen nombre que tenia,
Como el vulgo es siempre tan amigo,
De enuiedad confusta y alboroto,
Alborotados juntos en cortillos,
Dezian y afirmanan sin verguença,
A quello que la inuidia vil infame,
A todos publicaua y les dezia,
Dios nos libre señor de aquesta sierpe,
Cua siera braueza es cosa cierta,
No tiene rayo el Cielo que assi rompa,

De la nueva Mexico,

Destruia, desbarate, ni destroçe,
La fuerza de virtud qual es su lengua,
Esta causò la muerte al que primero,
Partio de aquesta vida trabajosa,
Esta hizo que el hombre no tuiesse,
Segura su conciencia, y se saluase,
Esta poblò el infierno, y fue primera,
En despoblar el Cielo, y tano aliento,
Para atreuerse à Dios, mirad que tiro,
Y à quantos derribò que ya los vimos,
Sobre el impireo Cielo colocados,
Viendo pues los soldados que arrastrauan,
Tan altos pensamientos por el suelo,
Por solo deshazer aquesta entrada,
Y que estauan ya todos tan galdados,
Deshechas sus haciendas y negocios,
En que estauan de asiento entretenidos,
Afligidos los vnos y los otros,
Qual vemos à los flacos nauichuelos,
De gran fuerza de vientos combatidos,
Cortar aprisa rizas, y rendirse,
A la crueldad braua poderosa,
Asi todos perdidos zozobrados,
Estauan sin consuelo ya rendidos,

Alas el Governador y su teniente,
Como esforçados viendo la tormenta,
Y deshecha borrasca que cargaua,
Con tantos desatinos y juicios,
Como la gente toda concebía,
Diziendo que no auiendo de hazer se,
A quella entrada, que por que respecto,
A todos los auian engañado,
Otros a grandes bozes publicauan,
Que assolados a todos los tenían,
Sin poder levantar jamas cabeça,
Y como aquesto mucho lastimaua,
Quales diestros bridones desembueltos,
Que a fuerça de la espuela y duro freno,
En manijos ligeros la braueça,
Del canallo animoso desembueluen,
Alas el Governador y su teniente,
Cuyas se abes lenguas parecian,
Que las mismas auexas endulzauan,
Segun que con Platon, y el sabio Omero,
Es publico y notorio lo hizieron,
Con mucha fuerça de razones,
Dulzes palabras, y sentencias viuas,
Los fueron gouernando y sollegando.

Hasta

De la nueva Mexico.

Hasta que vino nueva que se auian,
Visto los dos Virreyes en Oculma,
En cuyo puesto fue informando luego,
Don Luys de Velasco con auiso,
De la buena eleccion que auia hecho,
Y viendo manifiesto el desengaño,
Qual suelen apagar se y deshazer se,
Los levantados Astros que bañados,
Se ven del sol heridos quando viene,
Rasgando la mañana alegre y clara,
Asi el de Monte Rey quedò suspenso,
Del todo satisfecho y agradado,
Al qual don Inan auia con prudencia,
Escritole vna carta cortesana,
Dandole el para bien de su venida,
Y como la gran prisa que tenia,
En el despacho desta nueva entrada,
Cerraba los caminos que era justo,
Estuuiessen auiertos y trillados,
Para solo ofrecer se en su seruicio,
Parciendo sin tardança y luego fuera,
Sino dexára sin remedio aquello,
Que con tan viua fuerça le pedia,
Suplicole alsimismo que si fuesse,

Su persona de efecto para el caso,
 Que le tenían dado y encargado,
 Que sin su bendicion no permitiese,
 Que cosa se hiziesse, ni acabase,
 Conosito, y con la fuerça que pusieron,
 Aquellos dos luezes que hemos dicho,
 Y todas, los agentes cuidadosos,
 Con notable contento luego el Conde,
 A don luys respondió con un correo,
 Mostrandosele grato y obligado,
 Al parabien que dio de su venida,
 Y voluntad senzilla que mostraua,
 Tener a su persona y a sus cosas,
 Y en lo que tocaua a sus despachos,
 Agria a mostrado sentimiento,
 De que no los tuuiesse despachados,
 Don Luys de Velasco pues podia,
 Como ministro de tan gran prudencia,
 Y tambien acertado en cosas graues,
 Por quia justa causa le era fuerça,
 A guiar todo aquello que estouiesse,
 Hecho, y asentado, sin que cosa,
 En ninguna manera se alterase,
 Y así determinaua, y le ordenaua,

De la nueva Mexico,

Que con la vendicion de Dios y suia,
Salle lle sin estorbo, y se partiesse,
Ofreciendo con veras de asistirle,
Sin faltarle jamas en todo aquello,
Que para proseguir tan justo intento,
La experiencia y el tiempo le ensenassen,
Y porque pueda yo dezir las cosas,
Que a tan buenos principios sucedieron,
Quiero con atencion buscar vereda,
Por do mi tosca pluma por atajo,
Pueda salir a luz de tal trabajo.



CAN.

C A N T O
S E P T I M O.

DE ALGUNOS SUCESSOS BUENOS, y malos, de la jornada, y de vna cedula Real, y mandamiento del Virrey, que se inturo a don Juan, para que hiziesse alto, y no prosiguiesse la jornada.



QVESTA vida triste miserable,
Solo vemos señor que se sustenta,

De meçquias y vanas esperanças,
Cuya corta substancia apenas llega,
A entrar por nuestras puertas quando,
De subito se hunde y desuanece,
Tan sin rastro de auer alli llegado,
Qual si nunca jamas viera sido,
Cuya verdad visible bien nos muestra,
Aquesta pobre historia que escreuimos,

De la nueva Mexico,

Donde vereys grã Rey q̃ estando el ca
Alegre con la carra regalada,
Que el Conde despachò con tanto gub
Y sin esto animado y alenzado,
Con la mucha presteza y diligencia,
Con que los estandartes despachaua,
Al brauo Californio descuidado,
Del Cantabro gallardo que nombraron
Por General del campo poderoso,
Que para aquella entrada fue criando,
De bala soldadesca y oficiales,
En armas y quebrantos bien curtidos,
Para llevar trabajos tan pesados,
Quanto jamas ningunos padecieron,
Sulcando el brauo mar con gran torm
Y la tendida tierra con deshechas,
Fortunas y miserias nunca vistas,
Y así por no poder ya ser sufridos,
Entrando por sus tierras estos brauos,
Viendo el heroico esfuerzo que mostr
Poderoso señor en bien seruiros,
Bomitados del mar, y de la tierra,
Alfin boluieron estos esforçados,
A vuestra nueva España donde much

Reyosos Españoles que quisieron,
Levantar aquesta entrada, y levantarla,
Quedaron affolados y perdidos,
Mas no cansados Rey de las fatigas,
Miserias y trabajos ya passados,
Esta grandeza es lastima deshecha,
Se queda para siempre sepultada,
En materia tan llena y tan honrosa,
De hechos hazañosos rebocando,
En campo tan vizarro y tan tendido,
Quanto no fue posible mas tenderse,
Ruey dexando señor aquesto en vanda,
Que pide muy gran pluma lo que encubre,
Gano el despacho bueno de vna cosa,
Permite á la que viene buen sucesso,
Mas quando conuienen en los fines,
Pena que son las dos favorecidas,
Viendo quan bien el Conde despachaua,
A questa brava entrada que hemos dicho,
Todos mas alentados y esforçados,
Y prospero sucesso conozido,
De todas nuestras causas esperamos,
Y el Governador solo aguardaua,
Mas que á sus despachos confirmados.

De la nueva Mexico,

Y como aquel primero Padre á solas,
No pudo ser Iglesia levantada,
Mas que principio de ella conocido,
Porque ninguna cosa le faltase,
Pidió le diessen Religiosos graves,
De buena vida y fama, pues con ellos,
Mas que con fuerza de armas pretendia,
Seruirnos gran señor en esta entrada,
Y aliviaros la carga de los hombros,
Que es fuerza sustentéis miêtras el mundo
Nuestra ley sacrosanta no guardare,
Estando todo vnido y congregado,
Debajo de vn Pastor, y de vn rebaño,
Por cuya justa causa fue nombrado,
Por Comisario, y Delegado illustre,
Con plena potestad de aquel monarca,
Iuez vniversal de todo el mundo,
Fray Rodrigo Duran, varon prudente,
Y en cosas de gouerno gran supuesto,
Y por el tribunal del santo Oficio,
Entró con santo esfuerço trabajando,
El buen fray Diego Marquez perseguido
De aquellos luteranos por quien vino,
A ser primero monedor, y el todo,

De todo aqueste campo levantado,
Fino fray Baltaſar, y fray Chriſtoual,
De Salazar, en terras eminente,
E con ellos vinieron otros Padres,
De ſingular virtud y claro exemplo,
Y como a penas llega el bien que viene,
Quando cien mil diſgustos nos fatigan,
Reſuelto ya el Virrey en deſpacharnos,
Vbo de reformar algunas cosas,
Por parecerle juſto ſe alteraſen,
Que eſtauan ya tratadas y aſſentadas,
La razon de franquezas y eſſenciones,
A nueuos pobladores concedidas,
Y como la eſtrechez y eſcafeca,
De libre libertad y nobles fueros,
Eſta que mas aſſige, y mas laſtima,
A los hidalgos pechos que ſe meten,
Por medio de las picas enemigas,
De vneſtra Real corona, y alli rinden,
Las vidas, y las almas, por ſeruiros,
Lleuaron con grandifſimo diſgusto,
Todos los mas del campo trabajado,
Eſta rformacion que el Conde hizo,
Dizeado en los cortillos, y en la plaza.

De la nueva Mexico,

Que lo vna vez tratado y asentado,
No era ley ni justicia se alterase,
principalmente aniendo sido el pacto,
Con legitima parte celebrado,
Por cui causa todos sus haciendas,
Auan ya deshecho y consumido,
Por cumplir sus asientos ya asentados,
Con su Rey natural, cui palabra,
Era fuerza sin quiebra se cumpliese,
Y que imbiolablemente se guardase,
Paes que en bajo lugar constituido,
El hombre, o en el mas alto levantado,
Tener de Rey palabra y mantenerla,
Era lo que ilustraua y levantaua,
El claro resplandor de su persona,
Y así todos rebueltos y alterados,
Mas liciendo la entrada se quejauan,
Diziendo los auian engañado,
Y echados por puertas ya perdidos,
Y como por ley justa en la militia,
Los armos se suspenden quando tocan,
A retirar, así fue retirando,
Don Juan y su ceniente à los soldados,
Haciendo sus disgustos de manera

Que todos sossegados concedieron,
Con lo que el Conde hizo por dezirles,
El pobre cavallero lastimado,
Que con acuerdo santo y con justicia,
Fue todo aquello hecho y ordenado,
Y como en el inchado mar soberuio,
Sobre vna gran resaca otra rebienta,
Y en la tendida plaia se deshaze,
En blanca espuma toda combertida,
No de otra suerte vino rebentando,
Con deshecha tormenta y terremoto,
Vna gran tierra de agua lebantada,
Imputando â don Iuan â grandes voces,
No menos que de aleeu â la corona,
Con que ceñis señor las altas sienes,
Mas â penas llegó quando la vimos,
Toda deshecha, llana, y quebrantada,
En la inocente roca donde quiso,
Que lar en blanca espuma combertida,
Colar de la inocencia que tenia.
Aquel que pretendia manchar sin culpa,
Y como siempre arrima algun conuecio,
La magestad inmensa al alligido,
Y mas si con esfuerzo sufre y passa,

De la nueva Mexico,

El peso del trabajo que descarga,
Asi vimos que vino gran consuelo,
Por todo vuestro campo ya rendido,
Con vn turbion de cosas que la inuidia,
Y fuerza de mentira à boca llena,
Sin genero de rienda publicauan,
Por solo deshazerlo y destruyrlo,
Mas poco les vzio, porque tras desto,
Quiso vuestro Virrey hazer despacho,
Mandando que don Lope se partiese,
Y como su teniente despachase,
A todo aqueste campo, y que hiziesse,
Visita general de gente y armas,
Y que tambien hiziesse calay cata,
De todos los pertrechos ofrecidos,
De parte de don Iuan, y sus agentes,
Y que si lleno todo lo hallasse,
Que libremente luego permitiesse,
Hiziesse su jornada y la acabasse,
Y que Antonio Negrete secretario,
Hiziesse aquel despacho por la pluma,
Para todo lo qual mandò viniessse,
Francisco de Esquivel por comisario,
Con cujos oficiales quiso el Conde,

Para mas animar aquesta entrada,
Escruir á don Iuan con gran regalo,
Juzgandole por prarido en las cosas,
De aquella grande impressa que lleuaua,
Suplicando con esto á Dios le diese,
Tan prospero successo, y buen viage.
Qual siempre desleaua que viniessen,
Por las illustres prendas y las partes,
Que su persona y deudos merecian,
Y qual aquel que con señales claras,
La fuerza de su intento nos descubre,
Asi vuestro Virrey quiso advertirle,
Que mas por cumplimiento del oficio,
Que por sospecha alguna que tuuiesse,
Del pleno cumplimiento de su asiento,
Mandaua que don Lope le tomase,
Visita general, y que esperaua,
Que todo lo terminasse tan cumplido,
Que asi para el don Iuan la diligencia,
Vendria tan colmada, y tan honrosa,
Como para el descargo del oficio,
Que de vuestro Virrey exercitaua,
Y con esto tambien le fue diziendo,
Otras muchas caricias regaladas,

Con

De la nueva Mexico,

Con que contentos todos estimaron,
Su prospera fortuna y buena andanza,
Cuyo fabor gallardo bien mostraron,
Solenizando fiestas y torneos,
Quinientos buenos hombres esforçados,
Que para aquesta entrada se juntaron,
Todos soldados viejos conocidos,
Y entre baruaras armas señalados,
Mas como siempre el tiempo favorable,
Desaparece y queda surto en calma,
Aquel que permanece siempre estable,
Despues de todo aquesto q̄ hemos dicho,
Autendo mucho tiempo ya passado,
Llegò luego vn correo con gran priessa,
Pidiendo albricias por el buen despacho,
De las nuevas alegres que traia,
De vuestro Visorrey, en que mandava,
Que luego todo el campo se aprestase,
Y que la noble entrada prosiguiesse,
Y como està mas cerca del engaño,
Aquel que està mas fuera de sospecha,
Asi fue, que el correo allegado,
Con gran contento entrò y dio su pliego,
El qual se abrio en secreto, y con recato.

Qu

Que ninguno supiesse ni entendiessse,
 Lo que el cerrado pliego alli traia,
 Y como no ay secreto tan oculto,
 Que al fin no se reuele y se nos muestre,
 El que en aqueste pliego se encerraua,
 Contra las buenas nuevas que el correo,
 Con inocencia à todos quiso darnos,
 Sin quitar vna letra ni añidirla,
 Quiero con atencion aqui escriuirla.

El Rey.



ONDE de Monte Rey,
 pariente, mi Virrey Gouver-
 nador, y Capitan General,
 de la nueva España, o a la
 persona, o personas, a cuyo cargo fue-
 re, el gouierno della: auiendo visto la
 carta que me escriuistes, en veynte de
 Diziembre, del año passado, en que
 tratays del asiento que el Virrey dó
 Luys

De la nueva Mexico,

Luis de Velasco, vuestro antecessor, auia tomado con don Iuan de Oñate, sobre el descubrimiento del nuevo Mexico; y las causas porque dezis os deteniades, en la resolucion, aduirtiendo, que conuenia no aprouar el cōcierto, si aca se acudiesse a pedirlo, por parte del dicho don Iuan de Oñate, hasta que me boluiesse a escribir, y consultado se me por los de mi Real Consejo de las Indias, cō ocasiō de auerse ofrecido don Pedro Ponce de Leon, señor q̄ disque es, de la villa de Bailen, á hazer el dicho descubrimiento, è determinado q̄ se suspenda la execucion de lo capitulado, con el dicho don Iuan de Oñate. Y assi os mando no permitais q̄ haga la entrada, ni la profiga, si la obiere començado, siuo q̄ se entretenga, hasta que yo
pro-

proueca, y mande lo q̄ me pareciere cō
uenir, de q̄ se os auisara cō breuedad.
Fecha en Azeca, a ocho de Mayo, de
mil y quiniētos y nouēta y seys años.
Yo el Rey, por mādado del Rey nues
tro señor, Iuan de Yuarra.

Tras cuiu cedula, para mas fuerça
ambio el mandamiento que se si
gue.

Mandamiento del Rey.

DON Gaspar de Zuñiga, y
Azcuedo, Conde de Monte
Rey, señor de las casas y esta
do de Biedma, y Villosa, Virrey, lugar
teniente, y Capitan General de su
Magest-

De la nueva Mexico,

Magestad, en esta nueva España, y
Presidente de la Real Audiencia,
Chancilleria, que en ella reside. A vos
don Lope de Villosa, Capitan de mi
guarda, a quien cometi la vista tocan-
te a la nuestra y aueriguacion del cú-
plimiento del asiento que con don
Juan de Oñate esta tomado, acerca
la jornada del descubrimiento, pacifi-
cacion, y conuersion, de las Provin-
cias del nuevo Mexico, con nombra-
miento de mi lugar teniète, para pro-
uenir, ouiar, y castigar las desorde-
nes, y excesos, que los soldados, y ge-
te de la dicha jornada hiziere, en
transito è camino deste viage. Saber
q̄ por cedula del Rey nuestro señor,
mi dirigida, dada en Azeca, a ocho de
Mayo, deste año de mil y quinientos
è nouenta y seys, se me manda, y or-
dena

que no permita, que el dicho don Juan de Oñate, haga la entrada del dicho nuevo Mexico, ni la prosiga, si la guerra comenzado, sino que se entretenga, hasta que su Magestad prouea y mande, lo que le pareciere conueniente, y que desto me embiará auiso cō breuedad, porque entre tanto su Magestad á determinado se suspenda, la ejecución de lo capitulado, con el dicho don Iuan de Oñate: segun todo consta de la dicha Real cedula original, q̄ con este mi mandamiento vos escribio. Y porque conuiene q̄ con este dicho don Iuan de Oñate, lo q̄ su Magestad manda, para q̄ lo guarde y cumpla, os mandamos notifiqueis, y hagais notificar, al dicho don Iuan de Oñate, la dicha Real cedula original, y así mismo esta mi orden, y manda

H mien-

De la nueva Mexico,

mierto, para que lo guarde y cumpla como en el se contiene. Para lo qual en nombre de su Magestad, y mio, como Virrey, lugar teniente suyo, y Capitan general, supremo, desta nueva España, y de las Prouincias y jornadas del nuevo Mexico: mando al dicho don Iuan de Oñate, que guardandola, y cumpliendola, luego que este mandamiento por vos le sea notificado, y hecho notificar, haga alto, y no paffe de la parte y lugar, donde se le notificare, ni consienta passar la gente que tiene leuantada, ni los bastimentos, municiones, y bagajes, ni otra cosa alguna, ni prosiga la dicha jornada antes la sobreesca y entretenga, hasta ver nueva orden de su Magestad, e mia, en su Real nombre: y en defecto de no lo cumplir, en caso que p...

ante cõtra lo proueido en la dicha
Real cedula, y por mi mandado, en el
dicho mandamiento, sino fuere algu-
nas pocas leguas, y cõ expreso permi-
do nuestro, por escrito, para mejor en-
tender la dicha gente, desde luego en
el dicho Real nõbre, reboco y anulo,
letrados, patentes, y cõdutas, promisto
y comisiones, y otros recaudos, q
cõtrõbre de su Magestad se hã dado,
al dicho don Iuan de Oñate, y a los
Capitanes, y oficiales, que el nõbrõ,
para la dicha jornada, y para el cõto
de ella, para que en manera alguna no
puedan ni puedan vsar dellos, con aper-
to conocimiento, que lo contrario hazien-
do no se le cumplira cosa, que en su
saber este otorgada, en el dicho asyẽ
de las capitulaciones, y se procedera cõ
todas las personas y vienes, como cõtra

H a tran f-

De la nueva Mexico,

transgressores; de las ordenes, é mandatos de su Rey, é señor natural, y como contra vassallos rebeldes, y desleales, vsurpadores del derecho de descubrimientos, entradas, y conquistas de Prouincias, a su Magestad pertenecientes, que para los procesos en razon desta inobidiencia, rebelde y delito tan graue, se ouieté de hazer desde luego los llamo, cito, y emplazo, para que dentro de sesenta dias de la notificacion deste mandamiento parezcan personalmente en esta Ciudad de Mexico, en las casas Reales de ella, dóde es mi morada, ante mi persona, y las de los Iuezes que para el conocimiento de las dichas causas, nombrare, donde pareciédo ser auídos, y se les hara justicia: y no pareciédo, en ausencia suya, y por su rebelde

se procedera, y se les notificará los au-
tos en estrados; y les parará tanto per-
juicio, como si en sus propias perso-
nas se les notificasen. Lo qual mado
como dicho es, no solo al dicho don
Juan, sino a los Capitanes, soldados,
oficiales, y gente que va a la dicha jor-
nada, en qualquier manera, y a cada
uno dellos; con los dichos aperecibi-
mientos y penas, citaciones, y señala-
miento de estrados: y que este mi mado
y mandamiento si os pareciere, se notifique
a los Capitanes; y oficiales del dicho
ejército, que está presto para la dicha
jornada: y luego que os parezca, para
que se vea a noticia dellos; y de los de-
mas soldados, y gente dicha, y hagais
ocurrir vando publico, para que se pu-
blique, declarando a todos los dichos
oficiales, soldados, y gente que en qual-

De la nueva Mexico,

quier manera van a la jornada, que so pena de la vida, y perdimiento de bienes, y de ser como dicho es, auidos por vassallos rebeldes, y desleales a su Magestad, no passen adelante su viage, y en razon dello, no figan, ni ouedescan al dicho don Iuan. Y assi lo prouieo, è mandò, que este mi mandamiento vaya refrendado, de Iuan Martinez de Guillestigui, mi Secretario, y haga tanta fee, como si por gouernacion fuèlle despachado: por quanto en virtud de la Real cedula particular, que yo tengo, para despachar, en los casos que me pareciere, con Secretarios míos: mando, por justos respectos, que el dicho mi Secretario lo refrende. Hecho en Mexico, a doze de Agosto, de mil y quinientos è nouenta è seys años. El

Con-

Conde de Monte Rey. Por mandado
de su señoría, Juan Martinez de Gui-
llestigui.

Con estas notificaciones, el Go-
bernador quedo suspenso: y porque
yo lo estoy, quiero al siguiente canto
remitirme.



H A

CAN-

De la nueva Mexico,

C A N T O
OCTAVO.

DE LA REPUESTA QUE DIO
don Juan de Oñate, a la notificación que se le hi-
zo, y de la prudencia y discrecion, cō que habló
a todo el campo, y fiestas que se hizieron de
contento, y del generoso ofrecimiento
de Juan Guerra su teniente, y de
otras trabajos que a estas
frías alegrías
sucedieron.



V I E N vio jamas señor en es-
te mundo,

Caduco, fragil, debil, moledi-
zo,

Sin notable discordia, paz alegre,
Grassoso rato, sin tristeza amarga,
Manso sosiego, sin pavor terrible,
Y en fin noble bonança, y tiempo bueno,
Sin aspera tormenta, y gran borrata,

O triste

O triste condicion de mundo breue,
Y corto entendimiento de mortales,
Si ciegos no conocen sus mudanças,
Sus Lunas, sus entredos, sus traiciones,
Sus traças, sus palabras, sus reboços,
Tanto más encubiertos quanto fienten,
Los pechos de los nobles mas cençillos,
Auicndo pñes la inuidia con sus redes,
Persuadido al Virrey, por que alcançase,
La cedula Real que auemos dicho,
El pobre caallero lastimado,
De aquel nuso accidente, y ofendido,
Qual suele con fortuna serle fuerça,
Sufrir al que nauega golfos brauos,
Asi con grande esfuerço y con paciencia,
Vn ancho y venenoso mar beuendo,
De mil amargas hieles enojosas,
Temeroso que todo se esparciese,
Con nouedad tan grande, y se acabase,
Por atajar el pismo que costaua,
Mas de quinientos mil ducados largos,
Con toda diligencia quiso luego,
Acabar con don Lope le intimase,
Con el mayor secreto que pudiese,

De la nueva Mexico,

La voluntad Real, y el mandamiento,
Que por vuestro Virrey le fue enviado,
Pues haciendose assi, sin mas acuerdo,
Qual suele responder con grato fruto,
La fertil fumentera bien labrada,
Aquellos dos escritos fue tomando,
Y con grande respeto qual si fueran,
Coronas principales de dos Reynos,
Fueron en su cabeza levantados,
Y buuelto en vn gran monte de paciencia,
Tocandoles los labios fue diciendo,
Que aunque por justas causas y razones,
Podiera suplicar de aquel mandato,
Por los daños y grande inconueniente,
Que de perderse el campo se seguia,
Con todos sus perrechos y bagajes,
Que tanta hazienda y sangre le costarian,
Que no queria hazerlo ni pensarlo,
Mas antes como leal vassallo vuestro,
Con suma reuerencia obedecia,
La cedula Real y mandamiento,
Segun que en ella, y el se contenian,
Y que inuolablemente guardaria,
Todo quanto alli se le ordenaua,

Sin que vna sola letra quebrantase,
Y como todas estas diligencias,
Con gran silencio fuesen acabadas,
Estaua todo el campo tan suspenso,
Quanto assi oíó por ver que contenia,
El buen despacho, y pliego, que el correo,
Con tan grande alegría auia traído,
Y para quitar dudas y sospechas,
Qual suelen las castísimas auejas,
Que en sabroso licor vemos conuertir,
Aquello que es amargo y defabrido,
Asi salio don Iuan la boca dulce,
Diziendo à grandes voces con contento,
Señores compañeros que hazemos,
Entremos, y à la entrada no durmamos,
Que à pesar de fortuna estamos todos,
Con notables ventajas despachados,
Oyendo los soldados esta nueva,
Qual suelen con aplauso dar gran grito,
Los verdes años todos reboçando,
Aquel sumo contento que nos muestran,
Al pretender de cathedras honrosas,
Asi la soldadesca to de jura,
Vn alarido fuerte fue subiéndolo,

De la nueva Mexico,

Y à fuer de caualeros hijosdalgo,
Vizarros, y galanes, se juntaron,
En gallardos canatos animosos,
Y despues de vna gran carrera alegre,
Vna vistosa escaramuça hizieron,
Las mas famosos hombres de acuallo,
Por el Maese de campo, y gran fargento,
Los dos valientes coernós gouernados,
Entre los quales no con poco orgullo,
Vizarro el Generata quella fiesta,
En vn bravo cauallo celebraua,
Y luego que cansados suspendieron,
El regozijo y gusto con descuido,
Qual aquel discreuissimo Zineas,
Que por su gran prudencia valio tanto,
Como el valiente Pirro por la espada,
Asi don Juan con rostro reporrado,
Alegre, preuenido, y recatado,
Para mejor cubrir aquella herida,
Que tanto le adligia y lastimaua,
Et cauallo enjaezado, y enfrenado,
Luego que se apeo le dio en albricias,
Pagandole al correo et buen despacho,
Y presta diligencia con que vino,

Por cuios hecho, y otros me parece,
Los Fauos, Cipiones, y Metellos,
Pompeio, Cilla, Mario, ni Locullos,
Y entre ellos Iulio Cesar, no mostraron,
En su tanto mas pecho a los trabajos,
Ni en ellos mas discretos anduuieron,
Que a questo illustre y alto cauallero,
O discrecion sagaz que bien parece,
Quando con buen auiso assi deslumbras,
La vista mas aguda, y trascendida,
Cerrando los caminos a las lenguas,
En cosas de importancia mal sufridas,
No de otra suerte aquellos brauos Griegos
A los diestros Troianos engañaron,
Quando el vello cauallo dentro en Troia,
Fue dellos todos juntos recebido,
Sabida pues la detencion del campo,
Por Iuan Guerra de Ressa su teniente,
A quien con diligencia y gran secreto,
El mismo General quiso auisarle,
Por ser su deudo, y asimismo dueño,
De toda aquesta causa leuantada,
Y vno de los vassallos importantes,
Que ciñen noble espada en vuestras Indias
Cuios

De la muela Mexico,

Cuios agudos filos á su costa,
Muchas fronteras grandes han guardado,
Que gran suma de plata os han valido,
Sin el colmo excesiuo que os ofrecen,
De quintos sus haziendas cada vn año.
Pues como en bien gastar exercitado,
Estaua ya, y curtido en bien serbiros,
Aqueste franco y brauo cauallero,
Qual illustre Iacob por la belleza,
De la linda Rachel de nueuo quito,
Assentar con Laban, y darle gusto,
Sin mirar los serbicios ya passados,
Asi escriuio á don Iuan con nuevos brios,
Que cien mil pesos largos le ofrecian,
De fruto cada vn año sus haziendas,
Ganados y adqueridos por su lança.
Que todos los gastase y consumiesse,
Mostrandose qual ambar oloroso,
Que quanto mas le afligen, y deshazen,
Mas es su uiaua fuerça y gran fragancia,
Y que en raanera alguna no mostrase,
La fuerça de su pecho vil flaqueza,
Porque el estaua alli que proueheria,
A todos los del campo, de las cosas,

Para poder valerse necessarias,
 Como el gran Ioseph quando previno,
 De gran fuerça de hambre que esperaua,
 Preuinole con tiempo que guardase,
 Todos los vastimentos que tuuiesse,
 Que en manera alguna los gastasen,
 Por cuya justa causa agradezido,
 Don Iuan le replicò con gran contento,
 Haziendo mucha estima de su carta,
 Respetto de ser hombre cuyas obras,
 Hazieron gran ventaja à sus palabras,
 En cosas de importancia y de verguença,
 Y assi luego por orden de don Lope,
 Hizo alto con el campo en vnas minas,
 De bastimentos faltas, montes y aguas,
 Que llaman las del Casco, donde el Conde
 Despues de auer gran tiempo ya passado,
 Mandò segunda vez que le intimasen,
 La cedula Real, y mandamiento,
 Para que con mas fuerça se abstuuiesse,
 Y aquella noble entrada no intentase,
 De que podia estar bien descuidado,
 Por el grande respetto y reuerencia,
 Con que don Iuan guardada y acataua.

De la nueva Mexico,

Las cosas de justicia, y sus ministros,
Y como suelen darse a los enfermos,
Algunas medizinas con que alibian,
La fuerza del dolor que los lastima,
Asi siempre el Virrey quiso escribirle,
Que no lleoase mal lo que ordenauz,
Porque aunque estava cierto no haria,
Cosa con que manchase su persona,
Que sin mirar a questo que entendiesse,
Que por sola obseruancia de justicia,
Mas que por otra cosa se mandauz,
Que aquellas diligencias se hiziesse,
Y que estuuiesse cierto se dolia,
De todos sus trabajos y disgustos,
Y asi qual los arroyos que de passo,
Refrescan sus Riberas, y lebanran,
Graciosas arboledas, y las visten,
De sembradoras hojas, y entretienen,
Diuersidad de flores olorosas,
Amenos prados, frescos deleitosos,
Y sombras apazibles agradables,
No de otra suerte el Conde de castino,
A nuestro General le entretenia,
Y qual si vn diamante fino fuera,

Contra la dureza empedernida,
 Ni el rígoroso golpe desmandado,
 Que en violencia alguna no resista,
 Absorbe resistiendo, y contrastando,
 Las poderosas ondas levantadas,
 Contra cuya braueza siempre vimos,
 Que regaladas cartas le embiara,
 Pidiéndole con veras se animase,
 A esforçar la gente ya cansada,
 Y de mucho esperar desesperada,
 Si quería gozar del buen suceso,
 Y de dichoso remate de las cosas,
 Que tan grandes trabajos le costauan,
 Y que aunque no podia dar seguro,
 Ni esperanças ciertas de remedio,
 Que el esperaba en Dios con gran firmeza.
 Que vuestra Magestad sería serbido,
 De tener en memoria sus trabajos,
 Y que sería posible endereçarse,
 La qual torzida suerte desgraciada,
 Y con razón señor dixo torzida,
 Porque como al principio con cuidado,
 Conzela de seruiros fue estoruardo,
 Quando quiso despues favorecernos,

De la guerra de Mexico,

Fue fuerza obedecer vuestro mandado,
Y así viéndolo Inan que le era fuerza,
Auer de padecer aquel trabajo,
Qual tristíssimo Padre lastimado,
Que á fuerzas de dolor y de quebranto,
Paisa la fuerza del trabajo amargo,
Que con violencia y fuerza le lastima,
De ver sus caros hijos afligidos,
Por vna y otra parte de forzados,
No de otra suerte el noble cauallero,
Miraua todo el campo destruido,
Tambien á su Partido ya cansado,
Los pobres Religiosos mal parados,
La fiaca soldadesca entretenida,
Con vno y otro engaño dilata da,
Y fuerza de palabras más cumplidas,
La gente de seruicio y oficiales,
Los niños sinocentes, y á sus madres,
Sugetos á vivir á campo auerito,
Como si fueran vestias sin abrigo,
Por los tendidos prados despoblados,
Miraua á su teniente, cuió pecho,
Después de todo aquesto q̄ hemos dicho,
Auiendo con valor y grande esfuerço,

Por

Por tiempo de año y medio sustentado,
 A toda aqueste campo por disiertos,
 Y Paramos, que anduvo entretenido,
 Como la grosedad de sus haciendas,
 Estava por mil partes derramada,
 Viendo que se gastava à manos llenas,
 Por todo aqueste tiempo que hemos dicho,
 Aquello excellò vino à tanto extremo,
 Que no se vio soldado conozido,
 Que en viendo hacienda soya, no dixesse:
 Esta hacienda es mia, y quando mucho,
 Deza nuestra, si eramos aquellos,
 Que dispensar querian de sus vienes,
 Y como el tiempo todo lo deshaze,
 Consume, desbarata, y lo destruye,
 Así todos se fueron deshaziendo,
 Por vna y otra parte derramando,
 Viendo pues doña Eufemia, vna señora,
 De singular valor, y grande esfuerço,
 Muger del Real Alferrez Peñaquista,
 Hermosa por extremo, y por extremo,
 De bello, lindo, y claro entendimiento,
 Que todos los del campo ya cansados,
 Con tanta dilacion se despedian,

De la nueva Mexico,

Y que otras asimismo se asentauan,
Por no poder sufrir tan gran trabajo,
Qualaquella gallarda y noble dama,
Que en medio de la cuesta memorable,
De aquel soberbio Arauco no domado,
El poco esfuerzo, y triste cobardia,
De toda vna Ciudad auergonçava,
Asi esta gran matrona á grandes voces;
Dentro la plaça de armas fue diziendo,
Nobleza de soldados defendidos,
Dezidme en que estimais el noble punto,
De aquellos coraçones que mostrastes,
Quando á tan dura guerra os ofrecistes,
Dandonos á entender ser todo poco,
Para harra la fuerza y excelencia,
De vuestros brauos animos gallardos,
Si agora sin empacho y sin verguença,
Qual si fuerades hembras vais boluendo,
A cosa tan honrrrosa les espaldas,
Que cuenta es la que dais siendo varones,
Desto que á vuestro cargo aueis tomado,
Si todo lo dexais en estas tocas,
Que de ver tal vagoza, y tal afrenta,
Atrouadas las siencas y caidas,

Penas de deshonor y corrimiento,
 De ver en Españoles tal intento,
 Quando todo se pierda, y todo falte,
 De faltarnos tierra bien tendida,
 Y vn apazible Rio candaloso,
 Donde vna gran Ciudad edifique mos,
 A imitacion y exemplo de otros muchos,
 Que assi su fama y nombre eternizaron,
 Donde podemos yr que mas valgamos,
 Frenad el passo, no querais mancharos,
 Con mancha tan infame qual es fuerza,
 Que sobre todos vuestros hijos venga.
 Algo importò a questo que les dixo,
 A questa noble dama generosa,
 Mas como pocas vezes el esfuerço,
 En flacos coraçones se detiene.
 Qual flaco gusanillo que royendo,
 Y no poderoso, grueso, y alto pino,
 Que al fuego le derriba, y hecho astillas,
 En mil pedazos roto alli le dexa,
 Assi saltos de fuerças ya rendidos,
 Todos el noble campo despoblaron,
 Mas qual aquella naue poderosa,
 Que fue del gran dilubio combatida,

De la nueva Mexico,

Que tanto mas fue siempre lebanada;
Quanto mas vivas aguas la embistieron,
Al fin como primera que en el mundo,
Se vido nauegar por aguas brauas,
Asi el Governador mostraua siempre,
A todos sus quebrantos tanto pecho,
Quanto mas los trabajos se esforçaron,
Estando pues el campo ya deshecho,
Fue fuerça que don Lope le tomase,
Visita general en cuió tiempo,
El General se supo dar tal maña,
Y Iuan Guerra de Keila su teniente,
Que hechando de sus fuerças todo el resto
Sobraron diez mil pesos de buen oro,
De las las pertrechos ofrecidos,
Con mas siete soldados de los hombres,
Que por concierto y pacto estava puesto,
Que auia de poner en campo armados,
Cuya grandeza y sobra pudo espanto.
A toda nueva España, porque zuiendo,
Derenidose el campo tanto tiempo,
Era cosa difícil tal exceso,
Y asi Luys Nuñez Perez ayudado,
De don Fernando, y don Christoual luez:

Aplicaron al Conde despachase,
 Nesta entrada, pães don Iuan auia,
 Con colmo tan grandioso, y leuantado,
 La fuerza de la aliento ya cumplido,
 Y como con cuidado el Conde estaua,
 Guardando el orden que de España,
 Mandauan que tuuiesse en esta entrada,
 No pudo ser possible que hiziesse,
 Cosa que alli nos fuesse de importancia,
 Tãsi se fue segunda vez perdiendo,
 El puesto deste campo reformado,
 Por cuiã caasa el Conde siempre quiso,
 Animarte con cartas, y esforçarle,
 Diciendo siempre no desfalleciesse,
 Porque seria possible que las cosas,
 Se uellen entiblando de manera,
 Que en dichoso en todo se alcançasse,
 Y porque los cantados Religiosos,
 De nuevo nuevas cosas nos ofrecen,
 Serã bien nueva pluma aqui corremos,
 Y en nuevo canto todo lo cantemos,

C A N T O
N V E V E.

COMO SE BOLVIO CON ALGUNOS Religiosos, Fray Rodrigo Duran, Camillero Apostolico de la jornada: y de otros trabajos que fueron sucediendo: y como el Virrey y don Juan se sujetase a segunda visita, o mandaria derramar la gente: y venida del Visitador al despacho de la jornada, y contentos que con el se tuvo: y del orden que tuvo en hazer su visita, y cosas que en ella sucedieron.



I CON fuerza de brazos,
del tiempo,
Han de quedar perfectos y
cabados,

Los memorables hechos que emprendieron:
La cosa mas gallarda y levantada,
Que en ellos loze siempre y resplandezca:
Despues que estan en puesto bien brado.

Es la importante ayuda de asistencia,
Sin cui grande alteza la esperança,
Queda en si toda muerta y zozobrada,
Esta con dilacion tan triste y larga,
Vino á desfallezer y destroncarse,
En el cansado hijo de Francisco,
Fray Rodrigo Duran cui grandeza,
De animo notable ya rendida,
Vino á dexar la plaça sin embargo,
De vn gran requerimiento que le hizo,
Pidiendole don Inaa que pues estaua,
Sobre sus graues hombros sustentado,
Como en columna fuerte todo el campo,
Que en ninguna manera permitiessse,
Pues era cosa llana que en boluiendo,
La fuerza de la Iglesia la cabeça,
Que todo se assolase y destruiessse,
Mas como ya la fuerte echada estaua,
Respecto de dar cuenta á su Perlado,
De algunas cosas graues y secretas,
Sin replica salio por cui causa,
Fray Baltasar, y algunos otros Padres,
De notable importancia nos dexaron,
Siguiendo las pisadas disgustosos,

De la nueva México,

Y como a Rio buelto siempre vemos,
Sobre las turbias aguas muchas cosas,
Que nueva novedad a todos causan,
Tras desto luego vimos que quisieron,
Ciertos soldados algo leuantados,
Hazer aquesta entrada y proseguirla,
Amorinando el campo cuio cancer,
Fue con suma presteza y diligencia,
Del hasturn fargento remediado,
Corriendo la cabeza al que queria,
Serlo de aquesta causa perseguida,
En este medio tiempo prouieieron,
A don Lope de Villoa que era amparo,
De todas nuestras causas mal paradas,
Por General de China, y luego en esto,
Dexandonos a todas vino nueva,
Como en España estaua prouenido,
Don Pedro Ponçe, vn grande cauallero,
De singular prudencia, y alto esfuerço,
Por General de toda aquesta entrada,
Y temiendo el Virrey se deshiziesse,
Toda la soldadesca alborotada,
Con aquesta mudança, y nuevo acuerdo,
Mando hechar luego vando que la gente,

A sus vanderas toda se juntase,
Y aquesta entrada luego profiguieffe,
Tras cuiu vando, sin tardança alguna,
A don Iuan auisò como tenia,
Del Presidente Pablo de Laguna,
Orden en que auisaua, y ordenaua,
Que si entendieffe que el don Iuan tenia,
Todo lo necessario preuenido,
Para hazer la entrada y proseguirla,
Que luego libremente permitieffe,
Que el solo la hizieffe, y acabase,
Y si cumplido todo no estuieffe,
Que sin tardança alguna dieffe auiso,
Porque esta causa luego remediasse,
Por cuias ocasiones le ordenaua,
Que luego respondieffe si tenia,
Expuesto todo aquello que importaua,
Porque sin mas acuerdo proueheria,
Persona tal qual fuesse conueniente,
Y general visita le tomase,
A la qual era fuerça sugerarse,
Y que sino que luego mandaria,
Despedir à la gente, y derramarla,
Y que le parecia si no auia,

De la nueva Mexico,

De cumplir por entero que hiziesse,
Gentileza y seruicio illustre y alto,
A vuestra Magestad en desistirse,
De aquesta noble impressa començada,
Sin gastar mas hazienda, ni mas vida,
Que la que auia gastado y consumido,
Aduirtiendo con esto que si estua,
De gusto y parecer que le tomasen,
Segunda vez visita, que seria,
El Comisario dentro de dos meses,
De toda aquella Corte despachado,
A cuiu carta el General contento,
Al Conde replicó que aunque el auia,
Cumplido enteramente sus assientos,
Que sin embargo desto, que el gustaua,
Rendirse sin tardança, y sugerarse,
A segunda visita, y à otras muchas,
Si fuesse necessario se hiziesen,
Y como en los dos Polos permanecen,
Los dos exes, tan fijos, y clauados,
Que esperança ninguna no tenemos,
De verlos de sus puestos apartados,
Asi sin movimiento estables si mes,
Don Juan, y su teniente se mostraron,

Respondiendo que aquella gentileza,
Era la que era fuerza se hiziesse,
En vuestro Real seruicio, y se acabase,
Pues como expuesto todo lo tuuiesse,
Para el tiempo aplazado que les dieron,
Segun que lo demas passose en flores,
Porque no fue posible despacharse;
A tiempo el Comisario de la Corte,
Que pudiese venir sin detenerse,
Por cuiu causa todos se quejauan,
Bien apretadamente, y con enojo,
Brayendo á la memoria las palabras,
Los plazos, y los tiempos mal cumplidos,
Que siempre el General les daua á todos,
Afirmando y jurando que eran trazas,
Bogaños, y cautelas, que tenia,
Para solo assolarlos y abrefarlos,
Y que no era posible que las cartas,
Fuesse ciertas del Conde, si no embustes;
Para el fin que dezian y afirmauan,
Y assi se fueron muchos, y dexaron,
A questa illustre entrada disgustosos,
Mas el Sol de justicia conolido,
Sus manos ojos, luego fue boluendo.

De la nueva Mexico,

A su afligido pueblo lastimado,
Haziendole muy cierto que venia,
Nuevo visirador, para que luego,
La jornada de hecho despachase,
A quien se hizo vn gran recebimiento,
De mucha gente de armas bien luzida,
Con su Maese de campo, y Real Alferes,
Su Sargento mayor, y Capitanes,
Y el General famoso, y oficiales,
Que en orden todos fueron, y ven llegando,
Vna gran salva alegre de arcabuzes,
Con destreza gallarda fue rompiendo,
El secreto silencio, y fue turando,
Hasta que juntos saludarse vinieron,
Los dos nobles varones, y abraçarse,
Y luego en orden todos bien compuestos,
A su posada juntos le llevamos,
Donde segunda salva les hizieron,
Con notable comento y alegria,
Porque entendieron del, que grãde Padre
Avia de mostrarse en nuestras causas,
Y assi como tal Padre, y tal amparo,
Pidio al Governador que no le fuesse,
Contrario en cosa alguna si queria;

Ver de todas sus causas buen despacho,
 Con etias buenas muestras y señales,
 Como pañones todos en sus ruedas,
 Alfanos y gallardos se mostrauan.
 Pues como assi estuuiessen ya contentos,
 Mandó el visitador se echase vando,
 Para que todo el campo luego fuesse,
 Siguiendo su derrota, y que marchase,
 Viendo el General que aquel mandato,
 Era ruina total de nuestra entrada,
 Porque eran necesarios muchos dias,
 Para apretar los carros y carretas,
 En cuyo tiempo toda la visita,
 Haciendo de vna via dos mandados,
 Podia fazezse y acabarse,
 Que si a questo assi no le hiziesse,
 Era perderse todo a culpa causa,
 Pido con grande instancia que mirase,
 Que fuera deste grande inconveniente,
 Perdiendo gran fuerza y coibuntura,
 En aprestar la gente y el bagaje,
 En vn tan largo tiempo entretenida,
 Demas de que era fuerza que sacando,
 De sus querencias todos los ganados,

Que

De la ruina Mexico,

Que todos se perdiessen y ahientasen,
Y que para escusar tan grandes daños,
Hiziesse su visita en aquel puesto,
Y del faldessen todos de arrancada,
Sin detenerse en parte que pudiessen,
Perderse aquellas cosas que llevauan,
Y viendo los soldados lastimados,
El tiempo que perdian con enojo,
A voces, y sin tienda de sembruecos,
Dezian que eran trazas porque el campo,
Gastase el bastimento que tenia,
Y assi se deshiziesse y acabase,
Y fuera assi sin duda si el gran cobmo,
No fuera tal, qual vimos bien colmado,
Y viendo el General que no podia,
Hazer que le tomasen la visita,
Con perdida del tiempo irrebocable,
Salio con todo el campo sin consuelo,
A fuerza de sudor y de trabajos,
Que en aprestarlo todo padecieron,
Y á penas fue marchando cinco leguas,
Quãdo en un puesto pobre de agua y matorral,
Mandó hiziesse alto y descargasen,
Alli boluieron todos al trabajo,

Hazien

Haciendo sus asientos temerosos,
 De que era fuerza que agua les faltase,
 Mas Dios que á todos siempre nos socorre
 Hizo que vnos charquillos bien pequeños,
 Que cerca de nosotros se mostrauan,
 Aguas en abundancia derramasen,
 Y que á vista de todos las vertiesen,
 Haciendolas de antes represadas,
 Ven sus secretas venas escondidas,
 Asi el Visitador mandò echar vando,
 Que pena de la vida nadie oñase,
 Salir del quartel de armas sin embargo,
 Que del mismo don Iuan mandato fuesse,
 Con cuyo vando luego los soldados,
 Desamparando todos los ganados,
 Se fueron á gran prisa recogiendo,
 Dejandolos perdidos sin sus guardas,
 Y questa desventura fue tan grande,
 Que andauan á millares los corderos,
 Blando, por sus madres que perdidas,
 Balaban asimismo por hallarlos,
 Y oniras las leguas discurriendo,
 Cruzauan por ios campos sin sentido,
 En busca de sus crias relinchando,

De la nueva Mexico,

Y al mismo las vacas y terneras,
Hundian con bramidos las campañas,
Los ternos rezentales asombrados,
Con el ganado prieto y nan rebueltos,
Por verse de las cabras diuididos,
Los bues, los cauallos, los jumentos,
El ganado vacuno y la molada;
Con todo lo demas que el campo pasta,
Esparramados todos y perdidos,
A su aluedrio y sin orden alguna,
Andaan sin sus guardas descariados,
Y sin mirar aquesta desventura,
Y perdida sin traza desdichada,
Vuestro visitador mandò tras desto,
Que todos los soldados y oficiales,
O gente de servicio que quiesse,
Dexar de proseguir aquesta entrada,
Que todos libremente se quedasen,
Aunque alistados todos estuviessen,
Hizo demas de aquesto en su visita,
Vna cosa tambien que fue notable,
Andaan como digo los ganados,
Sin guardas por el campo diuididos,
Y de parte de noche nos mandaua,

Que de mañana, yeguas, ó cauallos,
 Quejas, o las cabras, o las vacas,
 Del genero que mas apetecia,
 Registrar traxeramos, y en esto,
 Por ser el tiempo corto, y tan raldado,
 Soliamos perdidos ir buscarle,
 Asi como perdida se trata,
 Alguna cantidad pequena, o grande,
 Aquella registrava, y si era della,
 Venia otra qualquiera, no passava,
 Haciendo no podia recabirla,
 Porque cerrado ya el registro estava,
 Con esto el general qual fuerte yunque,
 Viendo que lo demas assi corria,
 Haciendo aquellos golpes con paciencia,
 Al Cielo suplicava socorriese,
 Que aquello es lo que vale quando lejos,
 Elas inmenso Rey de lo que passa,
 Hizo notificar à los vezinos,
 Que en manera ninguna no vendiesen,
 Ganados à don Iuan, que fue vna cosa,
 Que à todos causò espanto imaginarla,
 Mandò tambien con pena de la vida,
 Que aquel que en esta entrada se alistase,

De la nueva Mexico,
Que si fuesse mestizo lo dixesse,
Y mulato tambien si se alitase,
En cuya lista fueron despedidos,
Vnos por no querer que se asentasen,
Diziendo no auian de yr á la jornada,
Y por de poca edad dexaron otros,
Que se que estan señor allá sirviendo,
Con muchas mas ventajas que no aquellos.
Que se tambien gran Rey que se boluier
Sin verguença del poize que en la barua,
Budo quedar asido, y lebantado,
Que con estos quisiera que tuuiera,
Vuestro visitador aquellos otros,
Que con un buen soldado vimos tuuo,
Y fue, que porque acaso, y con descuido,
Sin quitarle la gorra fue passando,
Determino, y mando, por solo a questo,
Que seys ratos de cuerda alli se diessen,
Pues como el General por el rogase,
Y con esto tambien reprehendiesse,
El descuido que tuuo aquel soldado,
Diziendole lo mal que auis hecho,
Respondio al General, que mas justicia
Y mas puxto en razon era que honrrase.

vuestro visitador, y otro qualquier
 que os que en guerra os firben con su sangre
 con vida, con hacienda, y con su honra,
 que no quisades tales con infamia,
 que vieses por tan altos pensamientos,
 que ser infamemente condenados,
 por un solo descuido que tuuieron,
 adorar á quien en paz gustosa,
 se sembrauan de plata los caminos,
 en vuestro Real seruicio su persona,
 mandauan se ocupase, y que os firuiesse,
 y otro hombre q̄ el fue Carlos quinto;
 vuestro Aguelo caro y esforçado,
 mucho mas soldado, y mas guerrero,
 que se sabia cierto perdonar,
 de aquellos que en las guerras le seruan,
 quando el General su mucha furia,
 que era fuerça á todos regalarlos,
 con palabras de Padre graue afable.
 Respondole mandò que mas no hablase,
 con qual rebuelta piedra de molino,
 que quitando el agua es fuerça pare,
 pararò, y tambien pararò su causa,
 de mas de todo aquello que he otros dicho.

De la nueva Mexico,

Otros que aquesta historia á cargo tienen,
Diran en sus escritos otras cosas,
Que á cerca destas causas sucedieron,
En las quales jamas tuieron mano,
El buen Jaime Fernandez secretario,
Y el Capitan Guerrero, á quien el Conde
Mandò por Comissario aqui vinieste,
El vno por la illustre y clara pluma,
Y el otro por la fuerza de la lanza,
Hombres de buena estima, y noble punto,
Y por venir al hecho desta causa,
Al fin hizo visita, cata, y cata,
Esta vino á tomar de tal manera,
Que no se yo si ay testigo alguno,
Que pueda con verdad dezir que vido,
Las cosas que assestaron y escriuieron,
Solo sabre dezir, que con instancia,
Pidió el Governador que se le diese,
De toda su visita vn testimonio,
Para saber las obras, o las faltas,
Y Componer la quiebra si la vnieste,
De manera que cosa no faltase,
Esto le denegó con tanta fuerza,
Que no solo no quiso dar testimonio,

dando justicia que al deodor que paga,
 se den carta de pago por escrito,
 mas hizo confesarse que no aua,
 cumplido con su asiento, y esto de escusas,
 en darle nombre alguna de lo escrito,
 diole demas desto, que Ioan Guerra,
 su muger doña Ana se obligasen,
 quanto a los soldados que faltauan,
 se publicase escritura en esta forma,
 Que asias de poner en campo armados,
 para cumplir su asiento ochenta hombres,
 a su mincion y costo, y que pagasen,
 todos los daños que estos cometiesen,
 que tambien pagasen los salarios,
 los ministros que el Virrey quisiese,
 que fuesen al despacho desta entrada,
 que a su voluntad tambien pudiese,
 quitar, o reformar aquellas cosas,
 que en su favor se vbiesen concedido,
 que por el permiso que le daba,
 para poder hazer aquesta entrada,
 no fuesse visto adquirir dominio,
 ni derecho al gobierno de la tierra,
 ni propiedad, ni posesion alguna,

De la nueva Mexico,

Y qual si fuera monte, o bronce duro,
Con todo concedio los ojos bueltos,
Al soberano Dios en cuyas manos,
Pidiendole justicia con paciencia,
Gustoso le dexò todas sus causas,
Y porque su teniente ausente estaua,
Porque acordò con el que se quedase,
Para el socorro y cosas de importancia
De aquesta nueva tierra, y nuevos Reyno.
Mandò que me aprestase, y luego fuell,
Para tratar con el que se obligase,
Con su muger doña Ana de Mendoza
Y á penas vido el pliego quando luego,
Como aquellos dos Dezios memorales
Que alegremente juntos se ofrecieron,
Por sola la salud de toda el campo,
En brazos de la muerte rigurosa,
Asi los dos contentos se obligaron,
Y juntos las dos vidas ofrecieron,
A vuestro Real serbicio, sin que cosa,
Quedase para nadie reservada,
Passadas estas cosas, y otras muchas,
Despues que vbo bien visto los poderes
Hecha ya su visita, y acabada.

Mandó marchar el campo destrozado,
 segun vereys señor aquí piotado,

C A N T O

D I E Z.

COMO SALIO EL CAMPO MAR-
 chando, para el Rio de Conchas, y del modo que
 comunicaron en vadearle y puéte que en el se hi-
 zo: y de como se despida el Visitador,
 dandofoto permiso para que el
 campo entrase.



SSI como en la alteza, y ex-
 celencia;

De la hermosa, bella, y blanca
 Luna,

Y las vezes su noble antorcha vemos,
 De todo punto ciega y eclipsada.

Y otras con corta luz, y tras menguante,
 Con bellos rayos, dulces, y apazibles,

Salir la vemos llena de creciente,

De la nueva Mexico,

No de otra fuerte y traza fue saliendo,
La fuerza deste campo destrozado,
Tendiendo con disgusto los perrechos,
Que à fuerza de trabajos los soldados,
Fueron por mochas partes recogiendo,
Los quales fueron luego levantando,
Mas de ochenta carretas bien cargadas,
Que con sus carros, y carrozas yuan,
Quales van en su esquadra bié compuesta
Las horcas el trigo acarreado,
Asi marchando todas prolongadas,
Con un renco chirrido, y sordo aplauso,
Un camino tendido bien auierto,
Dexan un con sus ruedas señalado,
Y asi como del arca contrastada,
La fuerza de animales fue saliendo,
Por generos distintos, y apartados,
Asi distintos todos los ganados,
Fueron el nuevo rastro prosiguiendo,
Por sus quarteles todos bien sembrados,
Cuya hermosa vista nos mostraua,
Aqui una gran boiada bien tendida,
Alli las cabras que yuan discurrendo,
Tras del ganado prieto que seguia,

Las simples orejuelas adestradas,
De los mansos cencerros conozidos,
Alli los potros traían yeguas manías,
Fetozaban ligeros y lozanos,
Aquí tras las cerreras relinchaban,
Gran fuerza de cauallos animosos,
Otras curi oscura y alta poloareda,
Otras mas tenebrosa y encumbrada,
El ganado bacuno, y el requaje,
Por vna y otra parte leuantaban,
Que por lo que esta machina ocupaua,
Se podra bien facer lo que seria,
Pues tres tendidas millas por lo largo,
Y otras tantas por ancho bien cumplidas,
Tomaua todo el campo leuantado,
Quia grueffa grandeza fue marchando,
Hasta llegar con bien à las Riberas,
Del Rio de las Conchas, cuyo nombre
Tomó por la belleza que se cria,
Quales vistosos nacares graciosos,
Deueltas de gran forma de pescado,
Quia verriente vemos que derrama,
Por donde el claro sol su luz esconde,
En la hermosa parte de Lebantay.

De la nueva Mexico,

Por torzidos caminos y veredas,
Va al poderoso mar seekingendo,
En cuio asienno y puesta recogidos.
Luego la gran faena començaron,
Para auer de buscar seguro vado,
Por donde todo el campo sin peligro,
La fuerza de las aguas contrastase,
Porque hondable todo se mostraua,
Por cuiu causa, luego con la sonda,
Assegurar quisieron el partido,
De donde resultò tomar un vado,
Algo dificultoso y malseguro,
Por cuiu causa muchos temerosos,
Assegurar passago no quisieron,
Por no ser de sus aguas caudalosas,
Sorbidos, y tragados, sin remedio,
Y assi el Governador, qual Caio Cesar,
Que sin freno, ni rienda gouernaua,
La fuerza de cauallos mas soberuios,
Assi saltò en un cavallo brado,
De terrible corage desembuelto,
Notando con auiso, y con destreza,
Que nunca es eloquente en sus razones,
Aquel que las propone, si admirados,

Con propias obras, y valor de braços,
Dexa los oyentes y rendidos,
Solo el apertito, blanco, y fuerça,
Que aspira la corriente de su gusto,
Con vn gran bastón en la derecha,
Ennobles soldados esforçados,
Cavalleros de Christo fue diziendo,
Este es noble principio conozido,
Para que cada qual aqui nos muestre,
Del credito y valor del importuno,
El estado trabajo que seguimos,
Que tiene valor, y si merecen,
Aquellos que le siguen gran corona,
Con estas razones fue bolviendo,
Enriendas al canallo poderoso,
Y si se abalançó al bravo Rio,
Empiando las aguas fue bufando,
El animal gallardo desembuelto,
Puesto en la oara vanda hijadeando,
Como á correr las aguas, y en la orilla,
Por los hijares bajo, y anchos pechos,
Resollando vertia y derramava,
Que se la enjuta arena guijarrosa,
De humido licor vna gran copia,

De la nueva Mexico,

El General prudente que así puso,
Seguro vado à todos por delante,
El mismo comenzó à picar los bucies,
Animando al exercito suspeaso,
Con vno y otro grito de manera,
Que así como la chusma solta y carga,
Siguiendo al bogabante con destreza,
O de boga arrancada, o sea picada,
O quiera sea larga, o sea chapada,
A todo pone el hombro, y con esfuerzo,
Los poderosos tercios va cargando,
Y apriessa la faena va haziendo,
Así desta manera, traza, y modo,
La soldadesca toda auergonzada,
Como gente de chusma los mas dellos,
Fueron echando, y despojando apriessa,
Quedandose en pañetes ropa fuera,
Para amparar aquello que en el agua,
Corriesse algun peligro de perderse,
Otros las agujadas empuñauan,
Y a los anchos costados espaciosos,
De los vnzidos bucies se ponian,
Y así como del puestto abandonauan,
En el olimpo campo aquellos carros,

De los aurigas diestros impelidos,
 Que con hiriente priessa a rienda suelta,
 La fuerza de cauallos aguijauan,
 Con piernas, cuerpo, y braços leban
 Mouiendo el crudo latigo con priessa,
 Assi los questros todos desembueitos,
 Para passar la fuerza de los carros,
 Como diestros aurigas el azote,
 Zimbrauan en los pertigos subidos,
 Y como gruesas naues, cuias proas,
 Sulcando el brauo mar espuma grande,
 Rebuellen y lebantán salpicando,
 Las poderosas cinzas que descubren,
 Assi en blanco jobon rebuelto el Rio,
 Las lebantadas cumbres salpicauan,
 De los cargados carros poderosos,
 Cuias herradas ruedas grandes cercos,
 Y gruesos remolinos reboluan,
 A fuerza de las maças y los rayos,
 Que en su brauo raudal y van torziendo,
 Y en las ligeras yeguas tambien otros,
 Los ganados maiores auentauan,
 Y otros a pie corriendo por la orilla,
 Desnudos y descalços rebentando,

De la Nueva Mexico,

La fuerza de los brazos descubrian,
Y cada qual alli se acomodaua,
Segun que la ocasion se le ofrecia,
O discrecion sagaz, o claro exemplo,
Y como nos lebanta vn buen dechado,
Si en vn varon illustre resplandeze,
Con que facilidad los imitamos,
Quando con proprias obras nos adiestran,
Y que flacas hallamos sus razones,
Que muertas, que sin pulsos, quando viere
Sin la grandeza de obras adornadas,
Todo aquesto cauò el noble exemplo,
Auiso y discrecion de aquel prudente,
Cuias gallardas fuerças sustentauan,
Sus dos brazos sobrinos con vizarra
Destreza, y gallardia desembuelta,
Y no hizieron mucho en señalarse,
Porque siempre en aquestas ocasiones,
Bellos trabajadores se mostrauan,
Y assi los Españoles presurofos,
Para solo aguijar los tardos buies,
Hiriendo á puros gritos las estrellas,
Los dazos aguijones les arriman,
Y á la fuerza del Rio los impelen,

Y qual

Y qual confussa flota combarida,
De poderosos vientos lebandados,
Quos pilotos diestros heruorosos,
A puras voces hazen sus faenas,
En confussas zalomas entonados,
Asi por vna y otra parte aprieſſa,
Con voces chiflos, y altos alaridos,
Esforçauan los bueyes fatigados,
Y asi sugetos todos, mal heridos,
Qual ouediente al duro yugo atado,
hincando el fuerte morro, arranca, y tira,
Lamas pesada carga disgustoso,
Qual ya de todo punto fatigado,
Al aguijon rendido, boqui abierto,
Suelta la larga lengua berreaua,
Por cuiu causa alli la soldadesca,
Nadando por el agua los aguijan,
Y otros en sus cauallos los animan,
A fuerça del azote, palo, y grito,
Tambien á los ganados que passauan,
Qual entre las ouejas dando voces,
Los tiernos corderitos ayudaua,
Qual al ganado prieto, y al bacuno,
A la cabra, al cabrito, y al cauallo,

De la nueva Mexico,

Al potro á la potranca, y á la yegua,
Y al gruesso y gran requaje que venia,
Y como con el peso de la lana,
Muchas de las ovejas zozobrauan,
Por no poder nadar con tanta carga,
Por solo remediar tan graue daño,
Dio luego el General en vna cosa,
Al parecer de todos increíble,
Y fue, que al bravo Rio caudaloso,
Vna segura puente se le hiziesse,
Para cuyo principio dos dozenas,
De ruedas de carretas bien fornidas,
Quiso que se quitasen y truxessen,
Y estas mandò poner de trecho á trecho,
Por la grande corriente, con amarras,
Como si todas gruessas naues fueran,
Luego de los mas altos y crecidos,
Hizo cortar los arboles que estauan,
Riberas deste Rio caudaloso,
De cuyos Ramos todos despojados,
Sobre las leuantadas, y altas Ruedas,
Mandò que se pusiesse y assentasen,
Y luego con fagina, y con cascajo,
Y tierra bien pisada quedò hecho,

El poderoso puente, y fue passando,
El resto del bagaje que faltava,
Y luego al punto todo se deshizo,
Y el General por ver se avia mostrado,
Bastaba de las casas trabajando,
Hombre de noble asiento, y de vergüenza,
Con titulo de Alferéz quiso luego,
Honrar á su persona y estimarla,
Aunque con noble esfuerço se mostraron,
El Capitan Marcelo de Espinosa,
Cesar Ortiz Cadimo, y Juan de Salas,
Don Juan Escartamal, y Alonso Lucas,
Bartholome Gonçalez, y Mallea,
Monzon, Martin Ramirez, y Juan Perez,
Y tambien Pedro Sanchez Damiero,
Simon de Paz, Medina con Castillo,
Izard de Vitoria Vido, y los Varelas,
Alonso Nuñez, Reyes, y Herrera,
Y Daniel Antonio Conte, y dō Luys Gasco,
Y el Alferéz Geronimo de Heredia,
El Capitan Ruyz, los Bocanegras,
Robledos, y otros muchos valerosos,
Que valerosamente bien mostraron,
Ser hombres de gran fuerça en el trabajo,

De la nueva Mexico,

Que es verdadero premio de los fines,
Que todos pretendemos, y buscamos,
Pues como todo el campo ya estuviere,
Puesto de efforra vanda, luego vino,
La fuerza de la noche soslegando,
Los quebrantados miembros fatigados,
Del peso del trabajo padecido,
Y á penas por las cumbres, y collados,
La nueva y clara luz entro tendiendo,
Sus bellos rayos de oro, quando estaua,
La gente toda junta en gran silencio,
Esperando por vltima partida,
Ser del visitador alli honrrados,
Con algunas palabras, y razones,
A semejantes campos bien devidas,
Cuyo Governador tambien estaua,
Aguardando señor á las mercedes,
Cedulas, y despachos que le daua,
Para seguir su entrada con consuelo,
Y como el mismo Dios es el principio,
De todas nuestras cosas, aunque venga
A ser los fines otros, que esperamos,
Overon todos Miffa, y acabada,
Al el Visitador con gran ubieza,

El General le dixo profiguiesse,
 A questa larga entrada, y que marchase,
 Y assi se despidio sin mas palabras,
 Sin darle papel, ni cosa alguna,
 Que fuesse de importancia, ni provecho,
 Como sin pobre, y dexo defabrido,
 Como suma tristeza, y desconfiado:
 Los pechos cansados y afligidos,
 De los pobres soldados lastimados,
 Viendo la poca ayuda que les da,
 Vuestro Visirador, porque si quiera,
 Una buena palabra no les dixo,
 Mas como està, y assile dentro el grano,
 Por notable potencia el dulce fruto,
 En la fuerza grande de aflicciones,
 Por el illustre esfuerço de paciencia,
 En la fama, y està la gloria leuanteda,
 Por la nobleza firme de esperança,
 Mediante cuiu alteza todos juntos,
 Bajando las cabeças profiguieron,
 Sirviendolos gran señor en esta entrada,
 Y assi el Visirador sin mas respecto,
 Las azudas riendas luego fue bolviendo,
 Dejandonos á todos bien suspenso,

De la nueva Mexico,

De ver quan sin amor alli hablaus,
A todo vn campo que á seruiros yua,
Con vida, con hazienda, y con el alma,
Pues como don Iuan viese que de hecho,
Yua el Visitador marchando á priessa,
Por no faltar en cosa salio luego,
Con treinta buenos hombres de acanallo,
Y todos de arrancada, los costados,
Largandoles las riendas con destreza,
Con pies ligeros, juntos les batieron,
Hasta que juntos todos le alcançaron.
Y alli el Governador con gran respeto,
Le quiso acompañar algunas leguas,
Pidiendole con veras se siruiesse,
De alguna escolta buena de soldados,
A cuió noble y buen comedimiento,
Con las menos razones que ser pudo,
Alli le despidio sin que quiesse,
Que á su persona vn passo acompañase,
Con esto se boluio, y llegando al campo,
Estando todos juntos, fue diziendo,
Señores Capitanes, y soldados,
Nuestra fuerça mayor es el esfuerço,
A cuió valor alto, y levantado,

Jamas le desayuda la fortuna,
 Y así no ay para que desmaie nadie,
 Corra el rigor del tiempo trabajoso,
 Aunque ya no podamos mas sufrirlo,
 Ni á contrahar su gran furor bastemos,
 Que sin han de tener tantas zozobras,
 Tantas calamidades y miserias,
 Como siempre nos figuen, y quebrantan,
 Que Dios tédra el cuidado q̄ es hué padre,
 Sirenando con prospera bonança,
 El añublado Cielo que nos cubre,
 Que no es cosa muy buena ver trabajos,
 Por hombres de valor, y de verguença,
 Digalo Hermodoro con Camilo,
 Hermocrate, Rutilo, con Metelo,
 Temistocles, con otros valerosos,
 Que fueron por ser buenos perseguidos,
 Y ben aventuradas las injurias,
 Que por causa de aquel q̄ está en el Cielo,
 Se tueren y padezen en la tierra,
 Quanto mas, que si bien se considera,
 Este es camino cierto y verdadero,
 De la impressa gallarda que llevamos,
 Y con esto cesò, y luego quiso,

De la nueva Mexico,
Escreuir al Virrey, y darle cuenta,
De todos sus trabajos y aflicciones,
Por cuiu causa es bien que aqui paremos,
Y al canto que se sigue diferamos,
Sus lastimosas quejas tan sufridas,
Quanto para escreuir las desabridas.



CAN.

CANTO HONZE.

COMO ESCRIVIO DON IVAN AL
Virrey, y como hizieron boluer al Padre Fray
Diego Marquez: y como fue marchando el ca-
po al Rio de San Pedro: y escolta que se embia, pa-
ra que los Religiosos le alcançasen: y salida
que hizo el Sargento mayor, á explorar
el Rio del Norte, y trabajos que
padecio, siguiendo su
demanda.



COMO quiera que el alma lasti-
mada,
Es cierto que descansa quando
cuenta,

La fuerza del dolor, que la fatiga,
Por solo descansar de sus trabajos,
Cercado de dolor y desconsuelo,
A questo molesto cauallero,
Tomó papel y tinta, y vna carta,

De la nueva Mexico,

Despachò luego al Conde en que dezia,
Las grandes aflicciones y congojas,
Las perdidas, los gastos, y trabajos,
Persecuciones, cargas, y disgustos,
Que esta larga jornada auia tenido,
Y aquel ardiente zelo y buen desseo,
Que de seruir à Dios, y à vuestro padre,
En el estiuo siempre, y aquel ansia,
De ver la conuersion de tantas gentes,
Al gremio de la Iglesia reducidas,
Y aquella gran paciencia y obediencia,
Que à vn milló de disgustos y de agrauios
Tambien auia tenido y sustentato,
Y la esperança firme que tenia,
En las promesas, carrias, y palabras,
Que tantas vezes quiso prometerle,
Y aquella voluntad illustre y santa,
De vuestro inméso Padre en las mercedes
Que siempre fue seruido de mostrarle,
En todos los despachos que hazia,
Mediante cuiu fuerza fue assestada,
Con el aquesta entrada con empeño,
Que de su fee y palabra le fue dada,
De guardárselo y cumplirle todo aquello,

Que

Que con el se pudiesse, y se asentase,
Cura inuiolable prenda no sufria,
Por ningun caso, queiebra, ni tardança,
Y viendo como via tan mal logro,
De todos sus seruicios y trabajos,
De dos años y medio ya passados,
Pensando que adelante muchos passos,
Estaua ya, y muy cerca de la palma,
Corona, gloria, y triunfo que esperaua,
Quien tambien merecia ser premiado,
Se via tan atras, que colegia,
Dos cosas por muy ciertas, e infalibles,
La vna, que esta entrada trabajosa,
Que era cierta de Dios, pues que lleuaua,
El camino derecho de sus obras,
Pues à fuerça de Cruz, y de quebrantos,
Aua sido siempre sustentada,
Y en quanto à la segunda no sabia,
Porque razon, camino, o porque causa,
O por qual de las muchas obras buenas,
Que por esta jornada aua sufrido,
Era tan perseguido y maltratado,
Si por llevar la Iglesia y ensancharla,
Por entre aquellos barrazos perdidos,
Ciegos

De la nueva Mexico,

Ciegos de lumbre, Fê, y de la sangre,
Que fue por todo el mundo derramada,
O si poner à riesgo por seruiros,
Su vida, su persona, y su hazienda,
Si el ser tratado siempre como esclauo,
Si el sufrir tan gran tiempo los trabajos,
De dilacion tan larga, y tan costosa,
Pidiendole perdon si se quejaua,
Porque estava herido y lastimado,
Y jamas de ninguno socorrido,
Mas antes calumniado y probocado,
Con otras muchas cosas lastimosas,
Que así quisó escreuirle y auisarle,
Cerrada pues la carta y despachada,
Luego tras desto vino vn grande golpe,
Que à todos nos causò vn gran disgusto,
Y fue, que ciertos tristes desalmados,
Por inuencion diabolica serera,
Trazaron de manera que no fuesse,
El buen tray Diego Marquez la jornada,
Vnico confessor, amparo y fuerça,
De todo aqueste campo perseguido,
Que mucho por su ausencia se dolia,
Por auer sido la primera vassa.

Sobre que fundado y levantado,
Viendo el General su gran desgracia,
Que era ya forçosa su quedada,
En prendas del amor que le tenia,
Con mil abraços tiernos y apretados,
Una devota Imagen, y vn Rosario,
Y de doña Maria de Galarça,
Que era su muy amada y cara hermana,
Un bello niño Iesus quiso darle,
Quia hechura santa no tenia,
Ningun valor ni precio, por la alteza,
Don que el artista quiso figurarlo,
Pues luego que de todos despedido,
Salio el vendido Padre sin consuelo,
Mandò el Governador se previnieffe,
Escolta suficiente, y se aprestase,
Para traer los Padres Religiosos,
Que con su Comissario ya venian,
Marchando bien apriesa en nuestro alcãçe
Quia prevençion hizo con auiso,
Por dezir que la gente Tepeguana,
Estava rebelada y alterada,
Estando pues la escolta prevenida,
La qual fue encomendada y encargada,

De la nueva Mexico,

Al Capitan Farfan, salio marchando,
Y juntamente el campo fue saliendo,
La buelta de san Pedro, que es vn Rio,
De cristalinas aguas y pescado,
Por todo extremo lindo y regalado,
A cuyo puesto yua enderezando,
El pobre General qual gruesa nave,
Que sin ningun registro va sulcando,
El poderoso y largo mar tendido,
No de otra suerte assi se fue lançando,
Al ancho campo por camino incierto,
Hasta llegar al puesto donde luego,
Aguardando los Padres fue asentando,
La fuerza del exercito en sus tiendas,
Y estando algunos dias aguardando,
Llegò toda la escolta con la Iglesia,
Vna jornada larga de aquel sitio,
Y dando aviso luego que venia,
Fray Alonso Martinez Religioso,
De singular virtud y nobles prendas,
Por cabeza y patron de aquella nave,
Cuya grave persona acompañauan,
El Padre Frzy Francisco de Zamora,
El Padre Rozas, san Miguel, y Claros,

El Padre Lugo, y Fray Andres Corchado,
 Y aquellos dos venditos Padres legos,
 Fray Pedro de Vergara, con el Padre,
 Fray Iuan, y tres hermanos que traxeron
 Martin, Francisco, y Iuan de Dios el buen
 Pues luego que don Iuan la nueva supo,
 Dos Capitanes despachò à darles,
 Con vna noble esquadra de guerreros,
 El bien venido à todos con palabras,
 De gran comedimiento, y buen respeto,
 Tras dellos se fue con todo el campo,
 En formado esquadron, y sin tardança,
 Así como los vido seys hileras,
 Mandò se adelantasen de banguardia,
 Con segundo recado cortesano,
 Enviando el Comissario de su parte,
 Despachado à dos nobles Religiosos,
 Para que de la suya visitasen,
 A nuestro General, aquesto hecho,
 Los dos illustres braços poderosos,
 Mas andar se fueron acercando,
 Escopiendo las llaves vivo fuego,
 Na gran salua todos le hizieron,
 Enviendose abraçado y recebido,

De la nueva Mexico,

Con términos discretos y razones,
Muy grandes y pesadas rebolueron,
Y luego que al exercito llegaron,
Segunda falda todos le hizieron,
Y en vna ancha enramada se apearon,
Donde estaban las mesas preuenidas,
Y alli los Capitanes y oficiales,
Con ellos todos juntos se asentaron,
Y vna grande comida les siruieron,
Con muy cortés criança rogalada,
Despues de todo aquesto por sus tiendas,
Fueron los Religiosos recogidos,
En este medio tiempo auia salido,
El Sargento mayor á toda priessa,
Con tres Pilotos grandes que dezian,
Ser en aquella tierra bien curfados,
Por solo descubrir las turbias aguas,
Del caudaloso Rio que del Norte,
Deciende manso, y tanto se embrabeze,
Que tambien Rio brauo se llamamos,
Saliendo pues las guias descubrieron,
De san Martin los llanos mas tendidos,
Y alli desfatinaron de manera,
Que como caçadores que disparan,

Otra segunda jara desde el puesto,
 Para poder tomar mejor la via,
 De la primer saeta que perdieron,
 Así determinaron de bolverse,
 Al puesto de los lianos, y otro rumbo,
 Seguir muy diferente que el primero,
 Mas qual veloz cometa cuio curso,
 No vemos que jamas atras rebuelue,
 Así determinado en su destino,
 Disgustoso el Sargento nunca quiso,
 Que atras passo se diesse, ni pensase,
 Que para adelante por la parte,
 Que mas gusto les diesse caminasen,
 En cuio pensamiento fue resuelto,
 Por la gran presuncion que aquiã mostrado,
 Aquestos tres Piloros confiados,
 En su propria virtud y vana ciencia,
 Así fueron corriendo grandes tierras,
 Mas como ciegos, que à los ciegos guian,
 Que todos se embarrancan y se pierden,
 Así perdidos todos zozobrados,
 Acudiendo à la tabla y al madero,
 Que mas a mano pudo ser topasen,
 Así buscaron luego algunos Indios,

De la nueva México,

Que fueren de la tierra naturales,
Y viendo vn grande humo levantado,
Las tiendas rebolueron con presteza,
Marzeio de Espinosa, y Iuan Piñero,
Villabiciosa, Olague, y así juntos,
Como astutos caudillos de pillage,
Redoblando con fuerça el azcate,
Dieron con quatro baruaros que andauan,
A caso en el desierto monteando,
Pensando de cazar, y fueron pressos,
Y como al elefante, y vnicornio,
Despues de pressos suelen regalarlos,
Así con blandas inuestras y señales,
A todos les mostraron noble pecho,
De noble coraçon cenzillo y llano,
Y solo les pidieron los lleuassen,
A las aguas del Norte con promesa,
Que así como las vieslen les darian,
A todos libertad, sin que quebrassen,
La fuerça de palabra que en empeño,
A todos ofrecieron y empearon,
Y porque el Sol tres dias naturales,
Aun dado vuelta al alto Cielo,
Y gota de agua nadie auia bebido,

Llegò

legó Manuel, Francisco, con Munuera,
Juan de Leon, Rodriguez, y Bustillo,
Pablo de Aguilar con buenas nuevas,
De vna apazible fuente descubierta,
Juntos todos ya con el Sargento,
Que en busca de agua y gente diuididos,
Andauan por el campo derramadas,
Para la fuente juntos estabistieron,
Puestos en el agua como pezes,
Y si se abalançaron sin sentido,
Aliendose mas della que del ayre,
Satisfechos pues todos otro dia,
Mandó el Sargento que los tres pilotos,
Con algunos amigos se beluiesen,
Por cumplir el orden que tenia,
El noble General mandó callasen,
Cosa de trabajos no dixessen,
Ni aldis del Real, mas que contasen,
Regres nuevas todos publicando,
Dexauan buen camino descubierto,
De buenos pastos, aguas, y buen monte,
Que si alguno fuesse preguntado,
Que á que se detenia, o porque causa,
Dexessen que por descubrir mas tierra,

De la nueva Mexico,

De aquella que dexauan descubierta,
Y esto determinó porque faltauan,
De todo punto ya los bastimentos,
Bueitos pues los amigos con las nuevas,
El Sargento mayor con sus soldados,
Rompiendo por cien mil dificultades,
De hambre, sed, cansancio, y de disgustos,
Encuentros, y refriegas que tuuieron,
Guiados de los baruaros llegaron,
Por grandes riscos, sierras, y quebradas,
Al Rio que buscauan, y alli juntos,
Mataron vn cauallo, y le comieron,
Con esto dieron buelta, y despidieron,
A aquellos quatro baruaros amigos,
Dandoles de la ropa que lleuauan,
Y el General temiendo su gran falta,
Mandó que el Capitan Landin saliesse,
Y algun socorro luego le lleuase,
Tambien quiso que yo con el me fuesse,
Y assi juntos los dos con seys soldados,
Salimos en su busca, y le encontramos,
Alcabo de diez dias ya cumplidos,
E' alma entre los dientes animando,
El, y toda su esquadra á Iuan Rodriguez

Que en vn flaco cavallo atravesado,
De hambre ya rendido le traian,
Esperando su muerte, y que acabase,
En cuyo puesto todos focorridos,
Dexandonos alli nos encargaron,
Que vn gran trechu fuéssimos corriendo,
Por las faldas de vn cerro prolongado,
Viessemos si el campo todo junto,
Por el romper pudieffe algunas leguas,
Con esto todos luego prosiguieron,
A dar razon y cuenta del suceso,
Solo el General, y con contento,
A todos los del campo consolzron,
Con nuevas muy alegres de la tierra,
Entre tanto nosotros descubrimos,
Un buen pedazo de camino llano,
De buenos pastos, y aguas regaladas,
Aqui se le ofrecio hazer despachto,
A la Ciudad de Mexico nombrada,
A nuestro General, y confiado,
Del Capitan Landin mandò boluirse,
Y vn pliego con presteza le lleuase,
Hecho pues el despacho luego fuimos,
Marchando con el campo muy gustosos.

De la nueva Mexico,

Hasta llegar al agua que llamaron,
Del santo Sacramento, cuyo nombre,
Los Padres Religiosos le pusieron,
Porque alli junto della celebraron,
El fueves Santo, de la santa Cena,
Por cuya santa noche, y santo dia,
Mandò el Gouernador que se hiziesse,
De poderosos arboles y troncos,
Vna grande capilla muy bien hecha,
Toda con sus doseles bien colgada,
Y en medio della vn triste Monumento,
Donde la vida vniuersal del mundo,
En el se sepultase y encerrase,
Con mucha escolta, y guarda de soldados,
Y siendo el General alli de prima,
Los Religiosos todos de rodillas,
La noche toda entera alli belaron,
Vbo de penitentes muy contritos,
Vna sangrienta y grande deziplina,
Pidiendo á Dios con lagrimas y rogo,
Que como su grandeza abrio cauino,
Por medio de las aguas, y apie enjuto,
Los hijos de Iisrael sabieron libres,
Que assi nos liberrase, y diesse senda,

Por aquellos tristísimos desiertos,
 paramos incultos defabridos,
 porque con bien la Iglesia se lleuase,
 hasta la nueva Mexico remora,
 de bica tan imporrante y saludable,
 pues no menos por ellos fue vertida,
 aquella santa noche dolorosa,
 la muy preciosa sangre que por todos,
 aquellos que lá alcançan, y la gozan,
 porque su bondad no se escufase,
 grandes voces por el campo à solas,
 Delcalças las mugeres y los niños,
 misericordia todos le pedian,
 los soldados juntos á dos puños,
 botiendole por vno y otro lado,
 con crueles azotes las espaldas,
 como con gran priessa le pedian,
 los humildes hijos de Francisco,
 cubiertos de zibrios y deuotos,
 entravan con clamores y plegarias,
 porque Dios los oyesse y ayudase,
 el General en vn lugar secreto,
 que quiso que yo solo le supieffe,
 ancado de rodillas fue vertiendo,

De la nueva Mexico,

Dos fuentes de sus ojos, y tras dellas,
Kasgando sus espaldas derramava,
Vn mar de roja sangre suplicando,
A la gran magestad que se doliesse,
De todo aqueste campo que á su cargo,
Estava todo puesto y asentado,
Tambien sus dos sobrinos en sus puestos,
Pedazos con azotes se hazian,
Hasta q̄ entrò la luz, y fue alumbrando,
Al noble General en el oficio,
Que deuia hazer porque acerrase,
Y así advertio que pues pilotos diestros,
En mar, y en tierra, no eran de importacia,
Para el camino que la Iglesia santa,
Aua de llevar por el desierto,
Que aquesta causa luego se encargase,
A gentes de ignorancia, porque á vezes,
Suele su gran bageza auentajarse,
A los que son mas sabios y discretos,
Y por notar mejor leñor aquellos,
Que cosa tan pesada les encargan,
Quiero con atencion aqui pararme,
Que no tendria á mucho que yo fuesse,
Por ser tan grande idiota señalado,

Y en cosas de ignorancia bien prouado,

C A N T O
D O Z E.

*COMO SALIO SEGUNDA VEZ
el Sargento, á explorar el Rio del Norte, con so-
los ocho compañeros: y de los trabajos que
sufrieron, hasta dar en vna Rancheria
de Baruaros, y lo que sucedio
con ellos.*



QUIEN jamas gran señor ima-
ginara,
Ser tan illustres, y altos los qui-
lates,

De la simple ignorancia que por ella,
Vbiesse de dezir aquel gallardo,
Pelicano sagrado, cuio pecho,
Tan mal herido y lastimado vemos,
Del mazizo guijarro leuantado,
Del penitente brazo que rebuelue,

M 5

Para

De la nueva Mexico,

Para mas bien subirla y encumbrarla,
Sobre las graues letras memorables,
De aquellos mas famosas que passaron,
Diziendo desta suerte contra todos,
O ignorancia santa cui a alteza,
Es de tan gran valor, y tanta estima,
Que basta para assegurar al hombre,
Nacido para miseros trabajos,
Seguro y dulce puerto perdurable,
Dentro de aquella bienauenturança,
Donde toda limpieça se atesora,
Nunca por las escuelas Atenienfes,
Alcançò el gran Platon su gran grandeza,
Aristoreles menos supo della,
Jamás le dio Anaxogoras alcançe,
Ni todos los demas mundanos fabios,
Ni en la Academia Griega, ni Romana,
Nunca jamás supieron ni alcançaron,
El valor de su gran merecimiento,
Y passando adelante va diziendo,
Y yo tambien Geronimo abatido,
Que siempre fui imitando a todos estos,
Se que tambien se me passò por alto,
Antes que por mi grande bien me dieran,

Los sagrados azotes que me dieron,
O soberano tanto, y santo pecho,
Y como esta doctrina nos enseña,
Aquello que por vista de ojos vimos,
Auiendo pues excelso Rey salido,
A solo descubrir este camino,
De tierra y mar destruísimos pilotos,
Tan llenos de altíbez, y de arrogancia,
Que sin ellos jamás imaginaron,
Que vn solo pallo el campo se moviesse,
Y así como sus vanos pensamientos,
Como de vanos, vanos les salieron,
Acordò el General se señalasen,
Ocho soldados, y que solo fuesen,
En armas y trabajos bien sufridos,
Que aquello es lo que vale quando falta,
Quien nos induxere, enseñe, y nos adiestre,
En las cosas que todos ignoramos,
Para este effecto fueron escogidos,
El tronchador, y Sebastian Rodriguez,
Donnigo de Bañuelos, y Robledo,
Francisco Sanchez, y Christoual Sanchez,
Carabajal, y yo tambien con ellos,
Para solo ir a descubrir que y qualase,

De la nueva Mexico,

Mi pequeño caudal á su alto esfuerzo,
Tan ignorantes todos en alturas,
Rumbos, Estrellas, vientos, medios viéto,
Que despues de encerrado el Sol sospecho
Que no yua alli ninguno que dixesse,
Afirmatiuamente sin herrarfe,
Aqui es Oriente, y veis alli á Occidente,
Mas para esto son buenos los trabajos,
Que en ellos es necesidad maestra,
Esta haze á los hombres auisados,
Sabios, prudentes, praticos, y diestros,
En todas ciencias, y artes liberales,
Sacadas de experiencia, que es la madre,
Y fuente principal de donde nacen.
Asi que cada qual con su corteza,
Aspera, tosca, bronca, mal labrada,
Rindió la voluntad, y fue cumpliendo,
Lo que su General alli ordenaua,
Y como ciegos que por solo el tiento,
Aquelto que pretenden van tentando,
Sujetos á herrar, y dar de ojos,
Asi sujetos, ciegos emprendimos,
La difícil carrera peligrosa,
Lleuando al gran Sargento por caudillo,
Que

Que fue la maior fuerça que nos dieron,
Pues yendo así marchando muchos dias,
Por escabrosos paramos tendidos,
Temerarios trabajos padeciendo,
La difícil impressa proseguimos,
A gran fuerça de braços quebrantados,
Hasta que vbinos ya de todo punto,
Todos los bastimentos acabado,
Y así fue pura fuerça vernos todos,
Por muy grã hãbre, y sed, en grãde aprieto
Mas con aquel esfuerço que combino,
Al inmenso trabajo riguroso,
Pusimos firme y animoso pecho,
Y rompiendo por cuestras pedregosas,
Y medanos de arena lebantados,
Despues que por tres dias no comimos,
Y agua por pensamiento no gustamos,
Llegada ya la hora del reposo,
Y el sueño amodorrado que al sentido,
Sin ser sentido va el sentir priuando,
Cansados y afligidos arribamos,
A descubrir gran suma de faroles,
Que bien dozientos ranchos calentauan,
Luego â gran prießta fuimos recogiendo.

De la nueva Mexico,

Los sedientos cauallos disgustosos,
Porque de la fogosa sed vencidos,
Alli no se nos fuesfen desmandados,
Repartiose la vela con auiso,
Para que alerta todos estuviessen,
Y con esto determinò el Sargento,
Que en su lugar el proveedor quedase,
En el inter que solos los dos juntos,
Y uamos á espiar aquellos ranchos,
Por ver que cantidad de gente fuesfe,
Que fuerza, y en que sitio se aluergase,
Y saliendo no mas que á aqueste efecto,
Por no errar la buelta y derezera,
Qual aquel que en el brauo labirintho,
La fuerza del gran monstruo acometiendo
Fue la entrada y salida, assegurando,
Asi nosotros por entrar seguros,
Y por asegurar tambien la buelta,
Marcamos vna Estrella derribada,
Al pie del Orizonte bien opuesta,
A los baruaros ranchos donde fuimos,
Y Estando que estuvimos agachados,
Tan cerca dellos, que muy bien los vimos,
A nosotros vinieron embistiendo,

Cofa

Cosa de siete Alarabes furiosos,
Con las mismas pieles que cubrian,
Sobre nosotros fueron descargando,
A priessa grandes goipes, y assi juntos,
Prestos, ligeros, fueron discutiendo,
Todos con gran tropel amontonados,
Dexandonos alli sin mas tocarnos,
Nunca espantò jamas pantaasma braua,
Al que de verla estuuo mas seguro,
Dexandole suspenso y sin sentido,
Estremecido, y todo en si temblando,
Como los dos sufrimos aquel rato,
Luego que algun tanto nos cobramos,
Veuimos à entender segun supimos,
Por señas y ademanes que nos hizo,
No de aquestos baruaros que digo,
Quando despues con ellos nos hallamos,
Que viniendo de caza con contento,
Aquellos siete Alarabes nos vieron,
Que entendiendo que heramos amigos,
Compañeros tambien, y sus vezinos,
Quisieron todos juntos espantarnos,
Para que otra vez no se burlasen,
Ni nosotros con ellos si boluiessen,

Qua

De la nueva Mexico,

Qual fueren los pilotos gouernarse,
Por la Estrella del Norte lebandado,
Para llevar sus naues a buen puerto,
Asi tomamos luego nuestra guia,
Y presto a los amigos nos boluimos,
Y dandoles razon de nuestro caso,
Tambien les aduertimos y diximos,
Que auia doziētos hōbres de arco y flecha,
Y todos combatientes sin la chusma,
Que entendimos ser numero crecido,
Gran confusion nos puso aquesta causa;
Y assi dando y tomando en ella todos,
Viendo quan mal parada toda estava,
Y que era fuerza perecer de hambre;
Y que con la gran sed que descargaua,
Tres cauallos aqueila misma noche,
Se nos caieron muertos trasijados,
Qual aquel prudentissimo Saxonio,
Que al brauo Emperador vencio a su saluo,
Con solo que le dio a entender venia,
Con gran fuerza de gente belicosa,
Sobre todo su campo descoidado,
Asi determino que fuesse el hecho,
Dando orden q̄ al romper del Alua alegr

El bagaje sobre ellos embistieffe,
 Que al aire los prestos arcabuzes,
 Las espantosas balas escapieffen,
 Rebantando rumor y grande estruendo,
 De muchas voces, gritos, y alaridos,
 Porque dandola a entender con esto,
 Que pujança de gente descargava,
 Era posible que a vna todos juntos,
 Encendidos del gran fueño, y del espanto,
 Campo abierto, prestos, y ligeros,
 Ocupando todos las alvergues,
 Con presurosa fuga se escapasen,
 Y que si bien del hecho se salieffe,
 Que luego el proachador con el Sargento
 Sebastian Rodriguez con Bañuelos,
 Como Españoles bravos que se arrojan,
 Por la famosa tierra Berberisca,
 A combatir los Moros del mandados,
 Que assi de los cauallos se apeasen,
 A prender la mas gente que pudiesseu,
 Y en el inter los otros discurriendo,
 Por los pagizos ranchos despoblados,
 Iessen quebrando y destrozando apriesa,
 Los arcos, y las flechas que pudiesen.

De la nueva Mexico,

Y que esto fuesse sin que cosa alguna,
Por pensamiento alli se les dexase,
Por si a nosotros rebolver quisiessen,
Armas de todo punto les faltasen,
Pues sin que en esto cosa se excedieffe,
Y a la noche humeda huyendo,
Y a mas andar el Sol venia largando,
Las riendas a su carro, y presurosos,
Los candidos cavallos sacudian,
Las levantadas cines, y assomauan,
Por el valcon dorado su luz bella,
Quando de todo punto fue boluiendo,
La gente Castellana retronando,
Los levantados Cielos de manera,
Que los caualllos tracos destroncados,
Haiendo del rumor se diuidieron,
Rompiendo por los Ranchos tan furiosos,
Que sola su braueza fue bastante,
Para que todos juntos arrancafen,
Y como sueltas liebres se acogiesfen,
Dexando los assientos despoblados,
Con esto los soldados valerosos,
Nuevo furor al punto acrecentaron,
Y assi como rabiosos lobos todos,

Quando con hambre turban los ganados,
 Y en torno de las redes codiciosos,
 Los perros y pastores despreciando,
 Por la majada juntos se abalanzan,
 Y en son confuso todos arremeten,
 Así enuistiendo todos denodados,
 Cargaron los que estauan escogidos,
 Para prender la gente mal guardada,
 Á las bueltas andando con algünes,
 Así qual fuertes Águilas Reales,
 Las fuertes garras prestos ocuparon,
 El Sargento dos baruaros gallardos,
 Qual bramadero tuuo bien asidos,
 Bañuelos otros dos tuuo aferrados,
 Andriguez y qualò tambien la parte,
 así como en turbion horrendo,
 El Zefiro, y el Noto se acometen,
 en poderosa lucha se combatian,
 hiriendo y arrastrando todo aquello,
 Que su violencia braua, y fuerza alcanza,
 Si vn valiente baruaro se vino,
 solo el prouehedor desatinado,
 el los valientes miembros recogiendo,
 los dientes y los puños apretando,

De la nueva Mexico,

Sin frenar passo le embistio ligero,
Y como vn par de naues aferradas,
Asi aferró el vno con el otro,
Con apretados nudos bien ceñidos,
Fuertes lazos, y brauas ataduras,
Y en los valientes pechos se afirmaron,
Y qual si dos zelosos toros fueran,
Gimierdo y azezando por buen rato,
Las poderosas fuerzas se tentaban,
Y sacudiendo cada qual los tercios,
En boiteado torno al descubierto,
Con vno y otro huelo levantado,
Rendir el vno al otro pretendia,
Con violencia braua resistiendo,
En las ligeras plantas que afirmauan,
Mas firmes que castillos se quedauan,
Y viendo el poco jugo que sacaua,
El baruato el derecho pie ligero,
Sobre el contrario hiz quierdo fue cargand
Con vn grande gemido poderoso,
Mas por estar los dos tan bien ceñidos,
Haztiendose crugir los duros guessos,
Rullizos nietuas, cuerdas y costados,
Qual si fueran dos muros poderosos,

Asi parados juntos se quedaron,
Pues bolviendo segunda vez a torno,
El Español un buelo arrebatado;
Al batvato le dio con tanto aliento,
Que llevandole todo levantado,
En tierra dio con el por medio muerto,
En el inter nosotros andubimos,
Quebrando y destrozado á grãde preiſta.
Los mas arcos y flechas que topamos,
Y el Sargento mayor estando en esto,
Con blandas muestras, y caricias nobles,
Ternezas y regalos amorosos,
Agafaron la preiſta en quanto pudo,
Dandoles á entender que no venia,
A darles pesadumbre, ni á enojarlos,
Y que su causa solo se estendia,
A que dos, o tres dellos nos llevasen,
Al Rio que buscavamos del Norte,
Y así por esta causa les pedia,
Que tuviessen por bien de concertarse,
De manera que algunos dellas fueren,
Y aquellos que escogtiessen se quedasen,
Y advirtiendos quan mal se convenian,
Y que todos quisieron escusarse,

De la nueva Mexico,

Por quitarles de duda y de sospecha,
Y parecerle a queste buen camino,
Vfo de potestad en concestarlos,
Y afsi fin dilatar aquesta causa,
Cargandolos de cuentas y abalorios,
A los cinco folto con grandes maestras,
De amistad llana, buena, y muy cingera,
Sin ninguna encubierta, y trato doble,
Y con las mismas muestras agradables,
A los dos prometio que en viendo el agua,
Dos hermosos caualios les daria,
En que ambos á dos juntos se boluieffen.
Los cinco con contento se partieron,
Los dos bien afligidos se quedaron,
Y como aquellos que forçados llevan,
Manos de todo punto ya rendidos,
A la fuerza del remo riguroso,
Y encendida braceza de crugta,
Afi atantos, forçados los llevamos,
Y de los bastimentos que dexaron,
De venados, tejones, y conejos,
Hieruas, raposos, liebres, y raizes,
Nuestra infaziabile hambre socorrimos,
Preuiniendo tambien para adelante,

Lo mejor que pudimos prevenirnos,
 Y con esto nos fuimos á el aguage,
 Que buena media legua retirado,
 Estava de los Ranchos descuidados,
 Y sabe gran señor el alto Cielo,
 Que aunque senti muy bien, y siento agora
 Lo que por vista de ojos vi a quel dia,
 Que me faltan palabras y razones,
 Para darme á entender en esta historia,
 No mas que seys pozuelos se mostrauan,
 Sobre la superfecie de la tierra,
 Como rodela todos, y de hondo,
 Va quatta el que mas hondable estava,
 Cibiertos todos de agua, y acabada,
 En fuerza aguardar á que inchessen.
 Y lenos por quedar el agua en peso,
 Por ninguna parte derramauan,
 Y no podian hazer se mas hondables,
 Porque era casi peña aquel asiento,
 Vno preferuo para nosotros,
 Y puesto encima del el gran Sargento,
 No bebimos con el que se rindiesse,
 Al sabro licor que le aguardava,
 Para mate el fuego poderoso,

De la nueva Mexico,

Que en general á todos consumia,
Respecto de que quise que primero,
Todos su grande sed satisfiziesen,
En este inter llegó la cauallada,
Y luego que reconocio el aguage,
Todos juntos no fuimos poderosos,
Para que vn solo passo atras boluiesse,
Y viendo que acabauan toda el agua,
Rompiendo por los pies de los cauallos,
Dexandose pisar de todos ellos,
Dos companeros nuestros se arrojaron,
Vencidos de la sed que los mataua,
Y alli sus mismos rostros apretados,
Con los muchos hozios que cargauan,
Secos los pozos, y ellos tambien secos,
Casi muertos, tendidos se quedaron,
Visto esto, todos fuimos ayuadarios,
Y al fin juntos alli los socorrimos,
Bien peligrosos de perder las vidas,
Solo de la terrible sed rendidos,
Y fuerza de cauallos quebrantados
Alabente los Angeles Dios mio,
Que asi abates al hombre que le'antas,
Sobre las altas obras de tus mans,

Dexò a alma y la belleza en vanda,
 Es posible señor que no le basta,
 Al estremo vasso que haziste,
 Ser vice Dios illustre aca en la tierra,
 Imagen de tu misma semejança,
 Para dexar de estar siempre sugeto,
 Al misero sustento de que vive,
 Y fuera desta triste defuecatura,
 Como señor se sufre y se permite,
 Que aniendo de ser esto que los brutos,
 Prefieran à tu Imagen de manera,
 Que no se sienta cosa en esta vida,
 Que en todo no prefieran con ventaja,
 Comer, beber, vestir, calçar, conrento,
 Que es lo que mas los hõbres procuramos,
 Qual bruto en todo a questo no prefiere,
 Estos secretos yo no los alcanço,
 Y assi muy triste mi alma te procura,
 Y tanto mas se abraça, y te desea,
 Quanto està en tus secretos levantados,
 Mas ignorante, torpe, y mas confulla,
 Y assi qual torpe quiero ya boluerme,
 A los cauallos torpes fatigados,
 Que de la grande sed todos vencidos.

De la nueva Mexico,

Sobre las fuentes juntos se quedaron,
Y de allí no pudimos retirarnos,
Hasta que llenos todos los hijares,
Como hinchados odres acentados,
Poco á poco se fueron esparciendo,
Y dando de beber a los sedientos,
Dos compañeros tristes lastimados,
Luego fuimos nosotros, y qual ellos,
El insaciable vientre contentamos,
Y luego que estuimos satisfechos,
Y ninguno quedò que no beuiesse,
Vino el Sargento, y cerca de la fuente,
Llegò, y haziendo vasso del sombrero,
Alli su mortal sed quedò vencida,
Y con esto salimos a lo llano,
Por si acaso los Indios rebolciesen,
Pudiessemos con verlos ser señores,
De aprovecharnos bien de los cauallos,
Alli a los prisioneros regalamos,
Dandoles de amistad parentes muestras,
Y de la poca ropa que tuuimos,
A entrambos los vestimos porque fuesen,
Mas sin sospecha, y menos rezelosos,
En cuiu puesto les padio el Sargento,

Dixes:

Dixessen a que vanda, o a que parte,
Derramauan las aguas de aquel Rio,
Cua fuente hazia el Norte rebentaa,
Y vno dellos que Milco se dezia,
Sobre aquesta pregunta referida,
Hablaa tantas cosas que con ellas,
Mas confuſion a todos nos ponaa,
Por cua causa el otro en pie se puſo,
Que Mompil dixo a todos se llamaa,
Y era el que el prouehedor aua prendido,
Y barmendo del suelo cierta parte,
Que toda a caso deſeruada eſtaua,
Deſemboluiendo el braço poderoso,
Tomó la punta de vna larga flecha,
Y aſſi como ſi bien curſado fuera,
En naeltra mathematica mas cierta,
Caſi que quiſo a todos figurarnos,
La linea, y el Zodiaco, y los ſignos,
En largo cada qual de treinta grados,
Los dos remotos Polos milagroſos,
El Arctico y Antartico cumplidos,
Los poderoſos circulos, y el exe,
Y aſſi como coſmografo excelente,
Reſpecto al Cielo quiſo dibujarnos,

Algun

De la nueva Mexico,

Algunas partes de la baja tierra,
Pufo del Sur, y Norte las dos mares.
Con Islas, fuentes, montes, y lagunas,
Y otros asientos, puestos, y estalages,
Pintonos la circunueza tierra,
Y el asiento del caudaloso Rio,
Por quien tantos trabajos se sufrieron,
Y todos los aguages y jornadas,
Que era fuerza tener en el camino,
Para auer de beber sus turbias aguas,
Pintonos vna boca muy estrecha,
Por la qual era fuerza se passase,
Y fuera della no nos dio vereda,
Que por ella pudiesse ser posible,
Que saliesse el exercito marchando,
Por ser aquella tierra en si fragosa,
Y muy pobre de aguage en todas partes,
Alli pintò tambien las poblaciones,
De nuestra nueva Mexico, y sus tierras,
Poniendo y dandose à entender en todo,
Como si muy sagaz piloto fuera,
No se mouio pestaña, porque juntos,
Todos oyendo al barnaro gallardo,
De gran contento y gozo no cabian,

Y por la mucha parte que me cupo,
Será bien que celebre la grandeza,
De la mas alta barbara gallarda,
De pecho y coraçon el mas rendido,
Que en barbara nacion se à conocido,



CAN.

C A N T O
T R E Z E.

COMO LLEGO POLCA EN BUS-
ca de Milco su marido, y dexandola en prision,
se fue huyendo: y de la fuga que hizo Atom-
pil, y de la liberalidad que el Sar-
gento tubo con la bar-
bara cautiva.



O SE á visto jamas cosa perfe-
ta,
Puesta en su mismo punto y aca-
bada,

Que amor no sea el autor de su grandeza,
Porq̃ el es quiẽ la ilustra y quiẽ la esmalta,
Labra, dibuja, pinta, y endereza,
Sin el todo quebranta y da disgusto,
Todo enfada, atormenta, y abotrece,
Y á todo sin el vemos dar de mano,
Con el todo se encumbra y se levanta,
Todo se emprende, todo se acomete.

Todo

Todo se vence, rinde, y abassalla,
 Y en fin el es onfol en cuiro vasso,
 Todo se afina, sube, y se quilara,
 Desto aqui se nos muestra vn huẽ de chato
 Cui labor es digna que se escriua,
 Si ya la rosca plumano de ldora,
 Aquella viuã lamagen que retrata,
 Estando pues con Mompil piaticando,
 Y touando razon de su dibujo,
 Vimos todos venir à nuestro puestto,
 Vna furiosa baruzara gallarda,
 Frenezica de amor, de amores pressa,
 Vnas vezes apriessa caminando,
 Otras corriendo, à vezes reparada,
 Adereza uabien le que traia,
 Que era vn hermoso niño, lindo, y bello,
 Que à la triste chupando le venia,
 La dulce fertil terra, sin cuidado,
 De aquello que à la pobre lastimaua,
 Con vn corbo caiado puestto al hombro,
 Y del cuento colgando a las espaldas,
 Vn gracioso zurrõ en que traia,
 Vna pequena y tierna zeruatica,
 Con dos buenos conejos, y vna liebre,

De la nueva Mexico,

Todo á su modo bien adereçado,
Viendo pues el Sargento su donaire,
La gracia y defençado que traia,
A todos mandó darle franca entrada,
Por ser muger con a belleza ilustre,
A toda corteſia combidaua,
Y con razon el termino se tubo,
Porque ſon q̄ es verdad clara y manifeſta,
Que es privilegio breue la hermoſura,
Engaño y fleſa que preſto ſe marchilla,
Al fin el corto tiempo que ella dura,
Ella es, la que es, mas digna de eſtimarſe,
Y a quien mayor reſpeçto ſe le deue,
Y aunque Alafabe y heruarz en el traje,
En ſu ademan galardo corteſano,
Sagaz, diſcreta, noble, y auſada,
Que mas que aqueſto puede amor ſi rōp̄
Del mas bruto animal la vil corteza,
Que allí produce amor tambié grandeza,
Teſto mas dignas todas de notarſe,
Quero muy dignas eſtas de eſcriuirſe,
Y al ſarioſa, y fuera de ſentido,
Inſiſta en la del leño y dulce fuego,
En que toda ſe eſtaua conſumiendo,

Llegó

Llegó qual fiel y diestra cachorrilla,
 Quando despues de qual q̄ larga ausencia,
 Mas topa, y da con el montero,
 Que ligera, amigable, y zlagueña,
 Mansamente gimiendo y agachada,
 Para el se va la triste consolida,
 De la enfadosa ausencia disgustosa,
 Asi la pobre baruara se vino,
 Para el cautivo baruaro affligida,
 Triste, alegre, llorosa, mal contenta,
 Despues que le dio grandes abraços,
 Firmemente apretados y ceñidos,
 Notando que no estauan bien sentados,
 Para que lo estuuiessen fue arrancando,
 Con cantidad de hierua con que hizo,
 Dos graciosos asientos que les puso,
 Despues abrió el zurron y de la caça,
 Tapandoles los rostros con vn paño,
 Y no dellos siempre prefiriendo,
 Con amoroso rostro vergonzoso,
 Los dos les rogava que comiessen,
 Volviendo à nosotros encogida,
 Toda turbada, triste, y congojosa,
 Magranda su rostro quanto pueda,

De la muera Mexico,

A todos combidó con buena gracia,
Y como de amor toda se encendia,
Luego que nos mostrò su rostro alegre,
Arrasados los ojos dio á entendernos,
Que Milco, que cautivo le traian,
Era su esposo, alma, vida, y padre,
Del inocente niño que á sus pechos,
Qual verdadera madre alimentava,
Y allí con blandas muestras nos pedia,
Que piedad de aquel niño se tuviesse,
Y que al padre no diésemos la muerte,
Pues guerdanos los dos sin el quedauan,
Ofreciendo con veras de su parte,
Que á doquiera que fuésemos yria,
Siruiendonos á todos como esclava,
Con que la vida sola se otorgase,
A aquel por quien la triste intercedia,
Y quando esto la pobre nos rogava,
Vn vivo fuego en ella conozimos,
Vna agradable llaga no entendida,
Vn sabroso veneno riguroso,
Vna amargura dulce desabrida,
Vn alegre tormento quebrantado,
Vna feroz herida penetrante,

Gustosa de sufrir, aunque incurable,
 Y vna muy blanda muerte sin remedio,
 A la qual dio á entendernos se ofrecia,
 Con alma y coraçon, con que dexasen,
 A Milco con la vida, pues sin ella,
 Era fuerza la fuya se acabase,
 Y qual Triaria de Vitelio esposa,
 Que rompiendo la femeníl flaqueza,
 Por medio de las armas belicosas,
 Con quien su caro esposo combatia,
 Su persona arrojò con tanto esfuerço,
 Quanto su misma historia nos enseña,
 Así la pobre baruara mostraua,
 Serle muy facil cosa el atreuerse,
 A perder cien mil vidas que tuuiera,
 Por solo libertar á su marido,
 Demas desto no ramos en la triste,
 Cien mil grandes opuestos y contrarios,
 Los vnos bien distintos de los otros,
 Lagrimas con gran sobra de contento,
 Tristeza, y gran extremo de alegría,
 Sudando de cansancio, y muy ligera,
 Temor y atreuimiento nunca visto,
 Y al fin presa de amor, de amor vencida,

De la nueva Mexico,

Y como es natural de pechos nobles,
Dar vado, y no afligir al afligido,
Al mismo punto procurò el Sargento,
De consolar y dar algun alivio,
A su mortal congoja, y ansia fiera,
Con manifiestas muestras y señales,
De dar luego remedio à su tristeza,
Poniendo en libertad à su marido,
Y como la esperança siempre alienta,
Al misero temor y le sustiene,
Porque rabioso no se desespera,
Polca, que assi a la baruara llamauan,
Favorecida toda de esperança,
Assi como con gracia, y son suave,
Remedan a las llunias regaladas,
Las hojas de los alamos mouidas,
De vn fresquezito viento manso amable,
No de otra suerte aquesta hembra boila,
Mouida del favor del gran Sargento,
Con gran contento quiso allegarse,
Y para que los duelos menos fuesen,
Comer hizo a los pobres prisioneros,
Regalando a su Milco quanto pudo,
Y luego que los tuvo sulegados,

Despues

Despues de aver gran rato platicado,
Determinaron que ella se quedase,
Y que por dos amigos Milco fuesse,
Y assi como nosotros entendimos,
La llaneza y buen gusto que tuvieron,
Luego en el mismo punto fue largado,
El oprimido barbaero affigido,
Cuya gran prenda alli se nos quedava,
Con todo el gusto que desfiarse pudo,
Y qual feroz cavallo bien pensado,
Que rota del pesebre la cadena,
Furioso escapa, y sale del establo,
Vna y otra corrida arremetiendo,
Parando y reholviendo poderoso,
Bufando y relinchando con brabeza,
La cola y elia al viento tremolando,
El recogido cuello sacudiendo,
Feroz, gallardo, brauo, y animoso,
Los quatro pies ligeros levantando,
No de otra suerte Milco muy ligero,
Furioso salio casi sin sentido,
Hasta subir la cumbre levantada,
De vn poderoso cerro peñalcoso,
Por cuya falda á todos nos dejava,

De la nueva Mexico,

De cuius zima en gritos leuantados,
Razonando con Mompil, y con Polca,
De subito cessò, y al mismo punto,
Por la vertiente del fragoso risco,
Traspaso como viento arrebatado,
Dexandola de nuevo mas rendida,
Y en el fuego implacable mas ardiendo,
De cuius fuerte fuerza quebrantada,
Con suspiros amargos y gemidos,
Deshaziendose en lagrimas la triste,
Alli nos dio á entender que no vendria,
Aquel traidor que assi la auia burlado,
Porque desde la cumbre leuantada,
Muy bien desengañado los auia,
Qual hizo aquel cruelissimo Thesco,
Con la noble Ariatna que burlada,
Dexò en pago de auerle libertado,
De la fuerza del monstruo embrauecido,
En cuyo fiero aluerque temeroso,
Hecho cien mil pedazos se quedara,
Y de la misma bestia consumido,
Sino fuera por ella remediado,
Propria paga, cosecha, y recompensa,
De torpes brutos, animos ingratos,

Que tanto es mas su vil correspondencia,
Quanto por mas crecidos beneficios,
Se hallan los infames obligados,
O verdad que poquitos son aquellos,
Que figuen tu castissima pureza,
Y quantos son, lo que con ella entredan,
Marañan, vierten, tienden, y derraman,
Y en mar de ponçõñosos vasiliscos,
No ay ya segura fee en todo el mundo,
No me da mas los padres que los hijos,
Deudos nobles, parientes, y maridos,
Hidalgos pobres, ricos poderosos,
Caballeros, villanos, titulados,
Con todo el demas resto miserable,
De miseros mortales que se encienden,
Los vnos con los otros, y se abrafan,
Con terribles engaños no entendidos,
Afechanças, doblezes, inuenciones,
Culpas, delictos, robos, y pecados,
Salazas, con lisonjas y hazezas,
Escandalo, crueldad, crimen, excesso,
Y en ñ guerra sangrienta, y cruel batalla,
Que a sangre y fuego siempre la lebanian
No me da mas varones cultiuados,

De la nueva Mexico,

Que incultos, brócos, baruaros, grosseros,
Que basta y sobra, conozer ser hombres,
Para entender que fuera del demonio,
Sea la mas mala bestia quando quiete,
De todas quantas Dios tiene criadas,
Exemplo claro aqui señor tenemos,
En esta pobre baruara engañada,
Que es facil de engañar á quien bien ama,
Atonita se muestra, y se consume,
Abige, y se deshaze rebentando,
Con la flecha en el alma soterrada,
Furiosa á todas partes rebolviendo,
La vista cuidadola sin consuelo,
No cabe en todo el campo la cuitada,
Que todo le es estrecho y apretado,
Y assi de lo mas intimo del alma,
Entrañables suspiros redoblaua,
En lastimosas lagrimas embuectos,
O triste amor humano á quantas cosas,
Tu terrible violencia y furia, fuerza,
Si assi ciegos seguimos tus pisadas,
Diga el mas bien librado de tus manos,
Qual fue el passo mas libre y mas seguro,
Que camedio del sus ojos miserables,

Cien mil vezes quebrados no sintieffe,
 O traidor aleuoso fementido,
 Cruel, ingrato, vil, desconocido,
 Di qual bruto á su hembra la dexara,
 Como tu vil coharde la dexaste,
 O ingratitud infame. o caso triste,
 Que por no mas de auerlo imaginado,
 Que la ras para siempre aborrecido,
 La sua ventura Polca desdichada,
 Arrojos por los ojos derramando,
 A lo ailigida alma yua cubriendo,
 La obscura noche, con su negra sombra,
 Cerrando en torno todo el Horizonte,
 Que ya las velas todas repartidas,
 Estauan á cavallo y en sus puestos,
 Y por mas ba en seguio de la noche,
 Con mas cuidado postas le pusieron,
 Porque Mompitá caso no rompiette,
 Y por descuido nuestro la llenasse,
 Y luego que en mind del alto Polo,
 Segun aquel varon heroico conta,
 Los Astros lebanrados demerzaron,
 El poderoso curto bien tendido,
 En el mayor silencio de la noche,

De la nueva Mexico,

Quando las bravas bestias en el campo,
Y los mas racionales en sus lechos,
Y los pezes en su alto mar profundo,
Y las parleras aues en sus breñas,
En agradable sueño amodorrado,
Reposan con descuido sus cuidados,
En este mismo instante y punto vino,
De la cansada y debil cauallada,
Rindiendo á la modorra el quarto triste,
La fatigada prima ya vencida,
Y notando que todos reposauan,
Y que el buen Mompil escapado auia,
Dexando alli la baruara cautiva,
A grandes voces quiso recordarnos,
Y a penas lo entendimos quando todos,
Mudos quedamos, tristes, y suspensos,
Elofenos la sangre, y el aliento,
A vna suspendimos palpitando,
Los ilacos coraçones dentro el pecho,
Viendo á nuestro piloto y guia ausente,
Por no mas de descuido de la vela,
A cuió cargo estuua aquel cuidado,
Y cada qual gimien lo se dolia,
De los tristes succesos que apretauan,

Tras tantas desventuras padezidas,
Hasta que entrò la vrorra refrescando,
Y en pie todos cansados y afligidos,
Mirandonos los vnos á los otros,
Buen rato sin hablar nos estuuitimos,
Aqui la pobre Polca sin consuelo,
Palmada, boqui auierta, nos miraua,
Qual triste miserable que aguardando,
Sentencia, esta de muerte rigurosa,
Por inorme delicto cometido,
Asi la triste misera afligida,
Tragada ya la muerte por muy cierta,
De su venida infelix aguardaua,
Vn desastrado fin, y mal suceso,
Pues viendo ya el Sargento reportado,
El caso sucedido sin remedio,
Por no desanimar los compañeros,
Hablando alli con todos, fue diziendo,
Señores no ay ninguno que no alcance,
Que el mismo poderoso Dios eterno,
Es el camino cierto y verdadero,
De los que su ley santa professamos,
Y asi tiene cien mil florestas bellas,
A menos bosques, campos, y llanados,

Por

De la nueva Mexico,

Por do los flacos deuiles y tiernos,
Van sus corras jornadas caminando,
Otros tiene quajados de cambrones,
Abrojos, duras puntas, y pedriscos,
Cerros, quebradas, breñas, y barrancos,
Por do los esforçados y alentados,
Su levantado curso van corriendo,
Y assi no ay para que desinaie nadie,
Y entendamos señores compañeros,
Que como à illustres, nobles, y valientes,
Quiere el inmenso Dios aqui prouarnos,
Y como tales bien será tomemos,
Con buen recato todos el camino,
Y pues que aquesta baruzara merece,
Toda noble, cortes correspondencia,
Pues no está media legua de su tierra,
Demosle libre, libertad graciosa,
Para que allá se buelua sin zozobra,
Y como el alma de la ley heroica,
Es la fuerza de la razon illustre,
Y aquesta jamas quiso ser forçada,
Todos juntos alegres aprobamos,
Del Sargento mayor el buen respecto,
Y partiendo con ella nuestra ropa,

Y cargandole al niño de brinquños,
Dimosle libertad que se boluieffe,
Y entendido por ella bien tan grande,
Como la sobra de contento causa,
Tierno semblante, y lagrimas gustosas,
En que los tristes laban sus cuidados,
Como la lengua muchas vezes miente,
Pensando que mas fee deuia darse,
A sus corrientes lagrimas vertidas,
Que à sus muchas palabras y razones,
Quando muy bien supiera proponerlas,
Vertiendolas assi con gran contento,
Auiendonos à todos abrazado,
Por tres vezes salio determinada,
De recibir el bien de que dudaua,
Y a cosa de cien passos se boluia,
A mostrarsenos siempre mas gustosa,
Amorosa, y mas bien agradezida,
Y como siempre vemos se adelanta,
La noble gratitud al beneficio,
Quarta vez fue saliendo y pareciote,
Que quedaua muy corta, y no pagaua,
Y porque ingratitud no la rindielle,
Otra fue revoluiendo, y de los pechos,

De la nueva Mexico,

El niño se quitò, y dio al Sargento,
Y allí le suplicò que le llevase,
Pues todo le faltava, y no tenia,
Con que poder servir merced tan grande,
El Sargento le tuvo, y dio mil vefos,
Entre sus nobles brazos bien ceñidos,
Y dándole mas cuentas, y abalorios,
Con mil tiernas caricias amorosas,
El niño le bolvio, y pidió se fuesse,
Con cuiu cumplimiento regalado,
Qual suele tras la cierva el ciervo en brama
Herida de su amor correr tras della,
Y ansioso de alcanzarla desembuelto,
De salto, y de corrida va siguiendo,
El amoroso rastro, y dulce huella,
Por vna y otra parte sin que pueda,
Pararse, ò detenerse, ò alentarse,
En parte que el cariño no le asista,
Asi sin leso, ciega, y sin sentido,
Atonita del todo fue siguiendo,
La huella de su amado desbalida,
Y porque priesa dan que me adereze,
Todo aquello que resta de quebranto,
Veremos adelante en nuevo canto.

CAN.

CANTO
CATORZE.

COMO SE DESCUBRIO EL RIO
del Norte, y trabajos que hasta descubrirlo pa-
decieron: y de otras cosas que fueron su-
cediendo, hasta ponerse en punto de
tomar la posesion de la
tierra.

QUANTO se estima, sube, y se le-
banta,
El valor de la cosa que se empré
de,

Quanto es mas estimado todo aquello,
Con que se alcanza, adquiere, y se cõfigue.
Traigo esto grã señor, porque se entienda,
Mas bien, la gran grandeza, y excelencia,
Del bello exercicio que professan,
Todos aquellos Heroes valerosos,
Que a rruque de trabajos, y quebrantos,
Suda, y sangre compraron; y adquirieron,
Solo

De la nueva Mexico,

Solo el illustre nombre de soldados,
A cuya alta excelencia le es muy proprio,
El ver y trascender de todo punto,
Que por demas se sufren los trabajos,
Miserias, afficciones, y fatigas,
Que la sangrienta guerra trae consigo,
Si en medio de su curso sin remedio,
El animo se rinde, y se acobarda,
Y para no venir en tanta mengua,
Zozobrando las fuerças fatigadas,
Sin ver vn agradable y dulce puerto,
Luego que la contenta y noble Polca,
Despedida salio para su tierra,
Qual suele el cazador quando a perdido,
Vn rico girifalte,alcon, o sacre,
Que a vezes por los cerros y vallados,
Le va con grandes ansias ahuchando,
Mostrandole el señuelo hasta verlo,
Seguro, y en la mano, donde alegre,
Sin memoria del susto ya passado,
Le alaga, y le regala, y le compone,
La pluma mal compuesta, y le apazigua,
Asi la hermosa baruara sospecho,
Que fue desalentada tras su Milco,

Y nosotros señor con nuevos bríos,
 Mas de cincuenta dias caminamos,
 Pesadas desventuras padeciendo,
 Y por acaenos sin cesar llouido,
 Siete largas jornadas trabajosas,
 En las carnes la ropa ya cozida,
 Ninguno de nosotros entendimos,
 Poder salir con vida de aquel hecho,
 Por escabrosas tierras anduimos,
 De Arabes, y Baruaros incultos,
 Y otros de fierros broncos peligrosos,
 En lo tendido y espacioso suelo,
 Nunca jama Christianos pies pisaron,
 En todo largo tiempo consumimos,
 Los pobres baltimentos que sacamos,
 Alimentando todos con esfuérço,
 Los frizados cuerpos destroncados,
 Con las raizes brutas indigestas,
 Contra el rigor del hado prohejando,
 Nuestra derraora siempre profeguimos,
 Ya por espesas breñas y quebradas,
 Por cuirs brauns bosques entredados,
 Las fuertes escarcelas se rasgauan,
 Ya por asperas cumbres levantadas,

De la nueva Mexico,

Por coias zimas los cauallos lasos,
Por delante lleuamos rendidos,
Hijadeando, cansados, y affigidos,
A pie, y de todas armas molestados,
Y las hinchadas plantas ya desnudas,
Descalças sin calçado se asentauan,
Por riscos, y peñascos escabrosos,
Ya por muy altos medanos de arena,
Tan ardiente, encendida, y tan fogosa,
Que de su fuerte reflexion heridos,
Los miserables ojos abrasados,
Dentro del duro casco se quebrauan,
Y como el fin de aquello que se espera,
Solo se alienta, esfuerça, y se sustenta,
Con el valor y punto de esperança,
Esperando hizimos los trabajos,
Mas lebes, comportables, y sufribles,
Y como la que es presta diligencia,
Arriuada al sollicito trabajo,
Es madre de qualquier ventura buena,
Esta se tubo en descubrir la boca,
Que aquel hastato Barvaro nos dixo,
Marcando la circunvezina tierra,
Asientos, y lugares que nos puso,

Quando con Milco presso le ruuimos,
Y como Magallanes, por su estrecho,
Asi desembocando todos fuimos,
Vencidos del trabajo, y ya rendidos,
De la fuerza del hado riguroso,
Que con pesada mano bien cargada,
Mucho quiso apretarnos y afligirnos,
Quatro dias naturales se passaron,
Que gota de agua todos no beuimos,
Y tanto que ya ciegos los cauallos,
Cruelles testaradas, y encontronos,
Se dauan por los arboles sin verlos,
Y nosotros qual ellos fatigados,
Vino fuego exalando, y escupiendo,
Salua mas que liga pegajosa,
Defahuziados ya, y ya perdidos,
La muerte casi todos desficamos,
Mas la gran prouidencia condolida,
Que tanto es mas beloz en socorrernos,
Quanto con mas firmeza la esperamos,
Al quinto abrio la puerta, y fuimos todos,
Alegres arribando el brano Rio,
Del Norte, por quien todos padezimos,
Cuidados y trabajos tan pesados,

De la nueva Mexico,

En estas aguas los cauallos ficos,
Dando tras pies se fueron acercando,
Y zabolidas todas las cabeças,
Beuieron de manera los dos dellos,
Que alli juntos murieron rebentados,
Y otros dos ciegos tanto se metieron,
Que de la gran corriente arrebatados,
Tambien murieron de agua satisfechos,
Y qual suelen en publica taberna,
Tenderse algunos tristes miserables,
Embragados del vino que beuieron,
Asi los compañeros se quedaron,
Sobre la fresca arena amolientada,
Tan hinchiados hidropicos hipatos,
Ala como si sapos todos fueran,
Pareciendoles poco todo el Rio,
Para apagar su sed y contentarla,
Y qual si en los filiscos campos frescos,
Vbieramos ilegado á refrescar nos,
Asi señores nos fueron pareciendo,
Por las aquellas olivas y riberas,
Por en sus bellos pastos los caualles,
Reosíandose alegres de sus asnos,
Los tangados guillos quebrantados,

Canto Catorze. 115

Del pesado camino trabajoso,
Y así por aquel bosque ameno todos.
Fuimos con mucho gusto discurriendo,
Por frescas alamedas muy copadas,
Cuyas hermosas sombras apazibles,
A los cansados miembros convidauan,
Que cerca de sus troncos recostados,
Allijunto con ellos descansalen,
Por cuyos verdes ramos espaciosos,
Qual si en las castísimas zuejas,
Con vn susurro blando y regalado,
De tomillo en tomillo yr saltando,
Gustando lo mejor de varias flores,
Así por estas altas arboledas,
Con entonado canto regalado,
Cruzaban en millon de pajaricos,
Cuyas graciosas pías desembuellos,
Con sus propias lenguas alabauan,
Al buen señor que los compuso,
Y aunque las aguas del gallardo Rio,
Por las talmas y furiosas y corrientes,
Se van todas vertiendo y derramando,
En manzas, suaves blandas y amorosas,
Como si vn sosegado estanque fueran,

De la mena Mexico,

Por anchas tablas, todas bien tendidas,
Y de diuersos generos de pezes,
Por excelencia rico y abundoso,
Hallamos de mas desto gruesa caza,
De muchas grullas, anares, y patos,
Donde cebaron bien sus alcabuzes,
Los hastutos monteros diligentes,
Y auiendo hecho grande caza y pesca,
Luego de los fogosos pedernales,
El escondido fuego les sacamos,
Haziendo vna gran lumbrre poderosa,
Y en grandes asadores, y en las brasas,
De carne, y de pescado bien abasto,
Pasimos á dos manos todo aquello,
Que el hambriento apeteito nos pedia,
Para poder rendir de todo punto,
Las buenas ganas, al manjar sabroso,
Y como la paloma memorable,
Que luego que passò la gran tormenta,
El verde ramo trujo de la oliua,
No de otra suerte todos nos boluimos,
Colmados de contento y alegria,
Que es verdadero premio del trabajo,
Y luego que al exercito llegamos,

Con muchas fiestas fuimos recibidos,
 Y porque siempre es fuerza, y causa gusto,
 Traer á la memoria los trabajos,
 Misericordias, y fatigas, que se sufren,
 Quando la dura guerra se milita.
 Llamado deste gusto, fue contando,
 El Sargento mayor á todo el campo,
 Presente el General, aquellos passos,
 Caminos, y sucesos que sufrimos,
 Hasta que al fin llegamos á las playas,
 Riberas, y alamedas deste Rio,
 En cuias arboledas espaciosas,
 Todas nuestras fatigas descansamos,
 Como siempre causa grande alivio,
 No ser en padezer trabajos solo,
 Luego como acabò tomò la mano,
 El diestro General por dar consuelo,
 A los quebrantos tristes ya passados,
 Diciendo los trabajos que los suyos,
 Auan tambien sufrido y padezido,
 Como vno cargò con tantas veras,
 Que estubo á pique el campo de perderse,
 Y fue, que entrando Março caluroso,
 Con poderosos soles asentados,

De la nueva Mexico,

Vino à faltar el agua de manera,
Que secas las gargantas miserables,
Los tiernos niños, hombres, y mugeres,
Trafpassados, perdidos, y abrafados,
Socorro al soberano Dios pedian,
Por ser aqueste el ultimo remedio,
Que pudieran tener en tal conflicto,
Y los tristes cansados animales,
Como aquellos de Ninibe rendidos,
Del insaziabile ayuno fatigados,
Asi cuitados todos se mostravan,
Con la fuerza del tiempo que cargava,
Y como siempre acude y saborece,
Su gran bondad inmensa soberana,
Al que con veras pide y le suplica,
Estuvo el Cielo claro y muy sereno,
Por vna y otra parte fue turbado,
De gruesas neves negras bien cargadas,
Y sin ningun relampago ni trueno.
Tanta agua derramaron y vertieron,
Que los bueyes vnzidos con sus yugos,
Su mortifera sed satisficieron,
Y luego que el exercito affligido,
Quedo por todas partes consolado,

La belleza del Sol quedo con rayos,
Por vna y otra parte tan tendidos,
Que tan sola vna nuue no impedia,
Su claro resplandor en parte alguna,
Y así por esta causa le pusieron,
Al parage de aquella santa lluvia,
El agua del milagro, porque fuesse,
Eterna su memoria prolongada,
Y nunca para siempre se perdiessse,
O soberano bien con que presteza,
Socorres nuestras faltas si ponemos,
Tanra fee quanta apaña, mude y pesa,
No mas que vn solo grano de mostaza,
Vendido tal varato y tal empleo,
No solo para que las altas nuues,
Fueran de tiempo vna gran lluvia,
Mas para que los mas pesados montes,
Ran roran y le banten sus asientos,
Y la granddad del Sol repare,
Su poderoso curso, y le detenga.
No mas que por un maldito hombre noble,
A cuyos pies se ruden y abastellan,
Todas las cosas eran leu y pequeñas,
En un como en fuego le bantado,

De la nueva Mexico,

Por manos tan grandiosas y admirables,
Y assi parece que yua su grandeza,
Lleuando aqueste campo como á suyo,
Vnas vezes cargados de trabajos,
Y otras de mil consuelos socorrido,
Viage derecho, cierto, y verdadero,
De los obreros grandes que le bantan,
Heroicos edificios en su Iglesia,
Pues yendo assi marchando muchos dias,
Llegaron á las aguas deste Rio,
Y qual aquel Troyano memorable,
Que fue favorecido y amparado,
Del humedo tridente de Neptuno,
Despues de la tormenta y gran borrasca,
Assi el Governador con todo el campo,
Seguro y dulce puerto fue tomando,
Y á su mas fatigada soldadesca,
Por las frescas orillas y riberas,
A tierra mano dio que descansase,
Y como el buen gouerno no consiste,
En la que es buena industria de presente,
Sino en prevenir con razon aquello,
Que puede despues darnos gran cuidado,
Mandó el Governador que sin tardança,

El Sargento salieſſe y ſe apartaſe,
Con cinco compañeros eſcogidos,
Y diestros en nadar, porque buſcaſen,
Algún ſeguro vado al bravo Río,
Para que por el todo vuestro campo,
Seguro y ſin zozobra le paſſaſe,
Y pontendo por obra aquel mandato,
Salio Carabajal, y Alonſo Sanchez,
Y el gran Chriſtoval Sanchez, y Araujo,
Y yo también con ellos porque fueſſe.
El número cumplido de los cinco,
Y andando embeuecidos todos juntos,
En buſca de buen vado cuidadosos,
De ſubito nos fuimos acercando,
A vnos pagizos ranchos do ſalieron,
Gran cantidad de baruaros guerreros,
Y por ſer todo aquello paſtanoſo,
Y no poder valernos de las armas,
A ſi para los baruaros nos fuimos,
Moſtrandonos amigos agradables,
Y como el dar al fin quebranta peñas,
Dandoles de la ropa que tuuimos,
Tan manſos los boluimos, y amoroſos,
Tanto que quatro dellos ſe vinieron,

De la nueva Mexico,

Y vn lindo vado á todos nos mostraron,
Por esta causa el General prudente,
Mandò que á todos quatro los vistiesen,
Y con mucho regalo los tratasen,
Por esta causa todos se bajaron,
Y dandose de paz, truxeron juntos,
Vna gran suma de pescado fresco,
Y mandandoles dar vn buen retorno,
Luego se procurò que se hiziesse,
En vn copado, y apazible bosque,
Vna graciosa Iglesia de vna naue,
Capaz para que todo el campo junto,
Pudiesse bien caber sin apretarse,
En cmo aluergue, santo, Religioso,
Cantaron vna Misa muy solemne,
Y el docto Comissario con estudio,
Hizo vn sermón famoso bien pensado,
Y luego que acabaron los officios,
Representaron vna gran comedia,
Que el noble Capitan Parlan compuso,
Cuyo argumento solo fue mostarnos,
El gran recibimiento que á la Iglesia,
Traxo la nueva Mexico hacia,
Dandole el parabten de su venida,

Con grande reuerencia suplicando,
 Las rodillas en tierra les labase,
 Aquella culpa con el agua santa,
 Del precioso Bañtismo que traian,
 Con cura saludable sacramento,
 Muchos Beruatos vió: ya labados,
 Y luego que por sus tierras andauimos,
 Vio tolemines fiestas agradables,
 De gente de acualle bien lozida,
 Y por honrra de aquel illustre dia,
 Vna gallarga esquadra suelta yua,
 De aquel Capitan Cardenas famoso,
 Soldado de valor y de verguença,
 Y que muy bien señor os ha seruido,
 Fize por entender que la jornada,
 No aua de ser posible se hazieffe,
 Quedose de manera que no pudo,
 Dar alcance despues à vuestro campo,
 Por esta causa dieron se el mandante,
 A Diego Nañez, y con esto luego,
 Se tomó possession de aquella tierra,
 En vuestro insigne, heroico, y alto nòbre,
 Haziendo en esta causa cierto escueto,
 Que aqueste serà bien que aqui le ponga,

De la nueva Mexico,

Sin corromper la letra porque importa,
Por ser del mismo General la nota,

De como se tomó , y a-
prehendio la posesion
de la nueva tierra.



EN EL nombre de la santissima Trinidad, y de la in-
denidua vnidad eterna, dei-
dad y magestad; Padre, Hi-
jo, y Espiritu Santo, tres personas , y
vna sola essencia , y vn solo Dios ver-
dadero, q̄ con su eterno querer , om-
nipotente poder, è infinita sabiduria,
rige, gouierna, y dispone, poderosa, y
suabemente , de mar à mar , de fin à
fin, como principio y fin de todas las

cosas, y en cuyas manos estan, el eterno Pontificado, y Sacerdocio, los Imperios, y los Reynos, Principados, y Ditados, Republicas, mayores y menores, familias, y personas, como en eterno Sacerdote, Emperador, y Rey de Emperadores y Reyes, señor de señores, criador de Cielos y Tierra, elementos, Aves, y pezes, animales, plantas, y de toda criatura, espiritual, y corporal, razional, è irrazional, desde el mas supremo Cherubin, hasta la mas despreciada hormiga, y pequeña mariposa: é a honor y gloria suya, y de su sacratissima, y venditissima Madre, la Virgen santa Maria, nuestra Señora, puerta del Cielo, arca del Testamento, en quien el maná del Cielo, la vara de la diuina Justicia, y brazo de Dios, y su Ley de gracia, y amor, estu-

De la nueva Mexico,

uo encerrada , como en Madre de Dios, sol, Luna, Norte, y guia, y abogada, del genero humano: y á honrra del Seraphico Padre san Francisco, Imagen de Christo, Dios, en cuerpo y alma, su Real Alferrez, y Patriarca de pobres, á quienes tomo por mis Patronos y abogados, guia, defensores, è intercessores, para que rueguen al mismo Dios, que todos mis pensamientos, dichos, y hechos, vayan encaminados al servicio de su Magestad infinita, aumento de fieles, y extensión de su santa Iglesia, y á servicio del Christianissimo Rey don Felipe, nuestro señor, columna fortissima de la Fe Catholica, que Dios guarde muchos años, y corona de Castilla, y amplificación de las Reynos y Provincias. Quiero que sepan, los que aora
son,

son , o por tiempo fueren : como yo don Iuan de Oñate , Gouvernador , y Capitan general , y Adelantado de la nueva Mexico , y de sus Reynos y Prouincias , y las á ellas circunuezinas , y comarcanas , poblador y descubridor , y pazificador dellas , è de los dichos Reynos , por el Rey nuestro señor. Digo , que por quanto en virtud del nõbramiento que en mi fue fecho , y titulos que su Magestad me da , desde luego , de tal Gouvernador , Capitan general , y Adelantado de los dichos Reynos , y Prouincias , sin otros mayores que me promete , en virtud de las Reales ordenanças , y de dos Cédulas Reales , y otras dos sobrecedulas , y capitulos de cartas del Rey nuestro señor : su fecha en Valécia , á veinte y seis de Enero , de mil y quiniētos

Q

y ochenta.

De la nueva Mexico,

y ochenta y seis años: su fecha en San Lorenzo, á diez y nueue de Julio, de mil y quinientos y ochenta y nueue años: su fecha á diez y siete de Enero, de mil y quinientos y nouenta y tres: su fecha á veinte y vno de Junio, de mil y quinientos y nouenta y cinco: y por otra vltima cedula Real: su fecha de dos de Abril, deste año pasado, de mil y quinientos y nouenta y siete: en que en contradiccion de partes, su Magestad aprueua la eleccion hecha en mi persona, é estado, exerciendo y continuando el dicho oficio, y agora venido en demanda de los dichos Reynos y Prouincias, con mis oficiales maiores, Capitanes, Alferrez, soldados y gente de paz y guerra, para poblar y pazificar, é otra gran machina de pertrechos necessarios

carros, carretas, roças, cauallos, bue-
yes, ganado menor, y otros ganados,
y mucha de la dicha mi gente casada,
de fuerte que me hallo oy con todo
mi campo entero, y con mas gente de
la que saqué de la Prouincia de Santa
Barthola, junto al Rio que llaman del
Norte, y alojada á la Ribera, que es lu-
gar circunuefino, y comarcano, á las
primeras poblaciones de la nueva
Mexico, y que passa por ellas el dicho
Rio, y dexo hecho camino auiento
de carretas, ancho y llano, para que
sin dificultad se pueda yr y venir por
ellos, despues de andadas al pie de cien
leguas de despoblado: é porque yo
quiero tomar la possession de la tier-
ra, oy dia de la Ascencion del Señor,
que se cuentan treinta dias del mes
de Abril, deste presente año, de mil

De la nueva Mexico;

y quinientos y nouenta y ocho: mediante la persona de Iuan Perez de Donis, Eſcriuano de ſu Mageſtad, Secretario de la jornada; y gouernacion de los dichos Reynos y Prouincias, en voz y nombre del chriſtianiſimo Rey nueſtro ſeñor, don Felipe Segundo deſte nombre, y de ſus ſuſceſſores, que ſean muchos, y con ſu ſana ſalud, y para la corona de Caſtilla, y Reyes que ſu gloria eſtirpe Reinaren en ella; é por la dicha, y para dicha mi gouernacion, fundandolos y eſcriuando, en el vnico y abſoluto poder, é juridiccion, que aquel eterno ſummo Pontifice, y Rey Jeſu Chriſto, hijo de Dios uiuo, cabeça vnica ſal de la Igleſia, y primero y vnico titular de ſus ſacramentos, valde y padece a angular del viejo y nuevo

imiento, fundamento y perfeccion
del, tiene en los Cielos y en la tierra,
no solo en quanto Dios, y consubstã
cia al à su Padre eterno, que como cria
dor de todas las cosas, es vnico abso
luto, natural y propietario señor de
ellas, que como tal puede hazer y des
hazer, ordenar y disponer a su volun
tad, y lo que por bien tuuiere: mas tã
bien en quanto hombre, à quien su
eterno Padre, como à tal, y por ser hi
jo del hombre, y por su dolorosa y pe
nosa muerte, y triunfante y gloriosa
resurreccion, y Ascension, y el espe
cial titulo de vniversal Redetor, que
con ella gano, dio omnimoda potes
tad, jurisdiccion y dominio, civil y cri
minal, alta y baja horca, y cuchillo
de todo mixto Imperio, en los Reynos
de los Cielos, y en los Reynos de la
Q 3 tierra,

De la nueva Mexico,

tierra, y en cuyas manos puso el peso y medida, judicatura, premio y pena del Orbe vniuerso, haziendole no solo Rey y luz, mas tambiẽ pastor vniuersal de las ouejas, fieles, é infieles, de las que oy en su voz le creen y siguen, y estan dentro de su rebaño y pueblo Christiano, y de las q̃ no han oido su voz, y Euangelica palabra, ni hasta el dia de oi le conozẽ, las quales dize le conuene traer à su diuino conozimiento, porque son suyas, y es su legitimo y vniuersal Pastor, para lo qual auendo de subir à su eterno Padre, por presencia corporal, vbo de dexar y dexó por su Vicario, y substituto, al Principe de los Apostoles, san Pedro, y demas subcesores, legitimamente electos, à los quales dio y dexó el Reyno, poder, è Imperio, y las lla-
ues

ues del Cielo, segú y como el mismo Christo Dios le recibio de su eterno Padre, en el, como su cebeça, y señor vaiuersal, y en los demas, como en sus subcelliores, siervos, ministros, y Vicarios, y assi no solo les dexò la jurisdiccion Ecclesiastica, y monarchia espiritual: mas tambié les dexò auitualmente jurisdicció y monarchia tēporal, y el vno y otro braço, y cuchillo de dos filos, para q̄ por sí, o por medio de sus hijos, los Emperadores y Reies quando y como les pareciesse conuenir, por vrgēte causa pudiesse reducir la sobredicha jurisdicció, y monarchia tēporal, al acto, y ponerla en execució, como luego q̄ la ocasion y necesidad se ofrecio, la executaró, vsando de la omainmoda potestad tēporal; del braço y poder secular, assi por sí,

De la nueva Mexico,

como por armadas y exercitos , de mar y tierra, en las proprias , y en las distintas y baruaras naciones, con los pendones, vanderas y estandarte Imperial de la Cruz, subgetando las baruaras naciones, ballanando el passo à los Euangelicos Predicadores, assegurando sus vidas y personas, vengando las injurias que los vna vez recibidos recibieren, reprimiêdo y refrenando el impetu, y bestial y baruara fiereza, de los sobredichos: y en el nombre del poderoso Christo Dios, que mandò predicar su Euangelio à todo el mundo, y por su autoridad y derecho ensanchando los terminos de la Republica Christiana, y amplificando tu Imperio, por mano tambjé de los sobredichos sus hijos, Emperadores y Reyes: entre los quales el Rey don Felipe

Philippe nuestro señor, Rey de Castilla, y de Portugal, y de las Indias Occidentales y Orientales, descubiertas y por descubrir, halladas y por hallar, mediante la sobredicha potestad, jurisdicción y monarquía Apostólica y Pontifical transfusa, concedida y otorgada, encomendada y encargada, à los Reyes de Castilla y Portugal, y à sus sucesores, desde el tiempo del sumo Pontífice Alexandro sexto, por divina y singular inspiración, como por la piedad Christiana enseña ser infaliblemente así, pues Dios à su Vicario que representa su persona y vezes, en cosas tan graues jamas falta, y la experiencia verdadera maestra, y prueua de la verdad, en tan largos tiempos à mostrarlo: lo qual testifica con infalible certidumbre, el consentimiento

De la nueva Mexico,

permiso, y confirmacion, del sobredicho Imperio y dominio, de las Indias Orientales, y Occidentales, en los Reyes de Castilla y Portugal, y sus subcessores, transfusso y colocado, por manos de la Iglesia militante, de todos los demas sumos Pontifices, subcessores del dicho santissimo Pontifice, de gloriosa memoria, Alexandro Sexto, hasta el dia presente, en cuyo solido fundamento estriuo, para tomar la sobredicha possession, de estos Reinos y Prouincias, en el sobredicho nombre: a lo qual se allegan, como vassas, y pilares deste edificio, otras muchas, graues, urgentes, y notorias causas, y razones, que a ello me mueuen, y obligan, y dan segura entrada, y con ayuda de Dios, y de su vedita Madre, y el estandarte de su san-

ta Cruz , por medio de los Euangelicos Predicadores , hijos de mi Seraphico Padre san Francisco , daran mucho mas ièguro, prospero , felice subcesso , y la primera , y no de menos consideracion , para el caso presente , es la inocente muerte de los Predicadores del santo Euangelio, verdaderos hijos de san Francisco, Frai Iuan de Santa Matia , Frai Francisco Lopez, y Frai Agustin Ruiz, primeros descubridores desta tierra, despues de aquel gran Padre Frai Marcos de Niza, que todos dieron sus vidas y sangre , en primicias del santo Euangelio , en ella , cuya muerte fue inocente , y no merecida , pues siendo vna vez recibidos destos Indios , y admitidos en sus Pueblos , y casas , y quedandose los dichos

dichos

De la nueva Mexico,

dichos Religiosos solos entre ellos, para predicarles la palabra de Dios, y mejor entender su lengua, confiados de la seguridad del buen rostro y trato que les hazian, y auiendo acudido en todas ocasiones à hazer bien à estos naturales, assi en todo el tiempo que los pocos Españoles q̄ con ellos estuuieron, que fueró solos ocho, duraron en la tierra, como el que despues estuuieron solos, contra ley natural, dieron mal por bien, y la muerte à otros hombres como ellos, inocentes, y que no les hazian daño, y q̄ les dauan como por entonces mejor podian, y procurauán darles la vida, mediante la palabra de la Ley de gracia, mas auentajadamente, causa y razon bastante, quando otra no vbiere para justificar mi pretension, demas

de la qual, la enmienda, correccion y castigo de los pecados contra natura leza, y la inhumanidad que entre estas bestiales naciones se halla, que à mi Rey y Principe, como à tan poderoso señor, conuiene corregir y reprimir, y à mi en su Real nombre, dan mano al acto presente, y sin estas la piadosa razon y Christianissima opinion del Baptismo, y saluacion de las almas, de tantos niños como entre estos infieles padres al presente viuen y nacé, que à su verdadero Padre Dios, y mas principal Padre, ni obedezzen, ni reconocen, ni pueden moralmente hablando reconocer, sino es mediante este medio, como la larga experiéncia en todas estas tierras ha mostrado, y quando pudieran reconocerle, entrando por la puerta del Bautismo,

mo,

De la nueva Mexico,

mo, no pueden conseruar la Fè, ni perseverar en su bocation, entre gente idolatra, é infiel, contra cuja voluntad se ha de hazer esta obra, porque la voluntad de Dios es, que todos se salben, y á todos llegue el son, y efectos de su palabra y Passion, y Dios deue ser condezedido, y no los hombres, aunque sean juezes, o padres, o si tengan Reinos, o Ciudades, pues sola vn alma es mas preciosa, que todo el mundo, ni sus mandos, riquezas, y propiedades, y sin estas, ai otras euidentes causas, en que me fundo, para este efecto, assi del gran bien temporal, que el espiritual no tiene precio, que estas barueras naciones con nuestro comercio, y trato, adquieren, y ganan en su trato politico, y gonierno de sus Ciudades, viuiendo como gentes
de

de razon, en pulicia, y entendimiento, acrecentando sus oficios y artes, mecanicas, y algunos las liberales, aumentando sus Republicas, de nuevos ganados, crias, y semillas, legumbres, y bastimentos, ropas, y frutos, y ordenando discretamente el trato economico de sus familias, casas y personas, vistiendose los desnudos, y los ia bestidos mejorandose, y dexando otras causas, finalmente en ser gouernados en paz y justicia, con seguridad en sus casas y en sus caminos, y defendidos y amparados de sus enemigos, por mano y à expensas de tan poderoso Rei, cuya subgecion es verdadero prouecho y libertad, y tener en el proprio Padre, que à su costa, y mediante sus gages, y mercedes, de tan remotas tierras, les

De la nueva Mexico,

les embian Predicadores y ministros
Justicia y amparo, con instrucciones
verdaderamente de Padre, de paz, co-
cordia, suabidad y amor, la qual guar-
dare yo à perder de vida: y mando,
siempre mandare se guardare, sope-
na della. Y por tanto, fundado en
solido fundamento sobredicho, qui-
to tomar la sobredicha possession,
alsi lo haziendo, en presencia del Re-
uerendissimo Padre Fray Alonso Ma-
rinez, de la orden del señor san Fran-
cisco, Comissario Apostolico, en
plenitudine potestatis, desta jornada
de la nueva Mexico y sus Prouincias
y de los Reuerendissimos Padres Pre-
dicadores del santo Euangelio, y
compañeros, Fray Francisco de la
Miguel, Fray Francisco de Zamora,
Fray Iuan de Rosas, Fray Alonso

ago, Fray Andres Corchado, Fray
Juan Claros, y Fray Christoual de Sa-
zar, y de mis amados Padres; y her-
manos, Fray Iuan de San Buenauen-
ta, y Fray Pedro de Vergara, frai-
s legos, Religiosos que van à esta
nada, y conuersion, y de mi Mae-
de campo General, don Iuan de
alduar Oñate, y de los oficiales ma-
res, y de la maior parte de los Ca-
anes y oficiales del campo, y gen-
de paz y guerra del, digo: que en
z, y en nombre del christianissí-
o Rey don Felipe nuestro señor,
ico defensor, y amparo de la santa
adre Yglesia, y su verdadero hijo,
para la corona de Castilla, y Reies,
de su gloriosa estirpe Reynaren
ella, é por la dicha, é para la dicha
gouernacion, tomo y aprehen-
R do,

De la nueva Mexico,

do, vna, dos, y tres vezes: vna, dos, y tres vezes: vna, dos, y tres vezes: y todas las que de derecho puedo, è de uo, la tenencia y possession Real, y actual, cibil y criminal, en este dicho Rio del Norte, sin excetar cosa alguna, y sin ninguna limitacion, con las vegas, cañadas, y sus pastos y abreuaderos. Y esta dicha possession tomo, y aprehendo, en voz, y en nombre de las demas Tierras, Pueblos, Ciudades, Villas, Castillos, y casas fuertes, y llanas, que aora estan fundadas, en los dichos Reynos, y Prouincias, de la nueva Mexico, y las ellas circunuezinias, y comarcanas, y adelante por tiempo se fundaren en ellos, con sus montes, Rios, y Riberas, aguas, pastos, vegas, cañadas, abreuaderos, y todos sus Indios, na-

urales, que en ellas se incluieren, y
comprehendieren, y con la jurisdic-
cion civil y criminal, alta y baja, hor-
ca y cuchillo, mero mixto Imperio,
desde la hoja del monte, hasta la pie-
dra del Rio, y arenas del, y desde la
piedra y arenas del Rio, hasta la ho-
ja del Monte. Y yo el dicho Iuan
Perez de Donis, Escriuano de su Ma-
gestad, y Secretario susodicho, cer-
tifico y doi fee, que el dicho señor
Gouernador, Capitan general, y
adelantado de los dichos Reynos,
en señal de verdadera, y pacifica pos-
sion, y continuando los actos de
ella, puso y clauó, con sus propias
manos, en vn arbol fijo, que para
efecto se aderezó, la Santa Cruz,
de nuestro Señor Iesu Christo, y bol-
R 2 uien-

De la nueva Mexico,
viendose á ella, las rodillas en el suelo, dixo.

CR V Z Santa, que sois diuina
puerta del Cielo, Altar del unico
y esencial sacrificio, del cuerpo,
y sangre del Hijo de Dios, camino á
los Santos, y posesion de su gloria.
Abrid la puerta del Cielo, á estos
fieles, fundad la Yglesia y Altar
en que se ofrezca el cuerpo y sangre
del Hijo de Dios: Abridnos camino
de seguridad y paz, para la con-
uersion dellos, y conuersion nue-
tra, y dad á nuestro Rey, y á mi
su Real nombre, pacifica posesion,
destos Reinos, y Fron-
teras, para su Santa Gloria.
Amen.

Y luego incontinentemente, fixó, y prendió; asimismo, con sus propias manos, en el estandarte Real, las Armas del Christianissimo Rey don Felipe, nuestro señor, de la una parte, las Imperiales, y de la otra las Reales: y al tiempo y quando se puso, y hizo lo susodicho, se tocó el clarín, y disparò el arcabuzeria, con grandissima demonstracion de alegria, à lo que notoriamente pareció. Y la Señoría del dicho señor Governador, Capitan general, y Adelantado, para perpetua memoria, mandó que se autorice, y selle, con el sello mayor de su oficio, y signado, y firmado, de mi nombre y signo, se guarde con los papeles de la jornada, y Governacion, y se saquen deste original, los traslados que quisieren,

De la nueva Mexico,

assentandose en el libro de la gouernacion , y lo firmó de su nombre, siendo testigos, los sobredichos, Reuerendissimos , Padre Comissario, Frai Alonso Martinez , Comissario Apostolico , Frai Francisco de San Miguel , Frai Francisco de Zamora, Frai Iuan de Rosas , Frai Alonso de Lugo , Frai Andres Corchado , Frai Iuan Claros, Frai Christoual de Salazar, Frai Iuan de San Buenauentura, Frai Pedro de Vergara , y don Iuan de Aluarez Oñate, mi Maese de campo, general, y los demas oficiales mayores, Capitanes, y soldados del exercito , sobredichos , el dicho dia de la Ascension del Señor , treynta , y vltimo de Abril , deste año de mil y quinientos y nouenta y ocho años.

Canto Catorze. 138

Tomada esta posesion, otro dia
començò á marchar el campo, para
passar el Rio del Norte, en la forma
que diremos.



R 4 : CAN

C A N T O
QUINZE.

COMO SALIO EL CAMPO PARA
passar el Rio del Norte, y como se despachó el Ca-
pitan Aguilar, a esparir la tierra, y como estubo
para degollar, por aver quebrado el orden que
le dieron, por cuya causa el Governador se ade-
lanto para los pueblos, y de las cosas que fue-
ron sucediendo; hasta que el Governador
quiso hazer asiento, y po-
blar la tierra.



A cumbre mas subida, y mas g-
llarda,

Que al buen soldado ilustra y le
lebanta,

Dexo, la con que el alma se enriqueze,
Es la noble nobleza de la honrra,
Que por solo valor, por excelencia,
Por prudencia, por ser, y por esfuerço,
De virtud propria, vemos que se alcança

Y porque ay grâdes honrras q̄ deshonorâ,
 Y vituperios, ay tambien que honrras,
 Solo se adierte, nota, y se practica,
 Que aquella que es perfecta y verdadera,
 Que no consilte en mas, que en merecerla,
 Y si la grande alteza deste gusto,
 Faltafe à los guerreeros que professan;
 El belico exercicio, casi apenas,
 Hallaramos vn hombre que quisiera,
 Lleuar alegremente los trabajos,
 Que el rigor de la guerra trae consigo,
 Si el triunfo desta impressa no le hiziera,
 Ligera aquesta carga tan pesada,
 Para arresgar por ella cien mil vidas,
 Y otras tantas con ellas si tuuiera.
 Y assi llamados todos los soldados,
 Desta su vida, gloria leuantada,
 Por solo merecerla, y alcançarla,
 Bueltos al gran trabajo leuantaron,
 A todo vuestro campo, y le pusieron,
 De eliotra vanda de las aguas turbias,
 Que del Norte decienden en vn puesto,
 Seguro y abundante, de buen pasto,
 Cua grandeza juntos la assentaron,

De la nueva Mexico,

Desnudos, y descalços quebrantados,
A fuerza de sudor, y de los brazos,
Hechos pedazos todos, ya rendidos,
Y porque ya muy cerca de poblado,
Sentia el General que el campo estaua,
Por preuenirse en todo, mandó luego,
Que Pablo de Aguilar con seys soldados,
En cauallos ligeros se aprestase,
Y con todo secreto y buen recato,
La tierra le espiasse, y que si viesse,
Alguna poblacion, que luego al punto,
Qual la libiana jara que se arroja,
A la subida cumbre que en llegando,
Al puesto donde el arco le permite,
Luego la vemos todos que rebuelue,
Que assi luego boluiesse, sin que en esto,
Otra cosa ninguna dispensase,
Y para mas forçarle y obligarle,
Mandole que con pena de la vida,
Deste mandato expreso no excediesse
Saliendo el Aguilar con este orden,
El campo fue marchando las riberas,
Deste copado Rio caudaloso,
Cuios inculcos batuaros grosseros,

En la passada edad, y en la presente,
Siempre fueron de bronco entendimiento,
De simple vida, bruta, no enseñada,
A cultiuar la tierra, ni rompecla,
Y en adquirir hacienda, y en guardarla,
Tambien de todo punto descuidados,
Solo sabemos viuen de la caza,
De pesca, y de raizes que conozen;
Tras cuita vida todos muy contentos,
De las grandes Ciudades olvidados,
Bullicio de palacio, y altas Cortes,
Pasan sin mas zozobra sus cuidados,
Estos con gusto bien nos ayudaron,
A passar por sus tierras sin rezelo,
Y estan lo ya señores para dexarlos,
Tomando otra derrota deste Rio;
Llegó Aguilar, y dixo auer entrado,
En el primero pueblo de la tierra,
Sin respecto ninguno de aquel orden,
Que nuestro General mandò touiesse,
Por cuita justa causa estuuó á pique,
De darte allí garrote, sino fuera,
Por la fuerza de ruegos que cargaron,
Por el, y por la gente que lleuaua,

De la nueva Mexico,

Excepto Juan Piñero, porque quiso,
Guardar en todo el orden que les dieron,
Y como no ay temor si con prudencia,
Preuénimos el golpe que amenaza,
Que va solsegado puerto no nos muestre,
Temiendo el General que luego alçafen,
Todos los bastimentos con presteza,
Los baruaros, y luego despoblafen,
Cinquenta buenos hombres, bien armados
Con el mandò que fuessen, y dexando,
Al Alferez Real por su teniente,
Lleuando à nuestro Padre Comissario,
Y al Padre fray Christoual, fue marchado
Con tan ligero passo, y presto curso,
Que muy breue se puso por sus tierras,
Y estando bien à villa de los pueblos,
Parece que la tierra estremeçida,
Sintiendo la gran fuerza de la Iglesia,
Sacudiendo los idolos furiosa,
Con violencia horrible arrebarada,
Y terrapastad furiosa y terremoto,
Estremeçida toda y alterada,
Asi turbada fue con brauo asombro,
Cubriendo todo el cielo de entricadas,

Nubes tan densas, negras, y espantosas,
 Que pavoroso pánico nos causauan,
 Viendolas encender por cien mil partes,
 Con tremendos relampagos y fuegos,
 Y vertiendo gran lluvia fue rompiendo,
 Con truenos grimosísimos los montes,
 Los valles, cerros, riscos, y collados,
 Despidiendo de piedra tan gran fuerza,
 Que rendidos los Padres se pararon,
 Y al poderoso Dios á grandes voces,
 Socorro le pidieron, y acabada,
 Toda la letanía con sus prezes,
 Sin otras oraciones que rezaron,
 Con suma reuerencia allí contritos,
 Condolido el Señor, mostro la fuerza,
 De aquel turbion grimoso levantado,
 Qual poderoso mar soberuio hinchado,
 Que recogido el viento se fofsiega,
 Y vna grande bonança á todos muestra,
 Asi dio huela luego el alto Cielo,
 Mostrandose tan claro, y tan sereno,
 Qual fuele estar el Sol, quando sus rayos,
 Por medio de su curso nos descubre,
 Con cuio noble tiempo fue llegando,

De la Nueva Mexico,

El General al pueblo, y luego juntos,
Los baruaos salieron á nosotros,
Y viendo al Comissario que lleuaua,
Arbolada vna Cruz en la derecha,
Todos con gran respeto la vesaron,
Y á nuestro General ouedecieron,
Alojandole dentro de su pueblo,
En cuyas casas luego reparamos,
En vna grande suma que tenian,
De soberuios demonios retratados,
Feroces, y terribles por extremo,
Que claro nos mostrauan ser sus dioses,
Porque al dios del agua, junto al agua,
Estaua bien pintado, y figurado,
Tambien al dios del monte, junto al môte,
Y junto á pezes siembras, y batallas,
A todos los demas que respetauan,
Por dioses de las cosas que tenian,
Y tienen vna cosa aquestas gentes,
Que en saliendo las mozas de donzellas,
Son á todos comunes, sin escusa,
Con tal que se lo paguen, y sin paga,
Es vna vil bageza, tal delito,
Mas luego que se casan viuen castas,

Con

Contenta cada qual con su marido,
Cuya costumbre, con la grande fuerça,
Que por naturaleza ya tenían,
Teniendo por certíssimo nosotros,
Seguimos tambien aquel camino,
Juntaron muchas mantas bien pintadas,
Para alcançar las damas Castellanas,
Que mucho apetecieron y quisieron,
Tambien notamos, ser aquestas gentes,
Manchadas del bestial pecado infame,
Y en esto fueran suelta su soltura,
Que sino diera gritos vn muchacho,
De nuestra compañía, le rindiera,
Vn baruaro de aquellos que por fuerça,
Le quiso sugetar, y sino fuera,
Por la gran tierra que por medio puso,
Fuera caso impossible que quedara,
Semejante delicto sin castigo,
Con esto fuimos todos por los pueblos,
Con notable contento, aunque aguado,
Por no saber las lenguas destas gentes,
Y darles à entender nuestros intentos,
Por ser otro dia aquella fiesta,
Del gran san Iuan Baptista, luego quiso,

De la nueva Mexico,
El General que el campo se asentase,
En vn gracioso pueblo despoblado,
De gentes y vezinos, y abundoso,
De muchos bastimentos que dexaron;
Aqui con gran recato preuenidos,
La mañana graciosa celebraron,
En los cauallos de armas los soldados,
En dos contrarios puestos diuididos,
Cuias ligeras puntas gouernauan,
En vna bien trabada escaramuça,
El buen Maese de campo, y gran Sargento
Las poderosas lanças rebolviendo,
Con vizarro donaire desembuelto,
Y luego que los vnos y los otros,
Rompieron gruesas lanças y prouaron,
Las fuerças de sus pechos en torneos,
Que con bella destreza tornearon,
Quedaron para siempre señalados,
Por buenos hõbres de armas, y d'impresas
El Maese de campo, y el Sargento,
El Capitan Quesada con Bañuelos,
El Capitan Marcelo de Espinosa,
Pedro Sàchez, Montroi, y Antonio Còde,
El Alferez Romero, Alonso Sanchez,

Juan de Leon, Damiero, y los Robledos,
 Acabadas las fiestas, luego entraron,
 Tres barqueros graciosos desembueltos,
 Y estando el General con gran contento,
 Con todos los soldados platicando,
 Así los tres se fueron á su puesto,
 Y estando junto del, algo risueño,
 El vno dellos, dixo en altas voces,
 Jueves, y Viernes, Sabado, y Domingo,
 Y qual si fuera aquella gran culebra,
 Que en la expulsión de los Tarquinos vierõ
 Zadrar dentro de Roma los Romanos,
 Que atonitos quedaron del portento,
 Así delatinados nos colgamos,
 De la lengua de aquel que mas no quiso,
 Hablar otra palabra Castellana,
 El vsto el General su gran silencio,
 Y todos los prendio, por cuya causa,
 El mismo barquero algo temeroso,
 Dixo Thomas, Christoual, señalando,
 Que los dos destos nombres, dos jornadas,
 Estauan de nosotros, bien cumplidas,
 Apurandole mucho conozimas,
 Que nunca jamas supo mas palabras,

De la Nueva Mexico,

Que aqúestas que nos dize Castellanos,
Con sola aquesta lumbré alegres todos,
Lleuandolos con gusto y con recato,
Sahó el Governador con toda priessa,
En naves de los dos que baptizados,
Por los dos Santos nombres parecian,
Y haziendo jornada en vn buen pueblo,
Que Puaráí llamauan sus vezinos,
En el á todos bien nos recibieron,
Y en vnos corredores jaluegados,
Con vn blanco jaluegue recién puesto,
Barridos y regados con limpieça,
Lleuaron á los Padres, y allí juntos,
Fueron muy bien seruidos, y otro dia,
Por averse el jaluegue ya secado,
Dios que á su santa Iglesia siempre muestra
Los Santos que por ella padezieron,
Hizo sertraslaziarse la pintura,
Mudo Predicador, agoi encubrieron,
Con el blanco barniz, porque no viesse,
La fuerza del martirio que passaron,
Aquellos Santos Padres Religiosos,
Fray Agustin, Fray Iuan, y Fray Francisco,
Cujos illustres cuerpos retratados,

Los baruaros temian tan al viuo,
Que porque vuestra gente no los viesse,
Quisieronlos borrar con aquel blanco,
Cuya pureza grande luego quiso,
Mostrar con evidencia manifiesta,
Que á puro azote, palo, y piedra fueron,
Los tres Santos varones consumidos,
Y como siempre prende el que asegura,
Mandó el Governador con gran recato,
Que allí desentendidos se mostrasen,
Y que en manera alguna no pudiesen,
La vista en la pintura, pues con esto,
Assegurados todos passarian,
Al pueblo de Thomas, y de Christoval,
Y así con el secreto que importava,
Cuya custodia y guarda es vna cosa,
Con gran razón de todos estimada,
Quando el Baruaros pueblo ya entregado,
Estizua con reposo al duze sueño,
Qual vn valiente tigre que agachado,
Con el oydo atento y vista aguda,
Los gruesos pies y manos va sacando,
El poderoso lomo recogiendo,
Para alentar mejor el presto salto,

De la nueva Mexico,

Sobre el ligero pardo descuidado,
Asi quando rindiéron la modorra,
Salio de aqueſte pueblo recatado,
Nueſtro Governador, y fue marchando;
La noche toda en peſo, y puſo cerco,
Al pueblo de los dos que ſe llamauan,
Chriſtional, y Thomas, en cuias caſas,
Aquellos que prendimos nos puſieron,
Y luego dentro dellas ſe arrojaron,
El prouehedor Zubra, y Iuan de Olague,
El Alferrez Zapata, y Leon de Iſaltu,
Munuera, Iuan Medel, Alonſo Nuñez,
Y Pedro de Ribera, Gentilombre,
De nueſtro General, y de ſu meſa,
Franciſco Vazquez, y Chriſtional Lopez
Manuel, Franciſco, Vido, y Monteſinos,
Regando Paladin en bien ſeruitos,
Que eſtos dieron con ellos en la cama,
Y della los ſacaron y truxeron.
A nueſtro General, con quien hablaron,
En Eſpañol, y en lengua Mexicana,
Diziendo que ellos eran ya Chriſtiano
Y que fueron de aquellos que Caſtano
Trajo de nueva Eſpaña, y que quiſieron

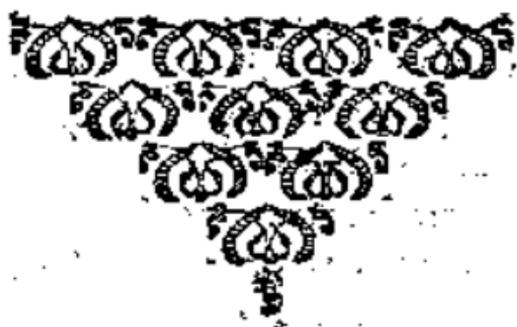
Quedarse en aquel puesto donde estauan,
 A vfança de la tierra ya casados,
 Nunca jamas se halló tan gran tesoro,
 Ni bien tan lleno, rico y abundoso,
 Quanto el Governador, sintio tenia,
 Con los dos baptizados que delante,
 Con el habluauan lengua que entendia,
 que tambien sabian y alcançauan,
 aquella que los baruaros vsauan,
 mediante cuyos medios luego pudo,
 manifestar su intento, y sus concepros,
 por toda aquella tierra donde vimos,
 muy buenas poblaciones asentadas,
 por sus quarrós y plaças bien quadradas,
 con geyero de calles. cuyas casas,
 son altas, seys, y siete. altos suben,
 con mucho ventanoje y corredores,
 la vista graciosa desde afuera,
 para vezinos tienen tantas hembras,
 quantas les es posible que sustenten,
 con lindos labradores por extremo,
 ellos hilan y rejen, y ellas guisan,
 hilifican, y cuidan de la casa,
 con vitos de algodón vistosas mantas,

De la nueva Mexico,

De diversos colores matizados,
Son todos gente llana y apazible,
De buenos rostros bien proporcionados,
Rebucitos, prestos, fuertes, y alentados,
No mancos, no tullidos, no con trechos,
Mas de salud entera reforçada,
De miembros muy biẽ hechos y trabados,
Y tienen vna cosa a queste gentes,
Digna de noble estima y excelencia,
Y es, que nunca han tenido, ni han vñdo,
Ninguna borrachera ni breuage,
Con que puedan priuarle de sentido,
Argumento euidente que los tiene,
La Magestad del Cielo ya dispuestos,
Para el rebaño santo, que escogido,
Estaba para salvarse señalado,
Son inuas nadadores por extremo,
Los hombres y mugeres, y son dados,
Al arte de pintura, y noble pesca,
No tienen ley, ni Rey, ni conozemos,
Que castiguen los vicios ni pecados,
En toda beherrria no enseñada,
A professar justicia, ni tenerla,
Y con sus perficiosos hechizeros,

do latras perdidos, inclinados,
 a cultivar la tierra, y a labrarla,
 Cogen frisol, mais, y calabaza,
 Melon, y endrín, rica de Castilla,
 y has en cantidad por los desiertos,
 de despues que con ellos nos tratamos,
 Cogen el rubio trigo, y hortaliza,
 Como es lechuga, col, hana, garbanço,
 Gominos, zanaorias, nabos, ajas,
 Zebolla, cardo, rabano, y pepino,
 Tienen graciosa cria de gallinas,
 De la tierra, y Castilla, en abundancia,
 En el carnero, baco, y el cabrito,
 Tienen caudales Rios, abundosos,
 De gran soma de pezes regalados,
 Como es bagre, mojarra, y armadillo,
 Orhina, camaron, robalo, aguja,
 Portuguesa anguila, truchas, y sardinas,
 En otra buena suma que notamos,
 En tanta cantidad que a solo anzuelo,
 En solo Castellano, en solo vn dia,
 Venido con feys y mas arrobas,
 En pezes regalados, y no cuento,
 Otras cosas grandiosas que la tierra,

De la nueva Mexico,
Produce, abraza, y tiene de nobleza,
Con estas buenas partes muy gustosos,
Hizimos el asiento que tenemos,
Segun que en otro canto lo veremos,



CAN

C A N T O
DIEZ Y SEYS.

COMO HIZO ASSIENTO EL GO-
bernador, con todo el Campo, en vn pueblo de
Baruaros, á quien bufieron por nombre: San Iuán
de Cavalleros, y del buen hospedaje de los In-
dios, y motin de los soldados, y suza que hizie-
ron quatro dellos, y castigo que en los dos se
hizo. saliendo el escor, hasta tierra
de paz tras dellos, y de la pri-
mera Iglesia que se
hizo.



Q tiene el mundo gusto tan gus-
toso,
Que compararse pueda, al que
recibe,

La gente de vna flota contrastada,
Quando de brauos vientos combatida,
Seguro y dulce puerto va tomando,
En sosegado aluergue conozido,

De la nueva Mexico,

No de otra suerte todo vuestro campo,
Al cabo de fortunas y sucesos,
Tiempos y desventuras tan pesadas,
Alegre y con gran gusto fue arribando,
Hacia vn gracioso pueblo bien trazado,
A quien san Iuan por nombre le pusieron,
Y de los caualleros por memoria,
De aquellos que primero lebantaron,
Por estas nuevas tierras y Regiones,
El sangriento estandarte donde Christo,
Por la salud de todos fue arbulado,
Aquí los Indios todos muy gustosos,
Con nosotros sus casas diuidieron,
Y luego que alojados y de asiento,
Haziendo vezindad nos asentamos,
Estando el General comiendo vn dia,
Lebantarón los baruaros vallianto,
Tan zito y espantoso que pensamos,
Auer llegado el vltimo remate,
De la tremenda cuenta, y pusiér punto,
Del fin vniuersal de todo el mundo,
Por cuya causa todos alterados,
Confusos preguntamos á las lenguas,
La causa de aquel llanto, y nos dixerón.

Que lloraua la gente por el agua,
 Que mucho tiempo ya passado aua,
 Que las nuues jamas auian regado,
 La tierra, que de seca por mil partes,
 Estaua tan hendida y tan sedienta,
 Que no le era possible que criase,
 Ninguna de las siembras que tuuiesse,
 Por cuiu causa luego el Comissario,
 Y el Padre Fray Christoual confiados,
 En aquel sumo bien por quien vivimos,
 Mandaron que en voz alta les dixessen,
 Que no llorasen mas, ni se cansasen,
 Porque ellos rogarian à su Padre,
 Que estaua hallà en el Cielo, se doliesse,
 De toda aquella tierra, y que esperauan,
 Que aunque inobedientes hijos eran,
 Que à todos muchas aguas les daria,
 Y que estas que vendrian de manera,
 Que todos los sembrados se cogiesse,
 Así como los niños tiernos callan,
 Quando ciertos les hazen de las cosas,
 Porque se abigen, lloran, y fatigan,
 Así callados todos se flegaron,
 Esperando les dixessen cierta el agua,

De la nueva Mexico,

Por quien llorauan tanto, y se affigia,
Y apenas otto dia fue llegando,
La hora de este llanto, quando el Cielo,
Cubriendose de nuues fue verriendo,
Por toda aquella tierra tantas aguas,
Que espantados los barbaros quedaron,
De la merced que alli el Señor nos hizo,
Tras deste buen sucesso luego vino,
Vn Indio bautizado, que Iulipe,
Dixo que se llamaua, y que venia,
Huyendo de la gente que auia entrado,
Contra vando, y sin orden, con Bonilla,
Y dio por nuevas, que vn soldado Vman
Le dexaua ya muerto á puñaladas,
Por vandos y passiones que tuuieron,
Y que este por Governador quedaua,
Tambien por General de aquella gente,
Que Riberas de vn Rio le dexaua,
Tan rico y caudaloso, que tenia,
Vna cumplida legua, y que distaua,
De nuestro nuevo asiento y estalage,
Seyscientas largas millas bien tendidas,
Y dixonos con esto, que cebado,
De la noticia grande que tenia,

De muchas poblaciones abundosas,
De gran fama de oro, se yua entrando,
La riera mas adentro, y que pensaua,
Pasar con ciertas balsas aquel Rio,
Por entender que estaua bien poblado,
Respecto de los humos que visibiles,
De aquesta uacda todos descubrian,
Ambien, nos dio noticia auian pasado,
Por vn pueblo tan grande, que estuuieron,
En dia y medio, en solo atrauesarle,
Que de miedo que de Vmaña touo,
Respecto de los muchos que ahorcava,
Quiso con presta fuga alla dexarlos,
En este medio tiempo unos soldados,
Porquand el campo fueron presos,
Entre ellos Aguiar, por cuya causa,
Quenendo el General hazer castigo,
Fueron tantos aquellos que cargaron,
Con lagrimas, lamentos, y con ruegos,
Que general perdon alli alcançaron,
Por cuya causa todos consolados,
Por solo aqueste hecho se ordenaron,
Mas solemnes fiestas que juraron,
Una semana entera, donde vbo,

De la nueva Mexico,

Juego de cañas, toros, y fortija,
Y vna alegre comedia bien compuesta;
Regozijos de moros y Christianos,
Con mucha artilleria, cuió estuendo,
Causò notable espanto y maravilla,
A muchos bravos baruaros que auian,
Venido por espías á espiarlos,
Y á ver las fuerzas y armas que alcançau
Alli los Españoles cuió brio,
De ninguna nacion fue mas notado,
Comò despues veremos adelante,
Que de la fuerza de Acoma queruò;
Entre nosotros vna grande espiz,
Que muy larga razon lleuò de todo,
Pues luego que estas fiestas se acabaron,
Como el perdón á vezes es gran parte,
Para que nuevas culpas se cometasen,
Parece que vnos pobres olvidados,
De la infamia y bageza que emprendian,
En boluer las espaldas á la Iglesia,
A vuestro General y al estandarte,
Y á sus hermanos, deudos, y parientes;
Huyendo vna gran parte de cauallos,
Hizieron fuga, siendo los primeros,

Que à tal infamia abrieron el camino,
Mas Dios nos libre quando quiebra y rópe,
El hancora sagrada de obediencia;
La nave, y con fortuna se abalanza,
Por sebatados riscos, y assi suelta,
Perdido va el gouierno y arrastrando,
Los poderosos calles donde assida,
Estuvo, y sin zovobra da anegarse,
Que quando assi perdida vemos pierde,
El miedo à todo trance, Dios nos libre,
Que à tanta desventura nadie llegos,
Siendo pues perdido la verguença,
Hecho foga a que estos desdichados,
Mandó el Governador que luego al punto
Tras dellos yo saliesse, y me aprestate,
Porque aquesta causa bien se hiziesse,
Quando que Iaa Medel, Ribera, y Marquez,
Como leales siempre en bien seruitos,
Castigar tan gran delito infame,
Hicessen asimismo y ayudasen,
Que doquiera que el alcance fuesse,
Que alli luego las vidas les quitase,
Con cuyo mandamiento luego fuimos,
Por treze dias siempre por la posta,

De la nueva Mexico,

Gran suma de trabajos padeziendo,
Y dandoles alcance qual Torquato,
Que al muy querido hijo mandò luego,
Por transgressor del vando quebràtado,
Que la cabeza de los tristes hombres,
Alli le destroncassen y quitasen,
Asi à los dos mandamos degollasen,
Y libres otros dos solibertaron,
Dexandonos alli la cauallada,
Y como todo aquesto sucediesse,
Cerca de Santa Barbara salimos,
Forçados de gran hambre à lo corderos.
Desde cuyos asientos escreuimos,
A vuestro Visorrey lo que passaua,
Asi en esta causa como en todas,
Las que caen largo tiempo nos passares
Y como el Real Alferes Peñalosa,
Llegò con todo el campo sin disgusto,
Al pueblo de san Iuan los Religiosos,
Hizieron luego Iglesia y la bendijo,
El Padre Comissario, y baptizaron,
Mucha suma de niños con gran fiesta,
En esto el General mandò saberse,
El Sargento mayor, y que arrancasse,

Cinquenta buenos hombres, y que fuesse,
A descubrir la fuerza de ganados,
Que los llanos de Zibola criauan,
Pues como a questo luego se hiziesse,
Salio marchando, y en vn fresco Rio,
De ziruclas cubierto, y de pescado,
Alegres descansaron y se fueron,
Por otros muchos Rios abundosos,
De muchas aguas, pezes, y arboledas;
Donde con solo anzuelo sucedia,
Sacar quarenta arrobas de pescado,
En menos de tres horas los soldados,
Pues yendo assi marchando acaso vn dia,
Auiendo hecho alto por las faldas,
De vna pequeña loma, junto á vn Rio,
Por vn repecho vieron que affomaua,
Vna figura humana con orejas,
De casi media vara, y vn hozico,
Horrible por extremo, y vna cola,
Que casi por el suelo le arrastraua,
Bestido con vn justo muy manchado,
De roja sangre todo bien teñido,
Con vn arco y carcax, amenazando,
A toda vuestra gente con meneos,

De la nueva Mexico,

Salto, y con amagos nunca vistos,
Y mandando el Sargento que estuuiessen,
Apercebidos todos, y aguardasen,
A ver en que paraua tal ensayo,
Notaron que era vn Indio que venia,
A no mas que espantarlos, por que tuuo,
Por cosa cierta, que los Españoles,
Dexaran el bagaje y se acogieran,
Y que el fuera señor de todo aquello,
Que allí lleuauan todos descuidados,
De la barbara burla de aquel bruto,
Por cuiu causa juntos se mostraron,
Alebrastados, tímidos, cobardes,
Fingiendo se escondian temerosos,
Entre la misma ropa que lleuauan,
Y assi notando el Indio que temian,
Entre ellos se metio haciendo cocos,
Al cabo de los quales le cogieron,
Y la mascara luego le quitaron,
Y assi corrido, triste, auergonçado,
Llorando les pidio que le boluiesse,
Aquel reboço, el qual con grande risa,
Chacota, y passatiempo, le boluieron,
Y no quiso el Sargento que le fuesse.

Hasta que muy risueño, alegre y ledo,
Con todos se mostrase, y esto hecho,
El baruero le fue por su camino,
No menos disgustoso que contento,
Tras desto luego fueron à otro Rio,
Donde vieron à vn baruero gallardo,
Barbo mas bláco y zarco, que vn flamenco,
Con vna buena esquadra de flecheros,
Que con pausado espacio se venia,
Hacia los Españoles, y en llegando,
Con grande grauedad y gran mesura,
A todos los miró muy suslegado,
Y viendo alli el Sargento su descuido,
Su pausa, y su silencio, y poco caso,
Que de todos hazia, y que apenas,
Como alçar los ojos para nadie,
Mandò que se llegasen, y à la oreja,
Vn buca mosquete alli le disparasen,
Con fin de que temiesse y se asombrase,
Y haciendose assi, qual sino fuera,
A la cerca del mosquete disparado,
A la blanca mano, y con el dedo,
Cubriendo el oydo con espacio,
Al ruido le quito, y quedò tan sesgo,

De la nueva Mexico,

Como si de un fino marmor fuera,
Viendo pues el Sargento tal prodigio,
Mandò que con respecto le tratafen,
Y asistendole del brazo cortes mente,
Un gran cochillo quiso presentarle,
Y conandole el baruario mirarle,
Vio haciendo la mano poca cosa,
A los suyos le dio, y luego ellos,
De su misma pretina le colgaron,
Con esto le pidieron que una gura,
Fuese seruido darles, y que fuesse,
Tal que à todos juntos los llenase,
A los llanos que todos pretendian,
Apenas lo dixeron quando luego,
Mandò que cierto baruario saliesse,
De aquellos que con el auian venido,
Y que qual buen piloto los llenase,
Hasta los mismos llanos que dezian,
Lamas se vio sentencia rigurosa,
Ni perçida de vida mas temida,
Que el baruario temio tan gran mandado,
Y qual si yunque fuera no le vieron,
Aunque muy demudado y alterado,
Estremezido todo y sin aliento,

Que replica tanto le ni hablase,
 Con esto los dexò, y qual se vino,
 Con repolados passos fue bolando,
 Y luego con la guia fue marchando,
 El Sargento mayor, y siempre quiso,
 Que pultas à la guia se pusiesen,
 Porque fugano hiziesse y los dexase,
 Pues velando Cortes el triste quarto,
 Que dizea de modorra, fue rompiendo,
 La fuerza de prision el Indio cauto,
 Y asi como cometa que ligero,
 Despone su carrera, asi traspuso,
 Y el Español tras del, y con presteza,
 En curso apresuraron de manera,
 Que corrieron dos leguas bien tiradas,
 Y cabo de las quales va rendido,
 Cortes se quedó desafiado;
 De uno de corrimiento y de verguença,
 Pues como no supiesse ni entendiesse,
 El Sargento mayor, ni otro alguno,
 El camino y derrota que lleuauan,
 Y uno tras del otro disgustosos,
 Esperando estuuieron hasta el alua,
 Y saltando con grandissima misteza,

De la nueva Mexico,

Porque era medio dia ya pasado,
A cola de las tres llegó sudando,
Con doze brauos baruaros dispuestos,
Y con gentil donaire y desenfado,
A todos denodado fue diziendo,
Si como fueron doze fueran ciento,
A todos los truxera, y fuera paga,
Conforme al Euangelio sacrosanto,
El vno se me fue, y aquestos traigo,
Y no viniera aca sino supiera,
Que bien puede supir por vno solo,
Qualquiera de los doze que aqui vienen,
Con esto alegres todos y contentos,
Arrancaron de alli, cui memoria,
Será bien que se cante en nueva historia



CANTO
DIEZ Y SIETE.

COMO SALIO EL SARGENTO
con las nuevas guias, que trujo Marcos Cortes,
y como llegó a los llanos de Zibola, y de las mo-
chas vacas que vio en ellos, y de la obediencia
que dieron los Indios al Governador, y salida
que hizo, para los pueblos en cuya vista deter-
minó, que en llevando el Sargento mayor al
real, quedase governando, y que el Marje de
Cumpo saliesse, para yr cõ el al Mar del Sur,
para lo qual despachò mensagero
proprio, para que saliesse tras
del con treyneta hom-
bres.

 V E quiebra puede ser en si tam
grande,

Que facil no se enmiende, y pon-
ga en punto,

es hombre de valor y de verguença,

De la nueva Mexico,

Aquel por quien succede vn caso triste,
Autendo pñes el buen Cortes perdido,
El baruario en la vela y en la fuga,
Ocupado de empacho y de verguença,
Se fue por vna senda muy hollada,
De gente natural de aquella tierra,
Y acaso derrotados del camino,
Vio solos doze baruarios desnudos, ;
Con impetu furioso venir ciegos,
Tras de vn valiente ciego que venia,
Tambien de temor ciego por el puesto,
Por donde cuidadoso yua marchando,
Y luego que le vido desembuelto,
Dio buelta al arcabuz, y alargò en tres
Cogiendole en el ayre levantado,
Con la fuerza del salto poderoso,
Dio con el muerto en tierra, y con el hu
De la encendida llave descubierta,
Los baruarios le vieron y quedaron,
No menos muertos, q el q en tierra esta
Pensando que era Dios, pues con vn ra
De sus valientes manos despedido,
El animal ligero que seguian,
Y no pñadamente fue privado,

de la vida y aliento que lleuaua,
viendolos pues suspensos y parados,
tonitos del caso nunca visto,
a todos los llamo que se llegasen,
ellos bien temerosos y encogidos,
trastrando los arcos por el suelo,
tridos, suspensos, tristes, cabizbajos,
por no ser sin pensar alli abrasados,
asustados, y temblando se acercaron,
al puesto y estalage donde estaua,
el valiente Español con brauo imperio,
este quatro baruaras vinieron,
por este mismo puesto atrauesando,
con vna buena requa bien cargada,
de perros, que en aquellas partes usan,
taerlos a la carga, y trabajarlos,
como si fueran mulas de reuaje,
aunque pequeños, lleuan tres arrobas,
cuatro, y andan to-tos lastimados,
asi soelen nuestras bestias con la carga,
de se les va alientando con desuido,
estas dio dio Cortes el gran ciarbo,
despues que a los baruaros hablaron,
de las de miedo, y de temor cubiertas,

De la nueva Mexico,

Alli le leuantaron encogidas,
Y ellos con gran respeto se vinieron,
Con el fuerte estremeño, que les dixo,
Que con el se viniessen, y assi juntos,
A todos los lleuaron à los llanos,
Donde vieron vn toro desmandado,
Con cuiu vista luego los cauallos,
Bufando y resurtiendo, por mil partes,
A fuerça de la espuela y duro freno,
Hizieron los ginetes se llegasen,
Y alli todos en coto le truxeron,
Con grande regozijo, y con espanto,
De la baruara gente que notaua,
Aquel imperio y magestad tan grande,
Con que los Españoles apremiauan,
El imperu y fiereza de animales,
Tan fuertes y animosos como aquellos,
Que cada qual regia y gouernaua,
Y por solo causarles mayor grima,
Mandò el Sargento todos sollegasen,
Y poniendose enfrente desta bestia,
Vn ligero y alazo, con el fuego,
Del arcabuz ligero fue impeliendo,
Por medio de los sesos que tenia,

Con tan vna presteza que en vn punto,
Los quatro pies abiertos pafó en tierra,
El vientre rebolcando y dando buelta,
Quedó fin vida, hiesto, estremeciendo,
Sobre el tendido lomo sustentado,
Con esto todos juntos se metieron,
Los llanos más á dentro, y encontraron,
Tanta suma y grandeza de ganados,
Que fue cosa espantosa imaginarlos,
Son del cuerpo que toros Castellanos,
Ganudos por exremo, corcobados,
De regalada carne y negros cuernos,
Lindissima manteca, y rico sêbo,
Como los chibatos tienen barbas,
Son á vna mano tan ligeros,
Que corren mucho más que los venados,
Andan en atajos tanta suma,
Que veynte y treynta mil cabeças juntas,
Se hallan ordinarias muchas vezes,
Gozan de vnos llanos tan tendidos,
Que por seyscenas, y ochocientas leguas,
En sollegado mar parece todo;
En genero de cerro ni vallado,
Nó de ca manera alguna pueda el hombre,

De la nueva Mexico,

Topar la vista acafo, o detenerla,
En tanto quanto ocupa vna naranja,
Si assi puede dezirse tal exceso,
Y es aquesto señor en tanto extremo,
Que si por triste suerte se perdiesse,
Alguno en estos llanos no seria,
Mas que si se perdiesse y se hallase,
En medio de la mar sin esperança,
De verse jamas libre de aquel trago,
Queriendo pues en estos grandes llanos,
El Sargento mayor coger algunas,
De aquestas vacas sueltas y traerlas,
Al pueblo de san Juan, porque las viesse,
Mandó que vna manga se hiziesse,
De fuerte palizada prolongada,
La qual hizieron luego con presteza,
El Capitan Ruyz, y Juan de Salas,
Juan Lopez, Andres Perez, y Juan Griego
Tras destes Pedro Sanchez Damero,
Juan Guerra, Simon Perez, y Escalante,
Alonso Sanchez Boca Negra, y Reyes,
Y Jorge de la Vega, y Juan de Olague,
Y el buen Christoual Lopez, Maitea,
Y luego que la manga se compuso,

Salieron para dar el auentada,
Todos los sobredichos, y con ellos,
El prouehedor, y aquellos Capitanes,
Aguilar, y Marcelo de Espinosa,
Domingo de Lizama, con Ayarde,
Cautiloual Sanchez, y Francisco Sanchez,
Juan de León, Zapata, y Cananillas,
Pedro Sanchez, Montroy, Villabiciosa,
Y Francisco de Olague, y los Robledos,
Juan de Pedraça, con Manuel Francisco,
Carabajal, Carrera, y los Hinojos,
Juan de Vitoria, Ortiz, y los Varelas,
Francisco Sanchez el Caudillo, y Sosa,
Todos en buenas yeguas voladeras,
Auentando salieron el ganado,
Asi como la manga descubrieron;
Qua, poderoso viento arrebatado,
Que remata en vn grande remolino,
Asi fue reparando y rebolviendo,
La fuerza del ganado leuantando,
Y en terremoto espeso tan cerrado,
Que si junto á vnas peñas no se halla,
La soldadesca toda guarecida,
No quedara ninguno que hecho pieças;

De la nueva Mexico,

Entre sus mismos pies no se quedara,
Por cuya causa luego dieron orden,
Que el ganado en paradas se matare,
Y todo así dispuesto hizieron carne,
Para bolverse luego, y despidieron,
Con notables caricias á los doze,
Que el buen Marcos Certes auia traído,
Dandoles muchas cuentas y abalorios,
Con que todos se fueron espantados,
De ver la fuerza y armas de Españoles,
Los quales vieron siempre en estos llanos
Gran suma de vaqueros, que apie matan,
Aquestas mismas vacas que dezimos,
Y dellas se sustentan y mantienen,
Toda gente robusta y de trabajo,
Defensadada, suelta, y alentada,
Y tienen lindas tiendas por extremo,
Y lindos y luzidos pabellones,
Del cuero de las vacas, cuio adobo,
Estan tratable y dozil, que mojado,
Aqueste mismo cuero que dezimos,
Buelue despues de seco mas suave,
Que si fuera de lienço, o fina olanda,
En este medio tiempo y coiuntura,

Canto Diez, y siete. 152

Quando hallá en San Juan, que no dormia,
Con todos el General, y el Comissario,
De parte de la Iglesia sacrosanta,
De vuestra grandeza generosa,
Unanimos los dos, determinaron,
Que alli los Capitanes principales,
De todas las Provincias se juntasen,
Por cuius causa luego despacharon,
Un libro de memoria, que era el sello,
Con que era el General obedecido,
De toda aquella tierra, porque en viendo,
Los baruaros el libro se rendian,
Y todo lo que aquel que le lleuaua,
De parte el General les proponia,
Que como sin tardança obedeciesse,
No exceder en cosa de aquel tiempo,
Que á todos les fue puesto y señalado,
Con todos en vna plaza les propuso,
El noble General con buena gracia,
Presente el Secretario, y todo el campo,
Y el Padre Comissario, y Religiosos,
Que la causa de auerlos el llamado,
Fue solo el amor que les tenia,
Que este le oprimia, y le forçaua,

A que

De la nueva Mexico;

A que les enseñase vna gran cosa,
Que mucho le pesaua que tan ciegos,
En ella tantos tiempos estuuiesfen,
Pues sin que la supiesfen y alcançasen,
No era posible que ninguno dellos,
Despues que muerto fuesse, que dexase,
De arder para siempre en los infiernos,
Y que para librarlos deste fuego,
Y que gozassen de vn descanso alegre,
Era fuerça supiesfen y alcançasen,
Que estava vn gran señor allá en el Cielo
De tan grande poder, y tanto imperio,
Que con solo querer aquello hazia,
Queriendo que se hiziesse, y que se obra
Y que con este mismo señorío,
Desfazia y quitaua todo aquello,
Que tenia ya hecho y levantado,
Cuya verdad muy claro les mostraua,
A questo gran señor que les dezia,
A ellos mismos, si notar quiesfen,
Pues sin obra de manos vian todos,
Crecer las mieles, arboles, y plantas,
Marchitarse despues y deshazerse,
Llover y granizar el alto Cielo,

Canto Diez y siete. 153

mostrarse despues claro y sereno,
que me el Sol, y luego las Estrellas,
para dar salud el hombre, y en vn punto,
a ver la fin que manes le tocasen,
de las obras grandiosas y admirables;
que razon sapieffen y entendieffen,
de hechas y obradas todas ellas,
de la sola voluntad, y no otra cosa;
que de aquesta suerte, traza y modo,
de este mismo señor, sin mas ayuda,
que ha hecho el Cielo, Sol y Luna,
y las estrellas, y los campos, y las aguas,
y las pezes, y las aues, y los montes,
y una gran suma de Angeles que estauan,
viendole en el Cielo, y a los hombres,
que auitan en la tierra, y que importaua,
que en todas partes asistia,
que este gran señor, y se mostrara,
dentro de las cosas que criaua,
que ellas estauan dentro de si mismas,
que viendo y penetrando el pensamiento,
que de voluntad que cada qual tenia,
que obrar bien, o mal, y que camino,
que aquel que lleuaua, y que cuenta,

De la nueva Mexico,

Hazia de la ley que no podia,
Negar que la ignoraua, y no supiesse,
Pues todos discernian y sabian,
Qual era malo, o bueno, cuias obras,
En bien, o mal ninguno se escusaua,
De dar estrecha cuenta en la otra vida,
Porque aunque libres Dios a todos hizo,
Para escoger aquello que quiesse,
A todos les forçò a que alcançassen,
Y juntamente claro conoziessen,
Ser llegado a razon seguir lo bueno,
Y culpa y ceguedad seguir lo malo,
Y por si en la eleccion destas dos cosas,
Alguno discrepase les hazia,
Ciertos de gloria y pena, segun fuesse,
Malo, o bueno, el camino que lleuassen,
Y que por solo a questo aca en la tierra,
Tenia este señor grandes ministros,
Para que castigassen y premiaassen,
A todos los que mal, o bien hiziesse,
Y que pues ellos eran libertados,
Y no estauan sujetos a ninguno,
Que justicia ni ley, les enseñasse,
Que si en estas dos cosas pretendian,

Canto Diez, y siete. 754

que todos industriados y enseñados,
que era fuerza que todos libremente,
que fuesen su libertad y la obediencia,
que a vuestra Real corona, y que entendiesen
que a los que bien viviesen les dadas,
que a vuestro nòbre premios muy honrosos,
que se estarian siempre defendidos,
que sus enemigos amparados,
que asimismo tambien aprovechados,
que muchas cosas de importancia grande,
que el cuerpo y el alma que tenían.
que asimismo que era bien supiesen,
que a los que hiziesen mal, que sin escusa,
que non de ser todos castigados,
que non que los delictos cometiesen,
que de los que vna vez se sugetasen,
que non fuesen la obediencia a vuestras leyes,
que non en ninguna manera no podian,
que non a pena de la vida hazer se a fuerza,
que non a estas cosas les propuso.
que el Governador: bien declaradas,
que non todas ellas luego respondieron,
que non avaros a vna, que gastauan,
que non a la libertad, y sugetarse,

De la nueva Mexico,

A vuestra Real persona, y que querrian,
Dar luego la obediencia de buen grado,
Porque á todos muy bien les parecia,
Lo que el Governador les proponia,
Y luego se hizieron y escriuieron,
Publicos instrumentos y escrituras,
A cerca desta causa ya tratada,
Con esto alegre el noble Comissario,
Alli tambien á todos les propuso,
Que dexasen su vil idolatria,
Y adorasen á Christo, Dios y hombre
Cruzificado, muerto y sepultado,
Por la salud de todo el vniverso,
A lo qual juntos todos replicaron,
Que quisiesen primero doctrinarlos,
En aquello que assi les proponian,
De aquel hõbre mortal passible y muerto,
Y que si bien á todos estauiesse,
Dexar su ley, por recibir aquella,
Que alli les enseñauan y mostrauan,
Que todos con gran gusto lo harian,
Y que si viesse no les combenia,
Que no mandasen que ellos recibiesse,
Cosa que no entendiesse y alcançasse.

Con cui puerta luego el Comissario,
embrò sus Religiosos como Christo,
embrò el Apostolado por Prouincias,
así á san Miguel luego le dieron,
la Prouincia de Pécas, y á Zamora,
la Prouincia de Queres, y al gran Lugo,
la Prouincia de Emès, y á Corchado,
la Prouincia de Zia, y al buen Claros,
la Prouincia de Tiguas, y con esto,
dieron á Fray Christoual la Prouincia,
de aquellos nobles Téguas donde el cápo,
miso hazer asiento, y allí juntos,
los soldados aona hizieron fiestas,
por bien tan inefabile, y tan grandioso,
con tal buen principio sin tardança,
dio el Governador por las Prouincias,
de estos mandamientos, y apartadas destas,
para afuera les dieron la obediencia,
viendo quan bien todos se recibian,
y a esta Real justicia, y leyes della,
Mese de campo escribio luego,
que no bien el Sargento se apease,
de buelta de las vacas, le dixelle,
que en su lugar quedase gobernando,

De la nueva Mexico,

Y que el fin detenerse le siguiesse,
Con treynsa buenos hombres bie armado,
Porque determinaua yrse breue,
A ver el mar del Sur, y que entretanto,
Que los dos se juntasen, que el queria,
Hazer visita entera de los pueblos,
Que por amigos todos se mostravan,
Y como es cosa cierta que entre buenos,
No faltan siempre malos que deshazen,
Aquello que los buenos apetecen,
Salio el Governador para la fuerza,
De Acoma famosa, cuya gente,
Alborotada toda van romando,
Las poderosas armas incitados,
Del haruaro mas bajo que tenia,
Aquesta braua fuerza, cuyo encanto,
Sera bien que se cante en nuevo canto,



CANTO
DIEZ Y OCHO.

OMQ FUE EL GOVERNADOR
para la fuerza de Acoma, y alboroto que
cuso Zoracapan, y traicion que
suno fabricada.



LIBRE libertad, como te ofe-
endes,
Si duro jugo viene amenaçan-
do,

on que solicitud la alrria frente,
erbiz braua vemos que sa lades,
punto que le sientes y codozes,
o sube en Tiuar, ni en Arabia, tanto,
oro, sus quilates leuantados,
gano los rayos vemos que leuantas,
no es mucho, pues toda su grandeza,
o es valor suficiente ni bastante,
e pueda empasejar al alto precio,
o lo mucho que vales, y te estimas,

De la nueva Mexico,

Apénas se movio y salio marchando,
Para el Peñol soberuio todo el campo,
Quando Zuracapan salio de passo,
Y digo así señor salio de passo,
Por no auer sido barnaro de cuenta,
Mas antes comanmente reputado,
Et, y todos sus deudos, y passados,
Por gente mas vil, baja, y mas grossera,
Que toda essotra chuzma conozida,
Y así en las juntas graues que tuieron,
Por ser todos humildes y encogidos,
Lamas ninguno dellos fue llamado,
Pues siendo aqueste de ambicion cauto,
Inuidioso, soberuio, y albosso,
Amigo de mandar y ser tenido,
Pareciole ser ya llegada la hora,
De que libertad fuesse medianera,
Para poder subirse y leuantarse,
Y para dar principio à su flaqueza,
Determino de hablar à todo el pueblo,
Y subiendose à lo alto de vna casa,
En otras voces empezo à dezirles,
Escuchadme varones y mugeres,
Vecinos de esta fuerça desdichada,

Ve á dora seruidumbre miserable,
os fierto ya fugeros y abaridos,
er qual razon aueys assi querido,
ormir á sueño suelto sin cuidado,
rá bien que perdamos todos juntos,
dulze libertad que nos dexaron,
uestros difuntos padres ya passados,
sentis los clarines y las cajas,
la soberbia gente Castellana,
e á todas priessa viene ya marchando,
al es aquél que piensa de vosotros,
edar con libertad si aquestos llegan,
ando como estamos descaidados,
mad, tomad, las armas y esperemos,
ntencion mala, o buena, con que vienē,
e en nuestra mano está despues dejarlas
ouiene así, que las dexemos,
as lo vbo dicho quando luego,
ofos todos fueron embistiendo,
vnos con gran priessa descolgando,
alto techo la fornida maça,
os el gruesso leño bien labrado,
alla rodela y hasta bien tostada,
co, y el careax de agudas puntas,

De la nueva Mexico,

Con otras muchas armas que á su modo
Han conferbado siempre, y has guardadas
Y con ellas salieron á la plaza,
Turbados de alboroto y de rebuelta,
Y el baruario qual vn hastuto lobo,
Por la nariz y boca resollando,
Latiendo los hijares con braueza,
Vn ñudoso baston en la derecha,
Rebentando por verse ya rebuelto,
En cosas de ambicion y de gouerno,
De lo alto de la casa donde estaua,
Al baruario esquadron bajó diziendo,
Con grandes alaridos, guerra, guerra,
A sangre, fuego, y arma, sin remedio,
Ni dilacion alguna se le bante,
Contra estos alebosos que pretenden,
Pisar los brauos terminos vedados,
No solo á todo el mundo y su grandeza
Mas á los mismos dioses prohibidos,
Que muerte y vida traigo aqui rendido
Al valor deste braço poderoso,
Para que por mi solo gusto viuan,
O mueran tristemente miserables,
Aquellos atrevidos que enderezan

Canto Diez y ocho. 158

Los mal seguros passos á nosotros,
Muchos dellos allí se le arrimaron,
Que aquesto tiene el mundo que no faltan,
Amigos de renzillas y alborotos,
Quien arize, sopla, y crezca el fuego,
Porque tambien todo lo digamos,
Entre los malos muchas vezes vemos,
Algunos que de suyo son muy buenos,
Dono Zutacapan un noble hijo,
Primero que en todo su linage,
Pusó tener valor, y buen concierto,
Llamado Zatanalpo, moço afable,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Cacioso, gentilombre, y bien hablado,
Amigo de su Patria, y muy compuesto,
En cosas de importancia reportado,
Este fue el primero que se opuso,
A resistir al Padre en sus intentos,
Hablando desta suerte á todo el pueblo,
De nobleza de Acomeses valerosos,
En que es verdad, y todos conozemos,
Que la fortuna siempre favorece,
A los que son osados y atreuidos,
En esta tambien todos alcaçamos,

Que

De la nueva Mexico,

Que no es cosa segura, ni discreta,
Ser firmado o acuerdo el hombre o la
Porque don del peligro no se teme,
Alli muestra su fuerza mayor golpe,
Y este es tanto mas graue y mas pesado,
Quanto con mas confianza fue emprendido,
Bien es consta que entraron los Castillos
Segun grandes guerreros en la tierra,
Bien prevenidos todos con cuidado,
La noche toda en peso con sus velas,
Sabemos duermen juntos bien armados,
Y en pueblos que han entrado conozco
Que en paz gustosa a todos los dexaron,
Pues si ellos alcançasen que nosotros,
Las sollegadas armas leuantamos,
Viéndolos como vienen prevenidos,
Quien duda ser la guerra cierta en caso
Y si aquesta no bien nos sucediella,
Y estos son como dicen inmortal es,
Qual disculpa sera la que disculpe,
El ser todos nosotros los primeros,
En encender la tierra que desalo,
Esta toda gustosa y sollegada,
Tened las armas, no queráis con ellas,

far incendio que despues no pueda,
 de todos nosotros apagado,
 estando con esto el brauo joben,
 qua en esta fuerça vn noble viejo,
 de ciento y veinte años alcançauo,
 sus tiempos varon de muy buen seso,
 y discrecion bien concertada,
 principal tambien de seys que auia,
 toda aquella fuerça señalados,
 que por nombre Chumpo se llamaua,
 porque algun gran daño no capfalen,
 en el bullicio de armas leuantadas,
 a questa suerte a todos les propuso,
 los caros, valientes y escogidos,
 donde el honor de Acoma decienda,
 por de aquella gente esclarecida,
 donde vuestro esfuerço y ser depende,
 que con yra seais embrauecidos,
 contra todos aquellos que pretenden,
 algun mal camino perturbaros,
 cosa en si tan justa, quanto injusta,
 a ser vosotros mismos encenderos,
 si encendidos aguardar al viento,
 que con ellos vnos y los otros,

De la nueva Mexico,

Quedemos despues todos abrazados,
Yo soy de parecer que luego auna,
Las armas se sossegen y descansen,
Que comio os tiene dicho Zutancalpo,
Si en otros pueblos guerras no han caido
Aquestos Españoles que esperamos,
Hijos que causa puede aver bastante,
Para que aqui nosotros los temamos,
Y con esto que el viejo les propuso,
Demas de las razones del mançebo,
Todos las armas luego suspendieron,
Y libres de temor se sossegaron,
Solo Zutacapan embrovezido,
Fue tal su furia, fuego, y frenesia,
Que muy vivas centellas de su cuerpo,
Y por los ojos llamas despedia,
Y qual furioso toro que bramando,
La escarua de la tierra vemos saca,
Y sobre el espacioso lomo arroja,
Y firme en los robustos pies ligeros,
El ayre en vano azota, hierre, y rompe,
Con vna y otro cuerno cõrrojoso,
Asi salio este barbaso sañudo,
Al hijo maldiciendo y blasfemando,

Champo si pudiera con los dientes,
 hecho pedazos le dexara,
 qual viso raposo hastado y diestro,
 multase todo lo que pado,
 siendo darle gusto lo tratado,
 descuido las redes bien tendidas,
 con todas las fuerças procurando,
 gafajar amigos bulliciosos,
 no darse en esto tanta maña,
 no quedò moçuelo belicoso;
 su opinion y vando no siguiesse,
 dofe pues de fuerças reforçado,
 mole la soberuia de manera,
 errarò con algunos de secreto,
 al General sin replica ninguna,
 ro de aquella fuerça le matasen,
 do entre todos traza que en entrando,
 esta estufa luego le llenassen,
 nro doze baruaros secretos,
 a vida juntos le quitasen,
 a questo concierto y trato doble;
 o el Governador con todo el campo;
 mirado de ver la braua fuerça,
 ndeza, y fortaleza que mostrauan,

De la nueva Mexico,

Los poderosos muros levantados,
Torreones, castillos espantosos,
Balaarres, y braueza nunca vista,
Palmado se quedò por vn buen rato,
Mirando desde afuera las subidas,
Y bajadas, grimosas no pensadas,
Y estando alli mirando, y temirando,
Assi como el artifice que el sitio,
Del edificio nora, y toma el punto,
Y adierte bien los vientos, Sol y quad,
Medidos con los anchos y los largos,
Y en proporcion deuida, traza y forma,
La planta con destreça bien sacada,
Llegò Zuracapan con todo el pueblo,
A ver al General, y a todo el campo,
Y si admirados todos estuieron,
Mucho mas admitados y espantados,
Se quedaron los baruaros de verios,
A todos tan cubiertos y vestidos,
De poderoso azero, y duro hierro,
Y en ligeros cauallos animosos,
De fina piel curtida encuberrados,
Cuyos brauos relinchos les causaron,
Vn terriole pabor y sobresalto,

Profos de que aquellos animales,
una cosa grande les dixessen,
por que el General assi lo quiso,
mas que por causarles mas espanto;
gallarda destreza los prouaron,
geros manijos de semhuetros,
smados los baruaros de verlos,
ojos no movieron ni hablaron,
go que don Iuan en pie se puso,
os con gran presteza se pusieron,
ormado esquadron, sin que ninguno,
os gouernase, ni mandase,
a mucha destreça que tenian,
ocupar sus puestos con cuidado,
tando los baruaros el orden,
que empezó á subir la grande cumbre
arda que quedaua en los cauallos,
y prebencion que en todo auia,
e à la retaguardia los pusieron,
leuarles el alro ya ganado,
gonçados todos se mostrauan,
er en los Castillas tanto auiso,
en esto les dio tambien cuidado;
uego que llegaron à la cumbre,

De la nueva Mexico,

Disparando y cargando vna gran salva,
A todos los del pueblo les hizieron,
Demas desto aduirtieron y notaron,
El orden con que fueron por las plaças,
Y como hechos todos vna piña,
En vna dellas fueron reparando,
Y conociendo el baruario que aquello,
Era por don Iuan solo gouernado,
Y que si su persona les faltase,
Auan de ser todos sus rendidos,
Arrojose al intento comenzado,
Y por poder mejor salir del hecho,
Llegose al General, y por el brazo,
Con gusto le prendio, y rogò que fuesse
A ver vna gran cosa que tenia,
Metida en vna estufa bien guardada,
Y luego el General con buen semblante
Por no dar de flaqueza algun indicio,
Con el fue junto sin perder de vista,
Al formado esquadron que alli dexaua,
Y assi como llegaron á la estufa,
Alegre le rogò que dentro entrase,
Y visto el soterrano, y boca estrecha,
Qual suele aquel que por camino iaci

de ver, y no pinadamente,
de muy alta cumbre se despeña,
en prestas represas se retira,
se retirò, y con contento,
cuando le dixo que queria,
el esquadron de aquella fuerza,
esto abajo todo, y alojado,
a luego buelca á ver la estufa,
y asegurarle mas le dixo,
con el se bajase, porque jueros,
à mano á la cumbre se boluiesse,
a questo el baroaro contento,
ellos se bajò para lo llano,
y don Juan le despidio diziendo,
por venir cansado, y ser ya tarde,
podria subir, que tiempo abria,
poder boluer á darle gusto,
y el lance en vano, entristecido,
baroaro quedò con gran cuidado,
traicion jamas señor se supo,
que vbo gran tiempo ya pasado,
contentos de que mal saliesse,
y apañ del hecho mal pensado,

Parguapo, Chumpe, y Zutancalpo

De la nueva Mexico,

Con todos sus amigos le truxeron,
Los mas regalos que les fue posible,
Y gran cantidad de agua que bebiesse,
Toda la cauallada que venia,
Y estando todo aquesto prevenido,
Luego el General quiso proponerles,
Si pretendian daros la obediencia,
Y asi como los otros sin rezelo,
La dieron con gran gusto y gran contento,
Siendo Zacacapan y sus consortes,
Los primeros que en darla concedieron.
Con esto se partio de aquella fuerza,
Passando à Mohoçe, Zibola, y Zuni,
Por ciertas nobles tierras descubrimos,
Vna gran tropa de Indios que venia,
Con cantidad harina que esparcian
Sobre la gente toda muy apriesa,
Y entrando asi en los pueblos las muer-
Dieron en atrojarnos tanta della,
Que dimos en tomarles los costales,
De donde resultò tener con ellas,
Vnas carneistolendas bien reñidas.
De grande passatiempo y muy trabado
Y luego que cansados vbo pazes,

de ellas y nosotros, por concierto,
no fumo regozijo nos truxeron,
todos que comer en abundancia,
stando así comiendo nos dixeron,
de aquella cerimonia se hazia,
darnos á entender con mas certeza,
de así como no puede ser que el hombre,
pueda passar viviendo alegremente,
de esta vida triste sin sustento,
de así no era posible que passasen,
siempre siempre amigos verdaderos,
viendo que vna Cruz allí arbolamos,
no nosotros todos la adoraron,
para mas mostrar su buen intento,
general y á todos combidaron,
de vna illustre caza que hazian,
dándonos en esto todo gusto,
de como los cavallos y partimos,
de como al puestro estauan juntos,
de ochocientos baruaros amigos,
de como nos vieron arrancaron,
de como dos grandiosas medias lunas,
de como los cuernos se mostraron,
de como el cerviño redondo tan tendidos,

De la nueva Mexico,

Que espacio de vna legua rodeauan,
De sola travesia, y en el medio,
Con toda nuestra esquadra nos tuuimos,
Y luego que empezaron el ogeo,
Cerrando todo el circulo vinieron,
A meter donde juntos nos quedamos,
Tantas liebres, conejos, y raposos,
Que entre los mismos pies de los cavallo
Pensauan guarecerse, y socorrerse,
Bien quisieran algunos por su gusto,
Andar alli á las bueltas con la caça,
Y dar á los raposos ciertos golpes,
Mas fue mandado expresse que ninguno,
Dexase de estar bien apercebido,
Los pies en los estribos con cuidado,
Por no saber de cierto si sus pechos,
Fuessen tan buenos, nobles, y cenxillos,
Como ordinariamente se mostraron,
En esta alegre caza vimos muertas,
Largas ochenta liebres muy hermosas,
Treinta y quatro conejos, y no cuento,
Los raposos que alli tambien juntaron,
Y no se yo que tenga todo el mundo,
Liebres de mas buen gusto, y mas sabrosas

Mas crecidas, mas bellas, ni mas tiernas,
 Que esta tierra produce, y las conrornos,
 Con esto se boluieron para el pueblo,
 Y luego al Capitan Farfan mandaron,
 Que fuesse á descubrir ciertas salinas,
 De que grande noticia se tenia,
 Y poniendo por obra aquel mandato,
 Con presta diligencia, y buen cuidado,
 En brebe dio la buelta, y dixo dellas,
 Que eran tan caudalosas, y tan grandes,
 Que por espacio de vna legua larga,
 Mostraua toda aquella sal, de grueso,
 Y na muy larga pica bien tendida,
 Y con tan buena mano como tuuo,
 Dandole que segunda vez saliesse,
 En busca de vnas minas muy famosas,
 Porque dellas tambien se auia tenido,
 Y bastante relacion de muchas gentes,
 Y porque todo bien se encaminase,
 Con el soldado Quisada bien armado,
 Don Juan Escarramal, y Antonio Conde,
 Marcos Garcia, en mil trabajos fuerte,
 Y en ellos Damiero bien sufrido,
 Y Hernan Martin, con otros compañeros,

De la nueva Mexico,

Que juaros con presteza se partieron,
Y despues que anduieron muchas leguas,
Padeciendo grandissimos trabajos,
La buelta dio Quesada muy contento,
Diziendo grandes vienes de la tierra,
Y que era de metales abundosa,
De lindos pastos, montes, fuentes, Rios,
Cañadas, vegas, sitios, y llanadas,
Por cuyos puestos cantidad toparon,
De gallinas monteses de la tierra,
Iguanas y perdizes de Castilla,
Conchas de perlas, porque cerca estauàn,
De la perlada costa que en silencio,
Quiere el inmèso Dios que estè guardada,
El sabe para que, y porque se calla,
Y mucha gente toda bien dispuesta,
Hermosa por extremo, y no era mucho,
Porque no auia ninguno que dexase,
De ponerse en mitad de la cabeça,
Vna Cruz bella, hecha de dos cañas,
Y à los mismos cabellos bien prendida,
Y estandonos diziendo todo aquesto,
Llegò Harlan, y sin saltar en nada,
Aquellas mismas cosas fue contando.

Canto Diez y ocho. 165

Quisieron los dos adelantarse,
Dejando muy atras los compañeros,
Por solo dar aquellas buenas nuevas,
Y como el gran contento siempre causa,
Gran largueza en aquel que le recibe,
Por mas bien celebrar las buenas nuevas,
Nombró el Governador por Capitanes,
Alferez Romero, y Iuan Piñero,
Y porque ya he llegado, temo y siento,
Que aqui se me apareja vn gran quebranto
Quiero esforçar la boz en este canto.



De la nueva Mexico,

C A N T O
DIEZ Y NVEVE.

COMO BOLVIO EL AVTOR DEL
castigo de aquellos que dezollaron, y como los
Indios de Acuma le cogieron en vna trampa,
trabajos que padecio por escapar la vida,
y socorro que tubo, hasta llegar al
Real del Governador.



O se ha visto jamas que la for-
tuna,
Aya vn punto la rueda asseguar-
do,

Y assi los de su malsegura cumbre,
Por mas bien que se tengan, no es posible
Dexar de verse todos rebolcados,
Puestos de lo do, tristes y affligidos,
Cuya gran desbentura siempre nace,
De ser en si inuidiosa fementida,
Improba, melancolica, inconstante,
Dudosa, cautelosa, mouediza,

Frenética, furiosa, debil, flaca,
Y fuerte, si de vicios se socorre,
Y al fin, si á muchos toca su braueza,
Todo es sufrible, todo es compporrable,
Mas si viene á ser solo quien la sufre,
Dios nos libre que aqui ninguno llegue,
Boluendo pues señor de aquel castigo,
De los pobres soldados que dexamos,
Abiertas las gargantas, ya difuntos,
Auiendonos bien todo sucedido,
Como en fortuna fragil nunca ay gusto;
A quien alegre rato le suceda,
Auiendose pasado tanto tiempo,
Que el General y todos los del campo,
No teman de nosotros nueva alguna,
Pareciome ser bien adelantarme,
A dar cuenta al Governador del hecho,
Que assi tuuo por bien de encomendarme,
Pues siendo deste acuerdo todos juntos,
Luego tomé el camino trabajoso,
Y llegando á Púzarái, pueblo de amigos,
Alli vine á saber por cosa cierta,
De vn niño Castellano que llamauan,
Francisco de las Nieves, como auia,

De la nueva Mexico,

Salio el General de aquel asiento,
Antes que yo llegase solo vn dia,
Y assi como lo supe sin tardança,
Tras del me fuy marchando cuidadoso,
De darle breue alcance si pudiesse,
Y apenas alto Rey me fuy llegando,
A la gran fuerza de Acoma nombrada,
Quando vi que los baruaros estauan,
Segun senti no nada descuidados,
Que esto tienen los pechos cautelosos,
Que siempre dexan rastros y señales,
Con que anisan, despiertan y previenen,
A los que dellos viven recatados,
Y assi con el recato que lleuava,
Eché de ver me estauan aguardando,
Como diestros lebreles agachados,
A la vereda todos de llecosos,
De verse ya rebueltos y ocupados,
Con la gustosa presa bien asidos,
Y por temor que tienen estas gentes,
Con seys tendidas braças no se llegan,
Al hombre de acavallo temerosos,
Del animal gallardo, porque piensan,
Que alli los ha de hazer cien mil pe

Y aquel que yo lleuaua tengo oy dia,
Que mas bello animal nunca parieron,
Castizas yeguas diestras bien prouadas,
En alentado curso desembuelto,
Por cuiu causa todos rezelosos,
Con inuestras y señales rebozadas,
Bibien venido juntos me mostraron,
Y mas Zutacapan á quien propuse,
Necessidad urgente que tenia,
E solo bastimento que aprestaua,
E mi siera flaqueza desabrada,
Con cuiu mano luego rebozado,
Mirando me pidio desocupase,
E silla del cauallo, y me daria,
E todo mucho gusto, y esto dixo,
E go risueño, y nada soffgado,
Porque del estuue rezeloso,
E escapar la vida si pudieffe,
E le di á entender que mucha priessa,
E la que llenaua y no podia,
E par solo vn momento en aquel pueyto,
E viendo que no pudo demudado,
E braço sacudiendo con enojo,
E dixo que me fuesse y no aguardase,

De la nueva Mexico,

Y vista su desgracia, despedime,
Fingiendo el rostro alegre quanto pude,
Y estando ya yo dellos tanto trecho,
Quanto vna gran carrera bien tirada,
A grandes bozes todos me llamaron,
Castilla, muy apriessa pronunciando,
Y aunque les entendi que me llamauan,
Reparè mi cauallo, y con el brazo,
Hize señal de alli si me pedian,
Que mi camino fue ñe prosiguiendo,
O que á su puesto luego me acercase,
Y llamandome juntos con las manos,
Sacando fuerças de flaqueza al punto,
Fiado en el cauallo que lleuaba,
Bolví luego las riendas demudado,
Y vna veloz carrera atropellando,
El animal gallardo desembuelto,
Salio con presto curso poderoso,
Y alli los crudos trapos sacudiendo,
Batiendo con braueza el duro suelo,
Haziendose pedazos con las manos,
Brioso y alentado fue parando,
Haziendo vna gran plaza bien tendida,
Por la caballa baruata medrosa,

Impresso en Alcalá de
Henares , por Luyss
Martinez Grãde.

Año. 1610.

En cuyo puesto lejos desde afuera,
Si Zutacapan me preguntaua,
Por que otros Castillas me segoian,
Que fuese contando por los dedos,
Que numero venia, y quantos dias,
Y endria de demora su tardança,
Yo con algun temor fingi venian,
Ciento y tres hombres bien aderezados,
Y que solos dos dias tardarian,
En llegar á sus muros leuantados,
Pues como bien me vbiessen entendido,
Mandaronme que fuese mi camino,
Viendo ya que el Sol de todo punto,
Sus claros y hermosos rayos yua,
Descubriendo al Antipoda remoto,
Y refuteme todo quanto pude,
Hasta que ya la triste noche obscura,
Pagada la luz al mundo tuuo,
Por hazer mi causa mas segura,
Una gran milla quise derrotarme,
Y volado del camino que lleuaua,
En cuyo puesto triste solitario,
Un cauallo animoso assegurando,
Con grucilla y fuerte amarra, solo quise,

De la nueva Mexico,

Quitarle el pecho, freno, y la testera,
Dexandole pazer à su aluedrio,
Y viendome del sueño ya vencido,
Despues de media noche ya passada,
Tendido en aquel suelo fuy arrimando,
Los quebrantados miembros fatigados,
Al azerado hielmo defabrido,
Y como el alma siempre esta despierta,
Al tiempo que el terrestre cuerpo duerme:
Della misma despierto y recordado,
Lebantandome fuy despauorido,
Y viendo todo el tiempo en si rebuelto,
Aderezé de presto mi cavallo,
Y apenas los estribos fuy cobrando,
Quando del alto Cielo grandes copos
De blanca nieve todo me cubrian,
Y assi me fuy saliendo á la vereda,
Y castro que el Governador dexaua,
Y llegando á vna grande palizada,
En forma de barrera bien tendida,
Vi que por medio della mi camino,
Por vn portillo estrecho yua saliendo,
Y assi sin mas acuerdo con descuido,
Por el quise salir sin mas cuidado,

Y así como al relampago succede,
Y repentino rayo arrebatado,
Así fue gran señor mi triste suerte,
Que apenas fuy pasando quando á picque,
La tierra que pisaua, y que corria,
Abriendo vna gran boca poderosa,
Señ que me sorbia y me tragaua,
Tirando que el cauallo entre sus labios,
Sorbido á dentro todo le tenta,
Sin genero de vida atravesado,
De todo punto muerto, y sin sentido,
Qual fiaco marinero que perdida,
Siente la pobre naue zozubrada.
Que apriessa y sin vagar se despacha,
Y al poderoso y brauo mar se arroja,
Arrojada ya la muerte sin remedio,
Así la corta vida ya rendida,
Y la esperança rota, fue saliendo,
Don horrible sepulcro temeroso,
Que Zutatapan hecho me tenia,
Sin cogermé vivo si pudiesse,
Y sea la magestad de Dios serbida,
Que por suceder esto entre dos luzes,
Y que gran nieue el Cielo derramaua,

De la nueva México,

Retirados los baruaros estauan,
Donde alcanzar ninguno dellos pudo,
Aquella que en la trampa peligrosa,
A solas y sin ellos padezia,
Y temiendo que presto allí viniessen,
Y sin remedio juntos me matalen.
Quasi fueren con tormenta y gran borrasca
Los pobres contrastados y oprimidos,
Alisar con presteza la mas ropa,
Asi determiné de despojarme,
Y escondido al focarre de vna peña,
Alli dexé la cotà y escarçela,
Eliebantado yelmo, y el adarga,
El arcabuz con frazco, y su frazquillo,
Y solo con la espada, y con la daga,
Quise tomar de presto mi camino,
Y por no ser sacado por el rastro,
Los çapatos bolui sin detenerme,
Poniendo los talones á las puntas,
Con cuita diligencia deslumbrados,
Los baruaros quedaron todo el tiempo,
Que me fue necessario muy ai justo,
Para poder librarme de sus manos,
Quatro dias naturales fuy marchando.

Terrible sed y hambre padeciendo,
Rendido de flaqueza, y que perdida,
Tenia la esperanza que alentava,
El misero vivir de aquesta vida,
Que quando aqui se llega, desdichado,
De aquel que assi se ve tan afligido,
Pues no tiene el mundo insulto, ni torpeza
Delicto, crimen, vicio, ni pecado,
Si Dios no le socorre, que no emprenda,
Y ponga por la obra, si en hazerlo,
Consiste el escaparse, y verse libre,
O vida humana, debil quebradiza,
No creo que con mas maganta hambre,
Alhijo dio la muerte a quella triste,
Que al vientre le boluio en la gran ruina
De quella Ciudad santa que perdida,
Queo por sus pecados assolada,
Que sucedio por mi en este hecho,
Lleuaua pues vn perro que á mi lado,
Amouo mucho tiempo, y que velaua,
Quando de noche á caso me dormia,
Y porque ya la hambre me affigia,
Xeserte que la vida me acabaua,
Determiné matarle, y dos heridas,

De la nueva Mexico;

Le di mortales con que luego el pobre,
De mi se fue apartando vn largo trecho,
Llamele con enojo, y oluidado,
Del vergonçoso hecho inadvertido,
Gimiendo mansamente y agachado,
A mi boluio el amigo mal herido,
Lamiendose la sangre que vertia,
Y assi con desconsuelo y lastimado,
Por agradarme en algo si pudieffe,
Lamio tambien mis manos que teñidas,
Me puso de su sangre bien bañadas,
Mirele pues señor y auergonçado,
De auerle assi tratado y ofendido,
Con tan crasa ignorancia que no via,
Que fuego para assarlo me faltaua,
En è los ojos tristes y boluendo,
Del hecho arrepentido à acariciarlo,
Muerto quedò à mis pies, con enio fello
Dexandolo tendido y desangrado,
Pase auel trago amargo, y fuy siguiendo
El golpe de fortuna que acabaua,
La miserable vida que viuia,
Hacia que por gran suerte soy llegando
Al pie de vnos peñas, os levantados,

En cuyo asiento y puesto vi que estaua,
En apazible estanque de agua fria,
Sobre cuios cristales casi ciego,
Apenas fuy venciendo la gran foria,
De la insaziabile sed que me acabaua,
Quando temblando todo estremecido,
En humido licor lance forçado,
Y estando allí algun tanto suspendido,
No libre de temor, y traludado,
Neciso eché de ver que cerca estaua,
Un poco de maiz que por ventura,
Alguno con descuido auia dexado,
Y a mi Padre san Diego gracias dando,
A quien con veras siempre fuy pidiendo,
Que allí me socorrielle y amparase,
Encocado de rodillas fuy cogiendo,
Los puños bien escasos, mal cumplidos,
Pues viendome de hecho ya perdido,
Los pies hinchados, torpes, destroncados,
Que esperanza humana no podia,
En tanta desventura socorrerme,
Con el fessento corto que sembrado,
Alina por el suelo bien tendido,
Al Real de san Iuan quise boluermi,

De la nueva Mexico,

Mas de cincuenta leguas muy bien hechas
De aquel asiento y puesto donde estauas
Y auiendo entrado ya el silencio triste,
De la obscura noche que cargaua,
Dios que en sus grandes santos respalde
Y socorro por ellos nos embia,
Empeçando á marchar para boluermos
A mi llegaron tres amigos nobles,
Valientes, esforçados, y animosos,
Y de todos por tales conozidos,
Que acaso y sin pensar alli llegaron,
En busca de cauallos que perdidos,
Andauan codiziosos de hallarlos,
Francisco de Ledesma fue el primero,
Y luego derras del, Miguel Montero.
Iuan Rodriguez el bueno tambien via,
Y como el soldo obscuro ya tendido,
A todos en nieblas nos tenia,
Alli me preguntaron que quien era,
Y luego que mi nombre yo les dixi,
Alegres todos juntos dispararon,
Los prestos arcabuzes de contento,
En este mismo instante y conjuntura,
Siguiendome los baruaros llegaron.

Medios de acabarme ya la vida,
Y perdiendo la fuerza de los tiros,
Entendiendo que el campo junto estaua,
En aquel mismo puesto temerosos,
Antes que la tiniebla el Sol rasgase,
Los presurosos pasos reboluieron,
Dexandome alli libre y sin peligro,
Acordante los Angeles Dios mio:
Que vn cavallo en silla y enfrenado,
Sin que ni para que acafo trujo,
Sin Rodriguez el grato, por pagarme,
Por secreto juicio no entendido,
Aquel grande socorro que le hize,
Porra tal qual esta desbentura,
Quando arrabesado en vn cavallo,
Candido va de hambre le trayan,
Querando su muerte y que acabase,
Secretos son ocultos que nos muestran,
Por todo por tu sacrosanta mano,
Socorrido, amparado, y remedido.
No xeron demas desto los amigos,
Y muy grande abundancia todo aquello,
Para matar la hambre necessario,
Acando del pedernal fogoso,

De la nueva Mexico,

Vivas centellas luego los pegaron,
A la yesca, y con paja, que encendieron,
Desgajando los tres con mucha prieta,
De los antiguos arboles las ramas,
Y un grande fuego juntos lebanaron,
A cuya lumbrere luego fue rendida,
La miserable hambre que lleuava,
Y contandoles todos mis trabajos,
Otro dia siguiente luego fuimos,
A donde el General con todo el campo,
Estaua de nosotros apartado,
Dos muy grandes jornadas, y en llegando
Dandole larga cuenta del successo,
En todo alli se dio por bien serbido,
Y pues de mis trabajos he querido,
Daros como à señor estrecha cuenta,
Suplicons me escuchéis tambien qual
Que sufren y padezen mis amigos,
Y pobres camaradas quebrantados,
Por todas estas tierras remontados,

C A N T O
V E Y N T É,

DE LOS EXCESIVOS TRABAJOS que padexen los soldados, de nuevos descubrimientos, y de la mala correspondencia que sus servicios tienen.



T O D O el valor, alreza, y excelencia,

Que puede acandalar el buen guerrero,

De los gloriosos triunfos que se alcançã,
En la sangrienta guerra belicosa,

Es quedar para siempre bien premiado,
Por el gallardo brazo de la espada,

Y por el brauo pecho valeroso,
Que en padezer trabajos à tenido,

Entre cien mil peligros no esperados,
Y asalto y heroico Rey sabemos,

Que no ay trabajo duro en la milicia,

De la nueva Mexico,

Ni tiempo en padecerle mal gastado,
Si la correspondencia deste fruto,
Viene á ser tal qual es razon se tenga,
Con aquellos gallardos coraçones,
Que muy bien en las guerras os sirbieron,
Aunque para mi tengo Rey sublime,
Que es mucho mejor suerte la de aquellos.
Que por mas bien serbiros acabaron,
Entre enemigas armas destrozados,
Hechos menudos quartos y pedazos,
Que no aguardar la triste suerte y paga,
Que algunos destes Heroes han tenido,
De sus muchos quebrantos padecidos,
Y por mostrar mejor si son soldados,
Aquellos valerosos por quien digo,
Que como los estimo y reuerencio,
Por mucho mas q̄ hombres, mas q̄ hōbrs,
Fuera bien se encargara, y que escriviera,
Sus cosas y altos hechos hazañosos,
Mas como inculto, bronco, y mal limado,
Dellos informare lo que supiere,
Que assi satisfare con solo darles,
Todo aquello que valgo, alcanço, y puedo,
No trato por agora que dexaren,

Por serbiros señor como es justicia,
A su querida y dulce patria amada,
Padres, hermanos, deudos y parientes,
Ni que ya sus legitimas y haziendas,
Estan de hecho todas consumidas,
Trocando por trabajos el descanso,
Que pudieron tener sin sugetarse,
Los dias y las noches que se ocupan,
En pesados officios trabajosos,
Miserias y disgustos nunca vistos,
Donde vereis señor que se sustentan,
No mas que por su pico y fiel trabajo,
Mediante el qual adquieren todo aquello,
Para passar su vida necessario,
Auentajando siempre sus personas,
A la de aquel Tabano memorable,
Que por no mas de solo auerte visto,
Quedaron muchos cortos y afrentados,
Quando en el mōte Olimpo en sus vertientes
Vieron que quanto sobre si traya,
Eran grandiosas obras de sus manos,
Por que el auia cortado los çapatos,
Y puesto los en punto bien cosidos,
Y así como si fuera a sañere el fayo,

De la nueva Mexico,

Fue por sus propias manos acabado,
Y el tambien la comisa auia regido,
Y de su valor mismo punto y corte,
Salto toda cumplida y acabada,
Y los insignes libros que traia,
Qual illustre filosofo prudente,
Ellos auia compuesto y trabajado,
Y con esto otras muchas cosas nobles,
Dignas por cierto todas de estimarse,
Asi tambien señor estos varones,
No traen consigo cosa que no sea,
Hechura y obra de sus bellas manos,
El sayo, calçon, media, y el calçado,
El jubon, cuello, capa, y la camisa,
Con todas las demas cosas que alcançan,
La fementil flaqueza por lo aguja,
De todo dan tan diestra y buenz cuenta,
Como si en coler siempre, y no otra cosa,
Vbieran sus personas ocupado,
Y no ay de que espantarnos pues sabemos
Que fae el primer oficio que le supo,
En esta vida triste miserable,
Y con esto ellos mismos por sus manos,
Gosan bien de comer, laban y amasan,

En fin toda la vida siempre buscan,
Desde la sal hasta la leña y agua,
El gusto han de tener en la comida,
Ellos rompen la tierra y la cultivan,
Como diestros famosos labradores,
Como hospitales siempre curan,
Las mas enfermedades con que vienen,
Sus pobres camaradas quebrantados,
De los muchos trabajos que han sufrido,
Cosa alguna a questo les impide,
Para que todo el año no los hallen,
En qualquier hora de la noche y dia,
Tan cubiertos de hierro, y fino acero,
Como si fueran hechos y amasados,
De poderoso bronçe bien fornido,
Trabajo que por mucho menos tiempo,
Quando diamantes todos se mostraran,
Los viera deshecho y acabado,
Quanto mas à la misera flaqueza,
De que de carne y gueso esta compuesto,
Viven y pasan casi todo el tiempo,
Como si fueran brutos por el campo,
Sujetos al rigor del Sol ardiente,
Al agua, al viento, desnudez, y frio,

De la nueva Mexico,

Hambre, sed, molimientos, y cansancio,
Cuyo lecho no es mas que el duro suelo,
Adonde muchas vezes amanecen,
En blanca nieve todos enterrados,
Passan crueles y grandes aguazeros,
Sin poderse aluergar en parte alguna,
Y secanse en las carnes los vestidos,
Sucedeles que llevan en costales,
El agua para solo su sustento,
Algunas vezes hecha toda nieve,
Carambaao las mas empedernido,
Sufren todos eladas de manera,
Que ya por nuestras culpas hemos visto,
Rendir el alma y vida todo junto,
Al gran rigor del encogido tiempo,
No ay aguzs tan caudales por los Rios,
Que no los passen, naden, y atrahieffen,
Ni paramos, ni sierras, ni vallados,
Que apuros palmos toda no lo midan,
No ay barbara nacion que no descubran,
Ni gran dificultad que no acometan,
Y no cuidan jamas estos varones,
De maestros y oficiales para cosas,
Al militar oficio necessarias,

Ellos

Ellos cortan las armas y las hazen,
Para qualquier cauallo bien seguras,
Saben aderezar sus arcabuzes,
Y echarles lindas cajas por extremo,
Remallan bien sus cotas, y escarçelas,
Y pñatan sus zeladas de manera,
Que quedan para siempre provechosas,
Y como diestros cirujanos curan,
Heridas peligrosas penetrantes,
Y son tambien bonisimos barberos;
Y quando es menester tambien componẽ;
De la gineca y brida las dos fillas,
El aluzitar jamas les haze falta,
Porque ellos hierran todos sus cauалlos,
Tambien los sangran, cargan, y los curan;
Domandolos de porros con destreza,
Por ser buenos hombres de acuallo.
En ellos hazen grandes maravillas,
Y en las sangrientas lides y contiendas,
Qual, o qual, ha dexado de mostrarse,
Ser hombre de valor y grande esfuerço,
Y a questo muchas vezes sustentados,
De raizes incultas defabridas,
De hieruas y semillas nunca vsadas,

De la nueva Mexico,
Caballos, perros, y otros animales,
Inmundos y asquerosos á los hombres,
Y por nevados riscos y quebradas,
Qual suelen los arados que arrastrados,
Rompiendo van la tierra deshaziendo,
Las azeradas rejas que enterradas,
Haziendo van sus sulcos prolongados,
Asi los Españoles valerosos,
A colas de caballos arrastrados,
Por no morir de hecho entre las nieves,
Muchos asi las vidas escaparon,
Temerarias hazañas emprendiendo,
Y hechos hazañosos acabando,
Qual cantarè señor si Dios me dexa,
Ver la segunda parte à luz echada,
Donde vereis gran Rey prodigios gran
De tierras y naciones nunca vistas,
Trabajos y aventuras no contadas,
Impressas inauditas y desdichas,
Que à fuerza de fortuna y malos hados,
Tambien nos persiguieron y acolaron,
Que desto mostraran inmensas pruevas
Demas de los varones que hemos dicho
Los Capitanes Vaca, y Juan Martinez.

fcon, y Iuan Rangel, y Iuan de Ortega,
 mon Garçia, Ortiz, y Iuan Benitez,
 Capitan Donis, y Iuan Fernandez,
 ueara, Luzio, y Aluaro Garçia,
 menez, Iuan Ruyz, Sofa, Morales,
 ombié Pedro Rodriguez, y otros brauos
 uientes y esforçados caualleros,
 e bien en paz y guerra trabajaron,
 los heroicos y altos Comissarios,
 Padre fray Francisco de Velasco,
 ncisco de Escobar, con Escalona,
 y Alonso Peinado; cuias fuerças,
 cultiuar la viña bien mostraron,
 hijos del Serafico Francisco,
 es mas de siete mil auemos visto,
 e tienen bautizados por sus manos.
 s que importa Rey inmenso y justo,
 a los veo à todos destroncados,
 ropeados, cansados, y tullidos,
 altos todos en pobres hospitales,
 males y dolencias incurables,
 genere de amparo ni remedio,
 e uio gran conflicto miserable,
 ueuen para sus antiguas casas,

De la nueva Mexico,

Sacde à bien librar por todos ellos,
Lo mismo que de Vixes valeroso;
Que despues de seruicios tan honrrados,
Escapò de la guerra de manera,
Que no fue de ninguno de su casa,
Mas que de solo el perro conozido,
Segun bolò de viejo y destrozado,
O hor de jubemud, o ver des años,
Que presto la belleza se marchita,
Notad qual bueluen estos esforçados,
Que ya no los conozen en sus casas,
Rotos, pobres, cansados, y affigidos,
Viejos, enfermos, tristes, miserables,
Y si por vltimo y postrer remedio,
Quieren señor valerse y socorrerse,
De una migaja de los muchos panes,
Que con tan liberal y franca mano,
Mandais que se les de sin escaseza,
No son mas ellos que los otros pobres,
Hijos perdidos, meros y viznietos,
De aquellos esforçados que os sirbieron
Y a questo nuevo mundo conquistaron,
Que à todos falta la segunda tabla,
Que despues del naufragio se pterenci

Llamo segunda tabla Rey insigne,
A los Guernadores y Virreyes,
Que ay algunos, algunos señor digo,
Que para solo auer de proponerles,
Su misera demanda y causa justa,
Primer es fuerça sufran y padezcan,
Y na eternidad de años arrimados,
Por aquellas paredes de palacio,
Dorados de hambre, cansados y afligidos,
Diciendo à los pajes y porteros,
Serantes y oficiales de tu casa.
Por ver si por aqui tendran entrada,
Para su larga preension perdida,
Si caso por gran ventura alcançan,
A ver el lugar del santa sanctorum,
Des que aquel puesto assi puede llamarse,
Donde esta la magestad intacta,
Que qual si fuera aquella soberana,
Que no puede ser vista de ninguno,
Que tenga alguna mancha, o cosa fea,
Que que á de ser mas limpio, puro, y bello,
Que el campo de la nieve no tocada,
Que no puede ser que nadie alcance,
Por su grandeza y celestial tan alta,

De la nueva Mexico,

Sino es gente muy limpia y olorosa,
Almidonada, rica, y bien luzida,
No con algunas manchas de pobreza,
Necesidad, trabajo, y desventura,
Que estos como incapazes de la vista,
Inuados, pobres, viles, y leprosos,
No es posible merezcan bien tan grande,
Sob el inmenso Dios Rey poderoso,
Que con coraçon y alma he deseado,
Veros señor Virrey de nueva España,
Por no mas de que vtielleyes el como,
Se haze vn puro hombre dios del suelo,
Aquel que está en el Cielo lo remedie,
Y aliente los balidos y gemidos,
De tantos miserables como claman,
Porque aunq es cierto, y todos lo sabemos
Que há gouernado muchos como buenos
Y que oy el Reyno todo se gouierna,
De manera que ya ninguno ignora,
Que á vnozes por las casas de palacio,
Buscanlos negociantes, porque tengan,
Sus causas con justicia buen despacho,
Casa que jamas nunca auemos visto,
Dexando aqueste bien tan grande en vñ

Algunos otros vemos que han pasado,
Sin hazer cuenta de los muchos perros,
Que en pulpitos haziendose pedazos,
Y muy grandes ladridos y amenazas,
No hizieron mas impresion en ellos,
Que si fueran de bronze, o duro azero,
Y ere años continuos me detune,
En vuestra illustre y lehanrada corte,
No vi pobre capa, ni mendigo,
Que con facilidad no se llegase,
A vuestro caro Padre y señor nuestro,
Y contalle las cuitas y fatigas,
Con esperanza cierta y verdadera,
De bellas remedias y amparadas,
Por quien es, os tenga de su mano,
Y conferue el illustre y alto nombre,
Que por aca se suena y se publica,
Que es vuestro muy gran Padre de soldados,
Que yo como el menor de todos ellos,
Que a Dios y Padre me querellos,
Sin miedo contaros los trabajos,
Que por aca se sufren y padezen,
Que como bien sabeys Rey poderoso,
No ay hõbre que despues de auer sufrido,

De la nueva Mexico,

Fatigas y miserias tan pesadas,
No quiera alguna paga y recompensa,
De sus muchos serbicios y trabajos,
Por cuyo memorable sufrimiento,
Las manos puestas pido, y os suplico,
Que aya memoria destes desdichados,
Cuyo valor heroico levantado,
Merece clementissimo Monarca,
Perpetua gloria y triunfo esclarecido,
Que levante la alteza y excelencia,
De sus gallardos pechos esforçados,
Y por no cansar mas señor ya he dicho,
Y así sera razon que yo me vuelva,
Al hilo de la historia que lleuaua:
Llego el Sargento alegre y muy contento,
De los grandes ganados descubiertos,
En los llanos de Zibola famosos,
Y suspendien lo vn tanto los trabajos,
Quedado en el Real por buen gouerno
No detenerse luego fue saliendo,
El buen Maese de campo con desseo,
De dar en breue alcance se pudiese,
Al vuestro General, que ya cansado,
Estaba de esperarle muchos dias,

Viendo así marchando su derra,ta,
Fue a la fuerza de Acomzlamola,
Donde Zutacapan tratado aya,
Con algunos del pueblo belicosos,
Que por señor y Rey de aquella fuerza,
En talen de secreto le nombrasen,
Entre los mas amigos que pudiesen,
Queciendo por esto les daría,
Libertades y libertades preminentes,
Por lo qual con principio concertaron,
Que el mano Zutacapan tomase,
Para defender la patria y libertarla,
De manos de Espanoles, y con esto,
Fue una facil cosa que le diesen,
Que retenuon segura y sin recelo,
Que nadie se mostrase su contrario,
En levantarle todos por cabeza,
Por la libertad de todo el pueblo,
Despues lo luego a una se juntaron,
Entre los mas amigos que pudieron,
Donde el baruaru a todos les propuso,
Que en ninguna manera permitiesen,
Que gente aduenediza y forastera,
Que pudiese dentro de aquel fuerte,

De la nueva Mexico,

Y mas para pedirles bastimentos,
Pues nunca jamas anima viviente,
Tal les aua pedido ni sacado,
Y que aunque los Castillas pereciesen,
Y muertos de hambre todos acabasen,
Era razon que todos por las armas,
Aquel partido juntos defendiesen,
Ocampo, y Meco, luego concedieron,
Que fueron los del trato y del secreto,
Con lo que aquel traidor alli dezia,
A Mulco, y otros pocos sediciosos,
Amigos de rebueitas y alborotos,
Que aquestos nunca faltan, porque esta
La braueza del hombre miserable,
Que si falta quien sople y lo rebuelua,
El mismo se rebuelue y alborota,
Abraza, enciende, quema, y se destruye,
Y esta desdicha siempre la notamos,
Despues de aquella culpa lamentable,
Que á todos nos deshizo y descompuso,
Y así el mayor contrario que tenemos,
Es á nosotros mismos, porque somos,
Los que solos podemos derribarnos.
Sin que las fuerzas del infierno juntas.

ten sino queremos á rendirnos,
que las mismas fuerças que alcãçamos,
para emprender el mal que cometeremos,
aquellas mismas siempre nos assientan,
para emprender el bien si le queremos,
y assi nadie es tan torpe que no sabe,
el premio que por solo el bien alcanza,
y el mal que por la culpa se merece,
y assi por esta causa temerosos,
todos aquestos baruaros á vna,
por ser menos culpados acordaron,
que pues alli faltaua la mas gente,
que todos los del pueblo se juntaßen,
con fecha propria de animos doblados,
cubrir siempre con capa de innocentes,
la mucha grauedad de sus delictos,
y assi bien disfraçados y cubiertos,
todo el pueblo junto congregaron,
y donde luego vereis lo que trataron.

De la nueva Mexico,

C A N T O

VEYNTE Y VNO,

*COMO ZVTACAPAN HIZO VNA
ra de los indios Acomefes, y discordia que
entre ellos vbo, y de la traycion
que fabricaron.*



Gloria humana, en cuiá instable
curiõre,

La presunçion hinchada, y vu
lberua,

Quere siempre subirse y asentarse,
Dime soberua infame como yguales,
El poderoso cerro y Real corona,
Con vn ran bajo basuaro perdido,
De baruara, y vil baruaro, engendrado,
Di que tiene que ver el alto trono,
Con baruara canalla y behetria,
O ciega vanidad, o vana pompa,
De alas medianos, vnos, y abarrios,
Sin distincion, razon, ni cuenta alguna,

Y gal

Qualmente buscada y pretendida,
Fagalo a queste barvaro furioso,
De tan humilde sangre produzido,
Sicomo Luzbel quiere lebanzarse,
Y el gouerno de toda atribuirse,
Y asi sin disitirse de su intento,
Ordenò que à consejo se juntasen,
Y juntos to los dentro de vna plaça,
Como la cruel sobernia desmedida,
Continuamente siempre se adelanta,
Sin dilatarlo, luego en pie se puso,
En todo encendido y abrasado,
Y tendiendo la vista por el pueblo,
Desbergonçado, libre, y desembuelto,
Alto como la mano, y fue diciendo:
Varones esforçados y valientes,
Los poltreros trabajos y peligros,
De la casa entrada, y campo bien abierto,
Para que cada qual aquello diga,
Que mas le duele, o prieta, y le lastima,
Dize qual mas infamia y vil afrenta,
Puede venir por toda aquesta fuerça,
Que permitta tan dura seruidumbre,
Canto es dar de comer a forasteros,

De la nueva Mexico,

Siendo como ellos todos libertados,
Yo juro por los dioses todos juntos,
Y por quien vidas todos alcançamos,
Que no ha de quedar hõbre en esta tierra
Que tal bageza aya imaginado,
Y viendo que las armas abraçauan,
Sin dexarle acabar salio diciendo,
Su hijo Zutancalpo demudado,
A su Padre mirando con enojo,
El mas seguro bien que el hombre alcansa
Es que quiera rendirse à todo aquello
Que à la razon va bien encaminado,
No soy de parecer que à los Castillas
Enemistad ninguna se les muestre,
Porque es temeridad hazer agrauto
A quien nunca jamas nos à ofendido,
Tenerlos por amigos con tecoato,
Es mas sano consejo y sin peligro,
Lo demas es patente desatino,
Y para no ser todos imputados,
Digo que la obediencia les guardemos,
Pues ya la auemos todos profesado,
Y pues la ocasion fiene nos permite,

que la paz es el punto mas discreto,
que puede remediar el mal que aguarda,
que el que esta en peligro de sufrirlo,
con esto cesò el noble joben,
luego començò vn rumor confulto,
de toda aquella gente congregada,
apronando por bueno lo que dixo,
nunca passò palabra por crugia,
mas respetada, libre, y mas eñenta,
mas obedecida, ni acabada,
que aquel acuerdo expreso, porq̄ luego,
las obedecieron y dejaron,
las poderosas armas levantadas,
cueste el viejo Chumpo rezeloso,
de que la paz y tregua se rompiesse,
cargado de vejez y de trabajos,
con palabras discretas y feheras,
la fatigada voz alçò diziendo,
dize mis hijos que el consejo es sano,
que quien alcanza siempre la victoria,
en peligrosas guerras conozidas,
pues que Zutancalpo en verdes años,
està ya dicho aquello q̄ os còbiene, (plo:
pues vemos q̄ el morir no es mas q̄ vn so-
Y en

De la nueva Mexico,

Y en bien morir consiste nuestra gloria,
Para morir buen tiempo se procure,
Sazon y coyuntura bien mirada,
Y elcafe tan grande inconueniente,
Como es tratar con furia y mouimiento
Celas tan graues, grandes y pesadas,
Como estas que tenemos entre manos,
Aqui bolaron luego las palabras,
Y torpes fanfarronas amenazas,
De aquellos indiscretos conjurados,
Llamando al viejo Chumpo de acregua
Caduco, infame, loco, y hechizero,
Oyendo aquesto todo embrauecido,
Zitacapan arremedio furioso,
Poniendo al pobre viejo en tal aprieta
Que si Columbo presto no repara,
La fuerza de la maga que bajaua,
La espalda toda entera le derrina,
Vistose pues cargado con palabras,
Que le dixo tambien de grande asenta,
Qual si sobre el valientes y altos montes
Se vbieran juntos puesto y asentado,
Asi se echo de ver su sentimiento,
Mas qual si fuera el mismo centro y v

Para llevar vn peso tan pesado,
Simulose todo quanto pudo,
Criando el corage concebido,
Dando á la templança larga rienda,
Si compuesto habló con todo el pueblo,
Nunca jamas me vi tan inclinado,
Satisfazer mi honrra ya difuata,
Maloy lo estoy con tanta desberguença,
Como conmigo veys que se ha tenido,
Si aquel juvenil ardor tuuiera,
Que en mi passada edad tener solia,
Que es en que aquelle vil traidor estria,
De su vna presuncion tuuiera,
Su enmienda, y el castigo merecido,
Mas que puedo hazer en mi descargo,
Que de tanta edad estoy cargado,
Y la vejez á mas andar me atlige,
Quella afrenta no es á mi persona,
Por que á otros se ha hecho por ser hijos:
De aquellos cujos padres yo he criado,
Saltando en medio de la plaça,
Al serpentín famoso que cargado,
Le fioa poluura suspenso,
Que yo y guella vala, y sosegado,

De la nueva Mexico;

Está mientras el fuego no le mueue,
Y luego que le llega con ruido,
Asi se desembuelue, sale y rompe,
Qual rayo de las nuues escupido,
Asi sin detenerse ni tardarse,
Zotancalpo por el tomó la mano,
Y el reforçado leño reboluiendo,
Para el Padre se fue desatinado,
La gran maça el Padre aferró luego,
Y al encuentro Parguapo fue saliendo,
Pilco alli tambien se desembuelue,
Otompo, y luego Meco, con Guanar
A Muico, y otros muchos Acomefes,
Y cada qual su vando sustentando,
Derribando los mantos de los hombres,
Prouar quisieron todos sus personas,
Mas fueles impedido el allegarse,
Por los muchos que juntos estuuieros,
Con esto la canalla se desbrizo,
Y cada qual se fue para su casa,
(O) vanidad, vultoso y sabroso,
Sugero à cruel inuidia, y muerte azel.
Que mar de sangre vemos derramada,
Por solo preterdente, el vano alibo.

Que presta la Real sangre, la hidalga,
Castellana, la baruara, y ferrana,
Y como de aquel Padre descendientes,
Toda es vna materia, y vna fuente.
De vn color y vna misma semejança,
Que en cada qual la cruel soberaia alça,
Se animos que se anida y se atelora,
Qual hambrienta polilla peligrosa,
Que denta carcoma que roviendo,
De las venas y entrañas a su gusto,
Destama, rompe, y vierte la que quiere,
Y deste vil idoloarra sangriento,
Estado de frenetica soberaia,
Luego determinó que se rompiessen,
Las pazes y las treguas concertadas,
Y los Castillas todos acabasen,
Que que anima viuiente en pie quedase,
Por enderezar mejor su intento,
Determinaron todos que en entrando,
Cada qual hiziesse en sus asientos,
Cada qual hiziesse por su parte,
Que todos por las casas se sembrasen,
Y quando bien sembrados y esparcidos,
Todos acometiesen de manera,

De la nueva Mexico,

Que pelo de ninguno se escapase,
Estando todo a questo assi tratado,
Zutancalpo con todos sus amigos,
Y Champo con los suyos le salieron,
Fuera de todo el pueblo por no verle,
sin tratar tan infame y vergonzoso,
Deste Zatscapan tomó contento,
Porque assi todo el pueblo le dexaua
Casi sin fuerza alguna que pudiesse,
Contradizirle aquello que ordenasse,
En este punto crudo fue llegando,
Aquel Maese de campo que vendido,
Aquellos albosos le tenian,
Y por hazer su causa mas en breu,
Tantos á recibirle le salieron,
El pobre cauallero descuidado,
De aquel rebozo extraño y encubierto
A todos abraçò con gran contento,
Y luego que los vbo acariciado,
Poltoles que le diessen por rescates,
Algunos bastimentos que tariessen,
A esto todos alegres le dixeron,
Que afeatasse el Real, y que otro dia
Todo muy bien cumplido lo tornaran.

Con esto se boluio, y el día siguiente,
Fue por orden del precioso hado,
Fue el pueblo boluio que no deuiera,
Aquel que careciendo de sospecha,
Acordandose fue para el engaño,
Que todo aqui ita tiene el trato doble,
Llegar sobre el guero al inocente,
De nos libre del mal que nos aguarda,
Y en muestra de bien nos altopura,
Por que puritas en prouea tan difícil,
No en discrecion, ni de destreza,
A las virtudes, ni de resistencia,
Que queda con salir su gran violencia,
Propuso para el fin ventura y bien,
Asi como a la fuerza fue llegando,
Una gullota y leticia amorosa,
Para que alites barracos le diessen,
El bamiento que le autan mandado,
El con gran detenido respondieron,
Que orden por las casas á pedirlo,
Que todos con gran gusto le darian,
Vez el Alcafe de campo sin sospecha,
Orde para le mas breue a questa causa,
Como mejor dezir su corta vida,

De la nueva Mexico,

Quedandose con solos seys soldados,
Mandó que todos fuesen por las casas;
Y el bastimento todo le juntasen,
Cuya traicion si auemos de dezirla,
Quero alentar señor para escreuirla.

C A N T O
VEYNTE Y DOS.

*DONDE SE DECLARA LA RO-
ta del Maese de campo, y muerte de sus có-
pañeros, causada por la traycion de
los Indios Acomefes.*



MUNDO instable de misfe-
rias lleno,
Verdugo atroz de aquel que
conoze,

Disimulado engaño no entendido,
Prodigiosa magesta portentosá,
Maldito cancer solapado y pafte,
Mortal veneno, landre que te enculres.

Dime traidor a que fementido,
Quantas traiciones tienes fabricadas,
Quantos varones tienes consumidos,
De quanto mal enredo estas cargado,
O mundo vano, o vana y miserable,
Honra con tantos daños adquirida,
O vanas esperanças de mortales,
O vanos renfamientos engañosos,
Suspetos siempre á miseros temores,
Y á mil sucesos tristes y accidentes,
O may terrible caso lamentable,
Que no se le conceda mas de vida,
A la noble lealtad alta gallarda,
De vn esforçado coraçon valiente,
De quanto vn vil traidor cobarde y bajo,
Quiera con encubierta y trato doble,
Lle con su esfuerço en tierra y derribarle,
A pesar de los braços belicosos,
Con illustres prendas desbanecen,
Qui presuroso viento que traspone,
Largo que traicion quiere atrauearse,
Y con secreto tofigo cubriese,
Para mayor ponçoña del estrago,
Con que despues se muestra y embrabeca.

De la nueva Mexico,

Dexemos los autores que escriuieron,
Gran suma de sucesos desdichados,
Por manos de traidores fenecidos,
Y tomemos a questo miserable,
Caso por accidente sucedido,
No bien señor los vieron derramados,
Y a todos por el pueblo diuididos,
Propria y comun dolencia de Españoles,
Meterse en los peligros sin recato,
Sospecha ni pasión de mal suceso,
Cuyo grande descuido con cuidado,
Los baruaros notaron y con esto,
Adartieron que solos seys soldados,
Con el Maese de campo auian quedado,
Y temiendo que presto se juntasen,
Poncendo en aventura su partido,
La furia popular fue descubriendo,
La fuerza del motin que estava arrojado,
Y mortaurando todos la rardança,
Se intentos de acabar las ilacas fuerzas,
Que allí los Españoles alcançauan,
Por solo auer querido derramarse,
Alborotados todos levantaron,
Un porreatoso estruendo de alaridos,

En altos, tan valientes, y grimosos,
 Que à todos causò espanto imaginarlos,
 Viendo el Maese de campo la braceza,
 De la baruara gente rebelada,
 Con reportado rostro graue ayrado,
 Para los suyos se boluio diziendo,
 Qualleros cuija grandeza encierra,
 Todo valor, esfuerço, y buen consejo,
 Bien claro veys la grande desberguença,
 De toda aquesta chusma desmandada,
 Pues à nosotros vemos que rebueluen,
 Las omicidas armas lebandadas,
 Notad que toda viene al descubierro,
 La fee quebrada, rota la obediencia,
 Las treguas y los pactos quebrantados,
 Rotado el vassallage que nos dieron,
 Por cuija manifesto desengaño,
 Tanto la cruda guerra ya encendida,
 Y el diabólico fuego lebandado,
 Que consejo os parece que tomemos,
 Que mas à nuestra causa satisfaga,
 En dâdo el punto que es razon se guarde
 Al publico exercicio y al gouierno,
 Del graue General que nos encarga,

De la nueva Mexico,

Que siempre imaginemos y pensemos,
En quan sia sangre tiene assegurada,
Cosa de tanta afrenta y graue peso,
Com o es toda la tierra que pisamos,
Y si por qual que desdichada suerte,
Nosotros derramasemos alguna,
Seria desdorar la gran grandeza,
De la mas sollegada paz que alcanza,
Por cuiu justa causa soy de acuerdo,
Pues tan buena ocasion el tiempo ofrece,
Que luego nos salgamos retirando,
Recogiendo al descuido nuestra gente,
Pues para todo ay tiempo y coyuntura,
Y como jamas vemos que à faltado,
Para las cosas bien encaminadas,
Vn liical que reprueue y contradiga,
Parece que la sobra de arrogancia,
De vn torpe Capitan que cerca estaua,
Dixo porque mas bien se desubrielle,
Su vana presuncion y vano esfuerço,
No es bien Maese de campo que sigamos,
Por honrra de Españoles tal afrenta,
Y sino solo á mi se de licencia,
Y versea como solo me antepongo,

toda esta canalla, y la sugeto,
para que sin que nadie se retire,
Decienda quando mas le diere gusto,
ano y salbo, á lo llano desta cumbre,
asmado el de Zaldiuar sin aliento,
de la sobrada replica encendido,
aspensio difirio la justa enmienda,
para mayor bagar del que le daua,
la furia de la tropa que embestia,
por averle aquel necio entretenido,
con sus necias palabras maldigestas,
ques como si le vbieste ya pasado,
la preuista ocasion de retirarse,
su perdida triste lastimosa,
Por marauilla vemos que la cobran,
y aquellos que la pierden sin rezelo,
Del grave inconueniente que se sigue,
Despues de ser perdida y acabada,
sin por no perderla desembuelto,
San Zutacapan feroz diziendo,
Mueran, muera á sangre y fuego, muera,
Todos estos ladrones que han tenido,
Tan grande atrebimiento y desberguença,
Que sin ningun temor ni buen respecto,

De la nueva Mexico;

Han querido pisar los altos muros,
De aquesta illustre fuerza poderosa,
Luego tras del salieron replicando,
Ezmicaio Amulco, y tambien Pilco,
A quien siguieron Tempal y Corumbo,
Diziendo, mueran estos fementidos,
Infames, viles, pèrrros, alebostos,
Perturbadores del comun sosiego,
Esforço aquesta voz la braua turba,
De la infernal canalla belicosa,
Las poderosas armas abraçando,
Viendo el Maese de campo sin remedio,
El rigor de las armas levantadas,
Buelto à los sayos dixo à grandes bozes,
No me dispare nadie, y solo apúnten,
Que con solo apuntar serà posible,
Detener la gran fuerza que descarga,
De la baruara furia que arremete,
La qual se abalanzò con tanto aliento,
Qual suele vna deshecha y gran bortalca,
Quando à la pobre navezilla empuñe,
Cuias mas encumbradas y altas gautas,
Al profundo del hondo mar derrriba,
Y luego al mismo Cielo las levanta,

Asi rabiſos todos embiſtieron,
Las poderoſas mazas deſcargando,
Viendo el Maeſe de campo ſin remedio,
Coſa de tanto peſo y graue afrenta,
Y que por bien no pudo reduzirlos,
Qual ponçoñoſa viuora piſada,
Del ancho pie del ruſtico villano,
Que viendo ſe perdida y quebrantada,
En ſi toda ſe enciende y abrauaze,
Tendida y recogida amenaſando,
Con la triſulca lengua y corbo diente,
Asi el Zaldiar todo abrauecido,
A los ſuyos mandó con grande prieſta,
Que las fogofas llaues apretafen,
Y ocupiendo los preſtos arcabuzes,
Las eſcondidas valas derribaron,
De la enemiga gente grande parte,
Mas poco les valio tan buen efecto,
Porque todos al punto ſe meſclaron,
Sin que pudiesſen darlos otra carga,
Y aſi la ſoldadeſca en tanto aprieto,
Qual fueren con fortuna los forçados,
Oygar ſobre los cabos rebentando,
Por no deſamarrarſe y deſſaſiſe,

De la nueva Mexico,

Y á fuerça de los puños y los braços,
Con rancos azezidos y gemidos,
Contra el rigor del mar soberbio arfando,
Embistten con las hondas y las rompen,
Con sobra de corage levantando,
Al Cielo espumas de agua assi oprimidos,
Los fuertes Españoles arrancaron,
Las valientes espadas rigurosas,
De las gallardas cintas en que estauan,
Y assi rebueltos, todos desabueltos,
Por medio la canalla se lançauan,
Desquartzizando á diestro y á siniestro,
Inormes cuerpos brauos y espantosos,
Con horribles heridas bien rasgadas,
Sangrientas cuchilladas desmedidas,
Profundas puntas, temerarios golpes,
Con que los vnos y otros bien mostrauan,
De sus heroicos braços raras prueuas,
En esto el brauo Témpal que corrido,
Estaua ya sin feso auergonçado,
De ver en Españoles tal esfuerço,
Al suelo se abajó por vn gran canto,
Y atras el pie derecho fue haciendo,
La espalda derribada y fue lançando,

El canto de manera que hundia,
Dexò la triste boca de Pereirò,
Y no bien vio los dientes derramados,
Quando sobre el balaio y regañando,
Pedazos la cabeça con vn leño,
Le hizo al miserable, y viendo todos,
Los cascòs que mezclados con los sesos;
Sangrientos se esparcieron por el suelo;
Al gran corage auna concibieron,
Que assi como la poluora de hecho,
Lebanta vn gran castillo y lo destroza,
Siembra y lo derrama por mil partes,
Assi la chusma baruara furiosa,
La Castellana fuerça fue embistiendo;
Por dieta la victoria alli cantando,
Quan bueno es el callar, y que importante,
Quando la dura guerra se platica,
Porque aunq̃ con gran fuerça pretendamos,
Se ygualen las palabras con las obras,
No son las nobles hechos tan tenido,
Quanto aquellos que sin parlar se acaban,
Todo esto digo por aquel furioso,
Capitan indiscreto, mal mirado,
Que por ganar gran fama blasonaua;

Que

De la nueva Mexico,
Que esta de todo punto ya rendido,
Atreastado, mudo, temeroso,
Suspenso, manso, palido, cobarde,
Y sin genero de armas en las manos,
La vil, bana cabeça descubierta,
Y escudando su timida persona,
Con el Maese de campo valeroso,
Que en la sangrienta guerra desdichada,
Un invencible Godo se mostrava,
Mas poco le turò el escudarse,
Que al fin le dieron muerte vergonzosa,
Pues sin que lastimasen su persona,
De las manos las armas le quitaron,
Y qual si fuera oveja miserable,
Asi tambien la vida le rindieron,
O soldados que al belico exercicio,
Soys con grande razon aficionados,
A advertid que es grandissima grandera,
No ser nada muy prodigos de lengua,
Y serlo por la espada es cosa noble,
Si con razon se ajusta y se compone,
Notad aquesta historia porque os juro,
Que si Dios nuestra causa no repara,
Como bondad inmensa poderosa,

Que

que fuera este hombre causa suficiente,
para que sin que cosa en pie quedara,
en aquel nueuo mundo y nueua Iglesia,
todo se destruyera y se assolara,
esto sin que viva anima pudiera,
salir á dar la nueua desdichada,
para no venir en tanta afrenta,
de las cosas con grandissimo cuidado,
siempre de notar el buen guerrero,
lo vn es que considere bien si manda,
y la otra si es de aquellos que obedecen,
mira qual de aquestos dos officios,
de es fuerça que exercite y que professe,
no permita quiebra ni se atreba,
a perder ni salir tan solo vn passo,
del termino que á cada qual se deue,
sabiendo siempre por opuesto y blanco,
al mismo poderoso Dios eterno,
de su alteza inmensa y soberana,
no estabien se gouierne por nosotros,
menos no es bien que gouernemos,
de magestad tan alta y leuantada,
porque se muy cierto que me entienden,
los que mandan, y aquellos que obedecē,

De la nueva Mexico,

Cada qual exercite con imperio,
La fuerza del oficio que tuuiere,
Y mande la cabeça poderosa,
Y obedezcan los bajos pies humildes,
Si quieren ver en todo buen gouierno,
Pero dexemos esto gran Monarca,
Que sale Pilco echando espumarajos,
Por la rabiosa boca desmedida,
Y vn gran baston en torno rebolviendo.
Bieve ciego de colera encendido,
Con sobra de corage amenaçando,
La leuantada frente de Biberio,
Cuya fuerza fue en alto reparando,
Cubriendo la cabeça con dos manos,
Junta la guarnicion con el adarga,
La rodilla derecha en tierra firme,
Todo el costado yzquierdo descubriendo.
Sobre cuios ocupado espacio,
Descargò el braço del ferrado leño,
Con tan violenta fuerza y gran pujança.
Que le quebrò la hiel dentro del cuerpo.
Haziendole pedazos las costillas,
Y á penas dio consigo el pobre en tierra.
Quando de lo mas alto de vna casa,

encima del pretil vna gran piedra,
de vna fiaca vieja rempujada,
a se vno aplomo de aznara,
e le hizo pedazos la cabeça,
ando al criste Español allí tendido,
qual el compañero que hemos dicho,
e escondidos sesos derramaos,
en fuertes voces todos leuantaron,
con vn tan horrible y brauo estruendo,
de los mas altos y encumbrados Cielos,
de vna y otra parte parecian,
de tristemente todos se rasgauan,
dexandose venir de todo punto,
rotos y destrozados para el suelo,
como todo andaua de rebuelta,
Popolco arremetio para Costilla,
de blato de nacion, y tan muchacho,
de armas nunca jamas ouia ceñido,
abriendole del vn hijar al otro,
todas las tripas le vertio en el suelo,
el misero muchacho lastimado,
que junto al cuerpo de Bivero estaua,
la daga le arrancó de la pretina,
qual suele imprimirse y estamparse,

De la nueva Mexico,

La figura del fello en blanda cera.
Asi imprimio la llaga a quel mulato,
En su mismo omicida de maneta,
Que en las rebueltas tripas tropeçando,
El vno con el otro muy rabiosos,
A los braços vinieron ya difuntos,
Y estando bien asidos y abraçados,
Por las terribles bocas sangrentadas,
Las inmortales almas vomitaron,
En esto Chontal baruaro arriscado,
Que acaso fue passando por do estaua,
El Alferez Zapata en yra ardiendo,
Con mil salbages brauos peleando,
Alçò el ferrado leño y en el yelmo,
Tan grã golpe le dio que estuuo en ^{partido}
De dar consigo en tierra casi muerto,
Y luego que algun tanto fue cobrado,
De verse assi tratado y ofendido,
No la braueza y furia desatada,
Del corajoso toro ya vencido,
Vertiendo gruesas bauas por vengarse,
Asi se vio jamas qual vimos todos,
Al Español furioso reboluiendo,
El hierro de la espada auergonçado;

obre el valiente baruaro atreuido,
embebendola toda casi ciego,
eys vezes la bañò, y tinta y rojas
acò de los costados poderosos,
ermiendo vn mar de sangre denegrada,
o el alma zozobrò, y assi rabiola,
alto de la vertiente sangrentada,
u bien el fuerte baruaro diluato,
n tierra dio consigo quando todos,
dando vn alarido arremetieron,
uera, muera diziendo, y assi juntos,
Que el soberuio mar, quando combate,
a levantada roca, y ella fuerte,
as poderosas aguas contrastando.
obresta queda siempre estable y firme,
si su grande esfuerço fue mostrando,
el Español gallardo en tal conflicto,
atapan furioso viendo aquesto,
on toda su quadrilla fue embistiendo,
tres solos fortissimos guerreros,
per ser la ventaja tan sobrada,
a pesar los fueron retirando,
a vn grimoso y gran despeñadero,
adonde les fue fuerça que prouasen,

De la nueva Mexico;

Los oprimidos Heroes afligidos,
El ultimo rigor y postrer trance,
Que pado la fortuna embravecido,
Dar á sus tristes cuerpos esforçados,
El primero de todos fue Camacho,
Detras del fuego se arrojò segura,
Y á la postrer aquel pobre de Ramirez,
Que todos de la mal segura cumbre,
Se fueron despeñando y lançando,
Culpando en vano, y sin ningun remedio
A su triste ventura y mala suerte.
Triste pues antes de llegar al suelo,
Muertos llegaron dando cien mil bores,
Por los mas crudos riscos levantados,
Poes como el valor de armas se encendió
Y el rigor de los dientes se apretase,
Escalante con Sebastian Rodriguez,
Mostrando la fineza de quilates,
De sus brazos gallardos corazones,
La mas cruenta refriega sustentaron,
Hasta que faltos de rigor y aliento,
Apedreados los dos nobles guerreiros,
Juntos al otro mundo se partieron,
El bueno de Araujo peleando,

Canto Veynte y dos. 195

on vn valiente baroano que quiso,
ortuna que estauieffen reuadados,
los poderosos lobos se mostraron,
vno contra el otro y se embistieron,
tan esforçadamente que ponian,
terror en solo verlos tan heridos,
de ambas partes tanto ensangrentados,
despues que vendieron bien sus vidas,
ninguna ventaja, o diferencia,
vendidos los dos brauos fenecieron,
neste con gran furia descargauan,
sobre el Maese de campo fieros golpes,
no triste progresso á nuevo canto,
rá bien ditiuir porque me faltan,
papeas para esereuir mi gran desdicha,
de dos camaradas y señores,
que por buena y gran suerte me cupieron,
en toda aquesta guerra trabajosa,
de su fuerza llora el vno, y con quebranto,
de otro mas en triste llanto.

De la nueva Mexico,

C A N T O
VEYNTE Y TRES.

*DONDE SE DIZEN LA MUERTE
del Maese de campo, y lo que despues suce-
dio, hasta llevar la nueva al
Gobernador.*



Enueuse el dolor, y el ronco a-
zento,
Con fambre dolor salga llori-
do,

La fiera y brava muerte lamentable,
De aquel varon heroico que rompiendo,
Por sus fumosas barueras esquadras,
Por la terrible espada poderosa,
Va mar de fresca sangre va beutiendo,
Tres largas horas con valor sostuvo,
Todo el enorme peso portentoso,
De la cruenta batalla el nuevo Marte,
Con tan sobrado animo y esfuerzo,
Como si de vn fino bronze fuera,

Canto Veynte y tres. 196

ues viêdo aq̃l mēbrado y fiero *Qualpo,*
la fineza del Español gallardo,
con sobrado corage fue à dos manos,
del arco las dos puntas encorbando,
para que con mayor violencia y fuerça,
la poderosa flecha se arrancase,
de la tirante cuerda belicosa,
así la despidio con tal braueza,
que rompiendole toda la escarcela,
atrabesada se quedò temblando,
por el derecho muslo bien asida,
que el Zaldívar reboluito furioso,
qual rabioso leon atrabesado,
del riguroso dardo que le claua,
el astuto montero que le sigue,
en su brazo vemos que se enciende,
el arma sacude, y embrabeze,
reboluito, levantando, y herizando,
el fiero crestón del alto cerro,
el redijoso cuello reboluiendo,
con roncós bramidos y gemidos,
fuerres vñas y dientes corajosos,
para todos arranca y se abalança,
No de otra suerte y traza la braueza,

De la nueva Mexico,

Del brauo Español crece y se levanta,
Haziendo vn bien tendido y ancho campo
Por doquiera que embiste y arremete,
Aqui derriba, tuile y estropca,
Alli huyendo del se acogen todos,
Qual vanda de palomas que esparcidas,
Huyendo del vilano van tendiendo,
Las alas por el ayre yuan buscando,
Los auigados nidos puerto libre,
Donde seguras puedan ampararse
Y libres de sus garras socorrerse,
Assi los Acomeles temerosos,
Apriessa se retiran y recogen,
Mas como lo violento no es perpetuo,
La gran braueza fue desfalleciendo,
Qual en vn fiero toro desfalleze,
Quando en estrecho cofo agarrochado,
Se ve por todas partes asfido,
Arroyado de sangre denegrada,
Ya falto de vigor, fuerza y aliento,
No menos el caudal brauo famoso,
De aquel brioso animo valiente,
Vino à menguar sus esforçadas fuerzas,
Que ya como atras queda referido,

obre el furioso golpes descargaban,
sico embistio con todos sus guerreros,
otacapan tambien fue descargando,
yudado de Amulco y Ezmicacio,
orumbo y Tempal fueron rebolviendo,
als todos se fueron ya mezclando,
on la popular tropa que embestia,
obre el brauo caudillo destroncado,
obrando en su flaqueza nuevos brios,
anto mas alentados y esforçados,
o tanto menos esfuerço y resistencia,
nieron en el pobre cauallero,
ondicion propria, y natural cosecha,
De torpes brutos, animos bestiales,
Enfayar su furor en vn renjido,
que en el sean sus golpes señalados,
agendose valientes y animosos,
o no si por alli no se dexara,
Macho mas descubierta la bageza,
De sus infames animos cobardes,
Pues siendo tan aprietta lastimado,
luego que por tres vezes ya perdido,
Dalla lo se cobro con nuevo esfuerço,
El animoso y fuerte combatiente,

De la nueva Mexico,

Haziendo en todas tres, por tres leones,
Tres bien desocupadas y anchas plaças,
Al fin con gran cuidado fue bajando,
De aquel Zutacapan la fiera maça,
Con tan valiente fuerça que asentada,
Sobre las altas sienes del Zaldiuar,
Alli rendido le dexò entregado,
Al reposo mortal y largo sueño,
Que á todos nos es fuerça le durmamos,
O vida miserable de mortales,
Sugera á mil millones de miserias,
Peligros, desbenturas, y desastres,
Naufragios, y otros tristes accidentes,
De miseros subcellos que notamos,
Aquellos que aunque libres los sentidos,
Dios sabe si otra cosa nos aguarda,
De mas dolor, miseria, y mas quebranto,
Que aquellas que muy graues nos parecen
Pues viendo aquel guerrero alli rendido,
Como rabiosos perros lebantaron,
Un grande estruendo, haruazo confusso,
De aullidos y alaridos remerosos,
Y rempujandose desatinados,
Los vnos á los otros se estorbauan,

Por solo ensangrentar las fieras armas,
Que cada qual mandaua y gouernaua,
En la inocente sangre del Christiano,
Tantos golpes fueron descargando,
Qual suelen los herreros quando en torno,
Simiendo junto al yunque van bajando,
Los poderosos machos, y a porfia,
Asientan con esfuerço mayor golpe,
Tantos sobre el dieron y cargaron,
Quantos sobre aquel noble de Anaxarco;
Quando por vista de ojos vio molerse,
En vn grande mortero bien fornido,
Don le en lastimosa y tierna pasta,
La carne con los guesfos le dexaron,
Viendo al Maese de campo ya rendido,
El valiente Zapara, y Iuan de Olague,
El gran Leon, y fuerte Cauanillas,
Y aquel Pedro Robledo el animoso,
Quendo como buenos señalado,
Sus imbenzibles braços no domados,
Resistiendo à la turba que cargaua,
Se sacaron à gran priessa retirando,
Hasta llegar à vn salto leuantado,
De mas de cien estados descubiertos,

De la nueva Mexico,

De donde todos cinco se lançaron,
Por milagro las vidas escapando,
Excepto el miserable de Robledo,
Que derramados los bulientes sesos,
Por las peñas bajò sin ambos ojos,
Y como Sosa y Tabora con priessa,
Y con ellos Antonio Sariñana,
Se fueron á buen tiempo retirando,
Libres y sin zozobra descendieron,
Al llano de la cumbre levantada,
Donde el Alferrez Casas quedó en guarda,
De la importante y fuerte cavallada,
El qual fue recogiendo á grande priessa,
Aquellos quatro amigos despeñados,
Que casi muertos los halló molidos,
Sin genero de pulso ni sentido,
Con los quales salio sin detenerse,
Al puerto y vando amigo que dejaron,
Donde los recibieron con gran llanto,
Y despues que curaron los heridos,
Acordaron que Tabora salielle,
A dar al General la criste nueva,
Y luego despacharon por la posta,
Por todas las Prouincias comarcanas,

orque à los Religiosos descuidados,
Igual tropa no les embistiese,
à todos sin las vidas los dexasen,
para obiar tan grande incombiniente,
todos escriuieron y auisaron,
Que à mas andar se fuesen recogiendo,
Al Real de san Iuan con toda priessa,
Donde ya con ligero y presto buelo,
La vil parlera fama àya llegado,
Con la infelix nueua desdichada,
Alli luego el Sargento descuidado,
De nueua tan atroz quedó suspenso,
Los braços en el pecho bien cruzados,
Y teniendo el aliento por buen raro,
Con profundos gemidos fue vertiendo,
Yna gran lluvia con que fue apagando,
Las brasas en que su alma se abrasaua,
De vn tan grande perdida encendida,
Y despues que sus ojos fatigados,
Vieron vn gran golfo ya vertido,
Todo lo mas que pudo fue sufriendo,
Por no desconsolar à las mugeres,
Que en viuos gritos todas se encendian,
Y así como leonas que bramando,

De la nueva Mexico,

Sus muertos cachorrillos rezucitan,
No menos dando vozos pretendian,
Dar vida á sus difuntos malogrados,
Y cada qual sintiendo su desdicha,
Gritos á sus maridos estan dando,
Y otras al dulce hijo y caro hermano,
Otras al bien hechor y deudo amado,
Con tanto sentimiento que ya el pueblo,
Con lastimoso llanto se hundia,
De las pobres señoras que melaban,
Las hebras de oro fino que tenian,
Y con sus blancas manos azoraban,
Las rosadas mejillas de sus rostros,
Con vno y otro golpe que se dauan,
Haziendo tanta confusion y estruendo,
Como quando con furia y con braueza
El poderoso mar resurte y vate,
En las concabas rocas y peñascos,
Que contra su gran fuerza se anteponen,
Vista tan gran desdicha y desbentura,
Reprimiendo el Sargento como pado,
Del sexo femeníl el tierno llanto,
Sacando algunas fuerzas de flaqueza,
Bien lastimado, triste, y afligido,

andó por los difuntos se hiziesſen,
las tristes obsequias funerales,
en este medio tiempo y coiuntura,
legó el Capitan Tabora diziendo,
no auer podido dar con el camino,
el rastro, que el Governador lleuaua,
y esto el recado con que auia venido,
y en mas acuerdo se mandó que Casas,
que Francisco Sanchez el Caudillo,
Francisco Vazquez, y Manuel Francisco,
soldados de valor, y de verguença,
saliesſen con grandissima presteza,
y la nueva al Governador lleuasen,
y apenas se les dixo quando luego,
con sus cauallos bien encubertados,
marchando juntos con valor salieron,
rompiendo por mil dificultades,
que los haruaros siempre les pusieron,
y no poder ofender á sus personas,
y aunque algunos cauallos les mataron,
y sin con buena y presta diligencia,
llegaron estos quatro valerosos,
al mismo assiento, puesto y estalage,
y donde en mi gran trabajo riguroso,

De la nueva Mexico,

Fuy por mi buena suerte socorrido,
Pues viniendo el Governador al puesto,
De aquella triste nueva descuidado,
Marchando con grandissimo contento,
Con acuerdo de hazer alli jornada,
Y de hospedarfe en Acoma otro dia,
Autendo prevenido grandes fiestas,
Para quando el Real se descubriese,
Y otras para despues que dentro entrasen,
Estando como digo prevenido,
Y todo con acuerdo platicado,
Llegaron los amigos sin consuelo,
Muy tristes, cabizbajos, y llorosos,
Y antes que puedan dar la triste nueva,
Quiero tomar reposo si pudiere,
Si es que por mi desgracia y corta suerte,
He de boluer de nuevo á lamentarme,
Para mas afligirme y lastimarme.

A N T O

VEINTE Y QUATRO.

MOSE DIO LA NVEVA AL
Gobernador, y de lo que fue sucediendo,
hasta llegar á san Iuan de los
Cavalleros.



M A S que loca, incierta, debil,
y dudosa,
Esperança variable de los hom-
bres,

Los vanos y altiuos pensamientos,
que en mitad de la carrera vana,
quando con mas braueza la atropellan,
subito se vnde y zozobran,
como que en seguro y dulce puerto,
se dan de su barquillo tenue flaco,
quando fondo, aferrar la pobre amarra,
que como begigas muy hinchadas,
se con agua y jabor los niños tiernos,
al biano cañuco al ayre esparzen,

De la nueva Mexico,

Que quando mas viuosas y agradables,
En vn instante vemos desbanecen,
Tan sin rastro de aquello que mostraron,
Quel si nunca jamas ouiesse sido,
No menos Rey sublime y poderoso,
Todas las mas humanas esperanças,
Al fin como mortales desbanecen,
Y entonces se consumen y se acaban,
Quando dellas estamos mas asidos,
Mas prendados, mas firmes, y mas ciertos,
Y menos sospechosos de perderlas,
Cuya verdad nos muestra y manifiesta,
Aquelte claro exemplo que tenemos,
Pues auendonos puesto la fortuna,
En la mas alta cumbre de su rueda,
Teniendo ya pacifica la tierra,
Sin ver gota de sangre derramada,
Como nunca jamas se vio parada,
Auiendose mostrado favorable,
En enemiga buelta fue boluendo,
Dandonos quando menos entendimos,
De su mudable fue patente indicio,
Y assi llegaron juntos los amigos,
Y dando al General la triste nueva,

Siendo Casas de vista buen testigo,
Para mayor dolor y sentimiento,
Del desastrado caso que contava,
Cuyo progreso apenas fue acabando,
Quando se derribò de su cavallo,
Que encubertado todo le traia,
Y por sus ojos lagrimas vertiendo,
Y el rostro para el Cielo levantando,
Hincadas las rodillas por el suelo,
Puestas las manos todo demudado,
Ahi esforçò la boz desalentada,
Hablando á Dios el triste cauallero,
Gran señor si la pobre nauezilla,
Que aquel grande piloto de tu Iglesia,
Quiso y tuuo por bien de encomendarme,
La tienes ya por mi aborrecida,
Si por mis graues culpas no merece,
Que des tu mano santa generosa,
Por esta vez suplico la perdones,
Y no permitas paguen inocentes,
La mucha grauedad de mis delictos,
Y si combiene todos zozobremos,
A tu voluntad santa poderosa,
Estor aqui supgero y muy rendido,

De la nueva Mexico,

Mas pues llegado avemos á estas tierras,
Suplicote señor que nos aguarde,
Suspendiendo el rigor de tu justicia,
Y el grande y grave azote que descarga,
Y serenando nuestras pobres almas,
Gozeinos del valor de tu clemencia,
Con estas y otras cosas lamentables,
Alçandose del suelo sollozando,
Tomò el cauallo bien enternecido,
Y así como llegamos al parage,
Solo á su tienda quiso recogerse,
Hincado de rodillas, y en las manos,
Vna Cruz pobre, hecha de dos trozos,
Ambos con su corteza mal labrados,
Que á falta de otros me mandò buscar,
Y que á su tienda luego los traxesse,
Donde passò la triste y larga noche,
Gimiendo amargamente y suplicando,
A Dios nuestro Señor le diese esfuerço,
Para poder llevar tan gran trabajo,
Y luego que la luz entrò rompiendo,
De la obscura niebla el negro manto,
Mandò que me llamasen y dixessen,
Juntos los compañeros le llevase,

Y estar

Y estando auna todos recogidos,
Y sin consuelo lagrimas vertiendo,
Salta del pabellon todo cubierto,
De funebre dolor, manso lloroso,
Los ojos hechos carne y viua sangre,
Hinchados, tristes, tiernos, mal enjutos,
Descolorido todo y trasnochado,
Y affligido apretandose las manos,
Estando alli parado por buen rato,
Asi como del aspero tomillo,
Acedo y defabrido vemos saca,
Miel para el panal la cauta auexa,
Y della se socorre y faborece,
Quando los tiempos cargan mas sin jugo,
Asi el Governador á sus soldados,
Desconsolados tristes, y affligidos,
Queriendo por tres vezes esforçarse,
A decir su razon quedó suspenso,
Con todas las palabras atoradas,
A la pobre garganta y tierno pecho,
Y luego que el tormento fue aslojando,
Apenas tanto la cuerda que apretava,
Dexandole alentar con mas sosiego,
Asi habló á los flacos coraçones,

De la nueva Mexico,

Señores compañeros sabe el Cielo,
Que me lastima el alma verlos todos,
De consolados, guerdanos, y tristes,
Viendo la gran columna que nos falta,
En el Maese de campo ya difunto,
Y en los demas amigos valerosos,
Cuyas vidas sin par y sin medida,
Sirviendo à las dos grandes magestades,
Sabemos fenecieron y acabaron,
La pobre carne ha hecho ya su oficio,
Y así será razón tambien que el alma,
Profiga con el suyo pues es justo,
Que en todo tiempo vaya por delante,
No siento aqui varon que no se precie,
De soldado de Christo verdadero,
Pues como tal su sangre. Cruz y muerte.
Vrae a comunicar con grande estuorço,
Por todas estas baruaras naciones,
Se dezir que no tiene todo el campo,
Soldadesca, y exercito de Christo,
Vn tan solo soldado en su estandarte,
Que segun tuuo cada qual las fuerças,
No fue ille fuertemente molestad,
Y rigurosamente combatido,

Dexo todos aquellos que oyeron,
Y que por vista de ojos se hallaron,
A vn millon de desastres prodigiosos,
Con que quedaron todos lastimados,
Y assi como nosotros afligidos,
Dezidme los demas por donde fueron,
Y qual fue la derrota que llevaron,
Los vnos vivos fueron enterrados,
Y tambien aserrados otros vivos,
A otros desollaron el pellejo,
Desorientados otros acabaron,
Y ahogados de cruel tenaza viva,
Yna gran suma dellos fenecieron,
Otros crucificados y azotados,
Desquartizados otros valerosos,
Quanto mas esforçados y estimados,
Quanto mayor martirio padezieron,
Pues que teneys espiritu de Christo,
Señores compañeros lleuan muertes,
Carguen trabajos, vengán aficciones,
Porque el que de nosotros mas sabriere,
Mas triunfo, mas alteza, mas trofeo,
La verdad infalible que le aguarda,
Pues esto es assi, varones nobles,

De la nueva Mexico,

Deseche cada qual la vil tristeza,
Y á Dios lebante el alma y no desmaye,
En quien sin duda alguna espero y fio,
Que si con veras todos le seguimos,
Que con veras y por su misma mano,
Aucmos de ser todos consolados,
Y luego que el Governador prudente,
Acabó con su platica, parece,
Que qual marchito campo que se alegra
Y brota, crece, sube, y se levanta,
Con fuerça de las aguas que derraman,
Las poderosas nuues á su tiempo,
Que así todos se fueron consolando,
Sacudiendo de si el disconsuelo,
Y dolor melancolico pesado,
Con que sus almas tristes lastimauan,
Viendo á su General con tanto pecho,
Esforçado, animado, y alentado,
El qual luego empezo á ponerlo todo,
En buen concierto y orden. por si acaso
A nosotros los baruaros saliesfen,
Y así determinò Tomas entrarse,
Como de aquella tierra buen piloto,
Y lengua de los Indios naturales,

dar auiso á todos los amigos,
que alli golosos del metal sabroso,
descubrir las grandes minas fueron,
para que derrotados se boluiesen,
San Juan con grandissimo recato,
de cuiu esquadra quiso adelantarse,
Capitan Farfan en compañía,
el Capitan Quesada, porque juntos,
salieron con la nueua de las vetas,
segun que atras lo auemos ya contado,
hecha esta preuencion, que fue importãte,
cose todo el campo, y fue marchando,
deuando en la banguardia gran cuidado,
de cuerpo de batalla, y retaguardia,
por que todo fuess: mas seguro,
y geros corredores despachaua,
que tierra descubriessen y abisasen,
de qualquiera subcesso que importase,
como siempre vemos que aborrecen,
la belleza del Sol los mal hechores,
de libres de traicion y de encubierta,
de noche á punto todos nos velamos,
con cuidado las postas desembuelto,
grandes centinelas bien partidas,

De la nueva Mexico,

Con que al quarto del alua juntos todos,
Continuamente siempre nos hallamos,
Vigilantes y bien apercebidos,
Y con este orden fuimos á alojarnos,
Fatigados de sed a vna cañada,
Por cuias peñas fuimos recogiendo,
Cierta parte de nieue retirada,
Donde el rigor del Sol no pudo enrrarlo,
A questa con el fuego regalamos,
Puesta en los hielmos cascos y zeladas,
Y al fin hizimos razonable aguage,
Con que nuestra gran sed satisfizimos,
Y aquel que no desamparò los suyos,
Qual verdadera senda fue guiando,
Nuestros cansados passos de manera,
Que llegó a saluamento todo el campo,
Muy cerca de san Ioan adonde estaua,
El Sargento bien triste y cuidadoso,
Porque nunca jamas auia tenido,
De todo nuestro campo nueva alguna,
Viendo el Governador quan cerca estaua,
Mandò salir al niño don Christoual,
Para que de su parte visitase,
Al Sargento mayor por su persona,

Y por

Y porque su edad tierna no le daua,
Lugar a lo que el Padre pretendia,
Para que aquesta falta se supliese,
Y que por el vbieffe quien hablase,
Encomendose toda aquesta causa,
Al Capitan Quesada, y juntamente,
Que fuesse yo con el al mismo efecto,
Mandonos que con veras se pidiesse,
A todos los amigos que escusasen,
De salir al camino a recibirle,
Porque feria ocasion de lastimarle,
Mas de lo que el venia, aunque esforçando,
A todos los del campo fatigado,
Tambien nos encargò que con cuidado,
Viessemos de su parte a las biudas,
Y a todos los demas que perdidosos,
Quiesen por desastre, o mala suerte,
De la desdicha de Acoma salido,
Y a todos ofreciessemos con veras,
De su misma alma y vida todo el resto,
Porque con alma y vida procuraua,
Hazer en su consuelo tanto efecto,
Quanto era bien hiziesse por salvarse,
Llegamos pues a casa del Sargento,

De la nueva Mexico,

Cuya vista me puso en gran tristeza,
Porque de tres que juntos estuimos,
Dentro de aquel aluorgue descuidados,
Ya guerdanos los dos quedado auemos,
Aguardando encogidos nuestra suerte,
Dios sabe qual será, y tambien el quando,
Visitamos tambien à las biudas,
Y fue tal el dolor que en todas vimos,
Que assi como al Sargento no hablamos,
Menos à ellas palabra les diximos,
En esta fazon luego tras nosotros,
Llegó el Governador con todo el campo,
Y estando en su presencia todos juntos,
No se escapò garganta que añudada,
Enzobhada y suspensa no se viesse,
Ni ojos que allí no se quebrasen.
Rebentando de lagrimas copiosas,
Viendo al Governador que auia llegado,
Y sin que hombre razon allí dixesse,
Solo vbo abraços tiernos y apretados,
Criança de buena gorra y no otra cosa,
Y assi juntos al Templo le llevamos,
Donde tambien los santos Religiosos,
Sin dezirle palabra le abraçaron,

Canto Veynte y quatro. 207

Y rindiendo al inmenso Dios las gracias,
Por su buena venida le cantaron,
Te Deum laudamus, todos muy contritos,
Y acabado el officio todos fuimos,
Con el hasta su casa bien llorosos,
Y dexandole allí fue repartida,
La cuidadosa vela por sus quartos,
Y cada qual se fue qual nunca vaya,
Alarabe ni Moro á su posada,
Del consolado, triste y affligido,
En su confesso pecho rebolviendo,
Cien mil quimeras tristes lastimosas,
Y las zozobras grandes y trabajos,
Ordinarios que siempre nos cargauan,
El pesado delastre sucedido,
La soledad del campo sin su abrigo,
La tierra rebelada y alterada,
El pequeño socorro y gran peligro,
Nuestro ilaco partido y corta fuerza,
La enemiga pujança si quisiesse,
Profeguir en la rota comenzada,
Todas aquestas y otras muchas cosas,
Las lastimadas almas reboluian,
Dentro de sus aluergues alteradas,

De la nueva Mexico,

Y el General prudente que asistia,
Velando y no durmiendo en esta causa,
Y en cuyo osado y animoso pecho,
Los cuidados de todos se encerrauan,
Aguardando a la luz de la mañana,
Estaua el esforçado cavallero,
Y para ver el orden que ha trazado,
Pues viene ya rayando el claro dia,
Será razon que yo tambien me aguarde,
Y en advertirlo todo no me tarde,



C A N T O
VEYNTE Y CINCO.

COMO SE HIZO CABEZA DE
brocijo, contra los Indios de Acoma, y de los
pareceres que dieron los Religiosos, y de
la instruccion que se le dio al sargen-
to mayor, para que saliesse al
castigo de los dichos
Indios.



O bien la fresca Aurora entrò
rindiendo,
El encogido quarto, quando es-
taua,
El fuerte General sin desarmarse,
Estando con las velas, y ordenando,
En averse ya muerto el Secretario,
San Perez de Denis, va gran sujeto,
que siruio muy bien en esta entrada,
Dize de Juan Gutierrez Bocanegra,
Alcaide y Capitan, por ser muy diestro,

De la nueva Mexico,

Contra la gente de Acoma y su fuerza;
Cabeça de proceso, y esta hecchia,
Estando ya la causa sustanciada,
Antes de dar sentençia quiso dieffe,
El Padre Comissario y Religiosos,
Su voto cada qual sobre estas dudas,
Cuios escritos graues me parece,
Que sin mudar estio aqui se pongan,

*Caso que puso el Governador, pa-
ra que sobre el, dießen su pare-
cer los Padres Reli-
giosos.*

DON Iuan de Oñate, Governador y Capitan general, y Adelantado de las Prouincias de la nueva Mexico. Pregunta que se requiere, para la justificación de la guerra, y supuesto que es la guerra

justa, que podra hazerla persona q
hiziere, acerca de los vencidos, y
s vienes.

*Repuesta del Comissario, y
Religiosos.*



A pregunta propuesta, con
tiene dos puntos: el prime-
ro es, que se requiere para q
guerra sea justa. Al qual se respon-
de, que se requiere lo primero, auto-
ridad de Principe, que no reconozca
superior, como lo es el Pontifice Ro-
mano, el Emperador, y los Reyes de
Castilla, que gozan de preuilegio de
imperio, en no reconocer superior
temporal, y otros: assi ellos por
persona, o quien su poder ouiere,
para este efecto, porque persona par-

De la nueva Mexico,

ricular, no puede mouer guerra, pues se requiere combocar gēte para ella, que es acto de solo el Principe, y el puede pedit su justicia, ante su superior.

Lo segundo se requiere, que ay una justa causa para la sobredicha guerra, la qual es en vna de quatro maneras, o por defender á inocentes, que injustamente padecen, á cuiu defension estan los Principes obligados, siempre que pudieren, o por repetición de bienes, que injustamente les han tomado, o por castigar á delinquentes y culpados, contra sus leyes, si son sus subditos, o contra las de naturaleza, aunque no lo sean, y vltima y principalmente, por adquirir y conservar la paz, porque este es el fin principal á que se ordena la guerra.

Lo tercero se requiere, para la oimoda justificacion de la guerra, inf y recta intencion, en los que pelea, será justa, peleando por qualquiera de las quatro causas que acabamos de dezir, y no por ambicion de mandar, por vengança mortal, ni por codicia de los bienes agenos.

El segundo punto de la pregunta es, que podra hazer la persona que quiere la dicha justa guerra, de los vencidos y sus bienes. Al qual se responde que los dichos vencidos y sus bienes, quedan á merced del vencedor, en la forma y manera que requirre la causa justa que movio la guerra, porq̃ se de defension de inocentes, puede ceder hasta dexarlos libres, y ponerlos en saluo, y puede satisfazerles, o satisfazerse, de los daños que han

De la nueva Mexico,

padecido, y de los que han contraido en este hecho, á semejança de Moisés, en la defension del Hebreo, y el tratado del Egipcio.

Y si la causa de la guerra, fue repeticion de bienes, puede satisfacerse tanto por tanto, en la misma especie, o en su valor, en toda justicia, y si quiere usar de autoridad de ministro, del diuina justicia, y juez de la humana puede como tal ministro y juez, estender mas la mano, en los bienes del contrario, penando y castigando el delito, sin obligacion de restitucion, a semejança del juez que ahorca vnò, porque hurtò algunos maravedis, o Reales.

Si la causa de la guerra, es castigo de delinquentes, y culpados, ellos sus bienes, quedan á su voluntad

merced , conforme à las justas leyes de su Reyno , y Republica , si son sus subditos, y sino lo fuesen , los puede reducir à viuir conforme à la ley diuina, y natural, por todos los modos y medios que en justicia y razon le fuere visto conuenir, atropellando todos los inconuenientes que à esto se le pudiesen ofrecer, de qualquier modo que fuesen, siendo tales, que le pudiesen estoruar el justo efecto q̄ pretende.

Y finalméte si la causa de la guerra es, la paz vniuersal, o de su Reyno, y Republica , puede muy mas justamente bazer la sobredicha guerra, y destruir todos los incombinientes, q̄ estorsaren la sobredicha paz , hasta conseguirla con efecto , y cóseguida, no deue de guerrear mas , porque el

De la guerra Mexico,

acto de la guerra, no es acto de elección y voluntad, sino de justa ocasión y necesidad, y así deve requerir con la paz, antes que la empieze, si guerra por sola ella, y si tambien guerra por otras causas, de las ya dichas, puede repetir y tomar la deuida satisfacción á ellas, absteniendose de no dañiar á los inocentes, porque estos siempre son saluos, en todo derecho, pues no han cometido culpa: y abiteniendose todo lo que fuere posible, de muertes de hombres, lo vno porque es odiosísima á Dios, tanto, que de mana del justo David, por auer sido omicida, no quiso recibir Templo, ni morada. Lo segundo, por la manifiesta condenación, de cuerpo y alma, que en los contrarios que injustamente pelean con la muerte, se cauta de

los quales, pudiera auer muchos conuertidos, o justificados, andando el tiempo, si alli no morian, puesto caso que es assi verdad, que cessando la necesidad, o manifesto peligro, â muertes, o por ser imposible de otra manera la victoria, o por justa sentencia de luez competente, en tal caso, no es la culpa de los matadores, que como ministros de la diuina justicia, executan, sino de los muertos, que como culpados lo merecieron: y este es mi parecer, saluo otro mejor. Fray Alonso Martinez Comissario Apostolico.

Esto mismo sintieron, y firmaró, todos los demas Padres.

De la nueva Mexico,

CON cujos pareceres bien fundados,
En muchos textos, leyes, y lugares,
De la Escritura santa, luego quiso,
Viendo el Governador que concurrían,
Todas aquestas cosas en el caso,
Y dudas que así quiso proponerles,
Cerrar aquesta causa, y sentenciarla,
Mandando pregonar â sangre y fuego,
Contra la fuerza de Acoma la guerra,
Y por querer hazerla y ordenarla,
Por su propria persona y fenecerla,
Vbo sobre este acuerdo grandes cosas,
Muy largas de contar, mas por yr breve,
Alfin â fuerza grande de la Iglesia,
Y de todo el Real fue suspendida,
La voluntad precisa que tenia,
De salir en persona, y puso luego,
Sobre los fuertes hombros del Sargento
El peso y grauedad de aqueste hecho,
Para cuyo buen fin mandò saliesse,
Por su lugar teniente, y castigase,
A toda aquesta gente por las muertes,
Que dieron y causaron tan sin causa,
A vuestros Españoles ya difuntos,

De donde total quiebra se seguia,
De la vniversal paz que ya la tierra,
En si toda tenia y alcançaua,
Demas del gran peligro manifesto,
De tantos niños todos inocentes,
Tiernas donzeilas con sus pobres madres,
Sin los Predicadores y ministros,
De la doctrina santa, y fe de Christo,
Y libertad que todos alcançauan,
Con el fabor y amparo que tenian,
En su misma persona à cuto cargo,
Sera qualquier daño que vinieste,
Si aquestos alebostos se quedasen,
Sin la decida sanntenda que pedia,
Delictu tan inorme y tan pesado,
Por enia justa causa luego quiso,
Que à toda diligencia se aprestase,
Y pues su autoridad toda le daua,
Tomase en si la comission y dielso,
Recibo al Secretario del entrego,
Mandandole con esto que esto hase,
A todos los soldados lo primero,
Las ofensas de Dios, y que hiziesse,
Lleuando v. a. t. a. a. su dorrero,

De la nueva Mexico,

Fuesen los naturales bien tratados,
Por doquiera que fuesse, y que passase,
Y luego que la fuerza descubriese,
Notase con acuerdo sus asientos,
Entradas y salidas, y en la parte,
Que mas bien le estuviere que plantase,
La fuerza de los tiros y mosquetes,
Y en sus lugares puestos y ordenados,
Todos los Capitanes y soldados,
Por sus esquadras diestras prevenidos,
Sin que en manera alguna permitiese,
Ruido de arcabuzes ni otra cosa,
Con mucha suabidad alli llamase,
De paz aquella gente, pues avia,
Rendido la obediencia y entregasen,
Todos los mouedores que caularon,
El pasado motin, y que dexasen,
La fuerza del Peñol, y en un buen llano,
Seguro de que mal hazer pudiesen,
Asentasen su pueblo donde fuesen,
A solo predicarles los ministros,
Del Euangelio santo la doctrina,
Pues por solo este fin avian venido,
De tierras tan remotas y apartadas,

Y que

Y que los cuerpos, armas, y los vienes,
De los pobres difuntos entregasen,
Y si en aquesto todo se vinielle,
Que quemada la fuerza y abralada,
A los culpados presos los truxesse,
Y si rebeldes todos se mostrasen,
Y viesse se arrelgava y se ponía,
En condicion y punto de perderse,
Que mucho se abstuvielle, y que mirase,
Cosa tan importante y tan pesada,
Con muy maduro acuerdo y buen consejo
Y si favorecidos y amparados,
Fuessen de nuestro Dios, y la victoria,
Alli por vuestra España se cantase,
Que á todos juntos presos los truxesse
Sin que chico ni grande se escapase,
Y á los de edad entera que hiziesse,
En todos sin que nadie se escapase,
Un exemplar castigo de manera,
Que todos los demas con tal enmienda,
Quedasen para siempre escarmentados,
Y si despues de presos combinielle,
Hazer algun perdon, que se buscasen,
Todos los uedios, trazas, y caminos,

De la nueva Mexico,

De suerte que los Indios entendiesen,
Que aquel perdon que solo se alcançaua,
Por no mas que pedirlo el Religioso,
Que acerca deste caso intercediesse,
Porque no rases todos y advirtiesen,
Que eran personas graues y de estima,
Y à quien muy gran respeto se deuia,
Y porque bien en todo se acertase,
Del consejo de guerra mandò fueffen,
Y al Sargento mayor acompañasen,
El Contador y el Provedor Zubia,
Y Pablo de Aguilar, Parfan, y Marquez,
Y yo tambien con ellos quiso fueffe,
Porque con tales guias me adestrase.
En vuestro Real serbicio, y no estuuiesse,
Tan torpe como siempre me mostrava
En cosas de momento y de importancia,
Tambien mandò q̃ Juan Velarde hiziesse
Por ser sagaz, prudente, y auisado,
En todas nuestras juntas el oficio,
De Secretario fiel, pues por la pluma,
No menos era noble y bien mirado,
Que por la illustre espada que ceñia,
Despues de todo aquesto se nombraron,

Gerenta valerosos combatientes,
Coias grandiosas fuerças se aumentaron,
Mediante la destreza y el trabajo,
De Iuan Cortes, Alferex tan valiente,
Quanto muy diestro y pratico en las armas,
Que á fuerça de sus braços puso en punto,
Para poder romper sin que hiziesien,
Al combatiente falta en la refriega,
En que despues nos vimos y hallamos,
Coiá persona de continuo hizo,
Muy grande falta á todo vuestro campo,
Por la poca salud que siempre tuuo,
Mas aqui quiso el Cielo la tuuiesse,
Tan entera y cumplida que sin ella,
Tengo por impolsible que este hecho,
En ninguna manera se acabara,
Y porque largo trecho diuertido,
Estoy ya de los baruarios sospecho,
Que juntos en su fuerça van tratando,
De nueuo nuevas cosas yo de nueuo,
Para mejor notarlas y escreuir las,
En nueuo canto quiero proseguir las,

De la nueva Mexico,

C A N T O
VEINTE Y SEYS.

COMO LLEGO LA NVEVA DEL
Maese de Campo, á oydos de Gicombo, vno de
los Capitanes Acomeses, que ausente auia
estado, y de las diligencias que hi-
zo, juntando á los Indios, á
consejo, y discordia
que tuieren.



A cosa que mas duele, y mas lasti-
ma,
El alma, y la consume, es que le
imputen,
Quando está mas quieta y sossegada,
Culpa que nunca hizo, ni propuso,
Y este dolor y caso desastrado,
En si es tanto mas grave quanto tiene,
De peso y gravedad aquel exceso,
Con que quieten mancharla y desdorarla
Luego que succedio el caso triste,

Qu

Que en Acoma los baruaros hizieron,
No bien solas dos horas se passaron,
Quando Gicombo, vn baruario valiente,
Afable, gentilombre, y auisado,
Que treinta leguas de la fuerça estaua,
Por arte del demonio que no duermo,
Supo lo que passaua, y sin tardança,
Temiendo le imputasen tal delicto,
Por ser varon de cuenta, y estimado,
Por Capitan en esta misma fuerça,
Donde estaua casado con Luzcoija,
Vna famosa baruara gallarda,
Que por su gran belleza y trato noble,
Era reuerenciada y acatada,
De todo aqueste fuerte y sus contornos,
Por cuias justas causas, y otras muchas,
Que en su noble persona concurrían,
Altentado del hecho, y caso infame,
Mandó à Buzcoico luego se parriessé,
A los Apaches, que eran estrangeros,
De su nacion remotos y apartados,
Y à Bempol gran su amigo le llamasse,
Nacido y natural de aquella tierra,
Valiente por extremo y gran soldado,

De la nueva Mexico,

Y de su parte solo le dixesse,
Que dentro de seys soles conuenia,
En Acoma se viesse, sin que vbiesse,
En esto quiebra alguna ni tardança,
Porque tenia cosas muy pesadas,
Que tratarle y dezirle de importancia,
Y apenas las seys bueltas fue cerrando,
La poderosa lampara del Cielo,
Quando los dos guerreros animosos,
En Acoma se vieron, donde auna,
Fueron bien regalados y seruidos,
De la noble Luzcaija, y alli juntos,
Despues de auer tratado y conferido,
Por toda aquella noche el caso feo,
Determinaron que en abriendo el dia,
Los Capitanes todos se juntasen,
Que erao solos seys baruaros valientes,
Popépol, Chūpo, Calpo, y grā Buzcoico,
Ezmicaio, y Gicombo, a questo brauo,
Por cuyo ruego todos se juntaron,
Y assi como parece que derrama,
El sembrador el grano, y que lo arroja,
Perdido por el suelo assi al deseuido,
Hablando con la junta fue diziendo,

Varones poderosos bien os consta,
que aquel q̄ ofende es fuerça siépre traiga,
la barua sobre el hombro recatado,
de todo mal suceſſo y caſo triste,
bien veys que quien á honze Castellanos,
lizo ſin cauſa alguna ſe partiéſſen,
de aqueſta vida triste miſerable,
que puede ſer que á ſu peſar le fuerçen,
quando mas deſcuidado y mas ſeguro,
que tras de todos ellos vaya y ſiga,
la miſera derrota que lleuaron,
pues para que hueluan, no ay remedio,
que aquellos que de aqueſta vida parten,
no ſoy de parecer que con recato,
en lo hecho quereis aſſeguraros,
que nueſtros hijos todos y mugeres,
ſigan de aqueſte fuerte, y nos quedemos;
mas que los varones, entretanto,
que los Caſtillas dan indicio, o muestran,
corage que tienen y las fuerças,
que ponen en vengar á ſus amigos,
por cuya cauſa quise que viniéſſe,
Empol, y con noſotros ſe juntáſe,
que ſu parecer y voto diéſſe,

De la nueva Mexico,

Como quien en las armas siempre tuuo,
Lugar mas preminente, y mas en cosas,
Que son de tanto peso, y tanta estima,
Quales son estas donde tantas honrras,
Vemos que penden sin las muchas vidas,
Que es fuerça que peligren y se pierdan,
Si muy breue remedio no se aplica,
A mal tan peligroso, quanto el tiempo,
Dira si con presteza no se ataja,
Su misera dolencia conozida,
Y assi como frenetico que buelue,
Su saña contra el medico, y furioso,
Pretende deshazerlo y acabarlo,
Sin ver que se deshela, busca y traza,
Orden para curarle y darle sano,
Assi rabioso, fiero, y sin sentido,
Oyendo estas palabras desde afuera,
Zutacapan se fue luego acercando,
Con vna falsa risa y al desgaire,
Y dixo desta suerte con descuido,
Cierto que estoy corrido, y que me pesa,
Que para cosa tan cobarde y baja,
Ayentan brauos y altos Capitanes,
Iuntadosse à consejo, pues de fiere,

Que estan en esta ilustre y noble junta,
Qualquiera de los cinco generosos,
Que estoy por señalarlos con el dedo,
Es muy bastante amparo y suficiente,
Para poder en este puesto y fuerça,
Desbaratar à todo el vniverso,
Y destruirlo sin que quede cola,
Que no se le sugere y avallalle,
Ni Gicombo tanto miedo tiene,
Ni me se á la sombra desta maça,
Que aqui tendrá su vida bien segura,
Y escusara tambien que forasteros,
Vengan à defendernos y à dar voto,
Donde las fuerças y el consejo sobra,
Y mas entre soldados tan valientes,
Quanto cobardes todos los temores,
Con que vienen agora alebrastados,
Los dos guerreros con el brauo golpe;
Deyna sola piedra lastimados,
Desocuparon luego los asientos,
Y como prestos sacres embistieron,
Las palmas bien auiertas, y si presto,
Opempol, Chumpo, y Calpo, no bajarán,
La colera rebuelta, ya encendida,

De la nueva Mexico,

Alli Zutacapan de todo punto,
Quedara para siempre deshonrado,
Y buelto contra el, le dixo Bempol,
De quando aca te atreues, dime infame,
Hablar donde jamas nunca teuiste,
Manos para librar por fuerça de armas,
Lo que quieres librar por sola lengua,
Cotambo dixo en esto desembuelto,
No ay para que ninguno se auentaje,
Que solo aqueste brazo en esta fuerça,
Basta para tendir à todo el mundo,
Y pensar otra cosa es cobardia,
Infamia, y vil afrenta con que mancha,
El valor y grandeza que alcançamos,
Qual si fueramos dioses en lo alto,
Destos valientes muros poderosos,
Tras deste luego Tempal demudado,
Asi como escorpion rabioso y fiero,
De venenosa hierua apacentado,
Vibrando las tres lenguas desgarradas,
Y el espinazo todo leuantado,
Dixo ser gran bageza gouernasen,
Armas, todos aquellos que tuuiesen,
Temor sobre seguro tan notorio,

Qui brotan pedernales las centellas,
 Con golpes del azero y chispas viuas,
 Otros tambien sin estos apronaron,
 Este partido juntos, y dixeron,
 Ser pobres de valor y de verguença,
 Aquellos que temieffen ni pensasen,
 Puestos en aquel puesto les viniesse,
 El mal que á las Estrellas, cuia cumbre,
 No permite que cosa jamas llegue,
 Que pueda escurecerlas ni mancharlas,
 Oyendo aquesto el noble Zurancalpo,
 Asi qual diestro musico que abaja,
 La lebandada prima, y la afloja,
 La poderosa maça fue lançando,
 En medio de la junta, y fue diziendo,
 Si ser pudiera por valiente braço,
 A questa pobre patria defendida,
 Por este se que fuera libertada,
 Mas dezidme varones no vencidos,
 Quantos en alta cumbre entronizados,
 Con misera ruina auemos visto,
 Caer de sus assiènos lebandados,
 Quantos valientes, brauos, y animosos,
 Vemos de flacas fuerças consumidos.

De la nueva Mexico,

Quantas a las estrellas desclauadas,
De los grandiosos cielos poderosos,
En breue espacio vemos apagadas,
De que sirue señores que mi padre,
Con sola sombra de su maça haga,
Seguras nuestras vidas, y con esto,
Quieran otros tambien con solo vn brazo,
Derribar todo vn mundo y sugetarle,
Si puestos en las veras todos juntos,
Quales milanos tristes sin respeto,
Han de ser despreciados y arrastrados,
Qual veys aquella maça por el suelo,
Mada, cobarde, raca, y sin gouierno,
De mano belicosa que la mande,
Sin dexarle acabar al mismo instante,
Echando viuuo fuego por los ojos,
Salio diziendo Bempol corajoso,
No piense aqui ninguno que su esfuerço,
En tanto se estiende y se levanta,
Quanto el mas bajo poluo despreciado,
Porque hare que donde yo la planta,
A su pesar, sus viles ojos ponga,
Gicombo se arriescò con otros muchos,
Y este partido todos por las armas,

Quisieron defender, y porque el fuego,
No se encendiese mas, y se abrasasen,
Despues de auer passado con enojo,
Muchas grandes demandas y repuestas,
Desafiados tres a tres quedaron,
Gicombo y Zutacalpo, y el gran Bempol
Contra Zutacapan, Corumbo y Tempal,
Cayo bravo combate suspendieron,
Hasta alcanzar de España la victoria,
Por enia causa Amulco vn hechizero,
Que era por tal de todos estimado,
Asi como se exhala, asfoja y templea,
El encendido horno, destapando,
La concaua brauera asi templando,
La baruara canalla descompuesta,
Dixo muy bien sabeis nobles varones,
Que el futuro suceſſo que esperamos,
Por hado aduerso, o prospero, q̄ es fuerça,
Que yo le sepa, entienda, y le conozca,
Muy grandes tiempos antes que suceda,
Bien sabeis tambien que á mi los dioses,
En aplacar las armas dieron mano,
En alcedarlas siendo conueniente,
Esto es assi, porque querais en vano,

De la nueva Mexico,

Litigar estas cosas si esta en casa,
Quien con patente y claro desengaño,
Puede manifestaros todo aquello,
Que puede disgustaros, o agradaros,
Por cuija justa causa quiero luego,
Por quitaros de dudas y sospechas,
Consultar á los dioses, porque á todos,
Pueda desengañaros sin tardança,
Del bien, o mal que ya determinado,
Es fuerça que le tengan, y no dudo,
Daros alegres nuevas favorables,
Todos los Capitanes aprobaron,
Con el resto del pueblo aquel intento,
Y abiendo entrado en cerco confiado,
Aqueste bruto presago adiuino,
Estando todos juntos aguardando,
El prodigioso oraculo suspensos,
Como si en el horrible infierno brauo,
Vbiera estado, assi salio encendido,
Diziendoles á todos con enfado,
Que miedos son aquestos, que pantasma
Que sombras, que visiones aueys visto,
Dezidme valerosos Acomeses,
Y tu Gicombo, y Bempol esforçados,

Cuios grandiosos y altos coraçones,
Nunca jamas temieron como agora,
Veo que estays los dos defalentados,
Auenos puesto todos por ventura,
En ruido perpetuo al brauo Qualco,
Quando fue por espia, y le embiamos,
Al pueblo de san Iuan, que dizem ellos,
Ser de los Caalleros, no nos dixo,
Que en ciertos regozijos que tuieron,
Estos mismos Castillas que dezimos,
Que muy soberuios tiros se tiraron,
Los vnos á los otros, y no vido,
Caer ninguno dellos, donde todos,
Bien claro conozimos y entendimos,
No ser sus armas mas que solo asombro,
Altrepitu ruido, grima espantosa,
Y al fin todo alboroto, pues sus rayos,
Y asi quereis llamarlos, no hicieron,
Ninguno de todos los que andauan,
En medio de sus truenos paborosos,
Por solo esta razon dixo Gicombo,
Que no se lastimaron ni tocaron,
Con armas tan grimosas y espantosas,
Auenos de entender que como dioses.

De la nueva Mexico,

Que nada les ofende combatieron,
Y assi es muy justo todos les temamos,
Aqui Zutacapan replicò luego,
Yo quiero que con rayos muy ardientes,
Quales soberbios dioses nos arrojen,
Todos estos Castillas que tu temes,
Pero serà razon tambien me cuentes,
Por cada cien mil truenos, quantos rayos
Has visto que hã llegado a nuestros muros
Y si has visto alguno que destrozo,
Hizo aquel que mas pues vna arroba,
Iamas nos han meruido todos juntos,
De sus valientes riscos levantados,
Pues si el poder del Cielo no se estiende,
A mas de lo que oyes, porque tratas,
De vnos infames todos mas mortales,
Que aquellos que sin almas vemos dexar,
Los miserables cuerpos ya difuntos,
Ya se que son mortales dixo luego,
El valiente Gicombo reportado,
Pues por sola tu causa como tales,
Honze en aquesta fuerça fenecieron,
Y sabes tu tambien que no ay peñasco,
Ni fuerça tan soberuia en esta vida,

Que

que no pueda assolarse y abrafarse,
debajo de engaño y trato alebe,
queremos combatirla y derribarla,
oy bien estoy con esso, dixo Amulco,
as quando viene el bien es cosa justa,
que todos su grandeza conozcamos,
es tan cierto el Sol en darnos lumbrer,
quanto tenemos cierta la victoria,
alense luego puentes y piquemos,
todos los passadizos fin que cola,
uede para Castillas reserbada,
que desta vez auemos de assentarnos,
en el mas alto cuerno de la Luna,
a ti fuerte Gicombo yo te mando,
no obstante q̄ Luzcoija es may hermosa,
Doze donzellas bellas Castellanes,
seys al brano Bempol, porque buelua,
tan tal despojo honrrado a sus amigos,
deudos, patria, y parientes mas cercanos,
qui los dos auna replicaron,
or no dar de flaqueza mas sospecha,
armas nos han de dar y no mugeres,
auemos de auer premio en las batallas,
as porque no se entienda que queremos,

De la nueva Mexico,

Por miedo de la muerte aqui escusarnos,
De ver á los Castillas prometemos,
Por nos, y por los muchos que quisieran,
Sálirse deste puesto, y no aguardarlos,
De quedarnos aqui çon mas firmeza,
Que estan los altos montes quãdo aguarda
A quien los rompa, tale, y los abraçe,
Y porque ya la genie Castellana,
A priessa se dispone, quiero luego,
Disponerme señor, porque me es fuerça,
Venir con todos ellos á esta fuerça,



C A N T O
VEYNTE Y SIETE.

COMO SALIO EL EXERCITO
para el Peñol de Acoma, y de las cosas que
fueron sucediendo, y rebato que di-
ron en el pueblo de San
Juan.



VANDO con buena y pres-
ta diligencia,
La braueça del cancer no se a-
taja,

no es posible que el misero paciente,
scape con la vida, porque es cierto,
que la aya de rendir á tal dolencia,
es la atrocidad de los delictos,
y la justicia con rigor no los reprime,
tambien es imposible que gozemos,
de la gustosa paz en que huimos,
de esto dechado grande nos han dado,
aquellos brauos baruaros de Arauco,

Pues

De la nueva Mexico,

Pues por no mas de auerles dilatado,
El devido castigo à tales culpas,
Sin cuenta largos años son passados,
Que en efusion de sangre Castellana,
Sus omicidas armas no se han visto,
Enjutas, ni cansadas, de verterla,
Temiendo pues aquesto dando al arma;
El bravo General mandó tocar,
Los gallardos clarines levantados,
De los valientes soplos impelidos,
De los tromperas diestros q̄ en coloquios,
Respondiendo à los pifanos y cajas,
La fuerça de las armas encendian,
Y à los valientes pechos prouocauan,
Al rigor de los braços y los golpes,
Que en la cruenta batalla se executan,
Turbaronse con esto las provincias,
De las quales salieron con presteza,
A dar auiso todas las espías,
Pipiendo à los amigos socorriessen,
Y contra España juntos conjurasen,
A fuego y sangre guerra, y ia rompiessen,
Con cuiua fuerça luego fue creciendo,
En toda la libiana y moça gente,

Un animo y corage desmedido,
De baruara braueza desgarrada,
Los nuestros viendo a questo se cubrieron,
De fino azero, limpio, y anta doble,
Y dentro de las mallas sacudieron,
Los poderosos tercios y colgaron,
De los valientes hombros las adargas,
Las lanças empuñaron de dos hierros,
Las medias lunas otros aprellaron,
Y de los cauallos brauos animosos,
Las bridas y gineras compusieron,
Los bastos, los estribos, los aziones,
Los fustes, las coraças, los pretales,
Los frenos, con las riendas y azicates,
Los pechos, las hijadas, las testeras,
Y de los gruesos crudos correones,
Escorren y refuerçan las cuillas,
Cernen el poluorin y al Sol le ponen,
Y otros al serpentín la cuerda ajustan,
Aprestan las mochilas y las balas,
Y en fin no dexan cosa que les pueda,
Hazer alguna falta, o quiebra, puestos,
En la difícil prueua y estacada,
Y porque sin buen orden el soldado,

De la nueva Mexico,

No es mas que bruto cuerpo sin el alma;
El noble General les fue diziendo,
Que sin passion tomasen el delicto,
De la barbara gente, y que ninguno,
Fuese con solo blanco de vengarse,
Pues era cosa cierta que llamaua,
Vengança, á la vengança, y muerte á muerte.
Por cuius causa á todos encargaua,
Que solo se estendiessen y alargasen,
A la enseñança y correccion deuida,
De suerte que el delicto y no otra cosa,
Quedase castigado, y la justicia,
De todos amparada y socorrida,
Mediante cuios medios esperaua,
En Dios nuestro Señor, muy buen suceso.
Por cuias viuas llagas sangrentadas,
Assimismo pedia con el alma,
Que todos confellasen, pues la Iglesia,
En peligros tan graues y pesados,
Assi lo disponia, y lo mandaua,
Y que no permiticssen que ninguno,
Partiella desta vida, y que dexase,
Afrenta y sambenito tan infame,
Quanto penoso y triste para el pobre,

que contrasi tan gran maldad hiziesse,
benas lo vbo dicho quando todos,
baron como buenos sus conciencias,
omulgando despues deuotamente,
cepto vn desdichado que no quiso,
ar mas que sus amigos le apretaron,
asile dexo aqui que pues se oluida,
os que muto por el terna el cuidado,
imos pues marchando, y otro dia,
andò el Sargento luego me partiesse,
doze companeros y aprestase,
en el pueblo de Zia bastimentos,
no mas que para solas dos semanas,
sa que en esto otra cosa dispensase,
Porque mediante hambre pretendia,
mo pudieffemos hazer subieffen,
no mas alto del peñol soberuio,
uestros Españoles sin que vbieffe,
ra escapar la vida trabajosa,
medio ni esperança de otra cosa,
zelo pues así, y en tiempo breue,
ic vna boca estrecha fue affomando,
campo Castellano, no dos millas,
al soberuio Peñol jámas vencido,

De la nueva Mexico,

Nunca pilotos vieron viento en popa,
Despues de larga calma desabrida,
Mas alegre, contento, ni gustoso,
Que el que estos brauos baruatos tuuierõ,
De vernos ya tan cerca de sus manos,
Y luego que nos vieron levantaron,
Vna algazara y grita tan grimosa,
Que alli todo el infierno parecia,
Estaua con su fuerza rebramando,
Y assi marchando en orden nos llegamos
Al poderoso fuerte, el qual constaua,
De dos grandes peñoles levantados,
Mas de trecientos passos deuididos,
Los terribles asientos no domados,
Y estaua vn passaman del vno al otro,
De riscos tan soberuios que yguala uan,
Con las disformes cumbres nunca vistas,
Desde cujos asientos fue contando,
Zutácapan la gente que uenia,
En orden dando buelta à sus murallas,
Y viendo ser tan pocos dixo luego,
Con grande regozijo, no es posible,
Que dexen de ser locos todos estos,
Pues con tan cortas fuerzas han venido.

De la nueva Mexico,

Nunca pilotos vieron viento en popa,
Despues de larga calma desabrida,
Mas alegre, contento, ni gustoso,
Que el que estos bravos barcos tuviero
De vernos ya tan cerca de sus muros,
Y luego que nos vieron levantaron,
Vna algazara y gaita tan grimosa,
Que alli todo el infierno parecia,
Estaua con su fuerza rebramando,
Y assi marchando en orden nos llegamos
Al poderoso fuerte, el qual constaba,
De dos grandes peñoles levantados,
Mas de trecientos pasos deuididos,
Los terribles asientos no domados,
Y estaua vn passaman del vno al otro,
De riscos tan soberuios que ygualauan,
Con las disformes cumbres nunca vistas.
Desde cuyos asientos fue contando,
Zutácapan la gente que venia,
En orden dando buelta à sus murallas,
Y viendo ser tan pocos dixo luego,
Con grande regocijo, no es posible,
Que dexen de ser locos todos estos,
Pues con tan cortas fuerzas han venido

A meterse en peligro tan notorio,
Aqui dixo Gicombo rezeloso,
Bien se que para cuerdos son muy pocos,
Y muchos para locos, y esto es cierto,
Que jamas vido el mundo tantos locos,
Juntos, qual tu los hazes en vn pueblo,
Y pues las frentes todos enderezan,
A nuestras casias con tan poca gente,
Grande malterno tiene su venida,
Tas deito dixo luego Zorancalpo,
Bien os consta señores que estos vienen,
De muy remotas tierras, y que es fuerza,
Que en distancia tan larga ayan tenido,
Grandiosas ocasiones de disgustos,
Encuentros y batallas peligrosas,
Con cueros duros trances, pues que vienen,
Asi para nosotros yo no dudo,
Que dexan hechas grandes prueuas,
De sus soberuios braços poderosos,
Batayando la platica furiosa,
Dixo Zatacapan que le dexasen,
Con solos sus amigos que el queria,
En su favor y ayuda dar principio,
A gozar de aquel tiempo y coiuntura,

De la nueva Mexico,

Que su buena fortuna le ofrecia,
Y así falo bramando con su gente,
Qual jugando la maça y guuello leño,
Qual la soberuia galga despedida,
Dellebantado ríco, peñesco,
Qual tirzua la piedra, qual la flecha,
Qual de pintados mantos se adornaua,
Y de diuersas pieles y pellicos,
Otros tambien allí se enteregian,
Entre cuias libreas se mostraua,
Vna grandiosa fama nunca vista,
De baruaras bizarras, muy hermosas,
Las partes bergonçosas enseñando,
A vuestros Castellanos, confiadas,
De la victoria cierta que esperauan,
Tambien entre varones y mugeres,
Andauan muchos baruaros desuados,
Los torpes miembros todos descubie:
Tiznados y embujados de vnas rayas,
Tan espanables negras, y grimosas,
Qual si demonios brauos del infierno,
Fueran con sus melenas desgreñados,
Y colas arrastrando, y vnos cuernos,
Desmelurados guellos y crecidos,

Con cotas traies todos sin verguença,
 Se van como corcos por los rios,
 Haciendonos palabras bien infames,
 En todas estas cosas el Sargento,
 Como aquel gran David que las palabras,
 Sino de Semei, así sufriendo,
 La baruara canalla, mandò luego,
 Llamar al secretario Iuan Belarde,
 Y a Tomas el interprete ladino,
 En la baruara lengua, y Castellana,
 Para que les dixessen se bajasen,
 A dar razon y cuenta de las muertes,
 Que dieron y causaron tan sin culpa,
 A nuestros compañeros, y al momento,
 Que fue por todos ellos entendido,
 Con voz terrible y conca dixo luego,
 Cantapan soberbio y arrogante,
 De tempestad, que viento, que pujança,
 Ha traído pobres à las manos,
 Masadero triste de su estado,
 Que es fuerza q' toirais, no aueis verguēça,
 Quando os allegado à nuestros muros,
 Como que pretendais pedirnos cuenta,
 De las muertes de aquellos cotas vidas,

De la nueva Mexico,

Tuvimos qual tenemos de presente,
Las vuestras miserables desdichadas,
En esto todos juntos levantaron,
Las armas y las bozes en confusio,
Diziendo á q̄ aguardamos, mueran, muer
Mueran aquellos perros atrevidos,
Y no quede ninguno que no sea,
Hecho menudos quartos y pedazos.
Por nuestras mismas manos y cuchillos,
Viendo pues el Sargento su dureza,
Y pertinacia brava que mostravan,
Y que la luz del día derribada,
Estava al Occidente, mandò luego,
Asentar su Real en un buen puesto,
Donde las postas todas repartidas,
Me es fuerça que le dexé por contar,
Lo que esta misma noche fue passando,
El fuerte General allí en su asiento,
Donde dieron al arma con gran fuerça,
Los batuaros del pueblo temerosos,
De aquellos sus vezinos comarcanos,
Diziendo que venian con pujança,
A destruirlos todos y asolarlos,
Si ya no fue ruydo y trato alebe,

Que entre todas trataron y acordaron,
Mas como quiera que esto sucedieffe,
El pueblo, no constava ni tenia,
Mas que vna sola plaza bien quadrada,
Con quatro entradas solas, cuyos pueustos,
Despues de auerlos bien fortalecido,
Con tiros de campana y con mosquetes,
Mandò que el vno dellos le guardase,
El Capitan Moreno de la Rua,
Y Francisco Robledo, y Iuan de Salas,
Y aquel Esteuan noble hijo caro,
Del gran Carabajal á quien seguia,
Juan Perez de Bustillo, y el Alferez,
Iuan Cortes con Antonio Sariñana,
Y esta esquina quiso defendieffe,
El Capitan y Alcaide Bocanegra,
Y su hijo Gutierrez y Medina,
Don Iuan Escartamal, Ortiz, y Heredia,
Francisco Hernandez, Sosa, y dō Luis Gasco,
Y el otro pueusto tuuo con buen orden,
El Capitan Marcelo de Espinosa,
Con Geronimo Marquez y Iuan Diaz,
Pedro Hernandez, y Francisco Marquez,
Hermanos todos quatro, y con ellos,

De la nueva Mexico,

Bartolome Gonçalez, y Serrano,
Baltasar de Monçon, y los Barcelas,
Y Iuan de Caso, y Pedro de los Reyes,
Y el vltimo mandó que se encargase,
Al Capitan Ruyz, y al buen Cadimo,
A Gonçalo Hernandez, y al Alferrez,
Iuan de Leon, y Hernan Martin el moço,
Y el cuerpo de guardia, el Real Alferrez,
El General, y gente de su casa,
Antonio, Conte, Vido, Alonso Nuñez,
Christoual de Herrera, y Iuan de Herrera,
Brondate, Zezar, y Castillo, todos,
Muy bien apercebidos, y así juntos,
Alborotados todos con la grita,
Y confusso tropel de aquella gente,
Al arma dando todos con gran priessa,
Requirieron los puestos, y notaron,
Que estauan ya los altos de las casas,
Tomados y ocupados, y así luego,
El General à bozes mandò fuesen,
Algunos Capitanes, y mirasen,
Que gente fuesse aquella, y que distrito,
En aquel puesto, puesto los avia,
Mas luego doña Eufemia valerosa,

Hizo seguro el campo con las damas,
Que en el Real auia, y fue diciendo,
Que si mandaua el General hajasen,
Que ellas defenderian todo el pueblo,
Mas que sinq, que solas las dexasen,
Si allegar querian todo aquello,
Que todas ocupauan y tenian,
Con esto el General con mucho gusto,
Dandose el parabien de auer gozado,
Enembras vn valor de tanta estima,
Mandó que doña Eufemia se encargase,
De toda aquella cumbre, y assi todas,
Qual á la gran Martesia obedecian,
Las branas amazonas, assi juntas,
Largando por el ayre prestas valas,
Con gallardo donaire passeauan,
Los techos y terrados levantados,
Alin como mugeres, prendas caras,
De aquellos valerosos coraçones,
El Alferex Real, y Alonso Sanchez,
Zúñiga, y don Luys Gasco, y Diego Nuñez,
Pedro Sanchez, Montoi, Sofia Pereira,
Cuefada, Juan Moran, y Simon Perez,
Alonso de Archuleta, y Bocanegra,

De la nueva Mexico,

Carabajal, Romero, Alonso Lucas,
Y San Martin, Cordero, y el Caudillo,
Francisco Sanchez, y Francisco Hernãdez,
Monçon, y Alonso Gomez Montefinos,
Y Francisco Garcia con Bustillo,
Y la de aquel membrudo y fuerte Griego,
Que como gran gençaro valiente,
Alli muy bien mostró su brauo esfuerço,
Y visto los contrarios el recãto,
Auiso y preuencion que en todo auia,
Boluieron las espaldas sin mostrarse,
Y porque nos boluamos al Sargento,
Que cerca de la fuerça esta alojado,
Serà bien que paremos entretanto,
Que la obscura tiniebla pierde el manto,



C A N T O
VEINTE Y OCHO.

DE LAS COSAS QUE PASSARON
y sucedieron, antes de subir al Peñol,
y dificultades que pu-
sieron.



O las muestras, hazañas, no pro-
hezas,
De coraçones grandes, y hechos
brauos,

Quitatan los soldados si ganosos,
De verse y estimarse por valientes,
Arriesgan sus personas y las ponen,
En punto de perderse y deslustrarse,
Mas el valor, alteza, y excelencia,
De aquel que con esfuerço, y con prudècia
Emprende reportado vn hecho honrrado,
Y assi quando el esfuerço va y se pone,
En medio del peligro con recato,
Y aquellos requilitos que hemos dicho,

Y del

De la nueva Mexico,

Y del fable falir fin enpocharse,
No ay para que tratar si sus proezas,
Y altos heroicos, hechos hazañosos,
Fueron muy bien, o mal acometidos,
Mas quando esta perplejo, y muy dudoso,
Del fin de sus impressas, aqui cargan,
Las dudas y verguença de vn discreto,
Y honrrado Capitan, fuerte, valiente,
Cuios cuidados graues affigieron,
A todos los del campo fatigado,
Considerando bien la gran braueza,
Del poderoso fuerte, y enemigos,
Tan proterbos y altibos que abraçaua,
Y las grandes entradas y salidas,
Que para ganar honrra descubrian,
Y el aguage que estava de aquel puerto,
Muy largas cinco millas bien tendidas,
Y que agua de pie la fortaleza,
Tenia allí en la cumbre bien sobrada,
Y el poco bastimento, pues tassado,
Para no mas que solas dos semanas,
Me mandó que truxesse y no passase,
Vn punto mas de aquello que ordenaua,
Y con esto notaron que tenian,

Mas de para feys años los cercados,
Bastantes bastimentos recogidos,
Tenian todas estas, y otras cosas,
A todos los de acuerdo cuidadosos.
Y viendo demas desto que acordaua,
El Sargento mayor hazer de hecho,
Subir á escala vista á lo mas alto,
Del poderoso risco penascoso,
Temiendo se perdiessse todo el resto,
Algunos me pidieron que tratase,
Con el dicho Sargento que aduirriessse,
Aquello que intentaua, y no arresgase,
Cosa tan importante, y que pedia,
Acuerdo muy maduro, y muy pesado,
Porque en saliendo mal de aquel intento,
Era fuerza perderse y assolarse,
Y dandole razon de todo aquesto,
Y de otras muchas cosas que passamos,
Tomando mal aquello que propuse,
Sin mas considerar me dixo ay rado,
Yo trazate esta causa de manera,
Que mas no me repliquen estas dueñas,
Llamandonos assi á los de acuerdo,
Porque el determinaua con cuidado,

De la nueva Mexico,

Asegurar primero nuestras vidas,
Con cuio buen seguro sin rezelo,
Tambien asseguraua que ninguno,
Haria mas de aquello que el quisiere,
Y aunque es verdad que dixo todo aquesto
Por algun mal seguro no ignoraua,
Que venian con el illustres hombres,
Valientes y discretos, y animosos,
Y assi fue prosiguiendo, y dixo luego,
Aqui no ay que tratar, sino apliquemos,
Loš vltimos remedios, pues lo pide.
La dolencia que es vltima, y de todos,
Por tal desahuziada, y pues á oñados,
Es fuerça que fortuna favorezca,
Tenemos luego el vado pocos hombres
Para que á menos costa, y menos sangre,
Escapen con las vidas, y se bueluan,
Loš señores de acuerdo á su presidio,
Luego que aquesto dixo confiado,
Qual suele el leñador que al alto pino,
Con vno y otro golpe reforçado,
De la segur aguda lo estremece,
Hasta que á puros golpes ya vencido,
Temblando por la cima y por los lados,

En tierra da con el, y hecho rajas,
Alli lo ve á sus pies, así el Zaldívar,
Para traerlos todos á su gusto,
Al punto señaló doze guerreros,
Para que como tales se aprestasen,
A la escala vista todos emprendiesen,
La mas difícil cumbre levantada,
En esto aquellos baruaros contentos,
De ver los Castellanos tan vezinos,
Un grande vaile todos ordenaron,
A una opulenta cena regalada,
Donde Zutzacapan salto el primero,
De mantas regaladas adornado,
Yo menos que el salieron muy vizarros,
Cotumbo, y Tempal, llenos de alegría,
Tambien aquel Amulco, y grande Pilco,
Otros muchos con estos que mostrauan,
Un no pensado gusto reboçando,
De placer y contento jamas visto,
De ver los Españoles alojados,
Tan cerca de sus muros levantados,
Estando pues cenando todos juntos,
Para empeçar el vaile señalado,
Como quiera que siempre la fortuna,

De la nueva Mexico,

Aborrece los gustos y contenidos,
Que celebran lo que ella quiere darnos,
Temiendo Zutancalpo reboluiesse,
En enemiga vuelta la inconstante,
Y mal segura rueda prodigiosa,
De parecer de Bempol y Gicombo,
Entro con sus amigos demudado,
Y tendiendo la vista por aquellos,
Que con tan gran descuido alli cenauan,
Qual otro Scipion que al Campamigo,
No quiso permitirle tal exceso,
Quando á Numancia vino assi este job
Pareciendole mal aquellas fiestas,
A todos desta suerte les propuso,
Barones descuidados bien os consta,
Que para bien hablar en cosas justas,
Es á qualquiera edad muy permitido,
Que diga lo que siente, y le lastima,
Y assimismo sabeys que alcanza y tiene
La fuerça de razon en si mas alma,
Quanto por menos años se propone,
Aquello que es justicia y es derecho,
Y si á lo que yo agora propusiere,
No diere autoridad la fresca sangre,

Tomad señores todas mis palabras,
 Como de hijo que á su mismo padre,
 Repugna y contradize en lo que haze,
 Cui a desembaleura no se toma,
 Sino es herrando el padre, y arrastrando,
 La fuerza de razon por los cabellos,
 Ya se que es imposible reduziros,
 A la gustosa paz que pretendemos,
 Y siendo aquesto assi, dezidme agora,
 Por qual razon viuist tan descuidados,
 Teniendo al enemigo tan á pique,
 Quien vio jamas banquetes y libreas,
 Bailes y regozijos por aquellos,
 Que lastimosa guerra les aguarda,
 Mirad soldados nobles esforçados,
 Que estan ya los Castillas dentro en casa,
 Y aunque tengais muy cierta la victoria,
 Es justo no ignoreis de todo punto,
 Que della nace siempre nueva guerra,
 Apercebid las armas, reforzemos,
 Todas las partes flacas con presteza,
 Hazed luego reparos y empecemos,
 Apercebir ingenios y trincheas,
 pongamos luego postas no durmamos,

De la nueva Mexico,

Demos luego principio cordados,
A dar en que entender al enemigo,
Mirad que de centellas muy pequeñas,
Se fueien levantar muy grandes liamas,
Aqui Zutacapan algo riueño,
Colmado de contento dixo luego,
Diras à tus amigos Zutancalpo,
A Gicamho te digo, y al gran Bempol,
Que riñan sus pependencias con palabras,
De gran comedimiento y certesa,
Bajas las dos cabeças y los ojos,
En tierra bien clavados y los braços,
Suelos por los costados sin que cosa,
Ocupen con las manos que con esto,
No esperen que jamas les venga cosa,
Que pueda dar disgusto à sus personas,
Oyendo pues aquesto el noble joben,
Venciendo aquel disgusto con prudenc
Dejandolos à todos dio la buelta,
Y ellos empezaron luego el baile,
Y entraron tan briosos y gallardos,
Qual soelen los cauallos que rascando,
Los espumosos frenos van hiriendo,
Con las herradas manos levantadas,

Los duros empedrados, y así brauos,
Hollandose ligeros, mil pedazos,
Ganosos de arrancar se van haziendo,
Asi los branos baruaros soberuios,
Haziendo mil lindezas y saltando,
Hiriendo aquel peñasco á puros golpes,
De las valientes plantas que assentauan,
Y con fuerza de gritos y alaridos,
Un infernal clamor allí sobian,
Tan horrendo y grimoso que las almas,
De todos los dañados parecian,
Que allí su triste suerte lamentauan,
Este baile turò hasta que el Alua,
La misera tiniebla fue venciendo,
Y dando buelta al muro por lo alto,
Dixo Zutacapan en altas bozes,
Viendo que aya bien auierro el dia,
Que á que aguardan tanto los Castillas,
Que ya estauan cansados de aguardarlos,
Y lebantando todos grandes gritos,
Diziendonos palabras afrentosas,
A la batalla todos incitauan,
En esto vnòs cauallos se acercaron,
A vnòs charquillos de agua llouediza,

De la nueva Mexico,

Y estando allí bebiendo nos flecharon,
Algunos dellos, y otros nos mataron,
Mas no les salio el hecho tan barato,
Que al descuido, Cordero con Zapata,
Por orden del Sargento les salieron,
Y al Capitan Totolco su caudillo,
Del gran Gicombo, suegro regalado,
Y de Luzcoija padre muy querido,
Muerto le trujo à tierra el buen Zapata,
Siendo el primero que mostró el esfuerzo
Del Castellano vando helicoso,
En esto los demas se retiraron,
A muy gran prisa todos de aquel pueblo
Viendo pues el Zalduar tal socesso,
A consejo mandó que se juntásen,
Y estando juntos todos con cuidado,
Asi les fue diziendo reportado,
Quando todos partimos del presidio,
Discretos cavaleros no ignoramos,
Que supieron los batuaros, salimos,
A sola la vengança y el castigo,
De aquellos que este fuerte abraça y tien
Cuias balientes fuerças todos juntos,
Supimos y alcançamos no ser menos,

Canto Veynte y ocho. 235

Que agora se nos muestran y descubren,
y puestos en el puesto donde estamos,
Alçamos la mano y sin enmienda,
Dexassemos la causa comenzada,
Qual será aquel seguro que assegure,
Nuestras honrras y vidas si tal mancha,
Nuestros en Españoles los vezinos,
De todas estas tierras comarcanas,
por salir mejor de aqueste hecho,
nos pones por delante vuestro ceptro,
con omenage eterno obedecido,
la Española sangre no cansada,
que se fer siempre leal y los disgustos,
de tan prolijos tiempos padecidos,
nos pones asimismo á la memoria,
de aquel inmenso preuio y altas cruces,
con que señor honrrais los nobles pechos,
de aquellos valerosos que en las lides,
entre temor dudosos y esperança,
se juntaron como buenos de los hechos,
que así como valientes alcançaron,
por cuyas justas causas les dezia,
que pues por flacos medios pocas vezes,
grandes cosas se alcançan y consiguen.

Que

De la nueva Mexico,

Que á escala vista doze permitiessen,
Que aquestos muros juntos escalasen,
Que señalados todos los tenia,
Para cuió buen fin dixo afsimifmo,
Señores compañeros aduirtamos,
Que razonar vn grande cortesano,
Con vn vil, bronco, baruaro, grollero,
Y tratar con el cosas que no caben,
Mas que en vn limpio, claro y cultiuado,
Sagaz, discreto, y alto entendimiento,
Es querer que los pezes se apacienten,
Por los sutiles ayres delicados,
Y que los tierbos sueltos por el agua,
Con presuroso curso la atropellen,
Y así por esta causa soy de acuerdo,
Imitando si puedo en este hecho,
Al madrigado simple de tragedia,
Cuyo fingir taimado desembuelto,
Es como si otra cosa no encubrieste,
Que así cubierto todo y réboçado,
Será bien que yo hable aquestos Indios,
Diziendoles que quiero por la cumbre,
Mas alta del Peñol subir arriba,
Con todos los soldados de acuallo,

en cuyo trato doble deslambrados,
 endo que juntos todos emprendimos,
 difícil subida peligrosa,
 ra posible todos desamparen,
 os puestos, y al socorro partan luego,
 así los doze salgan señalados,
 ra escalar los muros levantados,
 que persona alguna los impida,
 es aprouando todos este acuerdo;
 in el sagaz Sargento, y junto al muro,
 ra verriente casi cien estados,
 e grimosa caída descubria,
 ando que les dixessen y auisasen,
 ue pues que no le daban cuenta alguna,
 e las muertes injustas que cansaron,
 ueltros compañeros, que el queria,
 r solo que supiessem y alcançasen,
 s fuerças y valor de los Castillas,
 or por aquel puesto y darles muerte,
 andolos á todos á cuchillo,
 porque no dixessen ni alegasen,
 ue no les auisaua, auia querido,
 nalarles el puesto y preuenirlos,
 así boluio las riendas, y al descuido,

De la nueva Mexico,

A todos los dexo con gran cuidado,
Y porque aqueste hecho mas se entienda
Ya tengo señor dicho y declarado,
Que estauan dos peñoles leuados,
Mas de trecientos pasos diuididos,
Los terribles asientos no domados,
Y estaua vn passaman del vno al otro,
De rocas tan soberbias que ygualauan,
Con las mas altas cumbres que tenian,
Entendido pues esto con secreto,
Dexò doze Españoles escondidos,
Al socaire de vn risco muy pegado,
Al primero peñol, y luego al punto,
Mandò quitar las tiendas de manera,
Que todos claro vieslen y notasen,
Que sin que Castellano alli quedase,
Al prometido hecho todos juntos,
Determinados yuan á matarlos,
Y assi partieron todos de arrancada,
Rasgando los costados poderosos,
De los brauos cauallos agitados,
Y viendo alli los baruaros que juntos,
Los Españoles yuan denodados,
A subir por el puesto señalado,

Canto Veynte y ocho. 237

Como barzanos todos luego al punto,
entiendo por verdad aquel engaño,
dexando sus asientos arrancaron,
defender el passo mas seguro,
Que toda aquella fuerça alli alcançaua,
En esto aquellos doze que escondidos,
Al socaire del risco auian quedado,
salieron con esfuerço acometiendo,
La fuerça del Peñol jamas vendido,
Segun vereis gran Rey si foys seruido.



C A N T O
VEYNTE Y NVEVE.

COMO LOS DOZE COMPAÑE-
ros escalaron el primer Peñol , y batalla que tu-
uieron con los Indios , y junta que tuvieron
para levantar por General à Gicom-
bo, y accetacion que hizo del car-
go, y condiciones que sacò
para exercerlo.



O S Á es parente, clara y mani-
fiesta,
Poderoso señor , si bien nota-
mos,

Que muchas vezes vemos se auentaja,
A toda discrecion, saber y auiso,
Va necio razonar, si con prudencia,
Sabe disimularse y proponerse,
Cuyo disfraz discreto vimos tuuo,
Aqui el sagaz Sargento, hastuco y cauto,
Porque viendo los baruaros que juntos,

Los Castellanos todos arrancaban,
 Al poderoso muro acometian,
 Que anima viviente no quedaba,
 Por todo nuestro asiento, cuyas tiendas,
 Para mas encubrirnos derribamos,
 Temiendo ser verdad aquel portento,
 De tropel todos juntos arrancaron,
 Defender el passo mas guardado,
 Que pado desfeate en todo el mundo,
 Siendo pues que dejauan despoblado,
 Al primero Peñol aquellos brauos,
 Fueron de tropel y á escala vista,
 Quales al rico passo acometian,
 Ligeros corredores así juntos,
 Los doze Castellanos arrancaron,
 Cuyos nombres es justo que se escriuã,
 Pues no piden sus obras que se callen,
 El Sargento mayor, y Leon de Casti.
 Marcos Cortes, Munuera, Antonio Hernã
 Tambien el Secretario luã Belarde, (dez
 Christoual Sanchez, y Christoual Lopez,
 Hernan Martin, Cordero, y aquel Pablo,
 Que dizen de Aguilar, y yo con ellos,
 Que así fue necessario, porque el colmo,

De la nueva Mexico,

No fuesse tan cumplido, y que mercase,
Pues como aquestos fuertes embistiesen,
El mas valiente muro, y lo escalasen,
Estaua el grã Gicombo, y Bempol juntos,
Y el viejo Chumpo, y noble Zutancalpo,
Con todos los amigos que las pazes,
Pidieron con instancia, y procuraron,
Por cuja causa á todos despreciaron,
Aquestos pobres baruaros perdidos,
Y assi sin hazer dellos cuenta alguna,
Como bruto animal sin mas sospecha,
Dexando aquel peñol desocupado,
Salio Zutacapan con todo el pueblo,
A defender la entrada á los Castillas,
Que estaua á solas aues reserbada,
Notando pues Gicombo que ocupauan,
El primero peñol los Castellanos,
Y que era fuerza alli los acabasen,
Por pensar que eran todos sus contrarios,
Mandò que Bempol luego arremetiese,
Con quatrocientos baruaros, y al punto,
Que todos embistieron, y á las doze,
La cumbre del peñol auian ganado,
Y luego al passaman acometieron,

Y en vn angosto estrecho todos juntos,
Las armas sangrentaron de manera,
Que si qual ellos yo me señalara,
El numero de doze dentro en Francia,
De todo punto es cierto se perdiera,
Y en este angosto estrecho se hallara,
Viendo pues el Sargento tal braveza,
En brazos tan valientes y esforçados,
Caualleros de Christo les dezia,
Oyes de san Vicente el santo dia,
Con cuió santo nombre soy honrrado,
Y en este heroico illustre y grande santo,
Espero valerosos Españoles,
Que anemos de salir de aqueste hecho,
Triunfando como brauos desta gente,
Idolazra perdida, vil infame,
Oyendo pues aquesto todos juntos,
Apretando los dientes lo portauan,
De flecha y piedra espesa tan gran lluvia,
Que pedazos a todos los hazian,
Hasta que el gran caudillo dio con Polco,
Vn baruario valiente en tierra muerta,
Con cuiá buena suerte el Secretario,
Marcos Cortes, Cordero, y Leõ de Isasti,
Con

De la nueva Mexico,

Con cada quatro balas despedidas,
De los prestos cañones derribaron,
Diez baruarios gallardos, y tres destos,
Otros catorze juntos despacharon,
El buen Christoual Sanchez con munera
Y Pablo de Aguilar, y antonio Hernade
Y aquel Hernan Mattin, al qual seguia,
El gran Christoual Lopez, à quien vino
De vna grande pedrada tan ayrado,
Que apenas en el suelo fue tendido,
Quando se puso en pie, y assi encendido,
Hizo tan gran destroz o que no aua,
Quien ya esperar offase su offadia,
En esto Antonio Hernandez Lusitano,
Ganoso de estimarse por valiente,
En sus soberbias fuerças confiado,
Tanto quiso meterse y arriscarse,
Que à palos y à pedradas, assi muerto,
Auiendo destrozado grandes cuerpos,
Fue por solo el Sargento socorrido,
Pues como Bempol viesse la braueza,
De aquel pequeño numero de espadas,
Arrastrando los cuerpos ya difuntos,
Y acuestas los heridos retirando,

Ocorro fue pidiendo, y luego en esto,
 Así como de Irlanda vn brauo perro,
 Con vna grande esquadra de guerreiros,
 Sicombo fue embistiendo, y Zutancalpo,
 Y viendo allí el Sargento que traia,
 Vn baruara gallardo aquel bestido,
 Del caro hermano muerto ensangrentado,
 Así como Iacob quedó suspenso,
 De ver la bestimenta tinta en sangre,
 De su Joseph querido y regalado,
 Así le vimos todos suspendido,
 Y luego que algun tanto fue cobrado,
 Poniendo en aquel baruaro los ojos,
 Para el arremetio con tal braueza,
 Qual suele vn brauo sacre arrebatado,
 Que de muy alta cumbre se abalança,
 Sobre la blanca garza, y de encuentro,
 La priua de sentido, y luego á pique,
 Hecha vn ouillo toda à tierra viene,
 Así de aquesta fuerte sin acuerdo,
 Para el se abalançò desatinado,
 Y tulliendo y matando, fue rompiendo,
 La baruara canalla reformada,
 Hasta que por mortaja aquella topa,

De la misma Mexico,

Quedo del miserable que en vn punto,
Dexò sin vida y alma alli difunto,
En esto el gran Gicombo desembuelto,
Furioso a todas partes rebuelto,
La baruara canalla alli alentando,
Con vno y otro grito, y fue embiftiendo,
Con todos sus soldados de manera,
Que la pequeña esquadra Castellana,
De todo punto rota alli quedara,
Si el Sargento mayor con gran presteza,
Pedazos de vn valazo no le haze,
Por lo alto del molledo el diestro brazo,
Con cuiu buena suerte venturosa,
Nunca se vio jamas que assi bramase,
Berriendo espumarajos por la lengua,
La braueza y fiereza declarada,
Del corajoso toro jarretado,
Que a todas partes vemos arremete,
La destroncada corba sacudiendo,
Los muy agudos cuernos lebantando,
Qual vimos a Gicombo embrauecido,
Por vna y otra parte rebentando,
De colera deshecha, y assi brauo,
Esforçando a los suyos les hazia,

Que de los prestos braços despidiessen,
De flecha, palo, y piedra, tal vertiente,
Qual vemos vn gran poluo, quando espeso
Los poderosos vientos nos derraman,
Y en el inter aquellos valerosos,
Que de falso embistieron al gran muro,
Apenas arrancaron quando luego,
De los cauallos presto se apearon,
Aquel Francisco Sanchez el Candillo,
Tras del Diego Robledo, y Simon Perez,
Guillen, y Catalan, Mallea, y Vega,
Tambien Martin Ramirez y Montero,
Ayarde, con Iuan Griego, y assi juntos,
Sacudiendo las crestas leuantadas,
De las brauas zeladas se apegaron,
Qual trepadora yedra al fuerte muro,
Y fingiendo escalarle soportauan,
De piedra desgalgada tal tormenta,
Que assi como se rompe el alto Cielo,
Con vno y otro trueno pavoroso,
con fuerça de rayos nos assombra,
Assi todos temiendo prohejauan,
Contra la gran tormenta jamas vista,
De cantos y peñascos que embiauan,

De la nueva Mexico,

Atonitos los baruaros confusos,
De ver en Castellanos tal prodigio,
Creyendo ser verdad que via el ciego,
Y que bolava el que alas no tenia,
Y para mas engaño desembueltos,
El poderoso muro acometian,
Los Capitanes, Marquez y Quesada,
El Contador Romero, y Iuan Piñero,
Tambien el prouehedor, y gran Zapata,
Parfan, y Cauanillas, cuios braços,
Apriessa espesas balas despedian,
Contra Zuracapan, Cotumbo, y Temp
Amulco, y gran Parguapo, y brauo Pala
Derribando del alto muchos dellos,
Que apique se venian sin el alma,
Que en la cumbre dexauan con la fuerza
De los gallardos braços ayudados,
De Iuan Medel, Ribera, y de Naranjo,
Francisco de Ledesma, y de Carrera,
Iuan de Pedraça, Olague, y de Zumaia,
Francisco Vazquez, y Manuel Francisco
Marcos Garcia, y Pedro de los Reyes,
Y á bueltas Pedro Sanchez Damiero,
Simon de Paz, Iuã Lopez, y Andres Per

Canto Veynte y nueue. 242

Pero Sanchez, Monroi, tambien Villalua,
Francisco Martin, y aquel Alonso,
Que del Rio llamamos, cuias aguas,
muchos anegando zozobrauan,
el Alferez Bañuelos rodeando,
el poderoso muro, yua blandiendo,
na terrible lança de dos hierros,
tras del el fuerte braço lebantaua,
en vn cauallo bayo remendado,
de blancas manchas todo bien manchado,
quel gallardo Inojos, mal sufrido,
arabajal, y Casas reportado,
tambien Alonso Gomez Montefinos,
la fuerça de las armas fue sufriendo,
hasta que ya la noche fue tendiendo,
la lobrega tiniebla con que todos,
suspendiendo la colera encendida,
las armas reposaron fatigadas,
encargando el Sargento cuidadoso,
la fuerça de aquel alto ya ganado,
a Pablo de Aguilar, y a Leon de Isasti,
quien Villauiciosa y otros buenos,
tambien acompañaron como brauos,
Sargento mayor bajò y en peso,

De la nueva Mexico,

Rondò toda la noche, y porque estauan,
Dos muy profundas çanjas que partian,
El alto passaman que auian ganado,
Para poder passar las mandò presto,
Que vn buen madero luego se subiesse,
Y haziendose assi sin que quedase,
Mas que aquel pertinaz que auemos dicho,
Todos se confesaron, y en rompiendo,
La luz de la mañana comulgaron,
Y viendo aquellos barbaros las muertes,
Y estrago desgraciado, y que vencidos,
Y uan de hecho ya y destrozados,
A consejo llamaron, y assi juntos,
Notaron que Gicombo y Zutancalpo,
Y el valeroso Bempol no venian,
Por cuiu causa juntos acordaron,
Que Mencal fuesse luego y los llamase,
Por ser de todos tres muy grande amigo,
Y saliendo al efecto vio que estaua,
La pobre de Luzcoija lamentando,
El destroncado brazo de su amigo,
A quien con alma y vida le rogaua,
Que mas á la batalla no boluiesse,
Pero guerfana sin el alli quedaua,

En esto llegó Meneal, y de parte,
De toda aquella junta les propuso,
Que á todos los llamauan, y que fuesen,
Pues sin ellos el fuerte malparado,
Ira fuerça perderse y acabarse,
Y al fin supo tambien encarecerlo,
Que fue Bempol con el y Zutancalpo,
Sin que posible fuesse que Gicombo,
Con ellos se hallase, y por si acaso,
Boluiesen a llamarlo, no le viesse,
A Bempol le auisò se retirara,
A cierta parte oculta de aquel risco,
Donde los aguardaua si boluiesse,
Y partiendo los dos para la junta,
Viendo que allí Gicombo no venia,
Con grande instancia juntos les pidieron,
Que luego le truxessen, pues que via,
Que sin el era fuerça que aquel fuerte,
Quedase para siempre deshonrrado,
Y diciendo con esto otras razones,
Con que les obligaron, luego fueron,
Al retirado puesto donde estava,
Y tanto le dixeron, que les dixo,
Por vosotros yre, y nunca fuera,

De la nueva Mexico,

Si así los dioses juntos lo mandaran,
Y diziendo á Luzcoija se quedase,
Y en aquel puesto sola se estuoieste,
En lastimosas lagrimas deshecha,
Alli le respondió toda turbada,
Si el Sol mil vezes sale y se me esconde,
Y las altas Estrellas otras tantas,
Viniere y ausentaren sus antorchas,
No faltare señor aunque yo muera,
Del solitario puesto es que me dejas,
Y dejandola alli llegó á la janta,
Y así como le vieron con cuidado,
Luego Zutacapan en pie se puso,
Y dixo: bien será varones nobles,
Que antes que cosa alguna se proponga,
Que sea de Gicombo remediado,
El poderoso brazo mal herido,
Oyendo pues a questo, dixo luego,
Yo tuuiera mi brazo remediado,
Si como de enemigo yo tomara,
El primero consejo que me diste,
Diziendo que á la sombra de tu maça,
Tendria yo mi vida bien segura,
Mas dexemos a questo por agora,

Que pide mas respuesta lo que callo,
E parnos que mandais agora juntos,
Que quiso tan mal aconsejaros,
Quando dixé ser bien que à los Castillas,
En ninguna manera se aguardasen,
Por cuiu causa luego replicaron,
Por sola esta razon queremos todôs,
Agerar nuestras vidas y rendirlas,
No mas que tu gusto, y desde luego,
Por General de todos te nombramos,
Todos como à tal te obedecemos,
Despues que passaron grandes cosas,
El oficio por fuerza fue acerado,
Del gallardo Gicombo, fue debajo,
De condicion y pacto, firme, expresso.
Que si el dicho Gicombo memorable,
El noble Zutancalpo, y brauo Bempol,
En las presentes lides y batallas,
Sus vidas acabasen, y con ellos,
Tambien Zuracapa, Cotumbo, y Tembal,
Que en vn sepulcro juntos con sus armas,
Fuesen sin mas acuerdo sepultados,
Porque en esta vida los enojos,
E desafios graues que tenian.

De la nueva Mexico,

En las entrañas fijos y arraigados,
Fueſſen de todos juntos ſenecidos,
Y que ſi con victoria alli ſalieſſen,
Que entraſen en batalla, y acabada,
Que fueſſe aquella fuerza gouernada,
Por ſolo el General, ſin que ninguno,
Ningun otro dominio pretendieſſe,
Y que ſi caſo juntos la perdieſſen,
Que haſta morir ninguno ſe entregaeſe,
Y deſpues de vencidos ſe mataſen,
Los vnos a los otros, ſin que cola,
Dentro del fuerte vna les quedaeſe,
Con cuias condiciones fue exerciendo,
El valiente Gicombo el nuevo oficio,
Y pues nuevo gouierno ya tenemos,
De nuevo, nueva plama aqui cortemos.



C A N T O
T R E I N T A.

COMO AVIENDO ORDENADO
el nuevo General á sus soldados, se fue á des-
pedir de Luçcoija, y batalla que to-
xo con los E,pañoles, y cosas que
en ella sucedieron.

QVANDO contra razon se en-
ciende el hombre,
Y fuerza à su apetito a que se in-
cline,
Comprender vna cosa que es sin traza,
Con que facilidad aduerce y uora,
Lo que es en pro, y en cõtra de aquel hecho,
Que assi quiere emprender contra justicia,
Comiendo pues Ocombo, y tracendiẽdo,
Como prudente, diestro y recatado,
Que alli Zutacapan y todo el pueblo,
Antes al me,or tiempo le faltasen,
Hizo compromissos y jurasen,

De la nueva Mexico,

Segun sus leyes, ritos, y costumbres,
Asi como Anibal jurò en las haras,
Y altares de sus dioses, que enemigo,
Mortal seria siempre, de Romanos,
Que assi inuiolablemente guardarian,
Con grandes penas, vínculos y fuerzas
Las condiciones puestas y asentadas,
Hecha la cerimonia y celebrado,
El vil supersticioso juramento,
Pue por su propria mano alli escogiendo
Quinientos brauos baruaros guerrero
Y en vna gran caberna todos juntos,
Que por naturaleza estaua hecha,
Cerca de las dos çanjas que hemos di
Mandò que se metiessen con intento,
Que luego que los vultros la passasen
Saliessen de emboscada, y alli juntos,
A todos sin las vidas los dejasen,
Y luego que vbo pnesto y encargado,
Al brauo Bempol, Chumpo, y Zutac:
A Calpo, y á Buzcoico, y á Hzmicaio,
A cada qual su esquadra bien formada,
Para mejor meternos en sus manos,
Con discreto recato dio à entenderme

Que estaua todo el pueblo despoblado,
 Y al tiempo que traspufo el Sol luziente,
 Y los opacos cuerpos apagados,
 Tenian ya sus sombras y en silencio,
 Quedaron los viuientes soslegados,
 Salio del mar la noche presurosa,
 Emboluiendo la tierra en negro velo,
 Y antes que las Estrellas traspusiessen,
 El poderoso curso que lleuauan,
 A despedirse fue de su Luzcoija,
 Que esperando le estaua en aquel puesto,
 Donde quiso dejarla mal herida,
 De la fuerza de amor que la abraçaua,
 Y assi como le vido lastimada,
 Qual simple tortolilla que perdida,
 La dulce compañia no se asienta,
 En los floridos ramos ni reposa,
 Sino es en troncos secos deshojados,
 Buelta qual madre tierna que continuo,
 Al hijo regalado trae colgado,
 Del cristalino cuello, y encendida,
 Con el se desentraña y se derrite,
 En amoroso fuego, y se deshaze,
 Vencida de su amor assi la pobre,

De la nueva Mexico,

Derramando de lagrimas dos fuentes,
Alli soltó la hoz desalentada,
Si el grato y limpio amor que te he temido
Amandote mil vezes mas que al alma,
Merece que me des algun alivio,
Suplicote señor que no permitas,
Que venga en flor iã tierna a marchitarse,
La que entender me has dado q̄ fue siẽpre,
Para ti mas gustosa, grata y bella,
Que la vida que viues, y que alcanças,
Por cuya cara prenda te suplico,
Que si vienes señor para boluerte,
Que el alma aqui me arrâques q̄ no es justo
Que viva yo sin ti tan sola vn hora,
Y así la voz suspensa, colocando,
Aguardando respuesta fue diziendo,
El aligido barvaro señora,
Juro por la belleza de estos ojos,
Que son descanso y lumbrẽ de los mios,
Y por aquellos labios con que cubres,
Las orientales perlas reguladas,
Y por aquestas blandas manos bellas,
Que en tan dulce prision me tienen puesto
Que ya no me es posible que me escuse,

De entrar en la batalla contra España,
Por cuiu causa es fuerça que te alientes,
Y que tãbien me esfuerçes, porque buelua,
Aquesta triste alma á solo verte,
Que aunque es verdad q̄ teme de perderre
Firme esperançã tiene de gozarte,
Y aunque mil vezes muera te prometo,
De boluer luego á verte y consolarte,
Y porque afsi querido amor lo entiendas,
El alma y coraçon te dexo en prendas,
Y afsi se despido porque venia,
La luz de la mañana ya rayando,
Y entrando en la caberna con los fuyos,
Entrò luego la luz, y fue bordando,
De ricos arreboles todo el Cielo,
En cuiu tiempo fuerte y coiuntura,
Diziendo Missa el Padre fray Alonso,
La fiesta de su nombre celebraua,
Y auiendonos á todos comulgado,
Del Altar se boluto y afsi nos dixo,
Caualleros de Christo valerosos,
Y de nuestra ley santa defensores,
No tengo que encargaros á la Iglesia,
Pues como nobles hijos auays siempre,

De la nueva Mexico,

Preciados de serbirla y respetarla,
Por Iesu Christo pido, y os suplico,
Y por su sangre santa que se enfrenen,
En verter la que alcança el enemigo,
Los agudos cuchillos lo posible,
Que aque se es el valor de Castellanos,
Vencer sin sangre y muerte, al q̄ acometen,
Y pues á Dios lleuais en vuestras almas,
A todos os vendiga y os alcançe,
Su mano poderosa, y yo en su nombre,
A todos os vendigo, y alcançada,
La vendicion del Padre Religioso,
Al alto passaman subimos luego,
Donde todos noramos desde afuera,
Que el pueblo despoblado todo estaua,
Y que anima viuiente no se via,
Por cuja causa luego las dos çanjas,
Del fuerte passaman passaron treze,
Sin orden ni permiso del Sargento,
Y no bien todos juntos ocuparon,
Los terminos vedados. quando luego,
De la horrible caberna fue embistiendo,
El valiente Gicombo rebramando,
Y qual el vallenato que herido,

Del aspero harpon y hierro brauo,
Vn humo espeso de agua en alto esparce,
Y azota con la cola el mar y hiende,
Por vna y otra parte sobre aguando,
El espacio lomo y defabrido,
Busando y sin sosiego va haziendo,
Mil remolinos de agua assi sañudo,
Las poderosas armas leuantadas,
Con todos embistio y fue rompiendo,
Y viendo al enemigo tan à pique,
Los nuestros todos juntos dispararon,
Los prestos arcabuzes, y aunque à muchos,
Por tierra derribaron, fueles fuerça,
Por no poderles dar segunda carga,
Venir à las espadas y rebueltos,
Los vnos con los otros, no pudimos,
Darles ningun focorro, porque auian,
Lleuado aquel madero que subieron,
A la segunda çanja, y no notaron,
Dejauan sin passage à la primera,
Y assi todos rebueltos en confusio,
Soterrando las dagas, y los filos,
De las vinas espadas grande gita,
De miserables cuerpos destrozados,

De la nueva Mexico,

Y vn matadero horrendo ya tenian,
Y assi soberuios, brauos, encendiðor,
Alli los dos hermanos valerosos,
Christoual Sanchez, y Francisco Sanchez,
Y el Capitan Quesada, y Iuan Piñero,
Francisco Vazquez, y Manuel Francisco,
Cordero, Iuan Rodriguez, y Pedraza,
Assi como los dedos de la mano,
Que siendo desiguales se emparejan,
Los vnos con los otros y se ajustan,
Quando cerrado el puño despedazan,
Alguna cosa fuerte y la destrozan,
Assi conformes todos se aunaron,
Los vnos con los otros y embistieron,
Y abriendo grandes fuentes derramaron,
Por los baruares, pechos y costados,
Ojos, cabeças, piernas, y gargantas,
De fresca sangre arroyos caudalosos,
Por cuyas brauas bocas espantosas,
Las almas temerosas presta fuga,
Yuan haziendo todas por no verse,
En manos tan soberuias, y tras desto,
Carrasco, Iusti, Casas, Montefinos,
Hasta los codos rojas las espadas,

Los poderosos braços exercian,
 Hasta que Zutancalpo, y gran Buzcoico,
 Entraron de refresco y retiraron,
 A vuestros Españoles con tal fuerça,
 Que arrinconados todos á vn repecho,
 Que estava vn tanto hondo y reparado,
 De la fuerça de piedra que sobre ellos,
 Sin lastimar á nadie descargauan,
 Con priessa tan sobrada que enterrados,
 Allí quedaron todos sin remedio,
 Viendo pues zozobrada y anegada,
 Aquella nauecilla el brauo joben,
 A grandes voces dixo que vn madero,
 Al punto se subiesse y se guindase,
 Oyendo pues aquesto retireme,
 Porque entendi señor que á mi dezia,
 Cosa de nueue passos, y qual Curcio,
 Casi desesperado fue embistiendo,
 Aquella primer çanja, y el Sargento,
 Pensando que pedazos me haria,
 A siome del adarga, y fino suelta,
 Sin duda fuera aquel el postre ciento,
 Que diera á la fortuna yo en mi vida,
 Mas por largarme presto fui alentando,

De la guerra Mexico,

La fuerza de aquel salto de manera,
Que al fin saluè la çanja y el madero,
No libre de temor y de rezelo,
Fuy como mejor pude alli arrastrando,
Y puesto en el passage los dos puestos,
Passaron con presteza alli los vuestros,
Y apenas el riasin alto tocaron,
Quando de aquel repecho donde estauan,
Nuestros catos amigos soterrados,
Juntos salieron todos, qual es fuerza,
Que al son de la trompeta se lebanten,
El dia de la cuenta postrimeraz,
De sus sepuleros todos los difuntos,
Y viendo assi la plaça que perdida,
Estaua por nosotros ya ganada,
Rebecando de empacho y corrimiento,
Como encendidas brasas que enterradas,
De las cenizas salen abrasando,
Assi fusiosos, viuos, desembueltos,
Mas fieros que brauissimos leones.
Arremetieron todos ayudados,
Del Capitan Romero, y Iuan Velarde,
Carabajal, Bañuelos, y Archuleta,
De Lorenzo Salado, y de Zobia,

Y de otros muchos nobles Españoles,
 Que á diestro y á siniestro despachauan,
 Adoltras apriessa desta vida,
 Por cuiua causa el fuerte Zutancalpo,
 Con el brauo Gicombo, y con Buzcoico,
 Qual suele el mar rebuelto y alterado,
 Heruir por todas partes lebantando,
 Valientes cumbres de agua, y cimas brauas
 Bañando el alto Cielo, y que soberuio,
 En si se hincha, crece, gime y brama,
 Y en poderosas rocas quiebra y rompe,
 Su furia desatada, y no fosiiega,
 En tanto que los vientos no reprimen,
 La fuerça de sus soplos, y se muestran,
 En sossegada calma reportados,
 Assi estos brauos barbaros feroces,
 Que los suyos alentando les dezian,
 Que de los prestos arcos despudiesen
 De flecha tanta soma como suele,
 Llouer y granizar el alto Cielo,
 Espesas gotas de agua y de granizo;
 Con cuiua braua fuerça mal heridos,
 Dexaron á Quesada, y al Alferrez,
 Carabajal, y buen Antonio Hernandez,

De la nueva Mexico,

A Francisco Garcia, y á Ligano,
En este medio tiempo fue poniendo,
Asencio de Archuleta firme al pecho,
La coz del arcabuz, y fue tomando,
La brujula y el punto de manera:
Que sin saber por donde, o como fuesse,
Atravesó con quatro brazas balas,
Al mayor camarada, y más amigo,
Que jamas tuvo el pobre en esta vida,
O divino pastor y corio arrojás,
Tu may santo cayado y le endereças,
Para la ueja cruce del mandada,
Que lejos del rebaño á su aluedrio,
Muy largo trecho vemos le remonta,
Cuyo castigo jaito bien nos muestra,
El infeliz Salsido pues que viendo,
Ocho mortales bocas respirando,
Por sus espaldas, pechos, y costados,
Encogiendo los hombros y los ojos,
Al levantado Cielo desfogando,
Asi esforcò la voz á Dios el pobre,
Señor dos años ha que no confieso,
Por mas que mis amigos me han rogado,
Cual vez mi Señor que se he ofendido.

Canto Treinta. 208

Y solo te suplico que me aguardes,
A que limpie las manchas que manchada,
Tienen, el alma triste redimida,
Por la preciosa sangre que vertiste,
Sabida la desgracia luego vino,
El Sargento mayor á mucha priessa,
Y porque confesáse luego quito,
Que seys buenos soldados le haxasen,
Y entendido por el áquel socorro,
Alli le suplicò con muchas veras,
Que pues á solas siempre auia ofendido,
A Dios nuestro Señor, que le dexassen,
Que á solas su remedio procurase,
Y viendo quan de veras le pedia,
Dandole gusto en esto con descuido,
Maudò que con el fueffen los nombrados,
Pues vendole siguiendo dió en vn risco,
De soberuia caída donde vido,
Vn demonio grimoso que le dixo,
Soldado valeroso si pretendes,
Salir triunfando desta triste vida,
Arrojate de aqui, que yo en las palmas,
Sustentare tu cuerpo sin que pueda,
Recebir detrimento en parte alguna,

De la nueva Mexico,

Oyendo aquesto el triste baptizado,
Turbado de temor y de rezelo,
Asi le respondio cobrando esfuerço,
Vete de aqui maldito, no me tientes,
Que soy de Dios soldado, y si he seguido
Tus bandos estandartes, ya no es tiempo,
De tanta desbentura, y reboluiendo,
Las fatigadas plantas fue tomando,
El camino derecho, y fue bajando,
Al pauellon del Padre, donde luego,
Que confesso sus culpas, y fue absuelto,
Alli quedò sin alma y sin sentido,
Vendigante los Angeles Dios mio.
Que asi las llagas curas, y nos muestras,
Que quando mas afliges y deshazes,
Al miserable cuerpo que nos diste,
Que entonces viue el alma y se levanta,
Para la suma alteza y excelencia,
Que à todos nos espera, y nos aguarda,
Y porque à mas andar se va encendiend
La fuerça de batalla, y yo me siento,
Sin fuerças ni valor para seguirla,
Quiero parar aqui para escreuirla,

C A N T O
TREINTA Y VNO.

COMO SE FVE PROSIGVIENDO
la batalla, hasta alcanzar la victoria, y co-
mo se pegó fuego á todo el pueblo, á
de otras cosas que fueron
sucediendo.



Siempre la prevención y dili-
gencia,
Hastuta vigilancia, y el cuida-
do,

De no perder jamas vn solo punto,
Estando en la batalla el buen guerrero,
Esto que mas encumbra, y mas lebanta,
El claro resplandor, y la grandeza,
De los heroicos hechos hazañosos,
Que assi vemos emprende y acamete,
Concuia buenas partes el Sargento,
Pero Sanchez Monroi, Marcos Garcia,
Martin Ramirez, y Christoval López.

De la nueva Mexico,

Iuan Lucas, Iuan de Olague, y Cabanilla,
Iuan Catalan, Zapata, y Andres Perez,
Francisco de Ledesma, y el buen Marquez,
No tienden apañando con mas ayre,
La corba hoz los diestros segadores,
Quando apriclla añudan sobre el brazo,
Vna y otra manada, y assi juntos,
Lebantan por mil partes sus gauillas,
Como estos brauos y altos combatientes,
Que en vn grande ribaço tropeçando,
De cuerpos ya difuntos no cessauan,
De derramar apriclla grande suma,
De fresca y roja sangre con que estava,
Por vna y otra parte todo el muro,
Bañado y sangrentado sin que cosa,
Quedase que teñida no estuiesse,
Mas no por esto amainan y se rinden,
Los baxizros furiosos, mas qual vemos,
Crecer y lebantar las brauas flamas,
De poderosos vientos combatidas,
Que mientras mas las soplan y combaten,
Mas es su braua fuerça y gran pujança,
Assi feroces todos rebramando,
A boca de cañon arremetian;

Sin miedo ni rezelo de la fuerza,
 De las soberbias balas que a barrisco,
 Todos los llenauan y acabauan,
 Viendo et de Zaldiuar tal fiereza,
 Como valiente rigre que acosado,
 Se ve de los monteros, y rabioso,
 Contra los hierros buelue y perros brauos,
 Que assi le van siguiendo y hostigando,
 A fuerza de los dientes y los braços,
 Todos los retira, esparce, y hiere,
 Asi vuestro Español furioso ayrado,
 La poderosa diestra alli rebuelue,
 Andauo la batalla en si tan fuerte,
 De ambas partes tanto ensangrentada,
 Que solo Dios inmenso alli les era,
 Bastante a reprimir su fuerza braua,
 Por cuya gran braueza luego quiso,
 El hastuto Sargento se goindasen,
 Los pieças de campraña, y en el inter,
 Hablando con los suyos les dezia,
 Fundamento de casas solariegas,
 Columnas de la Iglesia no vencida,
 Espejo de esforçados, cuos pechos,
 Merecen con razon estar honrrados,

De la nueva Mexico,

Con rojas cruces blancas, y con verdes,
Oy suben vuestras obras á la cumbre,
Y mas alto omenage que Españoles,
Nunca jamas assi las levantaron,
No las dexeis caer, tened el peso,
Que assi sustenta y pesa la grandeza,
Del hecho mas honroso, y mas gallardo
Que jamas nunca vieron braços nobles,
En esto las dos piezas se subieron,
Y asentadas al puesto y á la parte,
Por donde á caso fueron embistiendo,
Trecientos brauos baruaros furiosos,
Terribles gritos todos levantando,
Y assi como de hecho arremetieron,
De presto las dos piezas regoldaron,
Cada dozientos clavos, y con esto,
Qual suelen las hurracas que espantadas,
Suspendea los chirridos y grasnidos,
Con la fuerza de poluora que arroja,
De munición gran copia, con que vemos,
Escapar á las vnas y á las otras,
Quedar perniquebradas, y otras muertas,
Y otras barriendo el suelo con las alas,
El negro pico auierro, y con las tripas,

Canto Treinta y uno. 251

Arrastrando rasgadas las entrañas,
No de otra suerte juntos todos vivos,
De subito gran suma de difuntos,
Tullidos, mancos, cojos, destroncados,
Auiertos por los pechos mal heridos,
Rasgadas las cabeças y los brazos,
Auiertos por mil partes, y las carnes,
Vertiendo viva sangre agonizando,
Las inmortalas almas despedian,
Dexando alli los cuerpos palpitando,
Con cuias muertes Quisico corajoso,
Qual suele el espadarte que en la fuerza,
Del espeso cardume embiste y rasga,
Las mallas de las redes y las rompe,
Y á los opressos pezes assegura,
Y libre libertad les da y gallardo,
Bladiendo el ancho lomo y fuerte espada,
Las cristalmas aguas va hendiendo,
Desempachado, alegre, saclo, y ledo,
Asi el fuerte haruaro imbencible,
En sus valientes fuerzas sustentado,
Y con razon, pues dos valientes toros,
En los llanos de Zibola tendidos,
A sus valientes brazos victorioso,

De la nueva Mexico,

Auiendo derramado alli a los nuestros,
Y hecho vna ancha plaza como vn toro,
Para Diego Robledo fue embistiendo,
Con vna corta maça, y en llegando,
Para el valiente Roble fue largando,
La hoja el Español, y fue bajando,
La maça poderosa, y todo aquella,
Que la espada excedia, fue colando,
Por el batazo pecho y ancha espalda,
La rigorosa punta de manera,
Que de vna y otra vanda atravesado,
El poderoso Quatco mal herido,
Alli largò la maça, y con el puño,
Auiendole otra vez atrabesado,
Le dio tan grande golpe en el costado,
Que dio con el hipando, y boqui auerto,
Casi por muerto en tierra, y con presteza,
Antes que recobrase algun aliento,
Asiòle por la pierna, y como vemos,
Al rustico villano quando asienta,
El mazizo guijarro en lo mas ancho,
De la rebuelta honda, è sobre el brazo,
Dandole en torno bueltas le despide,
Zumbando por el concabo del ayre,

No de otra suerte Qualco rebolviendo,
Con vna y otra buelta al bravo Roble,
Por encima del brazo y la cabeça,
No bien le despidio dos largas braças,
Quando fin alma el baruario difunto,
Caió rendido en tierra, y tras desto,
Viendose el Español alli arrastrado,
De generosa afrenta ya vencido,
Cobrandose furioso fue embistiendo,
Qual regañado gato que á los bofes,
Con la maganta hambre se abalança,
Y alli los dientes clava y se afierna,
Con las agudas vñas lebanrando,
La cola regordida y pelo hiesto,
Y en el difunto cuerpo tropezando,
Suspenso se quedò alli temblando,
Notando la gran fuerza que alcançaua,
Y la poca que muerto alli tenia,
En esto el gran Zapata, y buen Cordero,
Cortes, Francisco Sanchez, y Pedraza,
Ribera, Iuan Medel, y Alor to Sanchez,
Iuan Lopez, y Naranjo, y noble Ayarde,
Simon de Paz, Guillen, Villauciosa,
Carabajal, Montero, con Villaluz,

De la guerra Mexico,

Dieron en pegar fuego por las casas,
Por ponerles temor, mas no por esto;
Algun tanto amainauan, o temian,
La fuerza de las armas que cargauan,
Viendo pues el Sargento la braueza,
Dureza y pertinacia con que ana,
Los baruaos furiosos combatian,
Por no ver ya tan gran carnizeria,
Qual suele el podador hastuto y cauto,
Que juzga bien la cepa tiende y pone;
La vista cuidadosa en cada rama,
Y luego que la ha visto corta y tala,
Los mal compuestos brazos y rebiejos,
Con todo lo superfluo mal trazado,
Y dexa con destreza y buen acuerdo,
Las varas con las vcas y pulgares,
Que dizen esquilmenas prouechosas,
Asi mirando el campo el gran guerrero,
La soldadesca toda entrefacando,
De sus devidos puestos señalados,
Mandò que de su parte les dixessen,
Mirañen el estrago y el destrozo,
De tantos miserables como estauan,
Tendidos por el suelo, y se doliessen,

De aquella sangre y cuerpos q̄ el les daua,
Palabra y fee de noble cauallero,
De guardarles justicia, y con clemencia,
Mirar todas sus causas, qual si fuera,
Su verdadero padre, y luego al punto,
Arrojando de flecha grande soma,
Como rabiosos perros respondieron,
No les tratafen desto, y que apretasen,
Las armas y los dientes con los puños,
Porque ellos y sus hijos, y mugeres,
Era fuerça acabasen y rindiesfen,
Sus vidas, y sus almas, y sus honrras,
En las lides presentes, y con esto,
Combatiendo furiosos embestian,
A morir, o vencer, con tanta fuerça,
Que pafmo y grima à todos nos causaua,
Por enia causa luego acobardado,
Pensando por aqui tener salida,
Zutacapan se vino y pidio pazes,
Al gallardo Sargento, y el contento,
Sin conocer quien fuesse aquel aloue,
Luego le dixo diesse y entregase,
Solos los principales que causaron,
El pasado motin, y que con esto,

De la nueva Mexico,

Haria todo aquello que pudiesse,
Nunca se vio jamas que assi temblase,
De vn solo toque manso y blanda mano,
La tierna argenteria, qual temblana,
Aqueste bruto baruario, del dicho,
Y assi suspenso, triste, y rezeloso,
No bien por el ocafo derribaua,
Con poderoso curso arrebatado,
El Sol su bello carro y trasponia,
La lumbrre con que à todos alumbraua,
Quando el triste poblacho todo estaua,
En dos partes diuiso y apartado,
Los vnos y los otros temerosos,
De la fuerza de España y su braueça,
Y luego que la luz salio encendida,
Despues de auer los baruarios tratado,
Sobre estas pazes todos grandes cosas,
Viendo Zutacapan ser el primero,
Que el passado motin auia causado,
Con todos sus amigos y sequazes,
Quales hojosos bolques sacudidos,
Del poderoso borcas, y alterados,
Que assi en monton confusio se rebueluen,
Por vna y otra parte, y se sacuden,

Las pajas lebantando, y alterando,
 Las lebantadas cimas, y en contorno,
 Todos por todas partes se remecen,
 Así estos pobres baruaros perdidos,
 Voluieron á las armas de manera,
 Que tres dias en peso los soldados,
 No comieron, durmieron, ni bebieron,
 Ni se sentaron, ni las fuertes armas,
 Dexaron de los puños derramando,
 Tanta suma de sangre que anegados,
 Estauan ya, y cansados de verterla,
 En esto ya yua el fuego lebantando,
 En vapor inflamado poco à poco,
 Todas las tristes casas calentando,
 Y luego en breue rato fue cobrando,
 Vigor bastante, y por el seco pino,
 De las teofas casas y aposentos,
 Restallando los techos por mil partes,
 En muy espeso, denso, y tardo humo,
 Como gruesos vellones las ventanas,
 Por vna y otra parte respirauan,
 Como fogosísimos bolcanes,
 Volando hazia el Cielo despedian,
 Gran suma de centellas y de chispas,

De la ruina de México,

Y así los brutos baruaros furiosos,
Viendose ya vencidos se mataban,
Los unos á los otros de manera,
Que el hijo al padre, y padre al caro hijo,
La vida le quitava, y demas desto,
Al fuego juntos otros ayudavan,
Porque con mas vigor se levantase,
Y el pueblo consumiesse y abrasase,
Solo Zuitacapan y sus amigos,
Haciendo de cobardes por no verse,
En manos de Gicombo se escondieron,
En las cuevas y senos que renia,
La fuerza del peñol, cuya grandeza,
Segundo labirinto se mostrava,
Segun están las cuevas y escondrijos,
Sus salidas y entradas, y aposentos,
Y viendo el General y bravo Bempol,
Que todos se mataban y cumplian,
La fuerza de aquel pacto que jurado,
Estava de matarse si vencidos,
Saliellen de los brazos Castellanos,
Juntos determinaron de matarse,
Y así por esta causa temerosos,
De mal tan incurable por no verse,

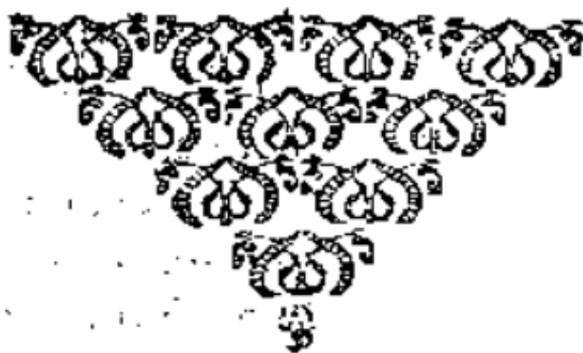
En braços de la muerte, les hablaron,
 Cierros amigos tristes encogidos,
 Pidiendoles con veras se rindieffen,
 Y que las vidas juntos rescatafen,
 Por esta causa luego replicaron,
 Los pertinaces baruaros furiosos,
 Decidnos Acomeses desdichados,
 Que estado es el que Acoma oy nene,
 Para cõprender vn caso tan infame,
 Qual este que pedis, deid agora,
 Que refugio pensais que os dexa el hado,
 Luego que a queste pazes celebradas,
 Existen con los Castillas con firmeza,
 No hechais de ver que auemos ya llegado,
 Al ultimo dolor y postrer punto,
 Donde sin libertad es fuerça todos,
 Vuamos como infames triste vida,
 Acoma vn tiempo fue, y en alta tumbre,
 Vimos su heroico nombre levantado,
 Y agora aquellos dioses que la mano,
 Le dieron por honrrarla y levantarla,
 Vemos que la subieron, porque fuesse,
 Su misera ruina mas sentida,
 De aquellos miserables que esperamos,

De la nueva Mexico,

En tan debilita queza tal firmeza,
Por cui causa juntos acordamos,
Si estais como nosotros entendemos,
Firmes en la promesa que juramos,
Que á la felice muerte las gargantas,
Las demos y entreguemos, pues no queda,
Para nuestra salud mayor remedio,
Que perder la esperanza que nos queda,
De poder alcançarle y conseguirle,
Y luego que con esto otras razones,
El brauo General les fue diziendo,
Maximino, Macrino, ni Maxencio,
Procrustes, Diocleciano, ni Tiberio,
Neron, ni todo el resto de crueles,
Con ninguno mostraron su braneza,
Mas braua, mas atroz, ni mas terrible,
Que estos consigo mismos se mostraron:
No solo los varones, mas las hembras,
Las vnas como Dido abandonaron,
Sus cuerpos, y en las llamas perecieron,
Y así como el partanos sus hijuetos,
Tambien á dura muerte se entregaron,
Otras los atropauan y lançauan,
En las ardientes llamas; y otras tristes,

Canto Treyn ta y vno. 259

Con ellos abraçadas desde el muro,
Las vimos con esfuerzo despenar se,
Otras qual Porcia apriessa satisfechas,
De brasas encendidas acabauan,
Otras el tierno pecho qual Lucrecia,
Con doña punta roto despedian,
Las almas miserables, y otras muchas,
Con otros muchos generos de muertes,
Sus vidas acabauan y rendian,
En este medio tiempo las hermanas,
Del bravo Zutancaipo deshalidas,
Fuera de si salieron à buscarle,
Por acabar con ella triste vida,
Cuyo dolor azerbo y triste llanto,
Quiero cantar señor en nuevo canto.



C A N T O
TREYNTA Y DOS.

COMO ZUTANCALPO QUE HA
llado por sus quatro hermanas, y del fin y
muerte de Gicombo, y de
Luxcoija.



V E peña levantada, o fuerte
roca,
Puede ser del soberbio mar ay
zado,

Mas braua y atrozmente combazida,
Que nuestra vida triste miserable,
Si lo curamos bien los mas mortales,
A quien la cruel soberbia desmedida,
Y ambicion vil, frenetica, furiosa,
Jamás pudo harrar al alto ceptro,
A la Real corona y brauo trono,
A nabrecillo asirto y bajo estado,
O niste condicion de humana vida,
Sugota y puesta á bestias tan sedientas,

En caia abara fuente, vil infame,
 De su canina sed jamas contenta,
 Pretende cada qual sacar hartura,
 Que prestaron al noble Zutancalpo,
 Auer con tanta fuerça contradicho,
 Los furiosos intentos paternales,
 Que tantas vidas tienen acabadas,
 Y tantos buenos hombres consumidos,
 Y tantas nobles casas abrasadas,
 O cruel Zutacapan, porque quisiste,
 Ir contra la corriente que lleuaua,
 El sollegado pueblo ya perdido,
 Y aquel gallardo jobea que engendraste,
 Que prestaron los retos y braueza,
 Con que turbaste tantos inocentes,
 Que el brauo y fiero orgullo que pusiste,
 Para que Castellanos lebantasen,
 Contra tu corto esfuerço armadas,
 Que presto auer la tregua quebrantado,
 Palabra y fee de paz auer rompido,
 De que vil furia fuiste arrebatado,
 Para que con altiuo pensamiento,
 Mauieses tan sin causa injusta guerra,
 E soberuia que por gar siempre sobras.

De la nueva Mexico,

Afsi fue bien que el nombre te pusieffen,
Y afsi como sobrada te lebas;
Y tanto mas te subes y te encumbas,
Quanto es mas bajo aquel que te pretend;
No fiene la ambicion bruta furiofa,
Deite atreguado baruaro perdido,
La perdida y desgracia miserable,
Que por sola fu causa le ha venido,
Al defdichado pueblo desgraciado,
Cuias plaças y muros lebantados,
Solos arroyos, charcos, y lagunas,
De fresca sangre vemos rebogando,
Con gran suma de cuerpos ya difuntos,
Por cuias fieras llagas temerarias,
Terribles quajarones regoldauan,
Tempanos y sangraza nunca vifta,
A buelras del sustento mal digefto,
Que por alli tambien le despedian,
Por do las pobres almas escapauan,
Por cito atroz estrago no hecha menos,
Al noble Zutancalpo á quien salieron,
No mas que por buscarle de fu casa,
Quatro hermanas donzellas que tenia,
Preilas de mortaliffimas congojas,

Y desfogando por su ausencia en vano,
De lo intimo del alma ya cansada,
Entrañables suspiros y gemidos,
Reboluendo los cuerpos defangrados,
Por ver si entre ellos á su caro hermano,
Acafo ver pudieffen, porque avia;
Passado vna gran pieça fin que fuesse,
De algun amigo visto, o descubierto,
Mocaulti la mayor de todas ellas,
Reboluio por seys vezes vn difuntó,
Y como es cierto que la sangre llama,
Otra quiso tomarle y reboluerle,
Y viendo ser aquel tesoro grande,
Y por quien siempre todas fueron ricas,
Sin que pudieffen descubrir qual fuesse,
La fuerza del espada rigurosa,
Que por tan fieras bocas desmedidas,
Le hizo despedir el alma brava,
Con presurosos gritos esforçados,
A palma avierta, y puño bien cerrado,
Començò á lastimar su rostro bello,
Y qual vemos que acuden al ladrido,
De la presta y solitaria podenca,
Las demas couadoras de la caca,

De la nueva Mexico,

Con levantados saltos aleutados,
Y vna y otra corrida presurosa,
Asi las tres hermanas desbalidas,
Partieron con presteza y sin sentido,
Con desapoderado curso al puesto,
De aquella que pedazos se hazia,
Sobre el querido hermano desangrado,
Y juntas todas quatro á manos llenas,
Las mas crecidas hebras arsancauan,
De las pobres cabeças inocentes,
Las rosadas megrillas golpeando,
Con vna y otra mano levantada,
Y despues que le vbieron bien llorado,
Sobre vn grantablon luego le pusieron,
Y encima de sus hombros le llevaron,
Con tan eñore dolor triste alligido,
Para su antigua casa ya abrasada,
Y luego que la madre desdichada,
Fuyo delante de los tristes ojos,
El hortendo espectaculo que vido,
Sin piedad desgarrandose la cara,
Y la madeja fuera de casillos,
Asi empezó la pobre a lamentarse,
Dioses si en flor tan uerna aueis querido,

Quitar aquesta pobre desdichada,
Vn hijo malogrado que le distes,
Dezid si aquestte punto he ya llegado,
Y á tan perdido estado he ya venido,
Qual otro mal podeis tener guardado,
Este vltimo quebranto y postrer daño,
Solamente restana que vimeisse,
A mi pobre vegez, triste ailligida,
Y vertiendo de lagrimas gran illauiá,
Con el brauo dolor y amor fogoso,
Del tragico furor enserricada,
Cien mil gemidos tristes redoblaua,
Que del ansiado pecho le salian,
Y como la desesperada furia,
Es el mas cruel y capital verdugo,
De aquel que semejante mal padecce,
Açí desesperada y con despecho,
Sobre vn gran fuego se lançó de espaldas,
Y tras della las quatro hermanas tristes,
Tambien allí quisieron abrafarse,
Sobre el querido hermano ya difunto,
Que assi juntas con el se abalançaron,
Iunto á la misma madre que se ardia,
Y qual si son grosísimas colebras,

De la nueva Mexico,

O ponçoñosas vioras ayradas,
Las vnas con las otras retorcerse,
Con apretados ñudos, y entrosarse,
Asi las miserables se enlazauan,
Por aquellas cenizas y rescoldo,
Que amollentado y fofa a borbollones,
Hirviendo por mil partes resoplaua,
Y restriuando sobre viuas brasas,
Con hombros, pies, y manos juntamente
Instauan por salir mas era en vano,
Porque asi como vemos yrse á fondo,
A aquellos que en profundo mar se anegã,
Que con piernas y braços sin prouecho,
Cortan el triste hilo de sus vidas,
Y en tiempo desdichado, corto y breue,
Las inmortales almas oprimidas,
De las mortales carceles escapan,
Asi estas malogradas fenecieron,
Dando en aquella vltima partida,
Los postreros abraços bien ceñidos,
Y despidiendo asi la dulce patria,
Dieron el longum vale á las cenizas,
En que todas quisieron resolverse,
Passado aqueste misero suceso,

Otro le sucedio tambien extraño,
 Que esso tiene la mal segura rueda,
 Ser incierta en q̄ el bien nos venga estable,
 Y cierta en que el mal siempre nos persiga,
 Y assi podeis notar Rey poderoso,
 Que como en este mundo antojadizo,
 Vnos con ansias buscan y aperecen,
 Aquello que los otros aborrecen,
 Por escapar la vida fue saliendo,
 Va conozido baruario valiente,
 Con tan desatinado y presto curso,
 Que assi como se eseriuē que corrieron,
 Jifido, y Orion, con gran presteza:
 El vno por encima de las aguas,
 Y el otro por las puntas de los trigos,
 Sin que ninguna arista se doblase,
 Y sin que el agua en parte se sintiesse,
 Assi con esta misma ligereza,
 Corriendo por encima de las llamas;
 Vimos al brauo Pilco presuroso,
 Qual fiera salamandria que en el fuego;
 Sin pesadumbre passa y se sustenta,
 Y por solo estoruarle la corrida,
 Antes que se saliesse y ausentase,

De la ruina Mexico,

Gran fama de balazos le ritaron,
Y auiendo se escapado de las brasas,
Y del rigor y fuerça de pelotas,
Vino à patar á manos de vn soldado,
Leon por nombre, y por su grãde esfuerço
Estos dos combatieron larga pieça,
Con gran fuerça de golpes denodados,
Y descargando el baruaro la maça,
Con furia arrebatada fue saliendo,
El gallardo Español con tal destreza,
Que la hizo pedazos el membrudo,
Traièdo el golpe en vano, y sin prouecho,
Sobre vna grande piedra que aferrada,
Estaua con el muro poderulo,
Con cuiu buen suceſſo, y con que vido,
Que por el suelo casi le arrastraua,
Alsaluage la greña que tenia,
Por ella le prendio con fuertes garras,
Y qual fueie euadiſe y deslizarſe,
La suelta anguila, de la fuerte mano,
Aſi de entre ſus fuertes braços vimos,
Salir al brauo barnaro guerrero,
Lançandole de ſi, como ſi fuera,
Muy libiana pelora despediã,

Con leuantada pala-gouernada;
 De vn poderoso braço bien fornido,
 Pasmado el Español de aquel suceso,
 Vencido de verguença y corrimiento,
 De verse de tal preffa dessalido,
 Asi como libiana y triste sombra,
 Que sigue al cuerpo opaco, y no se épacha;
 En la carrera, buelo, y presto curso,
 Que va sin detenerse assi siguiendo,
 Al miserable baruario perdido,
 Tanta priessa le dio con el espada;
 Quanta el membrudo al arabe ligero,
 Con vno y otro salto le dexaua,
 Los golpes en el ayre desmentidos:
 Hasta que por grandissima ventura,
 Se le vino à meter por vn estrecho,
 Por donde el muro con aguda punta;
 Mas de setenta estados derramaua,
 De terrible vertiente bien cumplidos;
 Desde cuiã alta cumbre poderosa,
 Estando todo el campo bien atento,
 Se arrojò aquel indomito guerrero,
 Con tan vizarro aliento, que sus oensos,
 Los leales corazones palpitando,

De la nueva Mexico,

A todos nos dexò desatinados,
Porque con braça y media bien tendida,
No le sintio soldado que quisiessse,
A somar ni poner el rostro firme,
Por donde quiso el baruario escaparse,
Y apenas con el grande sobrefalto,
Le vimos ocupar el duro suelo,
Quando de golpe todos arrancamos,
A ver el alto y portentoso salto,
Que sin pensar el Indio memorable,
Alli le acometio con brauo esfuerço,
Y qual la gruesa lança despedida,
Del poderoso braço que clauada,
Quedò temblando entera y bien asida,
En aquel gran cauallio que Troianos.
Tan por su mal en Troia les metieron,
No de otra suerte Pilco valeroso,
Quanto pudo blandir la larga lança,
Sobre los firmes pies algo perdido,
Quedò temblando en tierra bien clauado.
Y reboluiendo en si qual suelto pardo,
Sacudiendo algun tanto la melena,
Con impetu furioso fue corriendo,
A campo auierto, por el ancho llano,

Don

Donde Diego Robledo con cuidado,
Vatiendo con gran presteza los huesos,
De vn ligero cauallo desembuelto,
Al puñta le salto con vn benablo,
De temerario hiez muy bien tendida,
Y vibrando sobre el la fiera diestra,
Tres vezes le mojó con que quedaron,
Por los gruesos costados poderosos,
Seys anchas puertas rojas bien rasgadas,
Por donde el cuerpo y alma desfachada,
El natural diuorcio celebraron,
Con no pequeña lastima de aquellos,
Que al horrendo espectaculo asistían,
Doliendose de verle destroncado,
El miserable tiempo que de vida,
Lieuaua ya ganado y adquirido,
Y por justa justicia prolongado,
Passada esta tragedia prodigiosa,
Pareceme señor que nos boluamos,
A fin venturosa puesto donde queda,
El pobre General y bravo Bempol,
Que como apunto, y queda referido,
Qual aquellos illustres Bruto, y Casio,
Que quisieron privarse de la vida,

De la nueva Mexico,

Por solo que se vieron ya vencidos,
Asi por no viuir jamas fugetos,
El vno fue saliendo á despeñarse,
Y el otro à solo dar injusta muerte,
A su amada Luzcoija, por no verla,
En manos de Españoles que pudiesen,
Gozar de su belleza malograda,
Pues saliendo del grande labirintho,
Desesperados, brauos, y furiosos,
Destta fuerte los dos fueron diziendo,
O como nos quebrantan duros ados,
Y tempestad violenta nos perturba,
Y à vna sangre y fuego nos molesta,
Oprime, rinde, vence, y nos contrasta,
Y vos otros infames Acomeses,
Sereis horriblemente castigados,
Con pena tal, qual es muy bien que venga.
Por semejantes animos cobardes,
Y à ti Zutacapan, cebil que has sido,
Instrumento de tanta desbentura,
Sabete que te aguardan y te esperan,
Destta maldad y vergonçosa afrenta,
Cruelessimos açotes y castigos,
Y en los mas fastos dioses confiades,

Que les daras de tus inorues culpas,
Enmienda muy tardia y sin provecho,
Diziendo esto los dos se diuidieron,
Gicombo endereçò para su casa,
Que en humo y vna llama estaua embuelta
Y rompiendo las enemigas brasas,
Rescoldo, y por las llamas leuantadas,
Llegò al mismo aposento donde estaua,
Su mas querida esposa lamentando,
Con gran suma de dueñas y donzellas,
Que boqui abiertas todas desfogauan,
Aliento calidissimo del pecho,
Y en las paredes tristes besos dauan,
Y entrando dentro no le fue posible,
Por los confusos gritos y lamentos,
Y el humo espeso que tendido estaua,
Dar con ella, y assi por esta causa,
Tomò la puerta, porque todas juntas,
Alli se consumasen y abrasasen,
Y acercandose el fuego embrauecido,
Al misero palacio sin consuelo,
Llegò en busca del barvaro el Sargento,
Con vna buena esquadra de guerreros,
Y como el bruto alarabe le vido,

De la nueva Mexico,

Para el alçõ los ojos encendidos,
Y en muy rabiosa colera deshechos,
Qual corajoso jabalicerado,
De antmosas lebreles y sabuesos,
Tascandõ la espumosa boca apriessa,
Con el colmillo corbo amenazando,
Asi el General brauo se mostrava,
Quando la salida à los que estauan,
Dentro del aposento peligroso,
Y allomando Luzcoija el rostro bello,
Como aquellos que toman el arajo,
Por abreniar el curso del camino,
Asi la pobre barua a alligida,
Sugero la espaciosa y ancha frente,
Al rigor de la maga poderosa,
Que los dos mas hermosos ojos bellos,
Le hizo rebentar del duro caso,
Nunca se vio en sollicito moñero,
Contento semejante quando tiene,
La codiciosa caza ya rendida,
Como el que el barasto tomó, teniendo,
A su querida prenda ya sujeta,
Y de todos sentidos ya privada,
Viendo pues el Sargento la braueza,

Del General valiente riguroso,
 Con fuerza de promelas y razones,
 Instò por hazer del vn fiel amigo,
 Dandole la patabra de soldado,
 Y fee de caualero bien nacido,
 De reducir sus causas de manera,
 Que el solo gouernase aquella fuerza.
 Por vuestra Magestad sin que otro alguno,
 Mas que don Iuan en ella le mandase,
 Y qual si fustra mas que vna brasa,
 Que al tiempo de morir se y apagasen,
 Enciende mas su luz y la descubre,
 Asi el furioso y dolatra sangriento,
 Risueño y al desgaire le responde,
 Ya no me puedes dar mayor disgusto,
 Que vida estando aquesta ya difunta,
 Mas si quereis hazerme vn buen partido,
 Dejadme combair con leys, o fiere,
 Los mejores soldados de tu campo,
 Y matame tu luego que no es justo,
 Negar este partido tan pequeño,
 A mi que ves ya tan de partida,
 Y mas hare por ti pues ves que es fuerza,
 Que todas estas mueran abresadas,

De la nueva Mexico,

Que salgan todas libres deste incendio,
Sin que vna sola quede por mi cuenta,
Y viendo aquesta causa malparada,
Por estas y otras cosas que passaron,
Mandò que Simon Perez le tirase,
Dandose mucha priessa vn buen valazo,
Y sin que fuesse visto ni entendido,
Dio con el pobre General en tierra,
En fea amarillez el rostro embuelto,
Y luego que acabò y quedò difunto,
Atonitas las baruaras que ruuo,
Abochornadas casi sin sentido,
Vertiendo arroyos de sudor hiruyendo,
Auiertos todos los cerrados poros,
Y las fogosas bocas y narizes,
Satisfaciendose de solo el zyte,
A grande priessa todas escaparon,
Y porque el bravo Bempol me da priessa,
Serà bien grav señor desocuparme,
Por ver aquel diabolico destino,
Que llevò quando quiso defalirse,
Deste difunto pobre, y diuidirse,

C A N T O
TREINTA Y TRES.

*DEL MISERABLE FIN QUE TU-
uo Bempol, y de otros que con el sus dias aca-
baron, y del sentimiento que hizo
el sargento mayor, buscando
los queffos de su her-
mano.*



DIOS nos libre del aspero casti-
go,
Con que su gran grandeza nos
lastima,

Lebantando su mano poderosa,
Para que como reprobos sintamos,
Mal del grã bien, y bien del mal q̃ es grãde,
Porque apenas abremos allegado,
A fuerte tan perdida y desfachada,
Quando de todo punto zabullidos,
En el abismo y centro nos hallemos,
De todo lo que es víctima a miserã,

De la nueva Mexico,

Dolor, tristeza, y vltimo quebranto,
Dexemos las historias que estan llenas,
De mi locessos tristes ya passados,
Y digalo este y dolatra perdido,
Suolto, desamparado, y ya dexado,
De tan santa, diuina, y alta mano,
Qual es el paradero en que le vemos,
O gran bondad inmensa, no permitas,
Por tus llagas rasgadas tal castigo,
Por los que tu ley santa profesamos,
Que si los que andan fuera del rebaño,
Merecen mi señor los desampares,
Otros castigos tiene tu justicia,
Que pueden molestartos y affigirnos,
Y no el que a questo misero padece,
Cua desdicha si quereis notarla,
Bolued Rey poderoso alli los ojos,
Mirad al pobre Bempol desdichado,
Que esta sobre aquel risco temeroso,
Deffe cua alta cumbre lebaocada,
A si comienza el trille á despedirse,
Oy me da ya reposo mi desdicha,
Sues que desdicha puede dar sosiego,
Al que á las pies se rinde zozobrado,

Y mi temprana muerte me apareja,
Seguro y dulce puerto con alivio,
Si es que el morir también puede alibiarme,
De tan inorme carga como lleuo,
Y solo con perpetua sepultura,
Saliendo como espero desta afrenta,
Pueden faltarme obsequias funerales,
Si como estoy determinado siembro,
Las miseras cenizas ya perdidas,
Deste triste mortal corporeo velo,
Vertiendolas sin lastimas, pues puedo,
Desta tan alta cumbre despenarme,
Y cerrando el postrer dia de mi vida,
No faltara quien á mi dulce patria,
Con esta sin ventura nueva rompa,
El ayre en vano, porque presto llegue,
A las orejas tristes miserables,
De aquella que por corra y mala suerte,
Le copo aqueste pobre por esposo,
Y cada qual sintiendo con tristeza,
O sobra de alegría y de contento;
De mi ultimo fin triste miserable,
Diralo que quisiere y le agradare,
Y luego que esto se ay a ventilado,

De la nueva Mexico,

Despues que el Sol por doze Lunas corra,
Ya no aura quien de mi jamas se acuerde,
q̄ esto es muy cierto, quando el tiempo corre,
Que se enjugan las lagrimas caudales,
Y cansan los suspiros mas ansiosos,
Y acaban los dolores que se sufren,
Por aquellos que fueron mas amigos,
Mas padres, mas hermanos, mas parientes,
Mas queridos, mas hijos, y mas deudos,
Mas amparo, consuelo, y mas firmeza,
De buenos y carissimos maridos,
O Acoma á que Dios has ofendido,
O porque causa assi los altos dioses,
Quieren contra nosotros enojarse,
Sufrese que tal yra, y tal corage,
Muestren dioses, y mas contra vna fuerza,
Que es inmortal, qual ellos inmortales,
Y en las cosas de guerra y preheminencia,
Tan insigue, tan fuerte y poderosa,
Que si sus fuerzas no nos contraltaran,
Fuera cosa muy facil el hazerse,
De todo el mundo vniuersal señora,
Mas como dizen que en los graues males,
Ay consuelo si muchos le padecen,

Si aquesta es regla cierta, que consuelan,
Como no viuo agora consolado,
Y estando assi hablando y replicando,
Para el endereçaron desbalidas,
Cosa de diez donzellas con sus madres,
Y aronitas corriendo en competencia,
Para el triste se fueron acercando,
Como suelen las simples mariposas,
Quando á la lumbre vemos que se acercan,
Y alegres se abalançan y se apegan,
Y alli senecen todas abrazadas,
Assi desalentadas se apegaron,
Las miseras al misero afligido,
A quien con alma y coraçon clamauan,
Con gran suma de lagrimas amargas,
Solloços, y ternissimos suspiros,
Que quisieste de tanto afan librarlas,
Lleuandolas perdidas à la parte,
Que fuesse de su gusto, y que jurauan,
De no desampararle por trabajos,
Angustias, y miserias que viniessen,
Y por mas que fortuna descargase,
Con poderosos golpes esforçados,
Su riguroso braço y las aruxesse,

De la nuseña Mexico,

Debajo de su rueda rebolcadas,
Y fino que les diese compañía,
Con quien todas pudieffen escapar se,
Y para mas mouerle à sus clamores,
Delante le pusieron vna bitta:
Que de su patria trujo quando vino,
Por gusto de Giombo à aquella fuerza,
La qual acaso quiso entremeter se,
Con el brauo temor y sobresalto,
Con las demas donzellas que clamauan,
Y poniendo la vista en todas ellas,
Clanolz y la detuvo en sola aquella,
Que era la misma lumbré de sus ojos,
Y de tan tierna edad, que no tenia,
Diez miserables años bien cumplidos,
Y qual si fuera firme y alta roca,
En el ancho mar puesta y asentada,
Que con su ynorme peso y graue assiento,
Al tempestuoso mar y a todos vientos,
Con gran fuerça resista y se antepone,
Asi contrainiendo à su plegaria,
Furioso desta suerte les responde,
Mezquinas de vosotras miserables,
Si es fuerça que salgais de aquesta vida.

Qual compañía pôdeis tomar que os lea,
 Mas que esta que teneis auentajada,
 Y donde quereis que no os espere,
 Mayor quebrante que este que os añige,
 Con enio fofto abfarto y clebado,
 Quedó pasmado v'fodra de fencido,
 Hiriendo con la vifta aguda y braua,
 Los leuantados Cielos corajoso,
 Con vna y otra punta que embiaua,
 Y afiéndolo á la cuchacha por el brazo,
 Con la pobre fe despeñó diciendo,
 Si quereis libre libertad feynidme,
 Y qual fi fueran fimples quejuetas,
 Que viendo fe abalanca y fe despeña,
 El que es manfo cencerro y que las guia,
 Que todas tras del vemos arrojarse,
 Sin genero de miedo ni rezelo,
 Afí todas fe fueron despeñando,
 Dando fin á fos días miserables,
 Y llorando fu grande deshentura,
 Para el fequedo aluérque caminaron,
 Que ocupau fegun dize el gran lombardo,
 Hallá en los calabogós del infierno,
 Los que fin merecer alguna culpa,

De la nueva Mexico,

De su voluntad fueron omicidas,
De sus infames almas desdichadas,
Y como el mismo Heroe se lamenta,
Quanto mejor les fuera ya en la vida,
De que los pobres tristes se privaron,
Sufrir sin libertad duros trabajos,
Mas como el mismo dize y nos enseña,
Por orden de los hados se les veda,
Y es viua Fê catholica inuiolable,
Que en miserable hanto permanezcan,
Passado lo que auemos referido,
Luego la veloz fama fue corriendo,
Lleuando aquella amarga y triste nueua,
A la affligida madre de Gicombo,
Caio vital calor sus flamos guessos,
Por todas partes fue desamparando,
Y affligida del gran dolor causado,
De las atrozes muertes desdichadas,
De su muy dulce hijo y caca nuera,
Y del pobre marido que tenia,
Sin sentido salio la miserable,
Dando terriblissimos aullidos,
Mesando fuertemente sus cabellos,
Rompiendo por las armas Castellanas,

En ningun pobor, miedo, ni rezelo,
Rasgando los ayres con querrellas,
Sentida da dolor assi decia,
Desdichada de mi, triste affigida,
Miserable sin hijo, y sin marido,
Ya guersana, y tambien desamparada,
De aquestas dulzes prendas que temia,
Dezid Castilla pues que estais tan cerca,
Que si hablar siquiera con su madre,
No dio lugar al hijo malogrado,
Donde está la belleza de Luzcoija,
Que á mi triste vejez entretenia,
Este es el galardon que yo esperaua,
Quando mas esperé mi buena suerte,
Pensando dulzes hijos de gozaros,
O Castilla si por ventura os mueue,
Aquesta miserable desdichada,
Hado que me quiteis aqui la vida,
Mas en lo que yo puedo y tengo mano,
De que me sirue seros importuna,
Qual gran marinero, o diestro buzo,
Que de la lebantada y alta entena,
Las duras plantas hazia arriba,
Al profundo del ancho mar se inclina,

De la nueva Mexico,

Añsi la triste barbara furiosa,
Desde aquel levantado y alto muro,
Inclinò con gran rabia, y con despecho,
La muy blanca cabeça desgreñada,
Dexandose yr á pique, y sin remedio,
A los brauos profundos infernales,
Vnico aluzgue, centro y paradero,
De todos los que aqui se despeñaron,
En esto salio el noble viejo Chumpo,
Como quien la paz siempre pretendia,
A ponerse en las manos del Sargento,
Gibado de vejez, las piernas corbas,
Secos los brazos, y la piel pegada,
A sola la ossamenta que tenia,
Ayudado de vn pobre caiadillo,
Sobre que el llaco cuerpo sustentaua,
Y puesto en su preñencia remeroso.
Temblando con la fuerza de los años,
Añsi esforzó la debil voz cansada,
Hijo gracioso, el Cielo me es testigo,
Y esta sangre que ves aqui vertida,
Que nunca por mi fuera derramada,
Si Zacapán solo se arridizara,
A un voto, qual yo señor me arrimo,

A aquesta vara tierna quebradiza,
Que treinta vezes han los campos dado,
De nuevo nuevas flores, y continuo,
A siempre mi flaqueza sustentado,
Y luego que esto dixó enternecido,
Y en lastimosas lagrimas deshecho,
Prosiguió con su plática, diciendo:
Para solo venir á lastimarme,
Con desdicha tan grande como veo,
Por estas tristes almas miserables,
Atágenme sus cuerpos destrozados,
Y de sus mismos perros ya comidos,
Duelenme sus abuelos y sus padres,
Y mas sus visabuelos que nacieron,
Quando triste nací, para quedarme,
A solo ser testigo de la sangre,
Muertes y gran destrozo que han sufrido;
Todos estos que están aquí tendidos,
Reliquias de los tristes que han pasado,
Que aunque es posible sepan el estrago,
Allá donde sus almas se recojan,
No es tan grande el dolor y sentimiento,
Quanto recibe el pobre miserable,
Que por sus propios ojos ve las llagas,

De la muera Mexico,

Que aqui vemos auiertas y rasgadas,
Por querer vn traidor solo llevarlos,
A sus vanos intentos, porque quiso,
Ser el solo señor de aquesta fuerça,
Y por querer por fuerça levantarle,
Asi te esta por fuerça ya rendido,
Y yo tambien lo estoi señor, y adierte,
Que asi como el rendido y afrentado,
En publico palenque, y ofendido,
Cua cabeça estuuò ya sugeta,
Y á merced de la espada rigurosa,
Que alli pudo acabarle y deshazerle,
Y vida quiso darle es cosa cierta,
Y en lides de importancia bien prouada,
Que muerto alli quedò, pues muerta dexa,
La honrra, el ser, valor, y todo quanto,
Lebanta al buen soldado, y le abilita,
Y en cosas de la guerra le acredita,
Y tendiendo qual suelen los mendigos,]
Los flacos braços secos, algo auiertos,
Arrodillarse quiso à su presencia,
Y conuertido de aspero en clemente,
Su animo benigno alli aperecibe,
Y con palabras dulzes regaladas,

Salidas sin sospecha ni reboço,
De vn blando coraçon, y entrañas tiernas,
Echándole los braços el Sargento,
En peso le tomó, y con gran respeto,
Abraçado le tuvo por buen rato,
Y despues que con mucho amor le dixo,
Razones y palabras de consuelo,
Con que el misero viejo lastimado,
Reprimio la vertiente de sus ojos,
Pidiole el noble joben que le diese,
Aquel illustre cuerpo que mataron,
Del caro hermano, y caros compañeros,
Y auiendo con grandissimo cuidado,
Puesto en esto grande diligencia,
Venimos á saber como en la parte,
Que vino á rendir cada qual su vida,
En el mismo lugar á pura fuerça,
De palos y pedradas que cargaron,
En blanda y tierna masa combirtieron,
Su miserable carne con los guessos,
Y en confusio monon los recogieron,
Y en vna gran hoguera leuantada,
Con pujança de leños que arrimaron,
Los rayos del Sol fueron embolviendo,

De la nueva Mexico,

En vna obscura sombra temerosa,
Y en este funeral y triste incendio,
Alegres de aquel hecho que acabaron,
Dando aléissimos gritos y alzidos,
Asi sin distincion honor, ni cuenta,
Los pobres Castellanos arrojaron,
En medio de las llamas portentosas,
Y por honrra del Dios de las batallas,
Con ellos presentaron y ofrecieron,
Muy ricas mantas, plumas, y pellicos,
Con gran chacotá, rísa, y algázara,
De la pleueia gente que ofrecia,
Tambien al inuentible Dios furioso,
Grande suma de flechas y macanas,
Arcos, bastones, maças, y carcages,
Contentos de que el fuego consumiesse,
Los miserables cuerpos baptizados,
Sabido ya el fin triste miserable,
De nuestros infelices compañeros,
Pedimosles que al puesto nos llevasen,
Donde al Maestro de campo dieron muerte,
Sobre el qual sin tardanças pusieron,
Y en el tan grã manchon de sangre vimos,
Que dos tendidas braxas se opra,

Vista por el Sargento desdichado,
La sangre del hermano ya difunto,
Aunque ya fria elada y denegrida,
Sin ningun fuego començo à hervirle,
En lo mas hondo de su tierno pecho,
Y luego al mismo punto se le puso,
Un grosísimo nudo atravesado,
À la pobre garganta bien asido,
Y los enjutos ojos combertidos,
En dos mares sin fondo derramauan,
Mil arroyos de lagrimas caudales,
Con que à doloroso y tierno llanto,
A todos nos movia y lebantava,
Y no bastando nadie à detenerle,
Por en medio de todos fue rompiendo,
Y tendiendose encima de la mancha,
Gimiendo amargamente reventava,
Sobre la triste sangre ya vertida,
Y despues que por vna larga pieza,
Baño aquel fuerte pulso de amargura,
Y luego que el dolor azerbo y duro,
Con gran dificultad abrio la puerta,
A la pobre garganta fatigada,
Asi empezò a ligido à bostimarse,

De la nueva Mexico,

No era aqueste el fin que yo esperaba,
Quando à tantos trabajos y miserias,
Quisimos ofrecernos y entregarnos,
Porque en aquellos tiempos bien pensaua
Qual soldado noble, pobre visño,
Que los dos adquirieramos gran fama,
Prometiendonos suertes muy honrosas,
Colmadas de victoria, y triunfo cierto,
Mas ay de mi, que por demas han sido,
Mis vanas esperanças fabricadas,
Pues bullirse la mas pequeña hoja,
Del mas remontado arbol desta vida,
Es quererlo quien todo lo gouierna,
Y pensar otra cosa es desatino,
Esta verdad bien claro me has mostrado,
Señor y hermano mio anhelando,
A muy gloriosos fines onorosos,
Rotos y destroncados por el suelo,
Con medios y principios desdichados,
Y por mejor dezir, fueron dichosos,
Pues que con muerte felix y agradable,
Seguro puerto diste à tus cuidados,
Siendo primer primicia que se ofrece,
En esta nueva Iglesia Mexicana,

Y no yo, cuija pobre triste vida,
Al duro hado, fiero y peligroso,
La traigo por momentos fometida,
Quien á tu lado fuerte se hallara,
Quando la corta vida feneciste,
Aunque el gran furor baruaro acabara,
Aquesta miserable que me queda,
Y escusara siquiera lastimarme,
Con ver este lugar todo teñido,
En la inocente sangre que dejaste,
Para mayor quebranto, y mas tormento,
Destos cansados ojos que llegaron,
A ver tan gran desdicha y tal estrago,
O Acoma no quiera Dios te impute,
Aquella falsa fee, y hospicio alcebe,
Que á mi amado y caro hermano diste,
Con tan terrible engaño y trato doble,
Porque esta miserable y dura suerte,
Yo solo la causé con graues culpas,
Que contra el alto Dios he cometido,
Mas que digo yo triste miserable,
Si es que auias de guñar amarga muerte,
Que mas corona y palma lebanada,
Que auer venido hermano á merecerla,

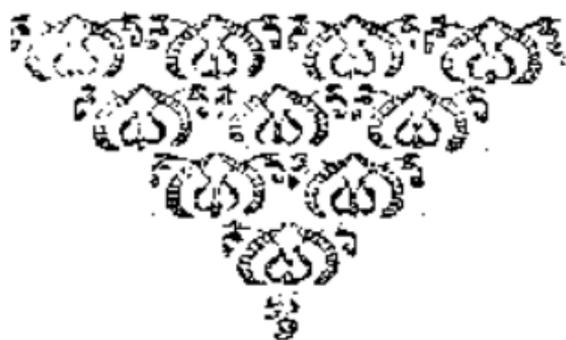
De la nueva Mexico,

Donde no se les sigue mas ventaja,
A los que con alegre y brauo triunfo,
Cantan la gran victoria que alcanzaron,
Que à los vencidos si sus cuerpos quedan,
En medio de las armas destrozados,
Y así es fuerza digan todos fuisse,
Muy bienaventurado en tal jornada,
Donde no puede ser que la grandeza,
De todo el vniuerso que gozamos,
Pueda darte sepulcro mas pomposo,
Ni mas gallardo y alto enterramiento,
Que el que en aqueste muro memorable,
Quiso la fuerza de Acoma ofrecerte,
A quien ya estimo, tengo y reuerencio,
Por preciosissima Ara y Monumento,
Donde por tu ley santa poderosa,
Por Dios y por tu Rey alto inuencible,
A tu gran Magestad sacrificaste,
El costo de la sangre que tuuiste,
Y boluiendose allí para nosotros,
Algo esforçado prosigio diciendo,
A que fue tiroia nobles caualleros,
Aqui por su alto esfuerço y zelo ardiente,
Y por su gran valor, insigne y raro,

Que:

Canto Treynta y tres. 277

Quedara para siempre eternizado,
Y por el configuiente conocido,
Para que el claro nombre que hã mostrado
Todos las mas mayores y passados,
Y con esto arbolò vna Cruz en alto,
Y coneritos llorando de rodillas,
Todos juntos alli nos derribamos,
Y á la gran Magestad de Dios pedimos,
Que de sus pobres almas se doliesse,
Y que á su santa gloria las llenasse,
Y pues al fin señor de la jornada,
Y canto postrimero he ya llegado,
Quiero parar vn tanto, porque pueda,
Cantar a questo poco que me queda,



C A N T O
TREINTA Y QUATRO.

COMO SE FUE ABRASANDO LA
fuerça de Acoma , y como se halló Zutacapan
muerto, de vna gran herida , y de los demás su-
cessos que fueron sucediendo, hasta llevar la
nueva de la victoria al Governador,
y muertes de Tempal , y
Columbo.



CANSADO del viage traba-
joso.
El estandarte santo , no venci-
do,

Dexemos ya de Christo alli arbolado,
Reprimanse las lagrimas pues dexan,
Las almas lastimadas y atligidas,
Y vos Filipino sacro, que escuchando,
Mi tosca masa queys estado atento,
Suplicuos no os cansen, que ya he llegado
Y al prometido puesto soy venido,

Canto Treynta y quatro. 278

Fiado gran señor en la excelencia,
De vuestra grã grãdeza, y que qual padre,
Del belico exercicio trabajoso,
Vn apazible puerto aueys de abrirme,
Con cuio inmenso aliento reforçado,
Las velas doi al viento reboldiendo,
Al temeroso incendio, cuias llamas,
Vibrando poderosas y escupiendo,
Viuas centellas, chispas y paueñas,
Las lebanradas casas abrañauan,
Notad señor aqui los altos techos,
Paredes, aposentos, y sobrados,
Que auertos por mil partes se desgajan,
Y sabida a pedaços se derrumban,
Y como en viuó fuego y tierra, entierran,
Sus miseros vezinos, sin que cosa,
Quede, que no se abrañe y se consuma,
Mirad señor tambien los muchos cuerpos,
Que de las altas cumbres del gran muro,
Asi desesperados se abalançan,
Y rotos por las peñas quebrantados,
Hechos menudas piezas y pedaços,
Asi en el duro suelo se detienen.
Los baruaros y baruaras que ardiendo,

Estan

De la nueva Mexico,

Estan con sus hijos lamentando,
Su misera desgracia y triste suerte,
Con cujas muertes el Sargento,
Mouido de piedad y de alto zelo,
Qual fuele con tormenta y gran borrasca,
Vn gran piloto diestro rebolnerse,
Saltando à todas partes y esforçarse,
Mandando al marinaje y passajeros,
Con vno y otro grito, y así juntos,
Con heruorosa priessa se socorren,
Y al llaco nauichuelo combaudo,
De la fuerça del mar, y viento ayrado,
Entre mil sierras de agua laborecen,
Así esforçado à Chumpo y à otros pocos
Baruatos, que las pazes pretendian,
A voces les promete y asegura,
La fee de cauallero, que las vidas,
A todos les promete si se abstienen,
Del riguroso estrago y cruadas muertes,
Que así los miserables se causauan,
No bien el pobre viejo las palabras,
De aquel ardiente johen fue advertiendo,
Quando clamando à voces, con los pocos
Baruatos, que con el allí asistían,

A todos persuade y encarece,
Haziendose pedazos con señales,
Y muestras muy de padre, que se abstengã,
Y que á tan tristes muertes no se entregue,
Porque á todos las vidas les promete,
Y noble trato á todos asegura,
Sin genero de duda ni sospecha,
Encubierta reboto, ó trato alveo,
Y assi como despues del rayo vemos,
A todos suspenderse malseguros,
Disfautos ya en color y palpirando,
Los viuos coraçones dentro el pecho,
Y assi encogidos todos rezelosos,
Por vna parte el vno, y qual por otra,
Con passos espacidos van saliendo,
A ver si estan seguros, y el destrozo,
Causado de la fuerza ya passada,
Assi salieron muchos poco á poco,
Alertos, paurosos, encogidos,
Con passos atentados, y aduirtiendo,
De no pisar los cuerpos defangrados,
De tanto caro amigo y fiel amparo,
De aquellos pobres muros que tenidos?
Estauan de su sangre ya bañados,

De la nueva Mexico,

Afsi temblando, tristes affigidos,
Por vna y otra parte rodeados,
De palido color y muerte acerba,
Se fueron acercando, y viendo estaua,
El vando Castellano acariciando,
A todos sus vezinos, y que dauan,
Seguro y muestras grandes de contento;
De verlos reduzidos y apartados,
De aquel cruento estrago que emprendiã,
Qual vemos que se abaten y se humillan,
Los leuantados trigos açotados,
Con vno y otro soplo reforçado,
Del poderoso viento que sulcando,
En remolcadas hondas sus espigas,
Al suelo las amaina, abate y baja,
Afsi vencidos, llanos desarmados,
Mas de seyscientos dieron en rendirse,
Y dentro de vna plaça con sus hijos,
Y todas sus mugeres se postraron,
Y como presos, juntos se pusieron,
En manos del Sargento, y sollegaron,
Mouidos del buen Chũmpo, que seguro,
A todos prometio y dio la vida,
Sin cuiu ayuda duda, y sey muy cierto,

Que

Canto Treynta y quatro. 280

Que aquella gran Numancia trabajosa,
Quando mas desdichada y mas perdida,
Quedara mas desierta y despoblada,
Que aquesta pobre iuerça ya rendida,
Estando ya pues todo sossegado,
Y puestas ya las treguas sin rezelo,
De algun bullicio de armas, o alboroto,
Los pactos asentados, y de asiento,
Los vnos y los otros sossegados,
De subito las barbaras rabiosas,
Qual vemos deshazerse y derrumbarse,
Dexandose venir con brauo asombro,
Vna terrible torre poderosa,
Recien inhiesta, puesta y leuantada,
Y con terrible espanto reboluernos,
La sossegada sangre, y alterarnos,
Asi señor inmenso y poderoso,
Alçando vn alarido arremerieron,
apeñascadas todas, qual se aprietan,
Sobre la chueca juntos los villanos,
Con los caiaos corbos procurando,
De darle con esfuerzo mayor hote,
Asi las vimos todas hechas piña,
A palos y pedradas deshaziendo,

De la nueva Mexico,

A vn miserable cuerpo, y assi juntos,
Para la esquadra todos arrancamos,
Por ver si era Español, y dar vengança,
A hecho tan atroz y desmedido,
Y luego que nos vieron sin aliento,
Alborotadas todas nos dixeron,
Varones esforçados generosos,
Si auerros entregado en vuestras manos,
Merece que nos deis algun contento,
Dejadnos acabar lo comenzado,
Aqui Zutacapan está tendido,
Y gracias al Castilla que tal alma,
Hizo que se arcancase por tal llaga,
Este cauó las muertes que les dimos,
A vuestros compañeros desdichados,
Este metio cizaña y alboroto,
Por todos estos pobres que tendidos,
Estan por este suelo derramados,
Y poniendo la vista en sus difuntos,
Y luego en el traidor rabiosas todas,
Assi como en tajan la carne pican,
Los diestros cozimeros, y deshazen,
Assi con yra todos rebolueron,
Y en muy y menudas piezas le dexaron,

Canto Treynta y quatro. 281

Con cuiu hecho alegres satisfechas,
En su primero puesto sollegaron,
Y nosotros señor jamas podimos,
Aber qual fuesse el braço que de vn tajo,
Cinco costillas cerce le cortase,
Y assi como con ansia cobdiciosos,
Despues de la batalla ya vencida,
Yn gran varon famoso que escondido,
De muy grande rescate procuramos,
Assi sin alma, seso, y sin sentido,
Alimos à buscarle, y reparamos,
En todos los vencidos, y ponemos,
La vista bien atenta por hallarle,
Assi los baruaos atentos y las bocas,
Abiertas, y los ojos que pestaña,
Mas mouto ninguno, vimos todos,
Que con asombro y pafmo nos mirauan,
No vien alamaua algun soldado,
Que fuera del quartel acaso citaua,
Quando de goipe todos, qual se allegan,
Las moicas à la miel, assi llegauan,
El rostro solo atentos le mirauan,
Y viendo el gran cuidado que ponian,
No dexar a nadie referuado,

De la nueva Mexico,

Que bien nõ le notafen y aquirriessen,
Fue fuerça preguntarles que distrito,
Que blanco, o por que causa assi sedientos,
A todos nos mirauan, y suspensos,
La mano dando à Chũmpo, que por ellos,
A todos respondiellẽ, dixo el viejo,
Buscan ellos mis hijos à vn Castilla,
Que estando en la batalla andubo siempre,
En vn blanco cavallo suelto, y riene,
La barua larga, cana y bien poblada,
Y calva la cabeça, es alto y enõe,
Vna terrible espada, ancha y fuerte,
Con que à todos por tierra nos ha puesto,
Valiente por estremo, y por estremo,
Vna bella donzella tambien buscan.
Mas hermosa que el Sol, y mas q̃ el Cielo,
Preguntan donde esten, y que se ha hecho,
El Caudillo Español ovendo aquello,
Alcorno por ventura del que pudo,
Mostrar la duda clara y socorremos,
En estos semejantes y ampararnos,
Quel en blanco enõ ante r- ho, una lumbre,
Luz de haz clara, y clar del velo,
Dela en ganible, assi alumbriendo,

Canto Treynta y quatro. 282

Al grato viejo Chumpo fue diciendo,
Responde á estos tus hijos noble padre,
Que en esto no se cansen ni fatiguen,
Ni mas los dos que buscan los procuren,
Que son bueltos al Cielo, donde tienen,
De asiento su morada, y que no salen,
Sino es á defendernos y ayudarnos,
Quando assinos agrauian y se atreuen,
Qual ellos se atreuiéron á matarnos,
Con muertes tan atroçes y crueles,
Los pocos Españoles que subieron,
A lo alto desta fuerza descuidados,
Que miren lo que hazen y no bueluan,
Segunda vez al hecho comenzado,
¶ No suspendio el Troiano, ni redujo,
La rienda del silencio con mas fuerça,
Quando á la illustre Reyna los successos,
De Troia y su desgracia recontaua,
Qual hizo aqui el Zaldívar, que pasmados,
Y mudos los dexó, que mas palabra,
Hablaron ni chistaron, y así solo,
Dixo: Señor inmenso que alcançamos,
A questa gran victoria el mismo dia,
Del vallo de eleccion, á quien la tierra,

De la nueva México;

Tenia por patron, y así entendimos,
Que vino con la Virgen à ampararnos,
Juizios son ocultos que no caben.
En mi Señor, que siempre soy y he sido,
Un gusanillo triste despreciado,
Y así señor me bucioo à mi caudillo,
Que está con toda prieta despachando,
Al prouehedor Zubia, porque lleue,
Desta victoria insigne alegre nueva,
A nuestro General, a quien guía,
Una baruara vieja por sus cercos,
Hechole cierto della el mismo dia,
Que fue por vuestro campo celebrada,
Y estando así aguardando el desengaño,
Marchando el prouehedor, acaso Tempal,
Y el pobre de Corumbo destrozados,
Corriendo gran fortuna a arbol seco,
Auiendo de la fuerza ya escapado,
Y un ataque feroz, y viendo el golpe,
Que allí el rigor del hado descargava,
Tus tanta deshonra a rebucados,
Con melcara de paz los dos fugieron,
Como halafatos cofarros que ellos eran,
De allá la tierra adentro, y que robados.

Canto Treynza y quatro. 283

Venian de vnas gentes que huiendo,
Salian del Peñol y assi encogidos.
Pidieron con gran lastima les dicsen,
Con que la triste hambre que lleuauan,
Socorrída quedase, y no aczhasen,
Con esto el Español mandò prenderlos,
Por no errar el lance que perdido,
Suele por el perder vn gran soldado,
Y presos los lleuò. y en vna estufa,
Despues de auer llegado y dado el pliego,
Mandò que los pusiesen y encerrasen,
Y auiendo con gran gusto recebido,
El General la nueva fue informado,
De ciertos nobles barvaros amigos,
Que aquellos prisioneros que forçados,
Estauan en la estufa, y oprimidos,
Eran de los mas brauos y valientes,
Que Acoma mostraron y pusieron,
La coiera en su punto, y levantaron,
El sossegado fuerte ya perdido,
Con esto los dos barvaros cñudos,
Viendose descubiertos de bizzieron,
La escala de la estufa, y herros fuertes,
A palos y pedrañas no dexaron,

De la nueva Mexico,

Que nadie les entrase por tres dias,
Que assi se defendieron y guardaron,
Y viendo que era fuerza se rindiessen,
Por hambre y sed rabiosa que cargaua;
Las armas soffegaron, y dixeron.
¶ Castillas si del todo no contentos,
Estais de auernos ya beuido roda,
La generosa sangre que gustosa,
Tiene vuestra braueza no cansada,
Y sola aquesta poca que nos queda,
Mostrais que os satisfaze, dadnos luego,
Sendos cuchillos botos, que nos torros,
Aqui vuestras gargantas harraremos,
Por mandonos de vida, porque es justo,
Que no se diga nunca por mancharnos,
Que dos guerreros tales se pusieron,
En manos tan infames y tan viles,
Quales son estas vuestras despreciadas,
Con esto el General, y con que todos,
Los barbaros amigos le dixeron,
Si de los perdonaua que ponía,
La osiucion la tierra de alterar se,
Aun tenia de ser en vano todo aquello;
Que ya se ser por verlos reducidos,

Canto Treynca y quatro. 284

Al gremio de la Iglesia, y agregados,
Mandó que los cuchillos les negasen,
Por mas aüleguar, y que les diesen,
Dos gruesas fogas largas bien cumplidas,
Y echandose las dentro las miraron,
Los ojos hechos sangre y apretando,
Los labios, y los dientes corajosos,
Hinchados los hijeres y narizes,
Abortos, mudos, lardos, se quedaron,
Y estando así suspensos breue rato,
Sacudiendo el temor, y despreciando,
A todo vuestro campo, y fuerte espada,
Nunca se vio jamas que así pudiese,
Al corredizo lazo la garganta,
Aquel que desta vida ya cansado,
Pierde se quiso della alegre y presto,
Qual vimos a estos baruaras que al punto,
La mal compuesta greña sacudiendo,
Las dos fogas tomaron y al peñeco,
Coñidas por sus manos y anudadas,
Salieron de la estufa, y esparciendo,
La vista por el campo que admirado,
Estaba de su esfuerzo, y conculido,
Lantos la detuvieron y pararon.

De la guerra Mexico,

En vnos altos alamos crecidos,
Que cerca por su mal acaso estauan,
Y no bien los notaron, quando luego,
Dellos sin mas acuerdo nos dixeron,
Querian suspenderse y ahorcarse,
Y dandoles la mano abierta en todo,
Los gruesos ciegos nudos apretados,
Alli los requirieron, y arrastrando,
Las sogas por detras partieron juntos,
Del campo Castellano ya rendidos,
Y del baruario pueblo acompañados,
No los fuertes hermanos que en Cartago,
Corriendo presurosos alargaron,
A costa de si mismos los linderos,
Asi a la triste muerte se entregaron,
Dexandose enterrar en vida vivos,
Quel estos brauos baruarios que estando,
Al pie de aquellos troncos lebantaron,
La vista por la cumbre, y en vn punto,
Como diestros grumeres que ligeros,
Por las entenas, gauias, y altos topes,
Discurren con presteza asi alentados,
Trepando por los arboles arriba,
Tentandoles los ramos se mostraron,

Canto Treynta y quatro. 285

Verdugos de sí mismos, y amarrados,
Mirandonos a todos nos dixeron;
Soldados advertid que aqui colgados,
Destos rollizos troncos os dexamos,
Los miserables cuerpos por despojos,
De la victoria illustre que alcanzastes,
De aquellos desdichados que podridos,
Estan sobre su sangre rebolcados,
Sepulcro que tomaron, por que quiso,
Asi fortuna infame perseguirnos,
Con mano poderosa y acabarnos,
Gustosos quedareis, que ya cerramos;
Las puertas al vivir, y nos partimos,
Y sióres nuestras tierras os dexamos,
Dormid á sueño suelto, pues ninguno,
Boloio jamas con nequa del camino,
Incierto y trabajoso que llevamos,
Mas de vna cosa ciertos os hacemos,
Que si boluer podemos á vengarnos,
Que no parieró madres Castellanas,
Ni barbaras tampoco en todo el mundo;
Mas desdichados hijos que á vosotros,
Y así rabiosos, branos de sembrarlos,
Saltando en vago juntos se arrojan,

De la nueva Mexico.

Y en blanco ya los ojos trastornados,
Sueltas las cojunturas y remisos,
Los poderosos nervios y costados,
Vertiendo espumarajos descubrieron,
Las escondidas lenguas regordidas,
Y entre sus mismos dientes apretadas,
Y así qual suelen dos bageles sueltos,
Rendir la ancha borda afrenillando,
La gruesa palamenta, y en un punto,
Las espumosas proas apagadas,
En jolito se quedan así juntos,
Sefgos y sin moverse se rindieron,
Y el aliento de vida allí apagaron,
Con curo fuerte passo desahrido,
Dexandolos colgados ya me es fuerza,
Poner silencio al canto desahrido,
Y por si vuestra Magestad insigne,
El fin de aquesta historia ver quisiere,
De rodillas suplico que me aguarde,
Y tambien me perdone si tardare,
Porque es difícil cosa que la pluma,
Auendo de serretos con la lança,
Pueda desempacharse sin tardança.

De don Gabriel Gomez
al Capitan Gaspar
de Villagrà.

CANCIÓN.



*M*ANO, que espada y pluma,
Igual, y diestramente regir sabe,
Ella misma le alabe.
Haya ella misma de sus hechos su
ma,

Y como sabia, y fuerte,

Haya por dos caminos de la muerte.

Cesar, que la cabeza

Lebó del mundo con su sangre propia,

Y en ele cante copla,

Inmortal nos dexó la fortaleza,

Nada nos dejó debiles.

Como de Ilion, al exemplo de Achiles.

Como me, por peccato

A milagroso Gaspar, en esta historia,
A la eterna memoria,
Consagras altamente lo que has hecho,
Y así de tu alabanza,
A ningún otro obligación alcança:
No para darte fama,
Esta canción te doy (ya tu la tienes)
Y tus gloriosas hienes,
La palma cine, y el laurel enrrama,
Doytela por testigo,
De que en ti, soy de la virtud amigo.
Si al sabio, que trasiada,
Un alma á muchos cuerpos, dar desiera
Credito, presumiera,
Que la ruya de dones mil dorada,
De Escilla fue primero,
Poeta insigne, y varo Cavallero.
Al valiente Araucano,
Don Alonso Vencio, y honrró: la yre
Re-compensu la lira:
No de otra suerte al nuevo Mexicano,
Libras tu del ciuto,
Del que: que valeroso le has vencido.
Si á tu lado me hallara,

En tan estraña, y singular conquista,
 Y ya tuuiera vista,
 Esta historia milagrosa, y rara,
 Dixera al Indio rudo,
 De cuerpo, y casi de raxon desnudo.

No huyas no, la cipada,
 De Villagran, ó Baruario mançebo,
 Antes con gusto nuevo,
 Ofrece á su rigor tu vida amada,
 Que quien te da essa herida,
 Autor será de tu perpetua vida.

Envidia á los que fueron,
 Discreto Capitan, y belicoso,
 Contigo al hecho honroso,
 Pues los suyos por ti no se perdieron,
 Ya le pagarte irate.
 Lo que te deue tu Caudillo Oñate.

Su espantosa constancia,
 En sufrir los trabajos que la guerra,
 Causa en remota tierra,
 La hambre, sed, y peligros de importancia;
 A tu lengua los done,
 Que sin ella tu fin lleuara en breue.
 Salgan á sero al mundo,

*Admiracion de ingenios superiores,
Freno de detractores,
Y Maron tenga su lugar segundo,
Que si el canto, su solo
Cantas à Marte, y das batalla à Apolo.*

F I N.

